



**LA SENDA
DE LA GLORIA
JEFFREY
ARCHER**

Lectulandia

Ochenta y cuatro años después, la ascensión de George Mallory al Everest y su muerte permanecen rodeadas de misterio.

El gran escritor británico Jeffrey Archer logra convertir la historia del mítico escalador George Mallory en una narración trepidante, digna de las mejores novelas de suspense. En su exhaustiva recreación ficcionada, Archer se remonta a la infancia del alpinista, obsesionado ya por los desafíos extremos. Después vendrán sus proezas de juventud, como la ascensión a la basílica de San Marcos como prueba de su amor por Ruth Turner, o su intento de escalar la Torre Eiffel. Pero donde el libro cobra mayor intensidad es en el malogrado ascenso del Everest, emocionante y rodeado de suspense, pues todavía hay numerosos interrogantes sin resolver para los que el autor propone algunas inquietantes respuestas.

Lectulandia

Jeffrey Archer

La senda de la gloria

ePub r1.0

Titivillus 04.06.15

Título original: *Paths of Glory*
Jeffrey Archer, 2009
Traducción: Fernando Garí Puig

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a la memoria de Chris Brasher, que me animó a escribir este
libro*

Inspirado en una historia real

El alarde de la nobleza, la pompa del poder y toda esa belleza, todo lo que la riqueza obsequió aguardan la hora inevitable: la senda de la gloria solo conduce a la tumba.

THOMAS GRAY (1716-1771),
«Elegía escrita en un cementerio de aldea».

Prólogo

Sábado, 1 de mayo de 1999

—La última vez que salí a escalar con botas de clavos me caí —dijo Conrad.

Jochen sintió ganas de gritar de alegría, pero sabía que si contestaba aquel mensaje en clave podía alertar al grupo rival que sintonizaba su frecuencia o, todavía peor, permitir que algún periodista que estuviera a la escucha se enterara de que habían descubierto un cuerpo. Dejó la radio encendida, confiando en que hallaran una pista que revelara cuál de las dos víctimas había encontrado el equipo de rescate. Pese a ello, no se oyó nada más, únicamente el chisporroteo del aparato, que confirmaba que había alguien pero que no deseaba hablar.

Jochen siguió las instrucciones al pie de la letra y, al cabo de sesenta segundos de silencio, apagó la radio. Le habría gustado que lo hubieran elegido para formar parte del equipo de escalada que había salido en busca de los dos cuerpos, pero lo habían echado a suertes y él había perdido. Alguien debía quedarse en el campamento base para ocuparse de la radio. Contempló la nieve que caía en el exterior de la tienda e intentó imaginar lo que debía de estar ocurriendo en lo alto de la montaña.

Conrad Anker se quedó mirando el cuerpo congelado y la piel blanca como la nieve. Las prendas de ropa —o lo que quedaba de ellas— parecían las de un mendigo, no las de un hombre educado en Oxford o Cambridge. Una gruesa cuerda de cáñamo seguía anudada a la muñeca del muerto; el extremo desgarrado indicaba que debía de haberse roto durante la caída. Tenía los brazos extendidos por encima de la cabeza, y la pierna izquierda cruzada sobre la derecha. La tibia y el peroné de esta última estaban fracturados, de manera que el pie parecía haberse desprendido del resto del cuerpo.

Ningún miembro del equipo dijo nada mientras intentaban llenarse los pulmones con el aire escaso. A más de ocho mil metros de altura, hay que racionar las palabras. Al fin Anker se arrodilló en la nieve y ofreció una oración a Chomolungma, la diosa de la Madre Tierra. Se tomó su tiempo. Después de todo, los historiadores, los alpinistas, los periodistas y los simples curiosos llevaban más de setenta y cinco años esperando ese momento. Se quitó uno de los gruesos guantes de forro polar y lo dejó a su lado, en la nieve; luego se inclinó adelante con un movimiento lento y exagerado, y con el dedo índice de la mano derecha apartó la solapa congelada de la chaqueta del muerto. Fue consciente de los latidos de su corazón mientras leía las nítidas letras rojas en la cinta cosida en el interior del cuello de la camisa.

—¡Dios mío! —Exclamó una voz a su espalda—. ¡No es Irvine! ¡Es Mallory!

Anker no dijo nada. Todavía necesitaba confirmar el descubrimiento que les había llevado a viajar ocho mil kilómetros.

Deslizó la mano sin guante en el bolsillo interior de la chaqueta del muerto y extrajo con destreza la bolsita que la esposa de Mallory había confeccionado tan

laboriosamente para su marido. Desdobló con cuidado la tela de algodón, temiendo que se deshiciera en sus manos. Si encontraba lo que estaba buscando, el misterio por fin quedaría resuelto.

Una caja de cerillas, unas tijeras de uñas, un lápiz sin punta, una nota escrita en un sobre en la que se indicaba cuántas botellas de oxígeno quedaban antes de que intentaran la ascensión final, una factura sin pagar de Gamages por un par de gafas, un Rolex sin manecillas y una carta de la esposa de Mallory fechada el 14 de abril de 1924. Sin embargo, lo que Anker esperaba encontrar no estaba allí.

Miró al resto del equipo, que lo esperaba con aire de impaciencia. Respiró profundamente y habló despacio:

—No hay ninguna fotografía de Ruth. Uno de ellos gritó de alegría.

Libro primero

Un muchacho poco común

1986

1

St. Bees, Cumbria, martes, 19 de julio de 1892

Si alguien hubiera preguntado a George por qué había empezado a caminar hacia la roca, no habría sido capaz de explicarlo. El hecho de que tuviera que meterse en el mar para alcanzar su objetivo no parecía importarle, aunque no sabía nadar.

Solo una persona de las que había en la playa esa mañana mostró algún interés en aquel niño de seis años. El reverendo Leigh Mallory dobló su ejemplar del *Times* y lo dejó a sus pies, en la arena. No dijo nada a su esposa, que descansaba a su lado en la tumbona con los ojos cerrados, disfrutando de los ocasionales rayos de sol, del todo ajena a los peligros que acechaban a su hijo mayor. Sabía que Annie sufriría un ataque de pánico, como le ocurrió el día en que el niño trepó al tejado del ayuntamiento del pueblo durante una reunión de la organización benéfica Mother's Union.

El reverendo Mallory echó un rápido vistazo a sus otros tres hijos, que jugaban alegres en la orilla, indiferentes a lo que podía ocurrirle a su hermano. Avie y Mary estaban muy entretenidas recogiendo las conchas que la marea de la mañana había arrastrado a la playa, mientras que su hermano pequeño, Trafford, parecía muy concentrado en llenar de arena su cubo de lata. Mallory volvió a mirar a su hijo mayor y heredero, que seguía caminando con decisión hacia la roca. Aún no estaba preocupado; sin duda el chico acabaría comprendiendo que debía regresar. Sin embargo, cuando vio que las olas empezaban a llegar a las rodillas del muchacho, se levantó de la tumbona.

Aunque George ya casi no hacía pie, tan pronto como alcanzó un aguzado escollo se izó ágilmente fuera del agua y fue saltando de piedra en piedra hasta llegar a lo alto. Una vez allí, se sentó para contemplar el horizonte a sus anchas. Aunque su asignatura favorita en el colegio era la historia, resultaba evidente que nadie le había hablado todavía del rey Canuto.

Su padre observaba no sin inquietud las olas, que empezaban a rodear la roca. Esperó con paciencia a que su hijo se percatara del peligro en que se hallaba y que se diera la vuelta para pedir ayuda, pero no lo hizo. Cuando el primer roción de espuma

salpicó los pies del muchacho, el reverendo Mallory se acercó despacio a la orilla.

—Muy bien, hijo mío —murmuró al pasar junto al menor de los niños, que había empezado a construir un castillo de arena. Sin embargo, no perdió de vista ni un instante al mayor, que seguía sin mirar hacia la playa a pesar de que las olas le mojaban ya los tobillos.

El reverendo se zambulló y nadó hacia la roca, pero con cada brazada, lenta, al estilo militar, comprendía que se encontraba mucho más lejos de lo que había creído.

Por fin alcanzó su objetivo y trepó con esfuerzo por la roca. Mientras escalaba sin hacer gala de la seguridad que su hijo había mostrado momentos antes, se hizo algunos cortes en las piernas. Cuando llegó junto al muchacho, procuró que este no notara que se hallaba sin aliento y bastante enfadado.

Entonces oyó los gritos. El reverendo se volvió y vio a su mujer, de pie en la orilla, chillando desesperadamente.

—¡George! ¡George!

—Creo que deberíamos regresar, hijo —sugirió el reverendo Mallory, procurando controlar el tono de voz—. No queremos que tu madre se preocupe, ¿verdad?

—Un momento más, padre —rogó George, que seguía mirando fijamente el mar.

Sin embargo, el padre decidió que ya no podían esperar más y cogió a su hijo en brazos con cuidado.

Tardaron bastante en alcanzar la seguridad de la playa, ya que el reverendo Mallory, que cargaba con el chico, tuvo que nadar de espaldas impulsándose solo con las piernas. Así descubrió George que los viajes de regreso a veces parecen mucho más largos que los de ida.

Cuando el reverendo se desplomó en la playa, la madre corrió hacia ellos, cayó de rodillas y estrechó a su hijo contra su pecho, llorando y gritando «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias Dios mío!», sin prestar la menor atención a su agotado marido. Las dos hermanas de George, llorando en silencio, se mantenían a una prudente distancia de la marea que subía, mientras Trafford seguía construyendo su castillo, demasiado pequeño para concebir cualquier idea relacionada con la muerte.

El reverendo Mallory por fin logró sentarse y contempló a su hijo mayor, que seguía observando el mar a pesar de que la roca había desaparecido de la vista. Comprendió entonces que el muchacho carecía por completo de la sensación de miedo y de toda noción de riesgo.

Médicos, filósofos e incluso historiadores han debatido sobre la importancia de la herencia al intentar comprender y explicar el éxito o fracaso de las generaciones posteriores. Si un historiador hubiera estudiado a los padres de George Mallory, le habría resultado difícil encontrar una razón que justificara el extraño don del muchacho, por no mencionar su atractivo físico.

Los padres de George se consideraban de clase media-alta, pese a carecer de los recursos para semejante pretensión. Los feligreses de la parroquia de Mobberley, en Cheshire, consideraban al reverendo demasiado apegado a los rituales, inflexible y estrecho de miras, y compartían la opinión unánime de que su mujer se comportaba como una esnob. En consecuencia, concluían, el muchacho debía de haber heredado su talento de algún pariente lejano. En cualquier caso, el reverendo tenía plena conciencia de que su hijo mayor era un jovencito poco común, y estaba dispuesto a cualquier sacrificio para que George recibiera su educación en Glengorse, un distinguido colegio del sur de Inglaterra.

—Tendremos que apretarnos el cinturón, sobre todo si Trafford va a seguir tus pasos —decía a menudo el reverendo.

Tras sopesar aquellas palabras durante un tiempo, George acudió a su madre para preguntarle si en el sur de Inglaterra no había algún colegio al que pudieran asistir sus hermanas.

—Cielo santo, no —respondió ella con desdén—. Eso sería tirar el dinero. Además, ¿de qué serviría?

—Para empezar, significaría que Avie y Mary tendrían las mismas oportunidades que Trafford y yo —señaló George. Su madre soltó un bufido.

—Ya me dirás por qué habría que someter a las niñas a semejante calvario si no ha de servirles para encontrar un buen marido.

—¿Y no podría ser que un hombre prefiriera casarse con una mujer culta y educada?

—Eso es lo último que quieren —respondió su madre—. No tardarás en comprender que los maridos solo esperan que sus esposas les proporcionen al menos un heredero y se ocupen del servicio.

George no quedó muy convencido y decidió esperar a que se presentara el momento adecuado para plantear la cuestión a su padre.

En 1896, las vacaciones de verano de los Mallory no transcurrieron en la playa de St. Bees, sino en las montañas de Malvern Hills. Cuando la familia descubrió que ninguno de sus miembros podía mantener el ritmo de George en las excursiones, su padre hizo al menos el valiente intento de acompañarlo a las cimas más altas mientras los demás se quedaban tan contentos en los valles.

George abordó el delicado asunto de la formación de sus hermanas mientras su padre, resollando, lo seguía a varios metros de distancia.

—¿Por qué las chicas no tienen las mismas oportunidades que los hombres?

—Porque no está en el orden natural de las cosas, hijo mío.

—¿Y quién decide cuál es el orden natural de las cosas?

—Dios —respondió el reverendo Mallory, quien se sentía en terreno conocido—. Él decretó que el hombre proporcionara el sustento y el cobijo a la familia, mientras la esposa permanecía en el hogar, cuidando de los hijos.

—Pero sin duda Dios ha de saber que a menudo las mujeres han sido bendecidas con más sentido común que sus compañeros. Estoy seguro de que Él es consciente de que Avie es mucho más inteligente que Trafford o yo.

El reverendo Mallory se quedó rezagado, pues necesitaba algo de tiempo para sopesar el razonamiento de su hijo, y un poco más aún para decidir cómo responderle.

—Los hombres son por naturaleza superiores a las mujeres —explicó al fin, no del todo convencido, tras lo cual añadió débilmente—: Y no deberíamos intentar alterar la naturaleza.

—En ese caso, padre, ¿cómo es que la reina Victoria se ha mantenido en el trono durante más de sesenta años?

—Simplemente porque no había un príncipe varón que pudiera heredar la Corona —contestó su padre, con la sensación de que se estaba adentrando en territorios inexplorados.

—Entonces fue una suerte para Inglaterra que tampoco hubiera ningún heredero varón cuando la reina Isabel ascendió al trono —comentó George—. Quizá haya llegado el momento de permitir que las chicas tengan las mismas oportunidades que los chicos para abrirse paso en el mundo.

—Eso nunca debería ocurrir —farfulló su padre—, porque alteraría el orden natural de la sociedad. Si las cosas fueran como tú dices, ¿cómo iba tu madre a encontrar una cocinera o una doncella?

—Un hombre podría realizar ese trabajo —repuso el niño, candorosamente.

—¡Cielo santo, George! —Exclamó su padre—. Creo que te estás convirtiendo en un librepensador. Espero que no hayas prestado atención a los desvaríos de ese tal

George Bernard Shaw.

—No, padre, pero sí he leído algunos de sus panfletos.

No resulta infrecuente que los padres sospechen que su prole es más inteligente que ellos mismos, pero el reverendo Mallory no estaba dispuesto a admitir tal cosa cuando su hijo mayor apenas acababa de cumplir los diez años.

George se disponía a lanzar la siguiente pregunta cuando advirtió que su padre se estaba quedando cada vez más rezagado. Desde luego, en cuestión de subir montañas, el reverendo Mallory se había visto obligado a aceptar desde hacía tiempo que su hijo se hallaba en un nivel superior.

3

George no lloró cuando sus padres lo enviaron al internado. Y no porque no tuviera ganas, sino porque otro chico, vestido con la misma chaqueta roja e idéntico pantalón gris, berreaba a moco tendido al otro lado del vagón.

Guy Bullock provenía de un mundo completamente distinto al suyo. No fue capaz de aclararle exactamente cómo se ganaba la vida su padre, pero fuera cual fuese su oficio, la palabra «fábrica» apareció más de una vez en la explicación, algo que sin duda su madre no habría aprobado. Otro aspecto quedó en evidencia cuando Guy le relató las vacaciones que había pasado con su familia en los Pirineos: ese muchacho nunca había tenido que escuchar la frase «tendremos que apretarnos el cinturón». A pesar de todo, cuando llegaron por la tarde a la estación de Eastbourne, ya se habían hecho inseparables.

Los dos muchachos dormían en camas contiguas en el dormitorio de los pequeños, se sentaban juntos en clase y, cuando iniciaron el último curso en Glengorse, nadie se sorprendió de que acabaran compartiendo el cuarto de estudio. Pese a que George superaba a Guy en casi todo, este nunca daba muestras de molestarse por ello. Lo cierto era que parecía disfrutar con los éxitos de su amigo, incluso cuando George fue elegido capitán del equipo de fútbol y acabó obteniendo una beca para ir a Winchester. Guy confesó a su padre que él no habría conseguido una plaza en esa institución de no ser porque George siempre lo animaba a que se aplicara más en sus estudios.

Mientras Guy comprobaba los resultados de los exámenes de ingreso colgados en el tablón de anuncios, su amigo parecía mucho más interesado en el aviso que había justo debajo. El señor Deacon, el profesor de química, invitaba a los alumnos que terminaban ese año los estudios a acompañarlo durante unas vacaciones en Escocia, practicando la escalada. Guy no sentía un interés especial por el montañismo, pero al ver que George ya se había inscrito en la lista, inmediatamente añadió su nombre.

George nunca había sido uno de los alumnos predilectos del señor Deacon, acaso porque la química no era una materia en la que destacara; no obstante, dado que su pasión por la montaña superaba con creces su indiferencia por los mecheros Bunsen o el papel tornasol, decidió que no le quedaba más remedio que soportar lo mejor posible al señor Deacon. Al fin y al cabo, confesó a Guy, si aquel tipo desagradable se tomaba la molestia de organizar una salida a la montaña todos los años, no podía ser tan mala persona.

Desde el mismo instante en que llegaron a las desoladas Highlands, George se sintió transportado a otro mundo. Durante el día recorría los parajes cubiertos de brezo y helechos, y por la noche, a la luz de una vela, se sentaba en su tienda para leer *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde* antes de caer dormido, muy a su pesar.

Cada vez que el señor Deacon se disponía a ganar una nueva cima, George se quedaba con los últimos miembros del grupo, considerando la ruta de ascenso que su maestro había elegido. En un par de ocasiones fue lo bastante audaz para sugerirle un camino alternativo, pero el profesor hizo caso omiso de sus propuestas y se limitó a recordarle que llevaba dieciocho años organizando escaladas en Escocia, además de conminarle a que no olvidara el valor de la experiencia. George volvió con los demás y siguió caminando tras su maestro por los senderos trillados.

Todas las noches, durante la cena, en la que George tuvo ocasión de probar por primera vez el salmón y la cerveza de jengibre, el señor Deacon dedicaba un tiempo considerable a exponer sus planes para el día siguiente.

—Mañana nos enfrentaremos a nuestra prueba más difícil, pero tras diez días en las Highlands creo que estarán ustedes más que preparados para superar el reto — declaró el profesor. Una docena de rostros expectantes lo miraron fijamente, esperando que continuara—. Intentaremos escalar la cumbre más alta de Escocia.

—El Ben Nevis —intervino George—, de mil trescientos cuarenta y cuatro metros —añadió, a pesar de que nunca había visto aquella montaña.

—En efecto —asintió el señor Deacon, claramente molesto por la interrupción—. Una vez hayamos llegado a la cima, almorzaremos mientras disfrutamos de unas de las mejores vistas de las islas Británicas. Dado que debemos estar de regreso en el campamento antes del anochecer, y puesto que el descenso siempre es el capítulo más difícil de cualquier escalada, se presentarán a desayunar a las siete, de modo que podamos partir a las ocho en punto.

Guy prometió despertar a su amigo a la mañana siguiente, a las seis, ya que George con frecuencia se quedaba dormido y se perdía el desayuno, cosa que en ningún caso disuadiría al señor Deacon de ajustarse a ese horario más propio de unas maniobras militares. Sin embargo, George estaba tan entusiasmado ante la idea de escalar el pico más alto de Escocia que al día siguiente fue él quien despertó a su amigo. También fue de los primeros en unirse al señor Deacon para el desayuno, y después se sentó ante su tienda, impaciente, mucho antes de que el resto del grupo estuviera listo para partir.

El señor Deacon miró su reloj y exactamente a las ocho y un minuto se puso en marcha a paso vivo por el camino que conducía al pie de la montaña.

—¡Ensayo de silbato! —gritó cuando llevaban caminando algo más de un kilómetro.

Todos los chicos, salvo uno, sacaron sus silbatos y soplaron con fuerza la señal que, llegado el caso, indicaría que estaban en peligro y necesitaban ayuda. El señor Deacon no pudo evitar que una ligera sonrisa aflorara a sus finos labios cuando advirtió cuál de sus pupilos no había obedecido la orden.

—¿Debo suponer, Mallory, que ha olvidado su silbato?

—Sí, señor —confesó George, muy disgustado porque Deacon lo hubiera pillado en falta.

—Entonces tendrá usted que regresar inmediatamente al campamento, recogerlo e intentar reincorporarse al grupo antes de que iniciemos la escalada.

George no perdió el tiempo protestando. Desanduvo el camino a toda prisa y, al llegar al campamento, entró a gatas en su tienda, donde encontró el silbato encima del saco de dormir. Soltó una imprecación, lo cogió y salió corriendo con la esperanza de encontrar a sus compañeros antes de que empezaran el ascenso. Sin embargo, cuando llegó al pie de la montaña, la pequeña serpiente de escaladores ya había empezado a subir. Guy Bullock, que cerraba la marcha, miraba constantemente hacia atrás con la esperanza de ver a su amigo. Se sintió aliviado al comprobar que George corría frenéticamente tras ellos y le hizo señales con la mano. Mallory le devolvió el gesto mientras el grupo continuaba su lento avance por la montaña.

—No se salga del camino —habían sido las últimas palabras que había oído de labios de Deacon antes de que desaparecieran tras el primer recodo.

Cuando perdió de vista al grupo, George se detuvo y contempló la montaña, bañada por el cálido y brumoso resplandor matinal. Las rocas vivamente iluminadas y las gargantas en sombra sugerían cientos de caminos distintos para llegar a la cumbre, todos ellos descartados por el señor Deacon y su fiel tropa de montañistas en favor del itinerario recomendado en la guía excursionista.

Los ojos de George se fijaron en una línea serpenteante, seguramente el lecho seco de algún arroyo que fluía durante nueve meses al año, pero no en esa época. Salió del sendero, haciendo caso omiso de las flechas indicadoras, y se encaminó hacia la falda de la montaña. Sin pensarlo dos veces, se encaramó al primer peñasco, como un gimnasta que subiera a la barra fija, y con gran agilidad empezó a pasar de roca en roca y de apoyo en apoyo sin vacilar ni un instante ni mirar abajo en ninguna ocasión. Solo se detuvo un momento, cuando se topó con un afloramiento dentado situado a unos trescientos metros del pie de la montaña. Estudió el terreno unos momentos para localizar una nueva ruta y se puso en marcha de nuevo. En ocasiones sus pies se apoyaban en huecos gastados, mientras que otras seguían caminos vírgenes. No volvió a detenerse hasta que estuvo a medio camino de la cima. Miró la hora: las nueve y siete minutos. Se preguntó a qué cota habrían llegado el señor Deacon y sus compañeros.

Ante él distinguió un sendero que parecía haber sido utilizado por animales o escaladores expertos. Fue siguiéndolo hasta llegar ante una imponente losa de granito, una puerta cerrada a cal y canto que impedía el paso hacia la cima. Estuvo un rato sopesando las alternativas: podía volver sobre sus pasos o bien tomar el camino más largo que rodeaba la roca y que, sin duda, lo devolvería a la seguridad del camino señalado. Ambas opciones añadían un tiempo considerable al ascenso. Se hallaba sumido en estas reflexiones cuando una oveja, que evidentemente no estaba acostumbrada a que la molestaran los humanos, soltó un balido quejumbroso en lo alto de un saliente situado por encima de él y escapó ladera arriba, revelando sin querer al intruso el camino que debía tomar. El muchacho sonrió.

George buscó un asidero al que agarrarse antes de apoyarse en él y, lentamente, empezó a escalar. No miró hacia abajo ni una sola vez mientras trepaba por la pared vertical de granito, buscando los salientes a los que aferrarse con los dedos y cualquier punto de apoyo, por pequeño que fuera. Cada vez que hallaba uno, se encaramaba y lo utilizaba para afianzar los pies. Aunque la losa no debía de tener más de quince metros, transcurrieron más de veinte minutos antes de que George lograra superarla y contemplar por primera vez la cima del Ben Nevis. Su recompensa por haber tomado la ruta más difícil fue inmediata porque a partir de ese momento, solo le quedaba una ligera pendiente hasta la cumbre.

Empezó a caminar a paso vivo por el poco frecuentado sendero y, cuando alcanzó lo alto de la montaña tuvo la sensación de hallarse en el techo del mundo. No le sorprendió comprobar que el señor Deacon y los demás no habían llegado todavía. Se sentó solo en la cumbre y contempló el paisaje que se extendía a sus pies. Pasaron sesenta minutos antes de que el profesor apareciera encabezando a sus fieles montañeses, que empezaron a vitorear y a dar palmadas a la solitaria figura que se hallaba sentada en la cima.

Visiblemente irritado, el señor Deacon caminó con decisión hasta el joven.

—¡Mallory! ¿Se puede saber cómo se las ha arreglado para adelantarnos? —quiso saber.

—No los he adelantado, señor —contestó George—. He encontrado un camino alternativo. La expresión del rostro de Deacon puso de manifiesto su incredulidad.

—Como le he explicado muchas veces, Mallory, el descenso siempre es mucho más complicado que la subida, aunque solo sea porque ha empleado buena parte de sus energías para alcanzar la cima. Eso es algo que a los novatos les cuesta comprender —dijo el señor Deacon que, tras una pausa para causar mayor efecto añadió—: Y cuando lo hacen, es a menudo a un alto precio —concluyó. George no hizo comentario alguno—. Asegúrese de permanecer con el grupo durante la bajada.

Cuando los chicos hubieron dado buena cuenta de sus almuerzos, el señor Deacon ordenó que formaran una fila antes de ocupar su lugar en cabeza. De todas maneras, no se puso en marcha hasta que hubo visto a George Mallory en un grupo, charlando con su amigo Bullock, y sin duda le habría ordenado que se situara con él, delante, si hubiera llegado a oír sus palabras: «Nos veremos en el campamento, Guy».

Hubo un aspecto en el que George no tuvo más remedio que dar la razón al señor Deacon: el descenso de la montaña no solo resultó más difícil que el ascenso, sino también más peligroso, y, tal como había predicho, le llevó mucho más tiempo.

Anocheecía ya cuando el señor Deacon llegó al campamento seguido por su tropa de agotados montañeses. Ninguno de ellos dio crédito a lo que vio: George Mallory estaba cómodamente tumbado, bebiendo cerveza de jengibre y leyendo un libro.

Guy Bullock estalló en carcajadas, pero al maestro no le hizo la menor gracia y obligó a George a ponerse en posición de firmes mientras le soltaba una larga y severa reprimenda sobre la necesidad de observar las normas de seguridad en la

montaña. Una vez finalizada su diatriba, le ordenó que se bajara el pantalón y se inclinara hacia delante. El señor Deacon no tenía a mano la vara que solía utilizar, de manera que se quitó el cinturón con el que sujetaba su pantalón corto color caqui y administró seis azotes en las nalgas desnudas del muchacho. Sin embargo, y a diferencia de la oveja, George no soltó ni un quejido.

Al amanecer de la mañana siguiente, el profesor acompañó a George a la estación de tren más cercana, donde le compró un billete y le entregó una carta con órdenes precisas para que se la entregara a su padre nada más llegar a Mobberley.

—¿Por qué vuelves tan pronto? —preguntó el padre de George.

El muchacho le dio el sobre y permaneció en silencio. Mientras el reverendo Mallory lo abría y leía las palabras del señor Deacon, frunció los labios en un intento de disimular su sonrisa. Luego, miró a su hijo y lo amonestó con un gesto del dedo.

—Hijo mío, en el futuro debes recordar que has de tener más tacto y procurar no dejar en ridículo a los que son mayores y mejores que tú.

1905

4

Lunes, 3 de abril de 1905

La familia se hallaba sentada alrededor de la mesa del desayuno cuando la doncella entró con el correo de la mañana. Dejó las cartas en un pequeño montón ante el reverendo Mallory junto con un abrecartas de plata: un ritual que realizaba todos los días.

Deliberadamente el padre de George hizo caso omiso de la pequeña ceremonia mientras untaba con mantequilla otra tostada: era consciente de que su hijo llevaba varios días esperando el informe de fin de curso. No obstante, George fingía la misma indiferencia mientras hablaba con su hermano acerca de las hazañas de los hermanos Wright en Estados Unidos.

—Si quieres saber mi opinión —intervino su madre—, no me parece natural. Dios creó a los pájaros para que volaran, no así a los seres humanos. Y haz el favor de no apoyar los codos en la mesa, George.

Las chicas no manifestaron su parecer: sabían que si no estaban de acuerdo con su madre, ella se limitaría a sentenciar que a los hijos había que verlos pero no oírlos. Sin embargo, dicha regla no parecía aplicarse a los varones.

El padre de George no se unió a la conversación, sino que se dedicó a examinar los distintos sobres, intentando determinar cuáles eran importantes y cuáles podían esperar. Una cosa era segura: cualquiera que pareciera contener peticiones de pago de los comerciantes locales permanecería en la parte inferior del montón y sin abrir hasta pasados varios días.

El reverendo Mallory decidió que había dos misivas que merecían su atención inmediata: una con el matasellos de Winchester y otra con un escudo de armas grabado en la solapa. Tomó un sorbo de té y sonrió a su hijo mayor, que seguía fingiendo el más absoluto desinterés por la comedia que se desarrollaba en el otro extremo de la mesa.

Al final cogió el abrecartas y rasgó el más liviano de los dos sobres, que contenía la carta del obispo de Chester. Su Gracia le confirmaba que estaría encantado de pronunciar un sermón en la iglesia de la parroquia de Mobberley, suponiendo, desde

luego, que pudieran acordar una fecha adecuada. El padre de George pasó la carta a su esposa, quien esbozó una sonrisa al ver el blasón.

El reverendo Mallory se tomó su tiempo para abrir el segundo sobre, fingiendo no darse cuenta de que las conversaciones en la mesa habían cesado de golpe. Cuando hubo extraído el cuadernillo, empezó a pasar lentamente las páginas, examinando su contenido. Sonrió primero, frunció el ceño luego, pero a pesar del prolongado silencio, siguió sin manifestar opinión alguna. Aquella situación era demasiado excepcional para no disfrutar de ella un poco más.

Por fin, miró a George antes de volver a centrarse en el boletín:

—«Segundo premio en historia, con un ochenta y seis por ciento». —Leyó—: «Ha trabajado bien durante el semestre, con buenos resultados en los exámenes y un loable trabajo sobre Gibbon. Confío en que decida ampliar el tema en la universidad». —El reverendo sonrió antes de pasar a la siguiente página—. «Quinta plaza en inglés, con un setenta y cuatro por ciento. Un prometedor ensayo sobre Boswell, pero necesita dedicar un poco más de tiempo a Milton y Shakespeare y no tanto a Robert Louis Stevenson». —Entonces fue George quien sonrió. El padre prosiguió—: «Séptimo en latín, con un sesenta y nueve por ciento. Excelente traducción de Ovidio, muy por encima del nivel que Oxford y Cambridge exigen a sus aspirantes. Decimocuarto en matemáticas, con un cincuenta y seis por ciento, solo un uno por ciento por encima del nivel de ingreso». —Su padre hizo una pausa, frunció el ceño y siguió leyendo—. «Vigésimo noveno en química...». —El reverendo alzó la mirada—. ¿Cuántos sois en clase? —preguntó.

—Treinta —contestó George, aunque sabía perfectamente que su padre ya conocía la respuesta.

—Sin duda tu amigo Guy Bullock ha evitado que quedaras el último —comentó con sequedad antes de volver al informe—. «... Con un veintiséis por ciento. Manifiesta muy poco interés en realizar experimentos; recomendamos que descarte la materia si tiene intención de proseguir con sus estudios».

George se mantuvo en silencio mientras su padre desdoblaba la carta adjunta al boletín. Esta vez, el reverendo no tuvo en ascuas a toda la mesa.

—Tu tutor, el señor Irving —anunció—, opina que en septiembre deberías poder obtener una plaza en Cambridge. —Hizo una pausa—. Debo decir que me parece una elección sorprendente, teniendo en cuenta que se trata de una de las zonas más llanas de todo el país.

—Y esa, padre, es precisamente la razón de que confíe en que me permitirás visitar Francia este verano, para que así pueda ampliar mi formación.

—¿París? —Inquirió el reverendo Mallory, arqueando una ceja—. ¿Qué tienes en mente, hijo mío, el Moulin Rouge?

La señora Mallory fulminó a su marido con la mirada para dejar bien claro que no aprobaba comentarios tan osados como ese ante las niñas.

—No padre, no estaba pensando en el rojo del Moulin Rouge, precisamente, sino

en el blanco del Mont Blanc.

—¿Pero no sería muy peligroso? —objetó su madre en tono angustiado.

—Ni la mitad de peligroso que el Moulin Rouge —comentó el reverendo.

—No debes preocuparte por lo uno ni por lo otro, madre —aseguró George, riendo—. Mi tutor me acompañará todo el tiempo, y no solo es miembro del Alpine Club, sino que también actuará de carabina en caso de que me presenten a alguna chica.

El padre de George permaneció en silencio durante un momento. Nunca comentaba el coste de las cosas delante de sus hijos, pero sin duda se había sentido aliviado al saber que el muchacho había obtenido una beca para ir a Winchester que le sufragaría ciento setenta de las doscientas libras anuales que costaba la matrícula. El dinero no era un asunto que debiera discutirse durante el desayuno, aunque pocas veces dejaba de tenerlo presente.

—¿Cuándo tienes la entrevista para Cambridge?

—El jueves de la semana próxima.

—Pues te comunicaré mi decisión el viernes siguiente.

Jueves, 13 de abril de 1905

Aunque Guy despertó a su amigo con tiempo, George se las arregló para llegar tarde al desayuno, según dijo, porque había tenido que afeitarse, técnica que todavía no dominaba.

—¿No se supone que hoy debe asistir usted a su entrevista en Cambridge? —le preguntó su tutor cuando vio que George se servía una segunda ración de *porridge*.

—Sí, señor —contestó el joven.

—Pues si mal no recuerdo —añadió el señor Irving, mirando su reloj—, el tren a Londres sale dentro de menos de media hora. No me extrañaría nada que los otros candidatos estuvieran ya esperando en el andén.

—Todos ellos hambrientos y necesitados de sus perlas de sabiduría —repuso George con una sonrisa traviesa.

—No lo creo —contestó el señor Irving—. Les dije lo mismo cuando bajaron a desayunar a primera hora porque me parecía esencial que no llegaran tarde a sus entrevistas. Si cree usted, señor Mallory, que soy excesivamente puntilloso en cuanto a la puntualidad, espere a conocer al señor Benson.

George acercó su plato de *porridge* a Guy, se levantó despacio y salió del comedor caminando lentamente, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo. Una vez fuera, no obstante, echó a correr, cruzó el patio a toda velocidad y entró en el edificio de los dormitorios como si pretendiera batir un récord olímpico. Subió los peldaños de la escalera de tres en tres hasta el último piso y entonces recordó que no había hecho el equipaje para pasar la noche fuera. Sin embargo, cuando entró en tromba en su estudio, descubrió aliviado que su pequeña maleta de cuero estaba preparada y junto a la puerta. Sin duda su amigo había previsto que, una vez más, lo dejaría todo para el último minuto.

—¡Gracias, Guy! —exclamó en voz alta, confiando en que este disfrutara de un bien merecido segundo plato de *porridge*.

Cogió la maleta, saltó de dos en dos los escalones al bajar y volvió a cruzar el patio corriendo hasta detenerse ante la garita del portero.

—¿Dónde está el cabriolé de la escuela, Simkins? —preguntó desesperadamente.

—Se fue hará unos quince minutos, señor.

—¡Maldita sea! —masculló George antes de echar a correr hacia la estación, confiando en poder alcanzar el tren.

Mientras recorría las calles a toda prisa, lo asaltó la desagradable sensación de haber olvidado algo. De todas maneras, fuera lo que fuese, ya no tenía tiempo de volver a buscarlo. Cuando dobló la esquina de Station Hill, vio que una columna de humo negro se elevaba en el aire. ¿Era el tren que llegaba o el que salía? Apresuró la marcha, pasó corriendo ante el sorprendido revisor y salió al andén justo cuando el

guardavías agitaba la bandera verde, subía a la plataforma del último vagón y cerraba la puerta tras él.

George echó a correr en pos del tren que empezaba a alejarse, pero los dos llegaron al final del andén en el mismo momento. El guardavías le sonrió compasivamente mientras el convoy ganaba velocidad y desaparecía tras una cortina de humo.

—¡Maldita sea! —repitió George. El chico se volvió y descubrió que el revisor corría hacia él.

—¿Puedo ver su billete, señor? —le preguntó el hombre, respirando entrecortadamente.

En ese momento George recordó lo que había olvidado. Dejó caer la maleta en el andén, la abrió y montó un espectáculo revolviendo entre la ropa como si estuviera buscando el billete que, como sabía de sobra, se había quedado en su mesilla de noche.

—¿Cuándo pasa el siguiente tren para Londres? —preguntó, como si tal cosa.

—Sale cada hora en punto —fue la inmediata respuesta—. Pero sigue faltándole el billete.

—¡Maldita sea! —Masculló George por tercera vez, consciente de que no podía perder el siguiente tren—. Debo de habérmelo dejado en el colegio —añadió con aire de desamparo.

—En ese caso, tendrá que comprar otro —contestó el revisor.

George sintió que la desesperación se apoderaba de él. ¿Llevaba dinero encima? Rebuscó en los bolsillos de su traje y descubrió con gran alivio la media corona que su madre le había regalado por Navidad y que ya había dado por perdida. Siguió humildemente al revisor hasta la taquilla, donde compró un billete de ida y vuelta de tercera clase de Winchester a Cambridge por el precio de un chelín y seis peniques. Luego regresó al andén y adquirió un ejemplar del *Times* en el quiosco, con lo cual se desprendió de otro penique. Se sentó en un incómodo banco de madera y abrió el periódico para enterarse de lo que ocurría en el mundo.

El primer ministro, Arthur Balfour, alababa la nueva *Entente Cordiale* que Inglaterra y Francia acababan de firmar, y prometía al pueblo británico que, en el futuro, las relaciones con el país galo mejorarían. George pasó las páginas y leyó un artículo sobre Theodore Roosevelt, que recientemente había sido elegido para un segundo mandato como presidente de Estados Unidos. Cuando el tren a Londres entró a las nueve en punto, entre nubes de vapor, George estaba leyendo los anuncios clasificados de la última página, que ofrecían de todo, desde lociones crecepelo hasta sombreros de copa.

Comprobó con alivio que el tren era puntual y aún con más alivio que llegaba a la estación de Waterloo con cinco minutos de adelanto. Saltó del vagón, corrió por el andén y salió a la calle donde, por primera vez en su vida, alquiló una calesa en lugar de esperar el siguiente tranvía a King's Cross, un dispendio que sin duda su padre

habría desaprobado. Sin embargo, el enfado de su padre sería mucho mayor si no llegaba puntual a su entrevista con el señor Benson y perdía por ello la oportunidad de ser aceptado en Cambridge.

—A King's Cross —indicó al cochero mientras subía.

El hombre hizo restallar el látigo y el viejo jamelgo empezó a recorrer cansinamente las calles de Londres. George miraba el reloj cada cinco minutos, aunque confiaba en llegar a tiempo para su entrevista de las tres en punto con el tutor principal del Magdalene College.

Cuando llegaron a King's Cross, George descubrió que el siguiente tren a Cambridge salía en quince minutos, y se relajó por primera vez ese día. Sin embargo, no había previsto que el tren iba a detenerse en todas las estaciones, desde Finsbury Park hasta Stevenage, de modo que cuando por fin lo hizo en Cambridge, el reloj de la estación marcaba las dos y treinta y siete de la tarde.

George fue el primero en apearse y, tan pronto como le marcaron el billete, se puso a buscar otra calesa, pero fue en vano. Empezó a correr calle arriba, siguiendo las señales hacia el centro de la ciudad, aunque no tenía la menor idea de qué dirección debía tomar. Detuvo a varios transeúntes para preguntarles si podían indicarle el camino hacia el Magdalene College, pero no tuvo éxito hasta que abordó a un joven ataviado con toga y birrete, quien le brindó instrucciones claras. Tras liarle las gracias, George se puso nuevamente en marcha y buscó el puente que cruzaba el río Cam. Lo estaba atravesando a todo correr cuando a lo lejos un reloj marcó las tres en punto. Sonrió con alivio: al fin y al cabo, solo llegaría un par de minutos tarde.

Al otro extremo del puente se detuvo ante un enorme portalón de roble. Tras girar el picaporte y empujar, descubrió que los batientes no se movían. Golpeó un par de veces con la aldaba y esperó un poco, pero nadie respondió a su llamada. Miró el reloj: las tres y cuatro minutos de la tarde. Aporreó de nuevo la puerta, sin éxito. No irían a denegarle la entrada solo por haber llegado unos pocos minutos tarde, ¿o sí?

Siguió insistiendo hasta que oyó una llave girar en la cerradura. La puerta se entreabrió y apareció un hombre bajo y encorvado, tocado con un sombrero hongo.

—El colegio está cerrado, señor —fueron sus únicas palabras.

—Pero tengo una entrevista con el señor Benson, a las tres.

—El jefe de tutores me dio órdenes tajantes de cerrar a las tres en punto, especificando que después de esa hora no dejara entrar a nadie.

—Pero, yo... —empezó a decir George, pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Vio que le cerraban la puerta en las narices mientras oía el ruido de la llave girando nuevamente en la cerradura.

Empezó a aporrear el batiente con los puños, aunque sabía que nadie acudiría en su auxilio, y maldijo su propia estupidez. ¿Qué explicaría cuando la gente le preguntara qué tal había ido la entrevista? ¿Qué diría al señor Irving cuando volviera esa misma noche? ¿Cómo se enfrentaría a Guy, que sin duda se presentaría puntualmente a la entrevista que tenía la semana siguiente? Lo que sí sabía era cuál

iba a ser la reacción de su padre: ¡el primer Mallory en cuatro generaciones que no estudiaría en Cambridge! En cuanto a su madre... Se preguntó si podría volver a casa algún día.

Contempló, ceñudo, el pesado portalón de roble que le impedía la entrada y pensó en llamar por última vez, aunque era consciente de que no serviría de nada. Se preguntó si no habría otra forma de entrar, pero puesto que el río Cam rodeaba todo el lado norte del Magdalene College como un foso, no había otro acceso posible. A menos que... George alzó la vista y contempló el alto muro que rodeaba el colegio. Entonces se puso a pasear, como si examinara la pared de piedra de una montaña. No tardó en localizar varios huecos y grietas creados por cuatrocientos cincuenta años de lluvia, viento, hielo, nieve y sol; y, a partir de ahí, una posible ruta.

Encima del portalón había un gran arco de piedra, cuyo borde se hallaba a escasa distancia de un alféizar que serviría perfectamente de punto de apoyo. Más arriba descubrió otra pequeña ventana y otro alféizar, desde donde podría alcanzar el alero de tejas que, imaginó, tendría su equivalente al otro lado del edificio.

Dejó su maleta en la acera —nunca había que cargar con lastre innecesario en ninguna escalada—, introdujo la punta del pie en un hueco situado a unos treinta centímetros del suelo y se impulsó hacia arriba con la pierna izquierda, agarrándose a un pequeño saliente que le permitió trepar hacia el arco de piedra. Varios transeúntes se detuvieron para observar sus progresos y, cuando por fin consiguió encaramarse al alero, lo recompensaron con unos aplausos discretos.

George estudió el otro lado del muro. Como de costumbre, el descenso iba a resultar más complicado que el ascenso. Pasó la pierna izquierda y se dejó caer lentamente hasta quedar colgando del vierteaguas con ambas manos, mientras tanteaba con los pies en busca de un punto de apoyo. Cuando encontró el alféizar, decidió soltar una mano. En ese momento le resbaló el zapato y los dedos que todavía se agarraban al canalón perdieron presa. Acababa de romper la regla de oro que ordenaba mantener siempre tres puntos de contacto. Fue consciente de que iba a caer, para lo cual se había preparado asiduamente en la barra fija del gimnasio del colegio, aunque desde luego, no desde tanta altura. Se soltó y tuvo su primer golpe de suerte del día al aterrizar sobre un parterre de flores, húmedo y mullido, en el que rodó.

Se levantó y se topó con un caballero de avanzada edad que lo miraba fijamente. George se preguntó si el pobre hombre creería hallarse ante un vulgar ladrón.

—¿Puedo ayudarlo, joven? —preguntó el desconocido.

—Gracias, señor —contestó George—. Tengo una cita con el señor Benson.

—A esta hora se hallará en su oficina.

—Lo siento, señor, pero no sé dónde se encuentra su despacho.

—Cruce el arco de la Junta de Gobierno —le indicó, señalando un punto al otro lado del césped— y vaya por el segundo pasillo a la derecha. Verá su nombre grabado en la puerta.

—Muchas gracias, señor —contestó George, agachándose para atarse los

cordones de los zapatos.

—De nada, de nada —repuso el anciano caballero antes de encaminarse a las dependencias de los profesores.

George cruzó corriendo el césped, pasó bajo el arco y entró en un magnífico patio isabelino. Al llegar al segundo pasillo, se detuvo para comprobar los nombres del tablón. «A. C. Benson. Jefe de tutores. 3.º piso». Subió corriendo la escalera y cuando llegó a la planta indicada se detuvo ante el despacho del señor Benson para recuperar el aliento. Luego, llamó suavemente a la puerta.

—Entre —contestó una voz. George abrió y se adentró en los dominios del jefe de tutores. Un hombre corpulento, de rostro rubicundo y gran mostacho lo miró. Bajo la toga llevaba un traje a cuadros y una pajarita de lunares amarillos, y estaba sentado tras un enorme escritorio cubierto de libros encuadernados en piel y trabajos de sus alumnos—. ¿En qué puedo ayudarlo, joven? —preguntó, tirándose de las solapas de su toga.

—Me llamo George Mallory, señor. Tengo cita con usted para una entrevista.

—Sería más exacto decir que «tenía» cita para una entrevista, Mallory. Lo esperaba a usted a las tres en punto, y di órdenes estrictas de que no permitieran la entrada de ningún candidato pasada esa hora. Así pues, me veo obligado a preguntarle cómo ha conseguido entrar.

—He escalado el muro de la facultad, señor.

—¿Qué? —Preguntó el señor Benson, levantándose de su escritorio con una expresión de incredulidad en el rostro—. Sígame, Mallory —ordenó.

George no dijo una palabra mientras el hombre lo guiaba escalera abajo y a través del patio, hasta la garita de entrada. El portero se puso en pie de un salto al ver llegar al jefe de tutores.

—Harry —dijo el señor Benson—, ¿ha permitido usted que este candidato entrara pasadas las tres en punto de la tarde?

—No, señor. Desde luego que no —repuso el empleado, mirando al joven con incredulidad. El señor Benson se volvió y se encaró con George.

—Veamos, muéstreme exactamente por dónde ha entrado.

George condujo a los dos hombres al jardín de los miembros de la Junta de Gobierno y les mostró las huellas que había dejado en el parterre. El jefe de tutores no parecía convencido del todo. El portero, por su parte, no expresó opinión alguna.

—Mallory, si tal como asegura ha entrado escalando, seguramente podrá salir del mismo modo —señaló el señor Benson, quien cruzó los brazos y retrocedió un paso.

George paseó despacio por el camino, contemplando detenidamente la pared hasta que determinó la ruta que iba a seguir. El jefe de tutores y el portero observaron con asombro al joven mientras este trepaba hábilmente por la pared sin detenerse, hasta que pasó una pierna al otro lado y se sentó a horcajadas encima del muro.

—¿Puedo bajar ya, señor? —preguntó George entonces, en tono quejumbroso.

—Desde luego, muchacho —contestó el señor Benson sin vacilar—. Es evidente

que nada va a impedirle entrar en esta universidad.

Sábado, 1 de julio de 1905

Cuando George aseguró a su padre que no tenía ninguna intención de visitar el Moulin Rouge, estaba diciendo la verdad. Y, en efecto, el reverendo Mallory recibió una carta del señor Irving acompañada de un detallado itinerario de su visita a los Alpes que no incluía ninguna escala en París. Pero eso fue antes de que George salvara la vida del señor Irving, fuera detenido por alteración del orden público y pasara una noche entre rejas.

La madre de George no era capaz de ocultar su desasosiego cuando su hijo salía de escalada, pero siempre le deslizaba un billete de cinco libras en el bolsillo de la chaqueta con el ruego de que no dijera nada a su padre.

George se reunió con Guy y el señor Irving en Southampton, donde embarcaron en el *ferry* con destino a Le Havre. Cuando cuatro horas más tarde llegaron al puerto francés, un tren los esperaba para llevarlos a Martigny. George pasó la mayor parte del viaje mirando por la ventanilla.

Se acordó de la pasión por la puntualidad del señor Irving cuando, al apearse del tren, encontraron un carruaje esperándolos. Con un restallido del látigo del cochero, el pequeño grupo partió a paso vivo hacia las montañas, con lo que George pudo estudiar aún más de cerca alguno de los desafíos que se alzaban ante él.

Había anochecido ya cuando los tres se registraron en el hotel Lion d'Or, en Bourg St. Pierre, al pie de los Alpes. Durante la cena, el señor Irving extendió un plano sobre la mesa y expuso sus planes para los quince días siguientes, indicando las montañas que intentarían escalar: el Gran San Bernardo (2473 metros), el Mont Vélan (3734 metros), y el Grand Combin (4314 metros). Si lograban coronar los tres, lo intentarían con el Monte Rosa (4634 metros).

George estudió el mapa con gran atención, impaciente ya porque llegara el día siguiente. Guy permaneció silencioso. A pesar de que era bien sabido que el señor Irving escogía solamente a los alpinistas más dotados de entre todos sus pupilos para que lo acompañaran en su excursión anual a los Alpes, Guy empezaba a preguntarse si había hecho bien inscribiéndose.

Por su parte, George no compartía semejantes preocupaciones. Aun así, el tutor se llevó una sorpresa al día siguiente, cuando alcanzaron lo alto del paso del Gran San Bernardo en un tiempo récord. Aquella noche, durante la cena, George le pidió permiso para encabezar la cordada cuando acometieran el Mont Vélan.

El señor Irving sabía que George era el estudiante montañista más dotado con el que se había cruzado y que poseía un talento innato sin duda superior al de su veterano profesor. No obstante, era la primera vez que un pupilo le pedía ir por delante de él..., por no mencionar el hecho de que solo era el segundo día de expedición.

—Le permitiré que nos guíe en las pendientes inferiores del Mont Velan, pero cuando llegemos a los mil quinientos metros yo encabezaré el ascenso.

El señor Irving no llegó a encabezar nada porque, al día siguiente, George condujo al grupo con la destreza y seguridad de un alpinista experto, e incluso se permitió mostrar a su tutor unas cuantas rutas que este nunca había tenido en cuenta en el pasado. Cuando dos días después coronaron el Grand Combin en menos tiempo aun del conseguido por Irving, este pasó de maestro a pupilo.

Lo único que en esos momentos parecía interesar a George era cuándo le permitirían lanzarse contra el Mont Blanc.

—Todavía no, tenga paciencia —le dijo el señor Irving—. Ni siquiera yo lo intentaría sin contar con un guía profesional. De todas maneras, cuando este otoño ingrese en Cambridge, le daré una carta de presentación para Geoffrey Young, el alpinista más experto del país. Él decidirá cuándo estará usted preparado para enfrentarse a tan especial dama.

Pese a ello, el señor Irving consideró que estaban preparados para enfrentarse al Monte Rosa, y George los condujo hasta la cima sin el menor contratiempo, aun a pesar de que, en ocasiones, Guy tuvo dificultades para mantener la marcha. El accidente ocurrió durante el descenso. Es posible que el señor Irving se confiara en exceso —el peor pecado de cualquier montañero— y creyera que nada podía salir mal después de tan triunfal ascenso.

George había iniciado la bajada con su seguridad habitual, pero al llegar a una imponente chimenea decidió aminorar el paso, porque recordaba que a Guy aquella parte no le había resultado fácil durante la subida. George casi había acabado de salir de la chimenea cuando oyó el grito. Su reacción inmediata sin duda les salvó la vida a los tres. Clavó su piolet en la nieve y enrolló rápidamente la cuerda alrededor del mango, trabándolo con el pie, al tiempo que se sujetaba con fuerza a la cuerda con la otra mano. Entonces vio caer a Guy y supuso que el señor Irving habría llevado a cabo la misma maniobra de seguridad que él y que, entre los dos, conseguirían amortiguar el impacto de su compañero. Sin embargo, el tutor no había logrado reaccionar con igual presteza y, aunque había clavado profundamente el piolet en la nieve, no había tenido tiempo de enrollar la cuerda alrededor del mango. Segundos más tarde, también él pasaba volando ante George. Este no miró hacia abajo, sino que mantuvo la bota sobre el piolet con todas sus fuerzas, mientras luchaba desesperadamente por mantener el equilibrio. No había nada entre ellos y el fondo del valle, que se abría a sus pies, doscientos metros más abajo.

Aguantó firme mientras los dos finalizaban su caída y se quedaban suspendidos en el vacío. George se preguntó si la cuerda cedería con el peso, de tal forma que sus compañeros acabarían precipitándose a la muerte. No tenía tiempo para oraciones, pero al verse aferrado todavía a la cuerda su pregunta pareció obtener respuesta, aunque fuera solo de forma temporal. De todas maneras, el peligro no había pasado aún, porque antes debía poner a salvo a sus amigos.

Miró hacia abajo y los vio, pálidos como la nieve, aferrándose desesperadamente a la cuerda. Utilizando una técnica que había practicado infinidad de veces en el gimnasio del colegio, empezó a hacer oscilar a sus compañeros adelante y atrás hasta que el señor Irving fue capaz de sujetarse con el pie a la pared de la montaña. Entonces, mientras George mantenía su posición, Irving hizo lo mismo con Guy, balanceándolo hasta que por fin estuvo a salvo.

Pasó un buen rato antes de que cualquiera de los tres se sintiera capaz de proseguir con el descenso, y George no retiró el piolet hasta que se convenció de que el señor Irving y Guy estaban plenamente repuestos. Palmo a palmo, metro a metro, fue guiando a los aturcidos montañistas hasta la seguridad de un amplio saliente situado diez metros más abajo. Los tres descansaron allí durante casi una hora, tras la cual el señor Irving se hizo cargo de la situación y los condujo a pendientes menos peligrosas.

Esa noche apenas cruzaron una palabra durante la cena; no obstante, los tres sabían que Guy no volvería a escalar si no regresaban a la montaña al día siguiente. Por la mañana, el señor Irving llevó de nuevo a sus dos pupilos al Monte Rosa, pero por una ruta menos arriesgada y exigente. Cuando George y Guy regresaron al hotel al atardecer, habían dejado de ser niños.

El día anterior, solo habían transcurrido unos minutos hasta que los tres montañeros se encontraron otra vez a salvo, pero cada uno de esos minutos podría haberse dividido en sesenta partes que ninguno de ellos olvidaría durante el resto de sus vidas.

Desde el momento en que llegaron a París se hizo evidente que la ciudad no era un lugar desconocido para el señor Irving, y tanto Guy como George estuvieron encantados de permitir que su tutor se encargara de guiarlos después de haber respondido afirmativamente a su sugerencia de pasar el final del viaje en la capital francesa para celebrar su buena suerte.

El tutor cogió unas habitaciones en un pequeño hotel familiar situado en un pintoresco patio interior del 17ème arrondissement y, tras el almuerzo, los introdujo en la vida del París diurno: el Louvre, Notre Dame y el Arco del Triunfo; pero fue la torre Eiffel, construida con ocasión de la Exposición Universal de 1889 para conmemorar el centenario de la Revolución francesa, la que se apoderó de la imaginación de George.

—No se atreva ni a pensarlo —advirtió el señor Irving cuando vio que su pupilo contemplaba el punto más alto de la torre, situado a trescientos cincuenta metros por encima de sus cabezas.

Después de comprar tres billetes, por los que tuvieron que desembolsar seis francos, los tres subieron en un ascensor que los condujo lentamente hasta lo alto de la torre.

—Y pensar que ni siquiera hemos podido llegar a la falda del Mont Blanc —comentó George, mientras contemplaban la vista de París. El señor Irving sonrió y se preguntó si conquistar el Mont Blanc sería hazaña suficiente para George Mallory.

Cuando se hubieron cambiado para la cena, el tutor llevó a sus pupilos a un pequeño restaurante de la Rive Gauche, donde paladearon un exquisito *foie-gras* regado con una copa de Sauternes helado. De segundo tomaron un *boeuf bourguignon* que les pareció más delicioso que cualquier estofado que hubieran probado hasta entonces y que dio paso a un trozo de brie que se les fundió en la boca como si fuera mantequilla, todo ello acompañado por un excelente borgoña. Cuando acabaron, George no tenía la menor duda de que había sido uno de los días más excitantes de su vida; sin embargo, estaba lejos de haber acabado. Tras iniciar a sus alumnos en las delicias del coñac, el señor Irving los acompañó de vuelta al hotel. Eran casi las doce cuando les deseó buenas noches antes de retirarse al dormitorio contiguo.

Guy se sentó en la cama mientras George empezaba a desnudarse.

—Esperaremos un momento antes de salir sin hacer ruido.

—¿Salir sin hacer ruido?

—Sí —respondió Guy, tomando el mando alegremente por una vez—. ¿Qué sentido tiene estar en París y no visitar el Moulin Rouge? George siguió desabrochándose la camisa.

—Pero yo le prometí a mi madre que...

—Estoy seguro de que se lo prometiste —contestó Guy en tono burlón—, pero no

me dirás que el hombre que aspira a conquistar las alturas del Mont Blanc no está dispuesto a sumergirse en las profundidades de la vida nocturna parisina, ¿no?

George se abrochó la camisa a regañadientes mientras Guy apagaba la luz, entreabría sigilosamente la puerta del dormitorio y echaba un vistazo a la otra habitación. Cuando hubo comprobado con satisfacción que el señor Irving estaba cómodamente instalado en la cama con un ejemplar de *Tres hombres en una barca*, salió al pasillo. George lo siguió de mala gana, cerrando la puerta tras él y sin hacer ruido.

Cuando llegaron al vestíbulo, Guy salió rápidamente a la calle y alquiló una calesa antes de que George tuviera tiempo de protestar.

—Al Moulin Rouge —dijo Guy, haciendo gala de una seguridad que no había mostrado en ninguna de sus escaladas. El cochero se puso en marcha a paso vivo—. ¡Si el señor Irving nos viera ahora! —exclamó, abriendo una pitillera de plata que George tampoco había visto nunca.

El trayecto los llevó a cruzar el Sena hasta Montmartre, una montaña que no figuraba en el itinerario del señor Irving. Cuando se detuvieron ante el Moulin Rouge, George vio que la gente iba de punta en blanco y se preguntó si los dejarían entrar en tan glamuroso local; pero, una vez más, Guy tomó las riendas de la situación: tras pagar al cochero, sacó un billete de diez francos de la cartera y lo deslizó en la mano del portero. El hombre lanzó una mirada de suspicacia a ambos jóvenes antes de guardarse el dinero en el bolsillo y dejarlos pasar.

Una vez dentro, y a pesar de que Guy deslizó en el bolsillo del jefe de sala otros diez francos, este los trató con la misma displicencia. Un camarero joven los condujo a una mesita situada al fondo y les entregó la carta. Mientras George permanecía absorto en las piernas de la cigarrera, Guy, consciente de la precaria situación económica en que se hallaban, pidió una botella del segundo vino más barato de la carta. El camarero regresó poco después, justo cuando las luces se apagaban, y les sirvió a cada uno una copa de Sémillon.

George se sentó muy erguido cuando una docena de chicas ataviadas con espectaculares vestidos rojos salieron al escenario o interpretaron lo que en el programa denominaban «can-can», dejando al descubierto numerosas capas de enaguas. Cada vez que alzaban sus esbeltas piernas enfundadas en medias de malla, se desataba un coro de vítores y gritos de *magnifique!*, por parte del público, principalmente masculino. Aunque George había crecido rodeado de hermanas, nunca había visto tanta desnudez, ni siquiera durante los veraneos en St. Bees. Guy pidió una segunda botella de vino y George empezó a sospechar que aquella no era la primera visita de su amigo a un *cabaret*; pero, claro, Guy había sido educado en Chelsea, no en Cheshire.

Tan pronto cayó el telón y las luces se encendieron, el camarero reapareció y les presentó una cuenta que no tenía nada que ver con la lista de precios de la carta. Guy vació su cartera, pero al ver que no alcanzaba, George tuvo que desprenderse de su

billete de cinco libras que guardaba para casos de emergencia. El camarero puso mala cara al ver moneda extranjera, pero se guardó el dinero y el enorme billete sin mostrar la menor intención de devolver el cambio. Adiós a la *Entente Cordiale* del señor Balfour, se dijo George.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Guy.

—Estoy totalmente de acuerdo —convino George—. No tenía ni idea de que un par de botellas de vino pudieran costar tanto.

—¡No, no! —Replicó Guy, mirando a su amigo—. No me refiero a la factura, sino a eso —dijo señalando una mesa próxima al escenario. George se quedó sin palabras cuando vio a su tutor, sentado junto a una mujer francamente ligera de ropa, a la que rodeaba con el brazo.

—Creo que ha llegado el momento de emprender una retirada táctica —dijo Guy.

—Desde luego.

Los dos se levantaron y se encaminaron hacia la puerta sin atreverse a mirar atrás hasta que se encontraron fuera.

Nada más salir a la acera, una mujer que llevaba una falda aún más corta que la de la cigarrera del Moulin Rouge cruzó la calle y se acercó a ellos.

—*Messieurs... besoin de compagnie?* —les susurró.

—*Non, merci, madame* —contestó George.

—*Ah, anglais? Je peux bien vous faire un prix pour les deux.*

—En circunstancias normales estaría encantado de aceptar, señorita —repuso Guy con su mejor sonrisa—, pero sus compatriotas de ahí dentro acaban de desplumarnos.

La mujer lo miró con aire perplejo hasta que George le tradujo las palabras de su amigo. Ella se encogió de hombros y fue a ofrecer su mercancía a otros clientes que salían del *cabaret*.

—Espero que sepas el camino de regreso al hotel —dijo Guy, que parecía tener ciertos problemas de equilibrio—, porque no me queda un céntimo para una calesa.

—No tengo la menor idea —confesó George—, pero en caso de duda, lo que debemos hacer es buscar un punto de referencia que conozcamos y este nos servirá de guía para regresar. —Dicho lo cual echó a andar a paso vivo.

—Sí, claro que nos servirá —masculló Guy, siguiendo a su amigo sin excesivo convencimiento.

George fue recuperando la sobriedad a medida que avanzaba sin apartar los ojos del punto de referencia que había escogido. Guy lo siguió sin abrir la boca hasta que, cuarenta minutos más tarde, se detuvieron al pie del monumento que muchos parisinos aborrecían hasta el punto de desear que fuera desmontado tornillo a tornillo, viga a viga, tan pronto expirasen los veinte años de concesión.

—Creo que nuestro hotel está en alguna parte en esa dirección —dijo Guy, señalando una estrecha callejuela y volviéndose para mirar a su amigo, que contemplaba la torre Eiffel con expresión extasiada.

—De noche el desafío es aún mejor —comentó George sin apartar la mirada.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —exclamó Guy mientras su amigo se encaminaba hacia uno de los cuatro pies triangulares de la base de la torre.

Echó a correr en pos de George, protestando, pero cuando le dio alcance, este ya se había encaramado a la estructura y empezaba a subir por ella. Aunque Guy siguió gritándole a voz en cuello, no pudo hacer otra cosa que permanecer en el sitio y contemplar cómo su amigo iba ascendiendo de viga en viga. George no miró abajo ni una sola vez, pero de haberlo hecho habría descubierto que unos cuantos noctámbulos se habían congregado al pie de la torre y, desde allí, seguían con emoción cada uno de sus movimientos.

Guy oyó los silbatos cuando George se hallaba más o menos a media altura. Se dio la vuelta y vio que un vehículo de la policía se acercaba a gran velocidad y se detenía junto a la torre. Media docena de agentes de uniforme se apearon y corrieron hacia un funcionario en el que Guy no había reparado hasta ese momento, pero que a todas luces estaba esperándolos. Este condujo a los gendarmes hacia el ascensor y abrió las puertas de hierro. La gente contempló la cabina mientras el aparato iniciaba su lento trayecto.

Guy alzó la vista para comprobar los progresos de su amigo. Este se hallaba solo a unas decenas de metros de la cima y parecía totalmente ajeno a sus perseguidores. Momentos después, el ascensor se detuvo junto a él con una sacudida. Las puertas se abrieron y un policía dio un paso hacia la viga más cercana; pero, tras un segundo paso, lo pensó mejor y regresó a toda prisa a la seguridad de la cabina. El gendarme de mayor graduación empezó a discutir con el cobarde, que hizo caso omiso de sus palabras.

George, entretanto, seguía decidido a llegar a lo alto. Sin embargo, tras hacer oídos sordos a unas cuantas palabras sumamente razonables, a las que siguieron otras que lo fueron mucho menos y que se entendían en cualquier idioma, decidió muy a su pesar reunirse con los agentes en el ascensor. Cuando los gendarmes regresaron al suelo con su presa, la multitud de curiosos formó un pasillo hasta el furgón policial y aplaudió al joven durante todo el camino.

—*Chapeau, jeune homme!*

—*Domage.*

—*Bravo!*

—*Magnifique!*

Fue la segunda vez aquella noche que George oía a la gente gritar «Magnifique!». Localizó a Guy justo antes de que los agentes lo metieran a empujones en el vehículo y se lo llevaran a Dios sabía dónde.

—¡Busca al señor Irving! —le gritó—. Él sabrá qué hacer.

Guy regresó corriendo hasta dar con el hotel y cogió el ascensor hasta el tercer piso, pero cuando aporreó la puerta del tutor no halló respuesta. Bajó a regañadientes a la planta baja y se sentó en los peldaños de entrada para esperarlo. Incluso

consideró la posibilidad de volver al Moulin Rouge; pero, tras pensarlo mejor, decidió que no era muy buena idea.

El reloj del hotel había marcado las seis cuando el carruaje que llevaba al señor Irving se detuvo ante la puerta. El tutor, que no iba acompañado por la mujer ligera de ropa, se sorprendió al descubrir a Guy sentado en la entrada, y más aún al saber el motivo.

El director del hotel no tuvo más que hacer unas cuantas llamadas para averiguar en qué comisaría se hallaba George; sin embargo, el señor Irving tuvo que echar mano de todas sus dotes diplomáticas, así como a los recursos de su cartera, antes de que el gendarme de turno accediera a liberar al irresponsable joven, siempre bajo la estricta condición de que el grupo abandonaría el país *inmédiatement*. En el *ferry* que los conducía de regreso a Southampton, el señor Irving advirtió a los dos jóvenes que todavía no había decidido si debía informar del incidente a sus respectivos padres. A lo que Guy respondió:

—Pues yo todavía no he decidido si decirle a mi padre el nombre del *cabaret* al que nos llevó la otra noche.

Lunes, 9 de octubre de 1905

Cuando llegó al Magdalene College para el primer día de curso, George comprobó con alivio que el portalón de la entrada principal estaba abierto.

Se acercó a la garita del portero, dejó la maleta en el suelo y saludó a la figura que se hallaba sentada tras el mostrador:

—Buenos días, mi nombre es...

—Señor Mallory —contestó el portero, quitándose el sombrero hongo—. No creerá que iba a olvidarme de usted, ¿verdad? —Añadió con una sonrisa de bienvenida mientras comprobaba su lista—. Le ha sido asignada una habitación en la escalera siete, señor, en el edificio Peppys. Normalmente, el primer día acompaño a los recién llegados a sus aposentos, pero usted parece un caballero capaz de encontrar su propio camino —comentó, y George se echó a reír—. Cruce First Court y pase bajo el arco.

—Gracias —repuso el joven, recogiendo su maleta y encaminándose hacia la puerta.

—Disculpe, señor —añadió el portero. George se dio la vuelta mientras el hombre se levantaba—. Creo que esto es de usted —dijo, entregándole otra maleta con las iniciales «GLM» grabadas en negro en un costado—. Ah, y procure ser puntual para su cita de las seis, señor.

—¿Tengo una cita a las seis?

—Sí, señor. Debe usted reunirse con el director para tomar un refrigerio en sus aposentos. Le gusta conocer personalmente a los nuevos alumnos el primer día de curso.

—Gracias por recordármelo —dijo George—. Y hablando de puntualidad, ¿no sabrá por casualidad si mi amigo Guy Bullock ha llegado ya?

—Desde luego que ha llegado, señor, hará un par de horas. —El portero volvió a comprobar su listado—. Se aloja en el piso de encima del de usted.

—¿Más arriba que yo? Pues eso sí que será una novedad —contestó George sin dar más explicaciones.

Mientras caminaba hacia el First Court tuvo cuidado de no pisar el césped, tan perfecto que parecía que lo hubieran recortado con unas tijeras de uñas. Se cruzó con varios estudiantes. Algunos iban ataviados con las largas togas correspondientes a los cursos superiores, mientras que otros llevaban un modelo más corto para indicar que, como él, eran novatos; el resto no llevaba toga, pero sí birrete, con el que se saludaban de vez en cuando.

Nadie se fijó en él y, desde luego, nadie se quitó el birrete al pasar a su lado, lo cual le evocó su primer día en Winchester. No pudo reprimir una sonrisa cuando pasó ante la escalera que conducía al despacho del señor Benson. Unos días después de su

reunión, el jefe de tutores le había enviado un telegrama, ofreciéndole una beca de historia y, en una carta posterior, le había informado de que sería su tutor personal.

Pasó bajo el arco, entró en el Second Court, donde se encontraba el edificio Peppys, y llegó a un estrecho pasillo marcado con un gran «7». Cargó con sus maletas hasta el segundo piso, donde vio una puerta con el nombre «G. L. Mallory» pintado en letras plateadas, y se preguntó cuántos nombres habría conocido aquella puerta a lo largo del último siglo.

Entró en una diminuta habitación no mayor que su estudio de Winchester, pero que al menos no iba a tener que compartir con Guy. Estaba deshaciendo la maleta cuando alguien llamó a la puerta y su amigo entró sin esperar a que lo invitaran a pasar. Los dos jóvenes se dieron la mano como si fuera la primera vez que se veían, soltaron una carcajada y se fundieron en un abrazo.

—Estoy más arriba que tú —le dijo Guy.

—No te preocupes, ya he dejado bien claro lo que opino sobre tan ridícula idea —repuso George.

Guy sonrió cuando vio que su amigo ya había pinchado en la pared del escritorio su habitual cartelón donde se leía:

Ben Nevis, 1344 m. Ok.

Gran San Bernardo, 2473 m. Ok.

Mont Vélan, 3734 m. Ok. Grand Combin, 4314 m. Ok. Monte Rosa, 4634 m. Ok. Mont Blanc, 4810 m. No.

—Me parece que te has olvidado de Montmartre —comentó—. Por no hablar de la torre Eiffel.

—La torre Eiffel solo tiene trescientos cincuenta metros, y al parecer se te olvida que no llegué a la cima. Guy miró la hora.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha si no queremos llegar tarde a la recepción del director.

—Tienes razón —contestó George, poniéndose la toga.

Mientras los dos jóvenes caminaban por el Second Court hacia los aposentos del director, George preguntó a su amigo qué sabía sobre el hombre que iba a ser la máxima autoridad de estudios.

—Solo lo que el señor Irving me contó. Por lo visto fue nuestro embajador en Berlín antes de jubilarse del servicio diplomático. Tenía fama de ser bastante duro con los alemanes. Según Irving, hasta el *kaiser* en persona lo respetaba.

George se ajustó la corbata mientras se unían a una multitud de jóvenes que cruzaban el jardín en dirección a la casa de estilo gótico Victoriano que dominaba todo un lado del patio. En la puerta los recibió un sirviente de la universidad vestido con chaquetilla blanca y pantalón negro que tenía una lista en la mano.

—Yo soy Bullock, y él es Mallory —dijo Guy.

El hombre puso una marca junto a sus nombres, no sin antes echar una atenta mirada a Mallory.

—Encontrarán al director en el salón del primer piso —les explicó.

George subió la escalera corriendo, como siempre hacía, y entró en una estancia espaciosa y lujosamente amueblada, llena de estudiantes y profesores, decorada con retratos de los antecesores de estos últimos. Otro sirviente les ofreció una copa de jerez. George vio a un conocido y fue a saludarlo.

—Buenas noches, señor —dijo.

—Mallory, estoy encantado de que haya conseguido llegar —respondió el jefe de tutores sin el menor tono burlón—. Estaba recordando a estos dos compañeros suyos que mi primera clase será mañana por la mañana, a las nueve en punto. Puesto que ha fijado usted su residencia en el Magdalene, ya no tendrá que escalar los muros de la universidad para llegar a tiempo, ¿verdad?

—Desde luego que no, señor —contestó Mallory, tomando un sorbo de jerez.

—De todas maneras, yo no contaría demasiado con ello, señor —intervino Guy.

—Permítame que le presente a mi amigo, Guy Bullock —dijo George—. No tendrá que preocuparse por él, señor. Es de los puntuales. La única persona que, aparte de los sirvientes, no iba ataviada con una toga se acercó a saludarlos.

—Ah, *sir* David —dijo el jefe de tutores—. Me parece que no conoce al señor Bullock, pero me consta que sabe perfectamente quién es el señor Mallory, ya que cayó en su jardín no hace mucho.

George se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el director.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

Sir David sonrió al alumno recién matriculado.

—No, señor Mallory. Con «director» bastará.

A la mañana siguiente, aunque Guy procuró que su amigo llegara puntualmente a su primera clase con el señor Benson, George se las arregló para aparecer escasos minutos antes de la hora prevista. El jefe de tutores empezó dejando bien claro que los trabajos semanales debían serle entregados todos los jueves, antes de las cinco de la tarde y que, si alguien llegaba tarde a clase, no se sorprendiera si encontraba la puerta cerrada. George se alegró de que su habitación estuviera a menos de cien metros de la del señor Benson y de que su madre le hubiera metido un despertador en la maleta.

Una vez concluidos los preliminares, la clase transcurrió mucho mejor de lo que George se había atrevido a imaginar. Su ánimo mejoró aún más esa noche cuando, mientras tomaba una copa de jerez, averiguó que su tutor compartía su amor por Boswell, así como por Byron y Wordsworth, eso sin contar con que había sido amigo personal de Browning.

Sin embargo, el señor Benson dejó bien claro a George lo que se esperaba de un becario durante el primer año y le recordó que, aunque el curso solo duraba ocho semanas en total, tendría que trabajar con el mismo empeño durante las vacaciones.

—Ah, señor Mallory, y asegúrese de asistir a la Fresher's Fair este domingo —añadió Benson mientras lo despedía—. Sin la jornada de orientación nunca descubrirá la cantidad de actividades que esta universidad puede ofrecerle. Por ejemplo —concluyó con una sonrisa—, se le podría ocurrir inscribirse en la Sociedad de Arte Dramático.

Guy llamó a la puerta de su amigo, pero no obtuvo respuesta. Miró el reloj. Eran las diez y cinco. George no podía estar tomando el desayuno en el comedor, porque los domingos dejaban de servirlo a las nueve, y era imposible que se hubiera ido a la Fresher's Fair sin él. Una de dos: o seguía durmiendo o se estaba dando una ducha. Guy volvió a llamar, pero nadie contestó. Abrió la puerta y se asomó. La cama estaba sin deshacer, lo cual no era nada raro. Había un libro abierto encima de la almohada y papeles esparcidos sobre la mesa, pero ni rastro de George. Por lo visto estaba duchándose.

Guy se sentó en la cama y esperó. Hacía tiempo que había renunciado a quejarse de la incapacidad de su amigo para comprender el propósito de los relojes. No obstante, esta peculiaridad suya seguía molestando a muchos conocidos de George, que con frecuencia le recordaban el lema de Winchester: «Los modales modelan al hombre». Guy era muy consciente de las limitaciones de su amigo, pero también reconocía que tenía cualidades excepcionales. El capricho del destino que los había puesto en el mismo compartimiento del tren que los condujo al internado había cambiado su vida por completo. Aunque algunos consideraban a George falto de tacto e incluso arrogante, cuando lo trataban más a fondo este los sorprendía desplegando amabilidad, generosidad y sentido del humor a partes iguales.

Cogió el libro que descansaba encima de la almohada. Se trataba de una novela de E. M. Forster, un escritor del que no había leído nada. Apenas había empezado a hojearlo cuando George entró tranquilamente, con una toalla anudada en la cintura y el pelo chorreando.

—¿Ya son las diez? —preguntó, quitándose la toalla para secarse el cabello con ella.

—Pasan de las diez —precisó Guy.

—Benson me sugirió que me inscribiera en la Sociedad de Arte Dramático. Quizá eso nos dé la oportunidad de conocer chicas.

—No creo que sean las chicas lo que interesa a Benson. George se dio la vuelta bruscamente.

—¿No estarás sugiriendo que...?

—Por si no te has dado cuenta —le dijo Guy a su amigo, que estaba de pie frente a él—, no son solo las chicas las que lanzan miradas.

—¿Y tú qué prefieres? —preguntó George, azotándolo con la toalla.

—Puedes estar tranquilo conmigo —le aseguró Guy—. Bueno, ¿quieres apresurarte? De lo contrario, todo el mundo habrá recogido sus bártulos y se habrá largado cuando llegemos.

Cuando cruzaron el patio, George marchaba a su paso habitual, que a Guy le costaba bastante seguir.

—¿A qué clubes piensas apuntarte? —le preguntó este, casi corriendo junto a su

amigo.

—A los que no te admitan a ti —repuso George con una sonrisa pícaro—. Eso me dará un amplio abanico donde elegir.

Aminoraron el paso cuando se unieron a la multitud de estudiantes de primer año que también se dirigían a la *Fresher's Fair*. Mucho antes de que llegaran a Parker's Piece ya les llegaba el ruido de las bandas de música, de los coros que cantaban y de cientos de voces que intentaban hacerse oír por encima del alboroto.

La amplia extensión de césped estaba ocupada por hileras de tenderetes atendidos por ruidosos estudiantes que gritaban igual que vendedores ambulantes. Los dos amigos pasearon por la primera fila, sumergiéndose en el ambiente. Guy empezó a mostrar cierto interés cuando un individuo vestido con un uniforme blanco de *cricket*, una gorra y un bate que parecían fuera de lugar en el ambiente otoñal les preguntó:

—¿Por casualidad alguno de vosotros juega al *cricket*?

—Yo he bateado por Winchester —contestó Guy.

—Entonces estás en el lugar adecuado —dijo el tipo del bate—. Me llamo Dick Young.

Guy reconoció el nombre de quien había jugado al fútbol y al *cricket* representando a Inglaterra e hizo una leve reverencia.

—¿Qué hay de tu amigo? —quiso saber Young.

—No pierdas el tiempo con él —dijo Guy—. Tiene los ojos puestos en objetivos más altos, aunque da la casualidad de que también está buscando a alguien llamado Young. Luego me reuniré contigo, George.

Este asintió y siguió paseando entre la multitud, haciendo caso omiso de las voces que se dirigían a él:

—¿Sabes cantar? ¡Necesitamos un tenor!

—¿Juegas al ajedrez? ¡Este año tenemos que vencer a Oxford!

—¿Tocas algún instrumento musical? —preguntó alguien en tono desesperado—. ¿Ni siquiera los platillos?

George se detuvo en seco cuando vio la pancarta de un tenderete donde se leía: «Sociedad Fabiana. Fundada en 1884».

—¡Igualdad para todos! —gritaba un joven, al tiempo que blandía un panfleto. Cuando vio que George se acercaba a él resueltamente, le preguntó—: ¿Te gustaría unirte a nuestro grupo? ¿O también eres de esos *tory* estirados y conservadores?

—Desde luego que no. Hace tiempo que creo en las doctrinas de Quinto Fabio Máximo. «Si consigues ganar una batalla sin un solo arrebató de furia, eres el auténtico vencedor».

—¡Bienvenido, amigo! —Exclamó el joven, entregándole un formulario—. Firma aquí y podrás asistir a nuestra reunión de la semana que viene, que contará con la presencia del señor Bernard Shaw. Ah, me llamo Rupert Brooke —añadió, tendiéndole la mano—. Soy el secretario del club.

George le estrechó calurosamente la mano antes de rellenar el impreso y

devolvérselo.

—Vaya, amigo, ¿son ciertos los rumores que corren? —preguntó Brooke al leer el nombre.

—¿Qué rumores?

—Que lograste entrar en esta universidad escalando los muros del Magdalene College. George se disponía a contestar cuando alguien a su espalda dijo:

—Y después tuvo que hacer lo mismo para salir. Y esa es siempre la parte más complicada.

—¿Por qué? —preguntó Brooke, inocentemente.

—Muy sencillo —repuso Guy antes de que George tuviera oportunidad de contestar—. Cuando escalas una pared de roca, tienes las manos muy cerca de los ojos; en cambio, cuando descienes, tus pies siempre están un metro y medio por debajo, lo cual significa que, cuando miras hacia abajo, tienes muchas más probabilidades de perder el equilibrio. ¿Lo captas?

George rio.

—No le hagas caso —dijo—, y no solo porque mi amigo sea un *tory* estirado, sino porque también es un pobre lacayo del sistema capitalista.

—Desde luego —afirmó Guy, sin el menor rebozo.

—¿Y en qué clubes te has inscrito? —quiso saber Brooke.

—Aparte de en el de *criquet*, en la Unión, en la Sociedad Disraeli y en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales del Ejército —contestó Guy.

—¡Dios santo! —Exclamó Brooke—. Este pobre hombre no tiene remedio.

—Ninguno en absoluto —convino el aludido que, volviéndose hacia George, añadió—: Pero al menos he encontrado lo que estabas buscando, o sea que ha llegado el momento de que me sigas.

George saludó con el birrete a Brooke, quien le correspondió, y Guy lo llevó a la siguiente hilera de tenderetes, donde señaló triunfalmente un gran cartelón donde se leía: «Club de Montañismo de la Universidad de Cambridge, Fundado en 1904».

George dio una palmada a su amigo en la espalda y empezó a examinar las fotos que mostraban a distintos estudiantes de pie en el paso del Gran San Bernardo y en la cimas del Mont Vélan y el Monte Rosa. Al otro lado de la mesa había una gran foto del Mont Blanc sobre la que alguien había escrito: «Si quieres superar retos, únete a nosotros el año que viene en Italia».

—¿Cómo me inscribo? —preguntó George a un joven bajo y fornido que estaba junto a un hombre más alto con un piolet en la mano.

—No se entra así como así en el Club de Montañismo, amigo —contestó—. Tienes que ser elegido.

—¿Y qué he de hacer para que me elijan?

—Muy sencillo: te apuntas a una de las reuniones del club en el Pen-y-Pass y allí decidiremos si eres un montañero de verdad o un simple excursionista dominguero.

Guy decidió que debía intervenir.

—Has de saber que mi amigo...

—Estaré encantado de participar —lo interrumpió George antes de que el otro pudiera acabar la frase.

Los dos se inscribieron para pasar el fin de semana en las montañas de Gales y entregaron los impresos al estudiante más alto.

—Yo me llamo Somervell —dijo este—, y él, Odell. Va para geólogo, de modo que está más interesado en estudiar las rocas que en escalarlas. El de detrás —añadió Somervell, señalando a un tercer individuo, de más edad— es Geoffrey Winthrop Young, del Alpine Club, nuestro presidente de honor.

—Y también el mejor escalador del país —añadió George.

Young sonrió mientras examinaba la hoja de inscripción de George.

—Graham Irving tiene tendencia a exagerar —comentó—; sin embargo, me ha escrito hace poco contándome vuestro reciente viaje a los Alpes. Cuando nos encontremos en el paso Pen-y-Pass tendrás ocasión de demostrar si eres tan bueno como afirma.

—Es mejor —intervino Guy—. Irving no habría mencionado nuestra visita a París si... ¡Ay! —exclamó cuando George le propinó una patada en la espinilla.

—¿Tendré oportunidad de unirme a vuestra expedición al Mont Blanc el verano próximo? —quiso saber George.

—Pues no lo sé —contestó Young—. Ya hay un par de miembros del club que esperan ser seleccionados para ese viaje.

Para entonces, Somervell y Odell ya manifestaban mucho más interés hacia el nuevo alumno del Magdalene College. Los dos jóvenes no podían ser más distintos. Odell apenas superaba el metro setenta, era de complexión recia y tenía el cabello rubio y los ojos azules. Por su aspecto parecía demasiado joven para asistir a la universidad, pero cuando hablaba daba la impresión de ser mayor de lo que era en realidad. Somervell, en cambio, pasaba del metro ochenta y tenía el cabello negro y tan revuelto que se diría que no había conocido el paso del peine. Tenía los negros ojos de un pirata, pero cuando le preguntaban algo inclinaba la cabeza y hablaba en voz baja, y no porque fuera altivo, sino por timidez. George comprendió instintivamente que aquellos dos jóvenes tan diferentes serían amigos suyos el resto de su vida.

Sábado, 23 de junio de 1906

Si a George le hubieran preguntado —como hizo su padre— cuáles habían sido sus logros durante su primer año en Cambridge, sin duda habría asegurado que excedían con mucho la calificación de tercera clase que recibió tras sus exámenes de fin de curso.

—¿No crees que tal vez te has dedicado a demasiadas actividades

extraacadémicas de escasa utilidad cuando te llegue el momento de buscar una profesión? —le había preguntado el reverendo, mencionando un punto al que George apenas había prestado atención—. No es preciso que te recuerde que mis fondos no alcanzan para que puedas pasar el resto de tu vida viviendo como un caballero ocioso —añadió; una cuestión que llevaba repitiéndole desde que lo había enviado interno.

George estaba seguro de que aquella era una conversación que Guy no había tenido con su padre, pese a que a duras penas había conseguido igualmente unas calificaciones de tercera clase. Dada la situación, decidió que aquel no era el mejor momento para comunicar al reverendo que, si tenía la fortuna de ser seleccionado para la excursión de Geoffrey Young a los Alpes, el verano siguiente viajaría a Italia.

A diferencia de Guy, George se había sentido muy mortificado por sus pobres calificaciones. No obstante, el señor Benson le había asegurado que le había faltado muy poco para llegar a las de segunda clase y que, si trabajaba un poco más durante los dos años que tenía por delante, ese sería el nivel de sus notas finales, aunque si dedicaba a los estudios un poco más de esfuerzo y sacrificio no descartaba que pudiera alcanzar la primera.

George empezó a preguntarse a qué sacrificios se refería el señor Benson. Al fin y al cabo, lo habían elegido para formar parte del comité de la Sociedad Fabiana, donde había cenado con Bernard Shaw y Ramsay McDonald; había pasado numerosas veladas con Rupert Brooke, Lytton Strachey, Geoffrey y John Maynard Keynes y Ka Cox, todos los cuales contaban con el beneplácito de Benson; y también había interpretado el papel de Papa en la puesta en escena de *Doctor Fausto*, de Marlowe, aunque era el primero en reconocer que las críticas no habían resultado precisamente halagüeñas. Por si todo lo anterior fuera poco, había empezado una tesis sobre Boswell que confiaba en poder publicar. Sin embargo, todo ello había sido relegado a un lugar secundario ante sus esfuerzos para ser admitido en el Alpine Club. ¿Acaso el señor Benson esperaba que lo sacrificara todo en aras de conseguir las tan ansiadas calificaciones de primera clase?

George Mallory nunca había escalado con alguien a quien considerara su igual. Al menos hasta que conoció a George Finch.

Durante las fiestas de Michaelmas, a finales de septiembre, George viajó a Gales para reunirse con Geoffrey Young y asistir a una de las reuniones que el Club de Montañismo de la Universidad de Cambridge organizaba en el Pen-y-Pass. Todos los días Young distribuía a los montañeros en grupos para la mañana siguiente, y George no tardó en respetar a Odell y a Somervell, que no solo constituían una excelente compañía, sino que también eran sobradamente capaces de mantener su ritmo en las pendientes más complicadas.

El jueves por la mañana, George se encontró emparejado con Finch para el ascenso al Crib Goch, al Crib-y-Ddysgl, al Snowdon y al Lliwedd. Mientras subían y bajaban por el Snowdon, a menudo trepando con pies y manos, George tomó dolorosa conciencia de que el joven australiano no descansaría hasta haber dejado atrás a todos sus compañeros.

—Oye, que no es una competición —le dijo George cuando hubieron perdido de vista al grupo.

—Sí que lo es —contestó Finch sin aflojar el paso—. ¿No te has fijado en que Young solo ha invitado a dos personas que no pertenecen a Cambridge? —Hizo una pausa para recobrar el aliento y añadió—: ¿Y que una de ellas es una mujer?

—Pues no, la verdad —reconoció George.

—Si quiero tener alguna esperanza de que Young me invite a acompañarlo a los Alpes este verano, voy a tener que dejarle muy claro quién es el mejor escalador de todos los aspirantes.

—¿De verdad? —dijo George, quien avivó el paso y adelantó a su rival.

Para cuando rodearon el Snowdon Horseshoe, Finch volvía a estar junto a él. Los dos respiraban agitadamente cuando descendieron la colina, casi a paso ligero. George aminoró el ritmo, dejando que Finch lo adelantara justo cuando el hotel Pen-y-Pass apareció ante su vista.

—Eres bueno, Mallory, pero no sé si lo suficiente —comentó Finch, mientras George pedía dos pintas de cerveza. Ya habían encargado la segunda ronda cuando Odell y Somervell se les unieron.

Los rivales siguieron puliendo su técnica para la escalada rocosa dos meses después, en Cornualles. Cada vez que alguien pedía a Young que señalara al mejor escalador, este se negaba a responder. No obstante, George aceptó el hecho de que, una vez estuvieran en la falda de los Alpes italianos ese verano, Young tendría que decidir cuál de ellos lo acompañaría al valle de Courmayeur para el asalto al Mont Blanc.

Entre los montañeros que acudían regularmente a Gales y Cornualles había uno cuya compañía George deseaba especialmente. Se llamaba Cottie Sanders, era hija de

un rico industrial y habría podido ocupar una plaza en Cambridge sin el menor esfuerzo si su madre hubiera considerado que semejante actividad resultaba adecuada para una joven. George, Guy y Cottie solían formar un grupo en la escalada matinal. No obstante, después de almorzar juntos en las pendientes inferiores, Young insistía en que George los dejara y se uniera a Finch, Odell y Somervell para los ascensos de la tarde, siempre más duros.

Cottie no era una belleza en el sentido convencional de la palabra, pero George nunca había disfrutado tanto de la compañía de una mujer. No pasaba del metro sesenta y, si poseía una esbelta figura, se empeñaba en ocultarla con éxito bajo varias capas de suéteres y pantalones de montar. Su rostro pecoso junto con su cabello castaño y rizado le conferían el aire de una niña. Sin embargo, nada de eso era lo que atraía a George.

El reverendo Mallory solía referirse a menudo en sus sermones matinales a la belleza interior, y George siempre se había reído para sus adentros de semejante idea mientras lo escuchaba desde los bancos de primera fila. Claro que eso había sido antes de conocer a Cottie. Aun así, no se había percatado de que los ojos de la joven solían iluminarse siempre que lo veían. En una ocasión Guy le preguntó si estaba enamorada de George.

—¿Acaso no lo está todo el mundo? —se limitó a contestar ella.

Siempre que Guy mencionaba el tema a su amigo, este se apresuraba a responder que para él Cottie era solo una buena amiga.

—¿Qué opinas de George Finch? —le preguntó un día Cottie, mientras se sentaban en un peñasco para descansar y almorzar.

—¿Por qué quieres saberlo? —repuso George, quitando la envoltura de papel de estraza de su sándwich.

—Mi padre me dijo una vez que solo los políticos responden a una pregunta con otra. George sonrió.

—Debo admitir que Finch es un escalador excelente, pero puede resultar un poco pesado pasar todo el día con él.

—Pues yo he tenido suficiente con diez minutos —aseguró Cottie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó George, quien encendió su pipa.

—Quiero decir que cuando estuvimos fuera de la vista de los demás, intentó besarme.

—Quizá se haya enamorado de ti —comentó él, intentando restar importancia al asunto.

—No lo creo, George. No soy precisamente su tipo.

—No sé, pero si ha intentado besarte debe de ser porque te encuentra atractiva.

—Más bien porque soy la única mujer en cincuenta kilómetros a la redonda.

—En treinta, querida —replicó George, que se echó a reír mientras golpeaba la

pipa contra la roca—. Vaya, por ahí viene nuestro estimado líder —añadió, ayudando a Cottie a ponerse en pie.

George se sintió decepcionado cuando Young decidió que no haría bajar del Lliwedd al grupo por una ruta que discurría por un enorme contrafuerte de roca y que ofrecía un aspecto muy prometedor. Y, para colmo, cuando llegaron a las estribaciones de la pendiente comprobó con fastidio que se había olvidado la pipa en lo alto y que iba a tener que volver a subir si quería recuperarla. Cottie accedió a acompañarlo, pero cuando alcanzaron la base de la roca, George le indicó que lo esperara allí, porque no estaba dispuesto a dar el largo rodeo necesario para evitar el enorme obstáculo.

Asombrada, ella lo observó escalar directamente la enorme pared de roca sin mostrar el menor miedo. Cuando llegó arriba, George recuperó la pipa, se la guardó en el bolsillo y regresó por el mismo camino por donde había subido.

Aquella noche, durante la cena, Cottie relató al grupo la hazaña que había presenciado, pero a juzgar por las expresiones de incredulidad era evidente que ninguno de sus compañeros la creía. George Finch incluso se permitió el lujo de echarse a reír y murmurar al oído de Young:

—Debe de haber confundido a George con *sir* Galahad.

Young no se rio. Empezaba a preguntarse si George Mallory no sería la persona ideal para acompañarlo en una escalada que incluso la Royal Geographical Society, la RGS, consideraba imposible.

Un mes más tarde, Young escribió a siete alpinistas y los invitó a unirse a su grupo en los Alpes italianos durante las vacaciones de verano.

También les dejó muy claro que no seleccionaría a la pareja que emprendería el ascenso al Mont Blanc desde el valle de Courmayeur hasta que hubiera comprobado quiénes de ellos se habían aclimatado mejor a las difíciles condiciones.

Guy Bullock y Cottie Sanders no recibieron invitación alguna, pues Young consideraba que su presencia sería motivo de distracción.

—Las distracciones —declaró al reunirse con el grupo en Southampton— están muy bien si uno pasa un fin de semana haciendo montañismo en Gales, pero no cuando se está en Courmayeur para escalar una de las montañas más traicioneras de Europa.

Sábado, 14 de julio de 1906

Como ladrones en la noche, los dos se escabulleron del hotel sin que nadie los viera, llevando el botín bajo el brazo. Cruzaron en silencio la oscura carretera y se internaron en el bosque, conscientes de que pasaría un buen rato antes de que sus colegas los echaran de menos, ya que seguramente estarían vistiéndose para la cena.

Los primeros días habían transcurrido sin problemas. Llegaron a Courmayeur un viernes, con un tiempo perfecto para la escalada. Una semana después, tras tener la Aiguille du Chardonnet, el Grépon y el Mont Maudit «en el saco», para emplear una de las expresiones favoritas de Young, todos se encontraban preparados para el desafío final. Suponiendo que el tiempo aguantara, por supuesto.

Cuando el reloj de pared del hotel marcó las siete de la tarde, el presidente honorífico del Club de Montañismo de la Universidad de Cambridge dio unos golpecitos en su copa con una cucharilla y la concurrencia guardó silencio.

Asunto número uno —dijo Young, repasando la agenda—. La elección de un nuevo miembro. El señor George Leigh Mallory ha sido propuesto por el señor Somervell y apoyado por el señor Odell. —Alzó la vista—. ¿Votos a favor? —Se alzaron cinco manos—. Bien, se aprueba por unanimidad —dijo Young, y a continuación sonó una ovación, cosa que nunca antes había sucedido. Young concluyó—: Así pues, declaro a George Leigh Mallory nuevo miembro del Club de Montañismo de la Universidad de Cambridge.

—Quizá alguien debería ir a buscarlo para darle la buena noticia, ¿no, señor? —sugirió Odell.

—En ese caso, será mejor que se calce las botas de clavos —dijo Young sin añadir más explicaciones.

—Ya sé que no es un hombre de Cambridge —intervino Somervell—, pero propongo que invitemos a George Finch a convertirse en miembro honorario del club. Al fin y al cabo, es buen escalador.

Nadie pareció dispuesto a secundar la propuesta.

George prendió una cerilla y encendió un pequeño hornillo Primus. Los dos hombres estaban sentados en la tienda, con las piernas cruzadas, cara a cara, y se calentaban las manos mientras esperaban a que el agua hirviera, proceso tedioso en las alturas de cualquier montaña. George depositó dos tazas en el suelo mientras Finch abría un paquete de Kendal Mint Cake, lo partía en dos y le pasaba un trozo a su compañero de escalada.

El día antes, los dos habían contemplado el Mont Blanc desde la cima del Mont Maudit, a solo seiscientos sesenta metros por encima de sus cabezas, preguntándose si al día siguiente podrían repetir el proceso a la inversa.

George comprobó la hora. Las siete y treinta y cinco. En esos momentos, Geoffrey Young estaría repasando el programa del día siguiente con el resto del grupo después de haberles informado de quiénes serían los que lo acompañarían en el ascenso final. El agua empezó a hervir.

—Esta ha sido una semana especialmente buena para la escalada —siguió diciendo Young—. De hecho, me atrevería a asegurar que la cuento entre las más memorables de mi carrera, lo cual dificulta todavía más mi elección de mi acompañante para mañana en el asalto final a la cima. Soy muy consciente de que algunos de ustedes llevan años esperando esta oportunidad, pero más de uno va a sufrir un desengaño. Como bien saben, alcanzar la cima del Mont Blanc no presenta mayor complejidad técnica para un escalador experto; a menos, claro, que lo intente desde la cara de Courmayeur.

Hizo una pausa y prosiguió:

—El grupo de escalada estará compuesto por cinco hombres: yo, Somervell, Odell, Mallory y Finch. Nos pondremos en marcha mañana por la mañana a las cuatro en punto y subiremos hasta cinco mil ochenta metros, donde descansaremos un par de horas. Si el capricho del tiempo nos lo permite, el grupo final de tres alpinistas intentará alcanzar la cima. Odell y Somervell descenderán hasta el refugio del Grand Mulets, a cuatro mil cuatrocientos veintidós metros, donde Somervell aguardará el regreso del grupo final.

—El triunfante regreso —añadió Somervell, generoso, a pesar de que tanto él como Odell apenas podían ocultar su frustración por no haber sido elegidos para el asalto a la cima.

—Esperemos que así sea —convino Young—. Sé que algunos de ustedes deben de sentirse muy decepcionados por no haber sido seleccionados para formar parte del grupo de escalada, pero no han de olvidar que no es posible conquistar ninguna montaña sin contar con la ayuda de un grupo de apoyo, y que todos ustedes habrán participado de un modo u otro. Si por alguna razón el intento de mañana fracasara, invitaré a Odell y a Somervell a que me acompañen más avanzada la semana, cuando realice mi segunda tentativa. —Los dos jóvenes sonrieron forzadamente, como dos atletas que hubieran ganado una medalla de plata en los Juegos Olímpicos—. Así pues, no tengo nada más que comentarles, aparte de anunciar los nombres de los que he elegido para que me acompañen mañana en el ascenso final.

George se quitó un guante, desenroscó un frasco de Bovril y echó una cucharada de

la sustancia espesa y oscura en cada taza. Finch las llenó de agua hirviendo y revolvió el líquido hasta que el concentrado se hubo disuelto del todo; luego, alcanzó a George su bebida. Este abrió una segunda barra de Kendal Mint Cake y dio el trozo más grande a su compañero. Ninguno habló mientras saboreaban aquellos manjares de *gourmet*.

Fue George quien finalmente rompió el silencio.

—Me pregunto a quién escogerá Young.

—Puedes estar seguro de que tú serás el elegido —dijo Finch, calentándose las manos con la taza—, pero no se me ocurre nadie más, excepto Odell, Somervell y yo mismo. Si se decide por el mejor escalador, entonces la plaza será mía.

—¿Y por qué no iba a escoger el mejor escalador?

—Porque yo no soy de Cambridge, muchacho —dijo Finch, imitando el acento de su amigo.

—Young no es ningún esnob —aseguró George—. No dejaré que algo así influya en su decisión.

—Naturalmente, nosotros podríamos adelantarnos a esa decisión —sugirió Finch. George lo miró sin comprender.

—¿En qué estás pensando?

—Podríamos ponernos en marcha hacia la cima por la mañana, y después sentarnos tranquilamente a ver quiénes de ellos se nos unen.

—Eso sería una victoria pírrica —contestó George, apurando su brebaje.

—Una victoria es siempre una victoria —repuso Finch—. Y si no, pregunta a cualquier epirota qué opina de la palabra «pírrico».

George prefirió no hacer comentarios mientras se metía en el saco de dormir. Finch se desabrochó la bragueta antes de salir a gatas de la tienda. Contempló la cima del Mont Blanc, que brillaba a la luz de la luna, y llegó a preguntarse si sería capaz de escalarla solo. Cuando volvió a entrar en la tienda, George ya estaba profundamente dormido.

—No he encontrado a ninguno de los dos —anunció Odell, quien se reunió con sus compañeros para la cena—, y eso que he mirado en todas partes.

—Mañana les espera un día importante, de modo que estarán intentando descansar —aventuró Young, mientras le ponían delante una taza de consomé caliente—. Aunque, nunca resulta fácil dormir a veinte bajo cero. Voy a tener que hacer un ligero cambio en los planes de mañana. —Todos los que estaban en la mesa dejaron de cenar y se volvieron a mirar a Young—. Herford se unirá a Odell, a Somervell y a mí.

—¿Y qué pasa con Mallory y Finch? —preguntó Odell.

—Tengo la impresión de que los dos están sentados en el Grand Mulets, esperando a que nos unamos a ellos.

Mallory y Finch ya habían acabado de comer cuando Young y su grupo se les unieron en el refugio del Grand Mulets. Ninguno de los dos habló mientras esperaban a ver cómo reaccionaba el jefe de la expedición ante su imprudencia.

—¿Ya han llevado a cabo un intento de alcanzar la cima? —preguntó Young.

—Yo quería hacerlo —dijo Finch, mientras lo seguía al interior de la cabaña—, pero Mallory se opuso.

—Un tipo listo —contestó Young antes de desplegar un viejo mapa de pergamino y extenderlo sobre la mesa.

George y Finch lo escucharon con atención mientras les mostraba la ruta que proponía para los últimos setecientos veintiséis metros.

—Este será mi séptimo intento desde la cara de Courmayeur y, si conseguimos coronar, será la tercera vez que lo consiga, de manera que las posibilidades son de menos de un cincuenta por ciento. —Young dobló el mapa y lo guardó en su mochila. Luego estrechó la mano de Somervell, Herford y Odell—. Gracias, caballeros. Haremos todo lo posible para estar de regreso con ustedes a las cinco o cinco y media, como muy tarde. Asegúrense de tener lista una tetera de Earl Grey —añadió con una sonrisa—. No podemos arriesgarnos a llegar más tarde —dijo mientras contemplaba el impresionante pico. Se volvió hacia los compañeros que había elegido—. Bien, ha llegado la hora de preparar la cordada. Les aseguro, caballeros, que nos encontramos ante una dama con la que no conviene salir después del anochecer.

Durante la siguiente hora, los tres ascendieron por una cresta estrecha que los llevó a unos trescientos treinta metros de la cumbre. George empezó a preguntarse a qué venían tantos rodeos, pero eso fue hasta que llegaron a la Puerta del Granero, una formidable aguja de hielo flanqueada de roca. Había un camino más sencillo y largo hasta la cima, les explicó Young, pero quedaba para las mujeres y los niños.

Se sentó al pie de la Puerta del Granero y comprobó una vez más su mapa.

—Ahora empezarán a comprender por qué hemos dedicado tantas semanas a perfeccionar nuestra técnica de escalada rocosa.

George no podía apartar los ojos de la Puerta del Granero, buscando grietas o fisuras en la superficie que indicaran que alguien había pasado por allí antes. Apoyó el pie en una oquedad, tanteando.

—Espere, Mallory —le dijo Young con firmeza, adelantándolo para ponerse en cabeza—. Puede que el año que viene.

Este empezó a escalar muy despacio la enorme pared en voladizo, desapareciendo momentáneamente de vista para reaparecer poco después. Todos se dieron cuenta de que, atados como iban los unos a los otros, si cualquiera de ellos cometía el más pequeño error, caerían todos.

Finch miró hacia arriba. Young no se veía por ninguna parte, y lo único que

alcanzó a distinguir de George fueron sus botas de clavos, que no tardaron en quedar ocultas tras el borde de un saliente. Centímetro a centímetro, palmo a palmo, Mallory y Finch siguieron lentamente a Young, conscientes de que si cometían la menor torpeza, la Puerta del Granero se cerraría ante sus narices para dejarlos sepultados en una tumba sin nombre.

Centímetro a centímetro...

En el Grand Mulets, Odell avivó el fuego donde tostaba una rebanada de pan mientras Herford hervía agua para el té.

—Me pregunto hasta dónde habrán llegado —dijo Odell.

—Yo diría que estarán intentando encontrar la llave de la Puerta del Granero —repuso Somervell.

—Creo que será mejor que vuelva —comentó Odell—. Así podré seguir sus progresos con el telescopio del hotel. En cuanto vea que han llegado aquí, encargaré la cena.

—Y no te olvides del champán —le recordó Somervell.

Young se encaramó a un saliente situado por encima de la Puerta del Granero. No tuvo que esperar mucho antes de que George se uniera a él. Durante un rato permanecieron en silencio; ni siquiera Finch se molestó en fingir que no estaba cansado. El pico del Mont Blanc se alzaba solo doscientos sesenta y cuatro metros por encima de sus cabezas.

—No penséis que está a esa distancia —les advirtió Young—. Más bien es como si fueran un par de kilómetros, y a cada paso que deis, el aire estará más enrarecido. —Miró la hora—. Muy bien, no hagamos esperar a nuestra dama.

Aunque el terreno parecía menos escarpado y arduo que la Puerta del Granero, el ascenso seguía siendo traicionero, y una serie interminable de grietas, piedras heladas y oquedades cubiertas de una fina capa de nieve esperaban a que cometieran el menor error. La cumbre parecía hallarse seductoramente cerca, pero la dama resultó ser engañosa. Cuando Young alcanzó la cima, habían transcurrido otras dos horas.

Mallory contempló por primera vez el paisaje que se extendía ante él desde el pico más alto de los Alpes y se quedó mudo.

—*Magnifique!* —Logró articular mientras admiraba los vástagos de *Madame Blanc*, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—Una de las ironías del montañismo —dijo Young— es que los hombres parecen encantados de dedicar meses a preparar una escalada, semanas a perfeccionar su técnica y todo un día a intentar llegar a la cima; y, cuando finalmente han logrado su objetivo, apenas dedican un instante a disfrutar de la experiencia junto a sus compañeros, con los que solo comparten el deseo de repetirla, pero en una montaña

un poco más alta.

George asintió mientras Finch seguía callado.

—Si me permiten, caballeros, hay una cosa más que debo hacer antes de que iniciemos el descenso. Sacó un soberano del bolsillo de su chaqueta, se agachó y lo dejó en la nieve, a sus pies. Mallory y Finch contemplaron el pequeño ritual, fascinados y en silencio.

—El rey de Inglaterra le envía sus mejores saludos, señora —declamó Young— y confía en que permitirá que sus humildes siervos retornen sanos y salvos a su país.

Cuando Odell llegó al hotel, pasadas las cuatro de la tarde, lo primero que hizo fue encargar una gran jarra de ponche caliente, y a continuación salió a la terraza a ocupar su puesto. Miró a través del potente telescopio y, después de haberlo enfocado en un pequeño conejo que correteaba por el bosque, dirigió su atención a la montaña. Lo orientó hacia la cima pero, aunque el día era claro, sabía que el grupo de escalada apenas se vería mayor que una hilera de hormigas, de manera que no tenía sentido intentar localizarlo.

Bajó el telescopio y enfocó el refugio del Grand Mulets. Le pareció ver dos figuras de pie junto a la cabaña, pero no se distinguía quién era Somervell y quién Herford. Un camarero con chaqueta blanca apareció junto a él y le sirvió un vaso de ponche caliente. Odell se recostó en su asiento y disfrutó de la sensación del cálido brebaje bajando por su reseca garganta mientras intentaba imaginar qué se sentiría al coronar el pico del Mont Blanc, tras haber logrado vencer la Puerta del Granero.

Todavía faltaba un rato para las cinco pero, aunque no esperaba ver demasiada actividad en el Grand Mulets, volvió a mirar por el telescopio.

Young era un tipo de fiar, de manera que esperaba que llegaría a la hora. Cuando viera aparecer al grupo de ascenso encargaría que pusieran a enfriar la botella de champán para compartirla con los triunfadores. El reloj de pared del hotel marcó las cuatro y media con una sola campanada. Enfocó el telescopio hacia el refugio del Grand Mulets por si el grupo se había adelantado a la hora prevista, pero al no detectar actividad alguna, movió la óptica montaña arriba esperando ver aparecer tres puntos diminutos.

—¡Dios mío, no! —exclamó justo cuando el camarero le llenaba de nuevo el vaso.

—*Una problema, signore?* —preguntó el hombre.

—¡Un alud! —contestó Odell.

George oyó el inconfundible rugido a su espalda, pero no tuvo tiempo de darse la vuelta.

El alud lo golpeó igual que una ola gigante, barriéndolo todo ante él. Intentó desesperadamente mantener el equilibrio y dio grandes brazadas a la altura del pecho con la esperanza de formar una bolsa de aire frente a la cara, tal como recomendaba el manual de seguridad. Sin embargo, cuando la segunda oleada lo embistió, comprendió que iba a morir. La tercera y última lo volteó como si fuera un canto rodado y lo hundió cada vez a más profundidad.

Sus últimos pensamientos fueron para su madre, que siempre había temido que llegara ese momento; para su padre, que nunca hablaba de ello, y por último para sus hermanas y su hermano, que lo sobrevivirían. ¿Sería así el infierno? Entonces se detuvo de repente y permaneció quieto unos instantes, intentando convencerse de que seguía con vida y procurando calcular dónde se hallaba. Había caído en el fondo de una gruta, arrojado a una cueva de hielo cuya belleza seguramente habría apreciado en otras circunstancias. ¿Qué recomendaba el manual en esos casos? Averiguar sin pérdida de tiempo dónde estaba arriba y abajo para orientarse en la dirección correcta. Localizó un rayo de luz tenue y gris que procedía de algún punto a unos doce metros por encima de su cabeza.

Recordó lo que decía el manual a continuación: averiguar si tenía algo roto. Movié los dedos y el pulgar de la mano derecha: seguían estando todos en su sitio. Notaba la izquierda muy fría, pero por suerte también tenía movimiento en los dedos. Estiró la pierna derecha y la alzó con cuidado. Ya tenía una. Hizo lo mismo con la izquierda. Dos. Apoyó los codos en el suelo y se incorporó poco a poco, muy despacio. Los dedos se le estaban empezando a helar. Buscó los guantes, pero no los encontró por ninguna parte. Seguramente los había perdido en la caída.

El interior de la gruta estaba cubierto de protuberancias de hielo que surgían de todos los lados y formaban unos peldaños naturales que conducían hasta el techo. Se arrastró por la blanda nieve hasta el extremo más alejado de su cárcel y dio una patada al hielo con el tacón de la bota claveteada. No sucedió nada. Aquel hielo había tardado siglos —o tal vez más— en alcanzar aquel grosor y no iba a inmutarse fácilmente. George se sintió algo más confiado, pero recordó que debía atenerse a las normas, no apresurarse ni correr riesgos innecesarios. Dedicó un momento a decidir qué peldaños de aquella escalerilla debía pisar. El mejor camino parecía hallarse en el extremo más alejado de la gruta, de manera que avanzó a gatas, se aferró a la protuberancia inferior y rezó. Cuando alguien está en peligro, necesita creer en la existencia de Dios.

Apoyó el pie con cuidado en un saliente de hielo, se agarró a otro con los dedos desnudos y entumecidos, y se dispuso a subir lentamente. Se arriesgó a cargar todo su

peso en el saliente inferior porque, si se rompía, sabía que caería desde una escasa distancia y sobre nieve blanda. El hielo aguantó, lo cual le inspiró confianza para subir el siguiente peldaño de su Escalera de Jacob y averiguar si estaba a punto de reunirse con los ángeles o con sus congéneres humanos.

Se hallaba a medio recorrido, sintiéndose más seguro a cada paso, cuando un trozo de hielo se le quebró entre los dedos. Inmediatamente, sus pies resbalaron en el saliente y quedó suspendido de una sola mano a unos diez metros de altura. George empezó a sudar en una gruta donde la temperatura no debía de superar los cuarenta bajo cero. Se balanceó despacio, convencido de que los dioses de las alturas habían decidido prologar su vida solo unos minutos más y que, en cualquier momento, el hielo al que se aferraba se desprendería. Entonces, uno de sus pies encontró apoyo, seguido rápidamente por el otro. Contuvo el aliento, con los dedos de la mano literalmente pegados al trozo de hielo. Sus fuerzas empezaban a flaquear. Se tomó su tiempo para seleccionar el siguiente peldaño de la escalerilla. Solo tres más y podría meterse por la grieta de luz. Escogió los dos siguientes puntos de apoyo con sumo cuidado y por fin pudo golpear con el puño la grieta que se abría sobre su cabeza. Deseó gritar de alegría, pero se dio cuenta de que no podía perder tiempo, porque los últimos rayos de sol desaparecían ya tras el pico más alto.

Sacó la cabeza por el agujero y miró a un lado y a otro. No necesitaba que un manual le dijera que debía apartar la nieve que lo rodeaba si deseaba tener alguna oportunidad de encontrar una roca o algo duro. Barrió con las manos desnudas hasta que dejó al descubierto una losa que había quedado enterrada por el alud. Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, se aupó fuera de la grieta y se alejó rápidamente, arrastrándose de costado, como un cangrejo, temiendo resbalar sobre la helada piedra y acabar de nuevo en el fondo de la gruta.

Fue entonces cuando oyó una voz que cantaba «Waltzing Matilda». Nadie iba a darle un premio por adivinar quién era, de modo que continuó su dificultoso avance a través de la nieve hasta que la fuente del sonido tomó forma. Finch se hallaba sentado muy erguido, repitiendo una y otra vez el estribillo. Era evidente que no sabía la siguiente estrofa de la canción.

—¿Eres tú, George? —preguntó Finch, asomándose por encima de la nieve caída. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

—Sí, soy yo —gritó él, arrastrándose hasta llegar a su lado—. ¿Estás bien?

—Sí, perfecto, excepto porque me he roto una pierna y los dedos de los pies se me están congelando. Debo de haber perdido una bota en la caída. ¿Qué tal estás tú?

—Mejor que nunca, viejo amigo —contestó George.

—¡Condenado inglés! —Masculló Finch—. Vas a tener que encontrar mi linterna si queremos tener una oportunidad de salir de aquí.

—¿Por dónde empiezo a buscar?

—La última vez que la vi estaba montaña arriba, no sé dónde.

George se puso en marcha, gateando como un bebé. Ya empezaba a perder toda

esperanza cuando de pronto descubrió un objeto de color negro que yacía en la nieve, a pocos metros de él. Dio un grito de alegría seguido de una imprecación: solo era la bota que Finch había perdido. Siguió buscando hasta que de nuevo pudo gritar de alegría al distinguir el mango de la linterna que asomaba en la nieve. La cogió y rezó una vez más antes de pulsar el interruptor. Un rayo de luz brilló en la incipiente penumbra.

—Gracias a Dios —murmuró y bajó hacia donde se hallaba Finch. Apenas se había reunido con él cuando los dos oyeron el gemido.

—Ese tiene que ser Young —dijo Finch—. Será mejor que vayas a ver si puedes ayudarlo, pero, por amor de Dios, apaga la linterna hasta que haya oscurecido. Si Odell ha visto el alud desde el hotel, ya habrá organizado un equipo de rescate; pero, en cualquier caso, tardará varias horas en llegar.

George apagó la linterna y empezó a arrastrarse en dirección a los gemidos. Tardó un rato en llegar junto al cuerpo que yacía inmóvil en la nieve, con la pierna derecha retorcida bajo la cadera.

—*Waltzing Matilda, Waltzing Matilda, who'll come a-waltzing Matilda...*

George apartó rápidamente la nieve de la boca de Young, pero no hizo el menor intento de moverlo.

—Aguante, amigo —le dijo al oído—. Somervell y Herford deben de estar subiendo ya. No tardarán en encontrarnos. —Deseó poder confiar en la certeza de sus palabras. Cogió la mano de Young y se la frotó para reactivarle en lo posible la circulación mientras le apartaba la nieve que había empezado a caer.

—*Waltzing Matilda, Waltzing Matilda, who'll come a-waltzing Matilda...*

Odell salió corriendo del hotel y fue hasta el camino de acceso, donde hizo girar frenéticamente la vieja sirena cuyo alarido angustioso debía alertar a Somervell y Herford del peligro.

Cuando el sol se ocultó definitivamente tras el pico más alto, George apoyó la linterna en el suelo, apuntando en dirección al valle, y empezó a encenderla y apagarla. ¿Cuánto tiempo aguantaría?

—*Waltzing Matilda, Waltzing Matilda, who'll come a-waltzing Matilda with me. And he sang as he...*

El manual no decía nada con respecto a lo que había que hacer con un australiano que cantara desafinando, pensó George mientras apoyaba la cabeza en la nieve y se dejaba arrastrar por el sueño. No era una mala manera de morir.

—*You'll come a Waltzing Matilda with me...*

Cuando George se despertó no estuvo seguro de dónde se hallaba, de cómo había llegado hasta allí ni del tiempo que llevaba en ese lugar.

Entonces vio a la enfermera y volvió a dormirse.

Al abrir los ojos de nuevo, vio a Somervell de pie junto a su cama, sonriéndole

afectuosamente.

—Bienvenido —le dijo.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Dos o tres días, más o menos. Pero no te preocupes, los médicos dicen que en una semana te habrás recuperado.

—¿Y Finch?

—Le han enyesado una pierna, pero en este momento está tomando un desayuno como Dios manda y sigue cantando «Waltzing Matilda» cada vez que ve pasar una enfermera.

—¿Y qué me dices de Young? —preguntó, temiéndose lo peor.

—Segue inconsciente. Sufre hipotermia y tiene un brazo roto. Los médicos están haciendo lo posible por él, y si consiguen salvarle la vida tendrá que agradecértelo a ti.

—¿A mí?

—De no haber sido por tu linterna, nunca os habríamos encontrado.

—No era la mía, sino la de Finch —repuso George, antes de dormirse.

Martes, 9 de julio de 1907

Cuando se ha visto la muerte cara a cara, las cosas nunca vuelven a ser lo mismo —dijo Young—. Es algo que te diferencia del resto de la gente.

George apuró la taza de té que le había servido su anfitrión.

—Quería hablar con usted, Mallory —prosiguió Young— para asegurarme de que no abandona la escalada debido a su terrible experiencia en el Mont Blanc.

—Desde luego que no —contestó George—. La razón es otra, y de más provecho. Mi tutor me ha advertido de que no podré optar al doctorado a menos que saque unas calificaciones de primera categoría.

—¿Y qué posibilidades cree que tiene de conseguirlas, viejo amigo?

—Según parece, me falta muy poco. No puedo permitirme no alcanzarlas solo por no haberme esforzado lo suficiente.

—Es comprensible, pero eso de que todo sea trabajo y no haya nada de diversión...

—Sí, señor, pero prefiero ser un triunfador que se haya aburrido a un fracasado que se lo haya pasado en grande —replicó George.

—Lo único que me gustaría saber es si, cuando sus exámenes hayan terminado, considerará la posibilidad de reunirse conmigo en los Alpes, el próximo verano.

—Desde luego —repuso George con una sonrisa—. Si hay algo que me dé más miedo que no conseguir las notas necesarias es imaginarme a Finch coronando los picos más altos mientras canta «Waltzing Matilda».

—Pues acaban de darle los resultados de los exámenes —comentó Young.

—¿Y...?

Guy quedó atónito ante la cantidad de horas y esfuerzo que George dedicó a sus exámenes finales. Durante las vacaciones de primavera ni siquiera se tomó un día libre para ir al Pen-y-Pass o a Cornualles, y aun menos a los Alpes. Sus únicos compañeros fueron reyes, dictadores y potentados; y sus únicas excursiones fueron a campos de batalla y a tierras lejanas mientras estudiaba noche y día hasta la mañana misma de sus exámenes.

Tras pasarse cinco días escribiendo ininterrumpidamente para presentar once trabajos distintos, George no estaba seguro de haber conseguido su propósito. Solo los muy inteligentes o los muy estúpidos estaban seguros de los resultados. Cuando entregó el último examen y salió del aula a la luz del sol, se encontró con que Guy lo esperaba en la escalera del College con una botella de champán y dos vasos para felicitarlo. George se sentó junto a él y sonrió.

—No me preguntes —dijo mientras Guy quitaba el alambre del tapón.

A partir de ese momento se iniciaron diez días de limbo mientras los alumnos esperaban a que los examinadores les comunicaran las notas que habían obtenido, el grado de su calificación y, en consecuencia, qué porvenir se les había adjudicado.

Por más que el señor Benson intentara consolar a su pupilo asegurándole que le había faltado muy poco para conseguirlo, el hecho fue que George Leigh Mallory solo había logrado una graduación de segunda categoría y, por lo tanto, no volvería al Magdalene College a finales de septiembre para doctorarse. Y tampoco fue de especial ayuda que el jefe de tutores añadiera:

—Cuando uno se sabe derrotado, debe aceptarlo con elegancia.

A pesar de la invitación de Geoffrey Young para que pasara un mes con él en los Alpes, George hizo las maletas y tomó el primer tren para Birkenhead. Si alguien se lo hubiera preguntado, habría descrito las cuatro semanas que siguieron como un período de «reflexión», aunque la palabra que su padre utilizó más frecuentemente fue «negación»; mientras que su madre, en la intimidad de su dormitorio, describió la infrecuente actitud de su hijo como «mohína».

—Ya no es un niño —comentó—, y le toca decidir lo que va a hacer con su vida.

A pesar de las objeciones de su esposa, el reverendo Mallory dejó que pasara una semana más antes de abordar la cuestión del futuro de su hijo cara a cara con él.

—Estoy sopesando mis opciones —le explicó George—, aunque la verdad es que me gustaría dedicarme a escribir. Ya tengo empezado un libro sobre Boswell.

—Sin duda resultará enriquecedor, pero dudo de que sea rentable —contestó su padre—. Supongo que no desearás vivir en un cuchitril y alimentarte de pan y agua —añadió. George no pudo sino estar de acuerdo—. ¿Has pensado en el ejército? Estoy seguro de que serías un soldado formidable.

—Nunca se me ha dado demasiado bien obedecer a la autoridad —contestó George.

—¿Y tampoco has pensado en vestir los hábitos?

—No, porque la verdad es que existe una dificultad insalvable.

—¿Y cuál es esa?

—Pues que no creo en Dios —dijo George sencilla y llanamente.

—Eso no ha sido obstáculo para que muchos de mis más distinguidos colegas se ordenaran sacerdotes. George no pudo evitar reír.

—Menudo cínico estás hecho, padre.

El reverendo Mallory pasó por alto el comentario de su hijo.

—Quizá podrías pensar en la política, muchacho. Sin duda podrías encontrar una circunscripción electoral que estaría encantada de tenerte como representante en el Parlamento.

—En ese sentido me ayudaría saber por qué partido inclinarme. En cualquier caso, mientras el parlamentarismo siga siendo una actividad no remunerada, me temo que la política no sea más que un pasatiempo para ricos.

—Igual que el montañismo, ¿no? —observó su padre, arqueando una ceja.

—Tienes razón —admitió George—. Así pues, creo que voy a tener que dedicarme a alguna profesión que me proporcione ingresos suficientes para poder dedicarme a mis aficiones.

—Pues entonces está decidido —declaró el reverendo Mallory—. Te dedicarás a la enseñanza.

Aunque George no manifestó opinión alguna ante la sugerencia de su padre, tan pronto como volvió a su cuarto se sentó y escribió a su antiguo tutor, preguntándole si en Winchester quedaba alguna plaza para un profesor de historia. El colegio, según informó el señor Irving al cabo de una semana, seguía barajando distintas candidaturas para una plaza de profesor de clásicas, pero ya había concedido la de historia. George lamentó haberse tomado un mes para dedicarse a reflexionar. «Sin embargo —continuaba diciendo el señor Irving—, he oído decir que en Charterhouse están buscando un profesor de historia; si decides optar al puesto, estaré encantado de actuar como árbitro».

Diez días más tarde, George viajó a Surrey para entrevistarse con el director de Charterhouse, el reverendo Gerald Randall. El señor Irving había prevenido a su antiguo alumno de que, tras Winchester y Cambridge, cualquier otra cosa le parecería un anticlímax; sin embargo, George quedó gratamente sorprendido por lo agradable que le resultó la visita y, en consecuencia, se sintió encantado y aliviado cuando el director de Charterhouse lo invitó a incorporarse al claustro de profesores por delante de otros tres aspirantes.

Sin duda, cuando George escribió al reverendo Randall comunicándole su aceptación no podía prever que el curso de su vida se vería definitivamente alterado, pero no por la institución en sí, sino por un miembro del consejo escolar.

—Voy a necesitar dos alpinistas de primera clase para que me acompañen en el ascenso final —comentó Geoffrey Young.

—¿Y ha pensado en alguien en concreto? —le preguntó el secretario de la Royal Geographical Society.

—Sí —dijo Young con firmeza, que no deseaba desvelar ningún nombre.

—Entonces quizá convenga que hable con ellos —repuso Hinks—, y que lo haga dentro de la más estricta confidencialidad, ya que, a menos que el Dalai Lama dé su conformidad, ni siquiera podremos cruzar la frontera para entrar en el Tíbet.

—Escribiré a ambos esta misma noche —aseguró Young.

—Yo recomendaría que no pusiera nada por escrito —dijo el secretario, y Young asintió—. Además, debo pedirle un pequeño favor. Cuando el capitán Scott...

Durante las primeras semanas en Charterhouse George se enfrentó a varios problemas, entre ellos el hecho de que cuando no iba vestido con su toga y su birrete, lo confundían a menudo con un alumno. Estaba disfrutando de su primer año en el colegio mucho más de lo que había imaginado, y eso a pesar de que en quinto curso había un grupo de monstruos decididos a sabotear sus clases. Sin embargo, y para sorpresa de George, cuando esos mismos alumnos regresaron de las vacaciones e iniciaron el último curso en sexto, muchos de ellos habían cambiado por completo y dedicaron todas sus energías a conseguir una plaza en la universidad de su elección. George estuvo encantado de ayudarlos a alcanzar dicho objetivo.

A pesar de todo, cuando su padre le preguntó durante las vacaciones de verano qué le había dado mayor satisfacción, George le dijo que entrenar a los once chicos del equipo de fútbol durante el invierno, a los catorce del equipo de *joquey* en primavera, y sobre todo llevarse de escalada a un grupo en verano.

—De vez en cuando —comentó— encuentras algún chico excepcional que muestra verdadero talento y curiosidad, y comprendes que va a labrarse un nombre en este mundo.

—¿Y ya has hallado semejante dechado?

—Pues sí —contestó George, sin dar más explicaciones.

Una cálida tarde de verano, George fue a Londres en tren y caminó hasta el número 23 de Savile Row, en Mayfair, para cenar con Geoffrey Young. Un portero lo acompañó al bar de socios, donde George encontró a su anfitrión departiendo con un grupo de veteranos montañistas que repetían fantásticas anécdotas de altitudes aún más fantásticas. Cuando Young vio que su invitado entraba, se separó del grupo y guio al joven hacia el comedor.

—Me temo que el taburete del bar es lo más alto a lo que ese grupo se ha encaramado últimamente —comentó.

Mientras disfrutaban de una cena que consistió en una sopa Windsor, seguida de pastel de carne y riñones, y helado de vainilla de postre, Young expuso a su invitado el programa que había preparado para su siguiente excursión a los Alpes. Sin embargo, George tuvo la impresión de que algo más importante rondaba por la cabeza de su anfitrión esa velada, puesto que este ya le había escrito para contarle con todo detalle las escaladas que realizarían aquel verano. Cuando pasaron a la biblioteca para tomar café y licores George descubrió finalmente la verdadera finalidad de la invitación de Young.

—Mire, Mallory —le dijo una vez se hubieron acomodado en un alejado rincón del salón—, me gustaría saber si le interesaría ser mi invitado el próximo jueves por la noche en una reunión de la RGS, donde el capitán Scott explicará los detalles de su inminente expedición al Polo Sur.

George estuvo a punto de atragantarse con el café, tanto por lo mucho que le apetecía escuchar al intrépido explorador hablar de su viaje de descubrimiento como porque hacía poco había leído en el *Times* que todas las entradas se habían vendido a las pocas horas de que la Royal Geographical Society anunciara el nombre del principal conferenciante de su reunión para dar lectura a su memoria anual.

—¿Cómo ha conseguido...? —empezó a preguntar George.

—Como miembro del comité del Alpine Club he podido conseguir en la secretaría de la RGS un par de entradas de más. Sin embargo, a cambio me han requerido un pequeño favor.

George quiso plantear dos preguntas a la vez, pero enseguida se hizo evidente que Young las había previsto.

—Naturalmente, querrá saber quién es mi otro invitado —señaló. George asintió—. Bien, pues no creo que le sorprenda saber que se trata de un escalador de su mismo nivel. —Young hizo una pausa—. Sin embargo, debo confesar que el favor que me pidieron en la RGS constituyó una sorpresa.

George dejó el café en la mesilla auxiliar, entrelazó los dedos y aguardó.

—En realidad es bastante sencillo —prosiguió Young—. Cuando el capitán Scott haya finalizado su conferencia y abra el turno de preguntas, el secretario quiere que

levante usted la mano.

Aquella fue una de las pocas ocasiones en que George llegó puntualmente. Había ensayado la pregunta durante el viaje en tren desde Godalming y, aunque estaba seguro de saber la respuesta, la razón de que el secretario de la Royal Geographical Society quisiera que la formulara seguía intrigándolo.

Se había llevado un desengaño a comienzos de año, al leer en el *Times* que un norteamericano —Robert Peary—, y no un británico, había sido el primero en alcanzar el Polo Norte. Sin embargo, siendo el tema de la conferencia del capitán Scott «El Polo Sur, todavía inconquistado», tal como Young había sugerido, daba por hecho que el gran explorador se preparaba a lanzar su segundo intento.

George saltó del tren en Waterloo antes incluso de que el convoy se detuviera, corrió por el andén, entregó su billete y se apresuró a buscar una calesa. Young le había advertido que la popularidad de Scott era tal que la mayoría de los asientos estarían ocupados casi una hora antes de que empezara la conferencia.

Cuando presentó su invitación en la entrada, ya se había formado una pequeña cola a las puertas de la RGS. Se unió a la bulliciosa multitud y se encaminó hacia el salón de actos de la planta baja.

Cuando entró en el recién construido recinto se sorprendió al ver sus extraordinarias dimensiones. Las paredes revestidas de roble estaban decoradas con pinturas de antiguos presidentes de la institución, y no menos de quinientas butacas de terciopelo rojo ocupaban casi la totalidad del oscuro *parquet* del suelo. Un retrato de cuerpo entero del rey Jorge V dominaba el estrado.

George examinó las hileras de asientos, buscando a Geoffrey Young. Al final lo localizó en el extremo más alejado de la sala, junto a Finch. Se abrió paso rápidamente por entre las butacas y ocupó su lugar al lado de Young.

—Llega usted justo a tiempo —le dijo este con una sonrisa—, no creo que hubiera podido reservárselo mucho más rato.

—Lo siento —contestó George, alargando el brazo para estrechar la mano de Finch.

Miró a su alrededor para ver si encontraba algún otro conocido. Odell, Somervell y Herford se hallaban sentados en las últimas filas. Lo que más sorprendió a George fue la ausencia de mujeres. Sabía que no podían ser elegidas miembros de la RGS, pero no entendía que no las admitieran como invitadas. No pudo evitar preguntarse qué habría ocurrido si Cottie Sanders hubiera sido una de las convidadas de Young. ¿La habrían hecho sentar quizá en la primera fila, que estaba vacía? Miró hacia el anfiteatro, donde varias damas ataviadas con elegantes vestidos de noche ocupaban sus asientos, y frunció el ceño antes de volver su atención al estrado, donde dos hombres montaban una pantalla de proyección. En el pasillo, otro comprobaba un montón de diapositivas y hacía funcionar el carro del proyector adelante y atrás.

La sala se estaba llenando rápidamente y, bastante antes de que el reloj que

colgaba del techo marcara ocho campanadas, varios socios y sus invitados tuvieron que conformarse con quedarse de pie en los pasillos laterales y de fondo. Con la octava campanada, los miembros del comité entraron en fila y ocuparon sus asientos en primera línea. Casi al mismo tiempo, un hombre de baja estatura y elegantemente vestido con chaqué y pajarita blanca subió al estrado y fue recibido con una cerrada ovación. Alzó las manos como si quisiera calentárselas al calor de los aplausos y estos cesaron lentamente.

—Buenas noches, damas y caballeros —empezó diciendo—. Mi nombre es *sir Francis Younghusband*, y esta noche me corresponde el honor de ser su maestro de ceremonias. Tengo la certeza de que la conferencia de hoy será una de las más interesantes en la larga historia de la Royal Geographical Society, que se complace en ser líder mundial en dos campos de la ciencia, diferentes pero relacionados: primero, la supervisión y el trazado de mapas de territorios hasta el momento ignotos; y segundo, la exploración de territorios distantes y peligrosos que todavía no han sido hollados por el pie del hombre blanco. Nuestros estatutos permiten que la Royal Geographical Society apoye y financie a los decididos individuos que están dispuestos a recorrer el globo arriesgando sus vidas al servicio del imperio Británico.

»El conferenciante de esta noche es uno de estos hombres —continuó diciendo *sir Francis*, alzando la vista hacia el retrato del rey Jorge V

—, y no me cabe duda de que va a contarnos sus planes para llevar a cabo un segundo intento de convertirse en el primer súbdito de Su Majestad en alcanzar el Polo Sur. Es un dicho conocido que un buen orador no necesita presentación, por lo cual sospecho que no hay hombre, mujer o niño dentro de nuestras fronteras que no conozca el nombre del capitán Robert Falcon Scott, de la Marina Real.

El público se puso en pie cuando un hombre fornido y bien afeitado, de ojos fieramente azules y vestido con el uniforme de la Marina, salió de un lateral y ocupó su lugar en el centro del estrado, con las piernas ligeramente separadas, dando la impresión de que no iba a moverse de allí durante un rato. Sonrió al público y, a diferencia de *sir Francis*, no hizo el menor intento de aplacar su entusiasmo, de manera que pasaron varios segundos antes de que pudiera tomar la palabra.

George se sintió cautivado desde la primera frase de Scott. El conferenciante estuvo hablando más de una hora sin recurrir a sus notas mientras las diapositivas, que se proyectaban en la pantalla, ilustraban su notable primera expedición a la Antártida a bordo del *Discovery*. De vez en cuando, unos aplausos espontáneos acallaban sus palabras.

El público conoció de ese modo cómo el capitán Scott había seleccionado a los miembros de su equipo y las cualidades indispensables que exigía a estos: lealtad, valor y una disciplina inquebrantable. A continuación, prosiguió explicando las adversidades y privaciones que sus hombres tendrían que afrontar si confiaban en sobrevivir cuatro meses en la Antártida, recorriendo seiscientos kilómetros a pie por páramos helados en un viaje sin mapas hacia el Polo Sur.

George contempló con incredulidad las imágenes de los hombres que habían participado en la expedición anterior, algunos de los cuales no solo habían perdido dedos de manos y pies por congelación, sino también las orejas e incluso uno de ellos la nariz. Una mujer del anfiteatro se desmayó ante la vista de una diapositiva. Scott hizo una pausa antes de proseguir.

—Todos y cada uno de los hombres que me acompañarán en esta empresa deben estar dispuestos a afrontar sufrimientos como estos si confían en seguir en condiciones cuando lleguemos finalmente al Polo Sur. Y no olviden que mi mayor responsabilidad es asegurarme de que todos ellos regresan sanos y salvos a sus hogares.

George deseó poder hallarse entre los que serían invitados a unirse a Scott, pero sabía que un simple profesor sin experiencia, cuya mayor hazaña hasta la fecha había sido conquistar el Mont Blanc, difícilmente podía ser candidato para el equipo del capitán.

Scott finalizó su conferencia dando las gracias a la Royal Geographical Society, sin cuyo apoyo ni siquiera podría pensar en levar anclas en Tilbury y aun menos en fondear en la bahía de McMurdo completamente equipado y preparado para tan ambiciosa empresa. Cuando se encendieron las luces, hizo una ligera reverencia ante el público, que lo aplaudió como a un verdadero héroe británico. George no pudo evitar preguntarse qué se sentiría al hallarse de pie en un estrado, recibiendo semejante ovación y, sobre todo, teniendo que mostrarse digno de tanta admiración.

Cuando los aplausos cesaron por fin y los presentes volvieron a ocupar sus asientos, Scott les dio las gracias de nuevo antes de abrir el turno de preguntas.

Un caballero se puso en pie en las primeras filas.

—Es Arthur Hinks —susurró Young al oído de George—. Acaba de ser nombrado secretario de la RGS.

—Señor —dijo Hinks—, abundan los rumores de que los noruegos, conducidos por Amundsen, también están planeando el asalto al Polo Sur. ¿Constituye eso motivo de preocupación para usted?

—No, ni mucho menos —repuso Scott—. Permita que le asegure a usted y a los demás miembros de la RGS que será un súbdito de Su Majestad y no un vikingo quien alcance por primera vez el Polo Sur.

El comentario fue nuevamente recibido con fervorosos aplausos. De nuevo se elevaron varias manos y Scott seleccionó a un hombre sentado en la tercera fila, que exhibía en la pechera del frac toda una hilera de medallas conseguidas en campaña.

—Señor, esta mañana he leído en el *Times* que los noruegos se disponen a utilizar trineos motorizados, además de los tirados por perros, para asegurarse de que llegan al Polo Sur antes que usted. —Unos cuantos abucheos surgieron de entre los asistentes—. ¿Puedo preguntarle cuál es su respuesta ante tan flagrante violación del código amateur?

Finch contempló al hombre de las medallas con incredulidad.

—Sencillamente, haré caso omiso, general —respondió Scott—. Mi empresa constituye un desafío de la superioridad del hombre ante los elementos, y no me cabe duda de que he reunido un grupo de caballeros que están más que dispuestos a arrostrar las dificultades.

Por toda la sala se escucharon gritos de ánimo y vítores, pero Finch no se unió a ellos.

—Y permítame que añada más —prosiguió Scott—: pretendo ser el primer ser humano en llegar al Polo Sur, no el primer perro. —Hizo una pausa antes de añadir—: A menos, por supuesto, que se trate de un *bulldog*.

Se oyeron risas mientras se alzaban numerosas manos, la de Mallory entre ellas. Sin embargo, el capitán Scott respondió a otras tres preguntas antes de señalar en dirección al chico.

—Ese joven de la quinta fila está demostrando la clase de determinación que yo busco cuando selecciono a los miembros de mi equipo, así que escuchemos lo que tiene que decir.

Cuando George se levantó lentamente de su asiento notó que le flaqueaban las piernas mientras cientos de ojos lo observaban.

—Señor —dijo con voz temblorosa—, una vez haya llegado al Polo Sur, ¿qué más le quedará a un caballero británico por conquistar? —Dicho lo cual se dejó caer en su asiento mientras una parte del público estallaba en carcajadas y los demás aplaudían.

En el rostro de Finch apareció una expresión de perplejidad. ¿A qué se debía esa pregunta cuya respuesta todos conocían?

—El siguiente gran desafío para un caballero británico —repuso Scott sin vacilar— será sin duda escalar el monte Everest, en el Himalaya. Se yergue ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar, lo cual, querido muchacho, equivale casi a ocho kilómetros, y no tenemos la menor idea de cómo reaccionará el cuerpo humano a semejante altitud, ya que ningún hombre ha superado los seis mil seiscientos metros. Y eso sin tener en cuenta que las temperaturas pueden ser inferiores a cuarenta grados centígrados bajo cero y que el viento puede cortar como un cuchillo. Sin embargo, sí estoy seguro de una cosa: ni los perros ni los trineos motorizados servirán de mucho en un lugar como ese. —Hizo una pausa y, mirando fijamente a George, añadió—: Sin embargo, sea quien fuere el que triunfe en tamaña empresa, será el primer hombre en poner pie en el techo del mundo y lo envidiaré. Confiemos en que se trate de un caballero británico. Sin embargo —concluyó Scott, volviéndose hacia una dama sentada en la primera fila del anfiteatro—, ya he prometido a mi esposa que dejaré ese desafío en manos de alguien más joven.

Scott miró a George mientras el público estallaba una vez más en aplausos espontáneos. Finch levantó rápidamente la mano y Scott asintió.

—Señor, ¿se considera usted un amateur o un profesional?

Todos los presentes dieron un audible respingo mientras Finch seguía mirando con aire desafiante a su interlocutor. Scott se tomó su tiempo antes de responder y en ningún momento apartó los ojos de Finch.

—Soy un amateur —respondió al fin—, pero como tal me rodeo de profesionales. Mis médicos, ingenieros, conductores e incluso mis cocineros están plenamente cualificados y se sentirían insultados si usted los llamase «aficionados». Sin embargo, su indignación sería aún mayor si usted pretendiera dar a entender que su presencia en mis expediciones obedece a motivos económicos.

Aquella respuesta fue objeto de los aplausos más fervientes de toda la velada y evitaron que alguien, aparte de Young y Mallory, oyera a Finch decir:

—Si de verdad cree lo que dice, no tiene la menor oportunidad de regresar con vida.

Tras tres o cuatro preguntas más, Scott volvió a dar las gracias a la Royal Geographical Society por apadrinar la conferencia y por su encomiable apoyo a su proyecto. Tras ello siguieron unas palabras de agradecimiento del señor Hinks en nombre de la RGS, y finalmente los asistentes se pusieron en pie para escuchar el himno nacional.

Mientras Young y Finch se unían a los que abandonaban la sala, George se quedó en su sitio, incapaz de apartar los ojos del escenario que Scott había ocupado, un estrado desde donde, algún día, también él tenía intención de dirigirse a los miembros de la RGS. Finch sonrió maliciosamente cuando se volvió y vio a Mallory, inmóvil.

—Ese seguirá ahí sentado —le dijo a Young—, escuchando con la misma atención, cuando me llegue el turno de dar mi conferencia anual. Young sonrió ante la presuntuosidad del muchacho.

—¿Y cuál será, si puedo preguntarlo, el tema de su charla?

—La conquista del Everest —contestó Finch—, porque toda esta panda —hizo un gesto abarcando la sala y la gente— no me dejará subir al estrado a menos que sea el primer hombre que lo haya conseguido.

Libro segundo

La otra dama

Lunes, 9 de febrero de 1914

Cuando Isabel subió al trono de Inglaterra en 1558, ni la corte ni el pueblo llano le dieron la bienvenida como la nueva monarca. Sin embargo, cuando murió en 1603, cuarenta años después, la Reina Virgen era tan popular como había llegado a serlo su padre, el rey Enrique VIII.

—Señor, señor... —dijo un muchacho de la primera fila, levantando la mano.

—Sí, Carter *minor*, ¿qué hay?

—¿Qué es una virgen, señor?

George hizo caso omiso de las risas que se oyeron y prosiguió como si le hubieran formulado una pregunta seria.

—Una virgen es una mujer que permanece *virgo intacta*, Carter *minor*. Confío en que sus nociones de latín estén a la altura de las circunstancias. Si no es así, siempre puede consultar Lucas 1,27: «... una virgen casada con un hombre cuyo nombre era José, y el de la virgen era María...». Pero volvamos a Isabel. Esa fue la época dorada de Shakespeare y Marlowe, de Drake y Raleigh, un momento en que los ingleses no solo derrotaron a la Armada Invencible, sino que también sofocaron una revuelta civil encabezada por el duque de Essex, que según algunos historiadores era el amante de la reina.

Varias manos se alzaron inevitablemente.

—¿Qué es un amante, señor? George sonrió.

—Un amante es un hombre que cohabita con una mujer fuera del sagrado vínculo del matrimonio.

—Entonces, no hay la menor posibilidad de que una amante sea *virgo intacta*, ¿verdad, señor? —preguntó Wainwright con una sonrisa burlona.

—Está usted en lo cierto, Wainwright, aunque me da la impresión de que Isabel nunca tuvo un amante, ya que tal cosa habría socavado su autoridad como monarca.

Otra mano se levantó rápidamente.

—¿Pero no es cierto que tanto la corte como el pueblo llano habrían elegido tener en el trono a un hombre, como el duque de Essex, antes que a una mujer?

George sonrió de nuevo. Graves, uno de los pocos chicos que prefería estar en el aula que en el campo de juego, no era de los que planteaban preguntas tontas.

—En esa época, Graves, incluso los que en un principio se habían opuesto a Isabel la habrían apoyado a ella antes que al duque de Essex. De hecho, trescientos años más tarde, esa mujer sin duda ocupa un lugar igual al de cualquier hombre en el panteón de los grandes monarcas ingleses —concluyó justo cuando la campana de la capilla sonaba en la distancia.

Miró a su alrededor por si había más preguntas, pero no fue así.

—Muy bien —dijo con un suspiro—. Esto es todo por hoy, caballeros. Y no se olviden —añadió alzando la voz— de dejar en la mesa de mi despacho el jueves al mediodía sus trabajos sobre las consecuencias políticas y religiosas del matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena.

Se oyó un gruñido de protesta mientras el alumnado de quinto curso recogía sus libros de texto y salía del aula.

George se acercó a la pizarra y empezó a borrar los nombres y las fechas de las seis esposas de Enrique VIII. Cuando hubo acabado, se dio la vuelta y vio que Graves seguía sentado en su sitio.

—¿Podría decirme, Robert, los nombres de estas seis damas y las fechas de sus matrimonios con el rey? —le preguntó.

—Catalina de Aragón, en 1509. Ana Bolena, en 1533. Juana Seymour, en 1536. Ana de Cleves, en 1540. Catalina Howard, también en 1540, y Catalina Parr, en 1543.

—Muy bien; la semana que viene le enseñaré un sencillo truco nemotécnico para que recuerde cómo acabaron.

—Divorciada, decapitada, fallecida, divorciada, decapitada, superviviente. Nos lo explicó la semana pasada, señor.

—¿De verdad? —se extrañó George, dejando el borrador encima de la mesa sin percatarse de la cantidad de polvo de tiza que le había caído en la toga.

Siguió a Graves fuera del aula y cruzó el patio, encaminándose a la sala de profesores para unirse a sus colegas en el descanso matinal. Aunque había demostrado ser un profesor apreciado por la mayoría de sus compañeros y de sus alumnos, era consciente de que no todos los profesores aprobaban lo que entre susurros llamaban una «actitud de *laissez faire*», y al menos uno de ellos le recriminaba abiertamente que la falta de disciplina en sus asignaturas socavaba la autoridad de los demás, sobre todo cuando debían dar clase a los alumnos de quinto ese mismo día.

Cuando el reverendo Randall decidió que había llegado el momento de tener unas palabras en privado con George sobre el asunto, este se limitó a explicarle que creía en la autoexpresión. De otro modo, ¿cómo iban a poder los chicos revelar su verdadero potencial? Dado que el director no tenía la menor idea de lo que significaba el término «autoexpresión», decidió no insistir más en el tema. Al fin y al cabo iba a jubilarse al final de aquel año escolar, con lo cual el problema pasaría a ser

responsabilidad de otro.

George solo había hecho un amigo de verdad entre sus colegas. Andrew O'Sullivan había coincidido con él en Cambridge, aunque no habían llegado a conocerse en la universidad. Había estudiado Geografía y ganado un premio de boxeo estando en Fitzwilliam; sin embargo, pese a que no mostraba el menor interés hacia el montañismo y aun menos hacia las enseñanzas de Quinto Fabio Máximo, él y George no habían tardado en descubrir que disfrutaban de su mutua compañía.

Cuando George entró en la sala de profesores, vio que Andrew estaba cómodamente repantigado en un sillón junto a la ventana, leyendo el periódico. Se sirvió una taza de té y se sentó junto a su amigo.

—¿Has visto el *Times* esta mañana? —le preguntó Andrew.

—No —contestó George, dejando la taza en el plato sobre la mesita auxiliar que los separaba—. Normalmente me pongo al día con las noticias por la tarde.

—Pues según informa el corresponsal del diario en Delhi, lord Curzon ha llegado a un acuerdo con el Dalai Lama para permitir que un grupo de alpinistas escogidos entre...

George se inclinó sobre el periódico con tanta precipitación que tiró la taza de té de su amigo.

—Lo siento, Andrew —se disculpó, aunque de todos modos le arrebató el diario de las manos.

Andrew, más bien divertido ante la insólita brusquedad de George, permaneció en silencio hasta que este le devolvió el periódico.

—La Royal Geographical Society invita a los posibles interesados a que presenten su candidatura —continuó diciendo Andrew—. ¿No serás tú por casualidad una de esas posibles partes interesadas, mi querido Mallory?

George prefirió no contestar hasta haber considerado la cuestión con más detenimiento y se sintió aliviado cuando sonó la campana que anunciaba que el descanso acabaría en diez minutos.

—Bueno —dijo Andrew, levantándose del sillón—, si no te sientes capaz de responder a esa pregunta, deja que te plantee otra menos difícil.

¿Tienes previsto hacer algo, el jueves por la noche, aparte de leer el *Times*?

—Pues corregir los trabajos de los alumnos de quinto sobre la Armada Invencible. Parece que muchos de ellos encuentran cierto placer morboso en reescribir la historia. Por lo visto Wainwright opina que los españoles ganaron la batalla y que Drake acabó encerrado en la Torre de Londres.

Andrew rio.

—Verás, es que un miembro de la junta de gobierno del colegio, el señor Thackeray Turner, me ha invitado a cenar en su casa el jueves y me ha ofrecido que vaya acompañado de alguna amistad.

—Es muy amable por tu parte haber pensado en mí, Andrew —dijo George mientras salían de la sala de profesores y cruzaban el patio—, pero creo que el señor

Turner seguramente se refería a una amiga.

—Lo dudo —contestó Andrew—. Al menos, mientras siga teniendo tres hijas casaderas.

Jueves, 12 de febrero de 1914

George aplicó un poco de yeso a la punta del taco. Thackeray Turner le había caído bien desde el primer momento: directo, franco y sin complicaciones, aunque un tanto chapado a la antigua y aficionado a poner a prueba constantemente a los demás.

Durante el trayecto a casa de Turner, Andrew le había explicado que su anfitrión era arquitecto. Cuando George cruzó la espléndida verja de hierro forjado y enfiló por una larga avenida flanqueada de tilos desde donde contempló por primera vez Westbrook, al abrigo de las colinas de Surrey y rodeada de parterres de flores y césped, no hizo falta que nadie le explicara por qué su propietario había triunfado en su profesión.

Antes de que llegaran al último peldaño que conducía a la puerta principal, un mayordomo la abrió y los condujo silenciosamente por un largo pasillo hasta la sala de billar, donde Turner los esperaba. Al ver que su anfitrión había dejado la chaqueta del esmoquin colgada en la puerta, George dio por sentado que estaba listo para la batalla.

—Tenemos tiempo para una partida antes de que las mujeres bajen a cenar — fueron las primeras palabras de Turner a sus invitados. George admiró un retrato de cuerpo entero de su anfitrión, obra de Lavery, que colgaba encima de la chimenea, y varias acuarelas del siglo XIX que adornaban las paredes, entre las que había una de su homónimo. Luego se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa.

Tan pronto como las tres bolas quedaron situadas en posición sobre el tapete verde, George tuvo oportunidad de descubrir otra faceta del carácter de su anfitrión: al señor Turner le gustaba ganar. Es más, esperaba que así fuera. Lo que no sospechaba era que a George no le gustaba perder. George no estaba seguro de si Andrew solo deseaba complacer al anciano o si realmente era un jugador mediocre. En cualquier caso, no estaba dispuesto a adaptarse a las expectativas de su anfitrión.

—Su turno, amigo mío —le dijo Turner después de haber anotado once puntos.

George se tornó su tiempo para estudiar la jugada y, para cuando pasó el taco a Andrew, había anotado catorce tantos. Enseguida se hizo evidente que Turner había encontrado la horma de su zapato, de modo que decidió intentar una táctica diferente.

—O'Sullivan me ha dicho que es usted una especie de radical, Mallory.

George sonrió. No iba a permitir que Turner lo venciera, ni en el tapete ni fuera de él.

—Si se refiere usted a mi apoyo al sufragio universal, está en lo cierto, señor. Andrew torció el gesto.

—Solo tres puntos —declaró antes de añadirlos a su mísero tanteo.

Turner volvió a la mesa y no abrió la boca hasta haberse anotado otros doce. Justo

cuando George se inclinaba sobre el tapete para realizar su jugada, Turner le preguntó:

—O sea, ¿que usted concedería a las mujeres el derecho a votar? George se incorporó y frotó con tiza la punta del taco.

—Desde luego, señor —contestó antes de alinear nuevamente las bolas.

—Pero ellas no han recibido la educación necesaria para asumir semejante responsabilidad —dijo Turner—. Además, ¿quién puede esperar que una mujer tome una decisión razonable?

George se inclinó sobre la mesa y se anotó otros veintiún puntos antes de pasarle el taco a Andrew, que no consiguió ninguno.

—Existe un modo muy sencillo de remediar eso —aseguró George.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Turner, mientras daba vueltas alrededor de la mesa, considerando las posibles jugadas.

—Para empezar, permitiendo que las mujeres reciban una educación como es debido que les franquee el acceso a la universidad, donde conseguirían las mismas titulaciones que los hombres.

—Es de suponer que eso no se aplicaría a Cambridge ni a Oxford, ¿no?

—Al contrario —insistió George—. Oxford y Cambridge deberían ser las primeras en secundar la iniciativa. De ese modo, las demás sin duda seguirían su ejemplo.

—¡Mujeres tituladas! —Bufó Turner—. ¡Impensable! —Hizo su siguiente jugada, pero falló, y la bola blanca rodó hasta caer en la cestilla más cercana. George tuvo que controlarse para no soltar una carcajada—. A ver si entiendo exactamente lo que está diciendo, señor Mallory —dijo Turner, entregándole el taco—. ¿Usted opina que las mujeres inteligentes, las que consiguieran titularse en Oxford o Cambridge, deberían tener derecho al voto?

—No, señor. Lo que propongo no es eso —repuso George—. Creo que habría que aplicar las mismas reglas a las mujeres que a los hombres, de forma que las menos dotadas también tuvieran derecho al voto.

Una sonrisa apareció en los labios de Turner por primera vez desde el comienzo de la partida.

—No creo que el Parlamento aceptara algo así. Al fin y al cabo, los pavos no votan en Navidad.

—Hasta que uno de ellos se dé cuenta de que eso puede concederles la victoria en las próximas elecciones —comentó George mientras metía la bola roja en la tronera con un golpe seco. Se incorporó y dijo—: Me parece que la partida es mía, señor.

Turner asintió a su pesar. Se estaba poniendo la chaqueta del esmoquin cuando llamaron a la puerta. Era el mayordomo.

—La cena está servida —anunció.

—Gracias, Atkins —repuso el anfitrión. Cuando el mayordomo hubo salido, Turner se volvió hacia George y le susurró—: Le apuesto el sueldo de todo un año a

que Atkins no concedería el voto a las mujeres.

—Y yo me juego el sueldo de un año a que usted ni siquiera se lo ha planteado —contestó George, que enseguida lamentó sus palabras. Andrew pareció incómodo, pero guardó silencio—. Le ruego que me disculpe, señor, mi comentario ha sido imperdonable.

—En absoluto, querido muchacho —dijo Turner—. Me temo que desde que mi mujer falleció me he convertido en una especie de... ¿Cómo lo llaman ahora...? Un «viejo carcamal». Quizá deberíamos unirnos a las señoras para la cena. —Mientras cruzaban el vestíbulo, añadió—: Bien jugado, Mallory. Espero que me conceda la revancha mientras nos ilumina con sus puntos de vista acerca de los derechos de los trabajadores.

El mayordomo abrió la puerta para que Turner y sus invitados entraran en el comedor. Una gran mesa de roble, que parecía más isabelina que victoriana, dominaba el centro de la estancia revestida de la misma madera. En ella había dispuestos seis platos de la porcelana más fina, acompañados por cubiertos de plata y mantelería de hilo.

Cuando George entró no pudo evitar contener el aliento por la impresión, cosa que no le sucedía a menudo, ni siquiera cuando coronaba la cima de alguna montaña. A pesar de que las tres hijas de Turner esperaban a que su padre las presentase, los ojos de George no se apartaron de Ruth, que se ruborizó y desvió la mirada.

—No se quede ahí, Mallory —dijo Turner, viendo que George vacilaba en el umbral—. No le van a morder. De hecho, es muy probable que descubra que comparten sus puntos de vista mucho más que yo.

George se adelantó, estrechó la mano de las tres jóvenes e intentó disimular su decepción cuando el padre lo sentó entre Marjorie y Mildred. Dos doncellas sirvieron el entrante, un plato de salmón frío con eneldo, mientras Atkins servía a Turner un poco de Sancerre para que lo catara. George no prestó la menor atención al manjar más apetitoso que le habían puesto delante en semanas mientras intentaba cruzar alguna mirada ocasional con Ruth, que se hallaba sentada en el otro extremo de la mesa. La muchacha parecía completamente ajena a su propia belleza. Botticelliana, se dijo Mallory mientras contemplaba su piel tan blanca, los ojos azules y la abundante cabellera caoba. Botticelliana, se repitió, cogiendo por fin el cuchillo y el tenedor.

—¿Es cierto, señor Mallory, que conoce usted al señor Bernard Shaw? —preguntó la hermana mayor, arrancándolo de sus pensamientos.

—Sí, señorita Turner. Tuve el honor de cenar con tan distinguido personaje después de su discurso en la Sociedad Fabiana, en Cambridge.

—¿«Distinguido personaje»? ¡Y un cuerno! —exclamó Turner—. No es más que otro socialista que se entretiene diciéndonos cómo deberíamos vivir. ¡Si ni siquiera es inglés!

Marjorie sonrió a su padre con benevolencia.

—El crítico de teatro del *Times* —prosiguió, hablando siempre con George— opina que *Pigmalión* es tan inteligente como provocadora.

—Lo más probable es que también sea socialista —masculló Turner entre bocado y bocado.

—¿Ha visto usted la obra, señorita Turner? —preguntó George, volviéndose hacia Ruth.

—No, señor Mallory, no la he visto —contestó ella—. La última pieza que hemos visto ha sido *La tía de Carlos*, en el teatro del pueblo, y fue porque el vicario prohibió una representación de *La importancia de llamarse Ernesto*.

—Escrita por otro irlandés —intervino Turner—, cuyo nombre tampoco debería mencionarse entre la gente respetable. ¿No está de acuerdo conmigo, Mallory? —le preguntó mientras retiraban el primer plato. El salmón de George, intacto, parecía capaz de ponerse a nadar en cualquier momento.

—Si la gente respetable es incapaz de hablar de los dramaturgos más notables de su generación, entonces, señor, sí estoy de acuerdo. Mildred, que no había hablado hasta ese momento, se inclinó levemente hacia George.

—Opino lo mismo, señor Mallory —le susurró al oído.

—¿Y qué me dice usted, O’Sullivan? —Quiso saber Turner—. ¿Comparte la opinión de su colega aquí presente?

—Rara vez estoy de acuerdo con los argumentos de George —repuso Andrew—, por eso nos llevamos tan bien.

Todos rieron mientras el mayordomo depositaba una bandeja con un costillar de buey en la mesa auxiliar y empezaba a trincharlo después de habérselo mostrado a Turner para obtener su aprobación.

George se aprovechó de la distracción para lanzar otra mirada hacia el extremo de la mesa. Descubrió que Ruth sonreía a Andrew.

—Debo confesar —dijo este— que nunca he visto ninguna obra de esos autores.

—Y yo le puedo asegurar —declaró Turner tras catar un poco de vino tinto— que ninguno de los dos es un caballero. George se disponía a intervenir, pero Mildred se le adelantó.

—No le haga caso, señor Mallory. Es lo único que mi padre no puede soportar.

George sonrió e inició una amable conversación con Marjorie acerca del arte de la cestería hasta que se llevaron los platos. Aunque de vez en cuando no pudo evitar lanzar una mirada a Ruth, esta no pareció reparar en ello.

—Bien, caballeros —dijo Turner, doblando la servilleta—, confiemos en que al menos hayan aprendido una lección esta velada.

—¿Cuál? —preguntó Andrew.

—Asegurarse de que no acaban con tres hijas, entre otras razones porque el señor Mallory no parece dispuesto a descansar hasta que hayan ido todas a la universidad y se hayan titulado.

—Una sugerencia notable, señor Mallory —aseguró Mildred—. De haber tenido

la oportunidad de seguir la carrera de mi padre, lo habría hecho gustosa.

Por primera vez esa noche, el señor Turner se quedó sin palabras y pasó un momento antes de que recobrase el control de la situación.

—¿Qué les parece si pasamos al salón para tomar café? —sugirió.

Las chicas no pudieron ocultar su sonrisa ante la ruptura de las normas por parte de su padre, ya que este solía disfrutar de los licores y el tabaco en compañía de sus invitados masculinos exclusivamente, jamás en presencia de las damas.

—Ha sido una victoria memorable, señor Mallory —le susurró Marjorie, mientras él le retiraba la silla.

George esperó a que las tres hermanas hubieran salido del comedor antes de hacer su movimiento, aprovechando que Andrew se hallaba entregado a una profunda conversación con el viejo.

Cuando vio que Ruth ocupaba un sitio en el sofá del salón, se acercó como si tal cosa y se sentó a su lado. Ella no dijo nada y pareció seguir mirando a Andrew, que se había unido a Marjorie en la *chaise-longue*. Sin embargo, tras haber logrado su propósito inicial, George se quedó de repente sin palabras, y pasó un momento antes de que Ruth interviniera en su ayuda.

—¿Es verdad que ha ganado a mi padre al billar? —le preguntó ella.

—Así es, señorita Turner —dijo George mientras Atkins dejaba una taza de café junto a él.

—Tal vez eso explique por qué se ha mostrado tan animoso durante la cena. —Tomó un sorbo de café antes de añadir—: Si se da el caso de que mi padre vuelva a invitarlo, señor Mallory, quizá sería más diplomático que usted lo dejara ganar.

—Me temo que nunca estaré dispuesto a hacer tal cosa, señorita Turner.

—¿Y por qué no, señor Mallory?

—Porque eso revelaría una flaqueza de carácter que ella podría descubrir.

—¿Ella? —preguntó Ruth realmente sorprendida.

—Sí, Chomolungma, la diosa de la Madre Tierra.

—Pero según mi padre, usted se propone conquistar el Everest.

—«Everest» es el nombre que los ingleses le hemos dado, no el suyo auténtico.

—El café se le enfría, señor Mallory —comentó Ruth, lanzando una mirada al otro lado del salón.

—Gracias, señorita Turner —repuso Mallory, tomando un sorbo.

—¿Y confía usted en llegar a conocer mejor a esa diosa? —inquirió ella.

—Quizá con el tiempo, pero no antes de que un par de otras damas sucumban a mis encantos. Ella lo miró con perplejidad.

—¿Alguna en particular?

—*Madame* Matterhorn —contestó George—. Tengo intención de dejarle una tarjeta de visita durante las vacaciones de Pascua. —Tomó otro sorbo de café antes de preguntar—: ¿Y dónde pasará usted sus vacaciones de Pascua, señorita Turner?

—Nuestro padre va a llevarnos a Venecia, una ciudad que sospecho no contará

con su beneplácito, ya que apenas se alza unos centímetros sobre el nivel del mar.

—No es la elevación lo que importa, señorita Turner. «Bajo los azules ojos del cielo, acunada por el océano, yace Venecia, un laberinto de poblados muros donde Anfitrite halla su morada».

—De manera que le gusta Shelley —observó Ruth mientras dejaba su taza de café vacía en la mesa auxiliar.

George se disponía a contestar cuando el reloj de mesa dio una campanada para indicar la media. Andrew se levantó.

—Ha sido una velada deliciosa, señor —dijo, dirigiéndose a su anfitrión—, pero creo que ha llegado la hora de que nos retiremos.

George echó un vistazo a la hora: las diez y media. Lo último que deseaba era marcharse, pero Turner ya se había puesto en pie, y Marjorie iba hacia él.

—Espero que vuelva a vernos pronto, señor Mallory —le dijo con una cálida sonrisa.

—Yo también lo espero —contestó él, sin apartar la vista de Ruth.

El señor Turner sonrió. Tal vez no hubiera conseguido derrotar a Mallory, pero sin duda una de sus hijas le había tomado la medida.

Viernes, 13 de febrero de 1914

George no quería que Andrew descubriera sus intenciones.

No podía quitarse a Ruth de la cabeza. Nunca había visto tan serena belleza ni conocido compañía más agradable; pero, cuando se le presentó la oportunidad de quedarse a solas con ella, se limitó a contemplar aquellos ojos azules y quedar como un tonto. Y cuanto más había sonreído ella a Andrew, más se había desesperado George, completamente incapaz de pensar un comentario ingenioso o de entablar una conversación educada.

Había deseado poder cogerle la mano, pero Mildred no había dejado de distraerlo, de manera que Andrew acaparó la atención de Ruth.

¿Sentía ella algún interés hacia él? ¿Tal vez Andrew había hablado ya con Turner? Durante la cena, los había observado a ambos, enfrascados en su conversación. Tenía que averiguar de qué habían hablado. En toda su vida no se había sentido tan patético.

En el pasado había visto hombres enfermos de mal de amores y le habían parecido pobres payasos. Sin embargo, en esos momentos se había unido a sus filas, y lo que era peor, su diosa parecía dispuesta a entregar sus favores a otro.

—¡Andrew no es digno de ella! —dijo en voz alta antes de acostarse, aunque era consciente de que él tampoco lo era.

Cuando se despertó a la mañana siguiente —suponiendo que hubiera dormido realmente—, intentó apartarla de sus pensamientos y prepararse para las clases del día. Contemplaba con pavor los cuarenta minutos que le esperaban con los de quinto, el tener que escuchar sus opiniones sobre Walter Raleigh y las consecuencias de sus importaciones de tabaco de Virginia. Si Guy no hubiese estado desempeñando labores diplomáticas en el otro extremo del mundo, al menos habría tenido a alguien a quien pedir consejo.

La primera clase de la mañana se convirtió en los cuarenta minutos más largos de su vida. Wainwright estuvo a punto de hacerle perder los nervios y, por primera vez, Carter *minor* pudo con él. Luego, gracias a Dios, sonó la campana, pero ¿para quién?, se preguntó. Salvo quizá el pequeño Robert Graves, dudaba de que alguno de ellos hubiera oído hablar de John Donne.

Mientras cruzaba con paso cansino el patio hacia la sala de profesores, repasó el diálogo que había ensayado una y otra vez durante la noche. Debía ajustarse al guión hasta que todas y cada una de sus preguntas obtuvieran respuesta; de lo contrario, Andrew descubriría sus intenciones y se burlaría de él. Pensó que, de haber vivido un siglo antes, lo habría desafiado a batirse en duelo, pero enseguida recordó cuál de los dos había conseguido un premio en boxeo.

Entró en el edificio principal intentando aparentar seguridad en sí mismo y

parecer relajado, como si no lo afligiera la menor preocupación. Cuando abrió la puerta de la sala de profesores, el corazón le latía con fuerza. ¿Y si Andrew no estaba allí? No se veía capaz de soportar otra clase con los de quinto sin haber conseguido algunas respuestas.

Andrew se hallaba sentado en su lugar de costumbre, junto a la ventana, leyendo la prensa de la mañana, y sonrió al ver entrar a George. Este se sirvió una taza de té y fue a reunirse con él. Le molestó ver que otro colega había ocupado el sillón contiguo al de Andrew, con quien discutía acaloradamente los defectos del horario de clases. Se apoyó en el radiador que los separaba e intentó acordarse de la primera pregunta. Ah, sí...

—No estuvo mal lo de anoche, ¿verdad, George? —comentó Andrew, quien dejó el periódico para mirar a su amigo.

—No, nada mal —confirmó este, aunque esa frase no figuraba en su guión.

—Me dio la impresión de que lo pasabas muy bien.

—Sí, muy bien. Turner es todo un carácter.

—Está claro que le caíste en gracia.

—¿Eso crees?

—Estoy convencido. Nunca lo había visto tan animado.

—¿Quieres decir que lo conoces desde hace tiempo?

—No, solo he estado un par de veces en Westbrook, pero en ninguna de las dos lo he visto muy hablador.

—¿Ah, no? —repuso George, cuya primera pregunta ya había obtenido respuesta.

—¿Y qué te parecieron las chicas? —quiso saber Andrew.

—¿Las chicas? —repitió George, molesto porque su amigo parecía estar haciendo todas las preguntas.

—Sí. ¿Te gustó alguna? Desde luego, Marjorie no te quitó el ojo de encima durante toda la noche.

—Pues, la verdad, no me di cuenta. ¿Y a ti, cuál te gusta?

—Bueno, para serte sincero, me llevé una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó George, intentando disimular su angustia.

—Pues sí. La verdad es que no creía que tuviera el menor interés en mí.

—¿Quién?

—Ruth.

—¿Ruth?

—Sí. En mis dos visitas anteriores no se dignó ni a mirarme, pero anoche estuvo todo el tiempo conmigo. Tal vez tenga una oportunidad con ella.

—¿Una oportunidad? —repitió Mallory una vez más.

—¿Te encuentras bien, George?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, porque no dejas de repetir todo lo que digo.

—¿Todo lo que dices? ¿Tú crees? —Preguntó George, sentado en el radiador—.

Vaya, entonces es que esperas volver a verla, ¿verdad? —aventuró, buscando respuesta a otro de sus interrogantes.

—Bueno, pues eso es lo mejor —contestó Andrew—. Cuando acabamos de cenar, Turner me llevó aparte y me invitó a acompañarlo a él y a sus hijas a Venecia por Pascua.

—¿Y tú aceptaste? —quiso saber George, horrorizado ante semejante perspectiva.

—La verdad es que me gustaría, pero hay un pequeño problema.

—¿Un pequeño problema?

—¿Lo ves? Ya vuelves a las andadas —dijo Andrew.

—Lo siento —se disculpó George—. ¿Cuál es la complicación?

—Que me he comprometido con los del equipo de *joquey* para salir de gira en Pascua, y resulta que soy el único portero que tienen. No quisiera dejarlos plantados.

—Desde luego —dijo George—. Eso estaría muy mal.

—Sí. De todas maneras, creo que podré llegar a una especie de compromiso.

—¿Un compromiso?

—Sí. Si me saltara el último partido, podría tomar el *ferry* en Southampton el viernes y estar en Venecia el domingo por la mañana; así todavía podría pasar una semana completa con los Turner.

—¿Toda una semana?

—Se lo propuse al viejo y le pareció bien, así que me reuniré con ellos la última semana de marzo.

Aquello era todo lo que George necesitaba saber. Se levantó del radiador con el fondillo del pantalón medio abrasado.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, George? —le preguntó de nuevo Andrew—. Pareces un poco aturdido.

—Échale la culpa a Wainwright —contestó George, deseoso de cambiar de conversación.

—¿Wainwright?

—Sí. Esta mañana ha estado a punto de hacerme perder los nervios, cuando ha explicado que el duque de Essex derrotó a la Armada Invencible y que Drake ni siquiera estuvo allí.

—Seguro que estaba jugando a los bolos en Plymouth Hoe, ¿no?

—No, Wainwright tiene la teoría de que Drake se encontraba en Hampton Court, seduciendo a la reina Isabel. Según él, por eso envió a Essex a Devon, para mantenerlo alejado.

—Yo creía que debió ser más bien al revés —comentó Andrew.

—Esperemos que sí —concluyó George.

Martes, 24 de marzo de 1914

Los primeros dos días de escalada habían ido bien, aunque Finch daba la impresión de estar preocupado y no se mostraba tan directo como de costumbre. El tercer día, mientras se hallaban bloqueados en un saliente a medio camino de la arista Zmutt, George descubrió la razón.

—¿Tú entiendes a las mujeres? —le preguntó Finch, como si aquel fuera un asunto del que hablaran todos los días.

—No puedo decir que tenga mucha experiencia en el tema —reconoció George, pensando en Ruth.

—Pues bienvenido al club —contestó Finch.

—Siempre había pensado que eras un experto en la materia.

—Ellas no permiten que ningún hombre lo sea —repuso Finch, amargamente.

—Te has enamorado. Es eso, ¿verdad? —aventuró George, preguntándose si Finch estaría sufriendo los mismos problemas que él.

—Más bien desenamorado. Lo cual es bastante más complicado.

—Estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que encuentres una sustituta.

—Lo que me preocupa no es encontrar la sustituta —señaló Finch—, sino que acabo de saber que está embarazada.

—Entonces tendrás que casarte con ella —contestó George, tajante.

—Eso es lo malo —zanjó Finch—, que ya estamos casados.

Ese fue el momento en que más cerca estuvo George de tener un accidente en la montaña desde el alud en el Mont Blanc. Una cabeza asomó por el saliente.

—Será mejor que sigan avanzando —dijo Young—. ¿O acaso ninguno de los dos sabe cómo salir del problema? —Puesto que ni George ni Finch dijeron nada, Young añadió—: Está bien, síganme.

Durante la siguiente hora, los tres lucharon valientemente a lo largo de los últimos trescientos diez metros que los separaban de la cumbre. Cuando George se hubo reunido con sus dos compañeros de cordada en la cima de la montaña, Finch volvió a hablar.

—¿Tenemos alguna noticia de ese pico que todos queremos ser los primeros en coronar? —preguntó a Young.

Aunque a George no le gustaba la brusquedad con que Finch planteaba las preguntas, deseó que Young contestara, ya que una cosa era indudable: nadie iba a oírlos en lo alto del Matterhorn, a 4478 metros de altura.

Young contempló el valle mientras decidía cuánta información podía divulgar.

—Todo lo que revele sobre ese asunto debe quedar entre nosotros tres —dijo al fin—. No espero ningún comunicado oficial del Foreign Office, al menos hasta

dentro de un par de meses. —Guardó silencio un momento, y hasta Finch se abstuvo de intervenir—. Sin embargo —prosiguió finalmente— puedo decirles que el Alpine Club ha llegado a un acuerdo provisional con la RGS para formar un organismo conjunto que recibirá el nombre de Comité Everest.

—¿Y quiénes integrarán dicho comité? —preguntó Finch. Una vez más, Young se tomó su tiempo antes de responder.

—Lo presidirá *sir* Francis Younghusband, yo seré el vicepresidente, y el señor Hinks actuará de secretario.

—Nadie puede objetar nada a que Younghusband sea el presidente —dijo George, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Al fin y al cabo, su intervención ha resultado decisiva para poder poner en marcha la expedición al Everest.

—Sí, pero eso no se aplica a Hinks —objetó Finch sin medir sus palabras en absoluto—. Ese hombre ha conseguido hacer del esnobismo un arte.

—¿No estás siendo un poco duro, muchacho? —señaló George, que había pensado que ningún comentario de Finch podría sorprenderlo.

—Quizá no te diste cuenta de que, durante la conferencia de Scott ante la RGS, todas las mujeres, incluyendo las esposas de Hinks y Scott, fueron relegadas al anfiteatro como ganado en un tren de carga.

—En determinadas instituciones, las tradiciones tardan en cambiar —comentó serenamente Young.

—Sería mejor que no disculpáramos el esnobismo haciéndolo pasar por tradición —replicó Finch, quien añadió—: Por otra parte, George, Hinks estará encantado de que te elijan para formar parte del equipo de escalada. Al fin y al cabo, eres un hombre de Winchester y Cambridge.

—Ese ha sido un comentario innecesario —terció Young en tono cortante.

—No tardaremos mucho en averiguar si tengo razón —replicó Finch, sin ceder en su actitud.

—No tiene nada que temer en ese aspecto, señor Finch —dijo Young—. Puedo asegurarle que será el Alpine Club quien seleccionará a los escaladores, no el señor Hinks.

—Tal vez sea así —repuso Finch, tozudo—. Pero lo que realmente cuenta es quién se sienta en el comité.

—El comité estará formado por siete miembros —contestó Young—. Tres de ellos serán del Alpine Club y, antes de que me lo pregunte, le diré que tengo intención de invitar a Somervell y a Herford para que se unan a mí.

—No podría haber nada más justo —comentó George.

—De acuerdo —accedió Finch—, pero ¿quiénes serán los candidatos de la RGS?

—Hinks, un tal Raeburn y el general Bruce, así que la situación quedará equilibrada.

—De esa manera, Younghusband tendrá el voto de calidad.

—Para mí, eso no constituye ningún problema —repuso Young—. Younghusband

ha sido un magnífico presidente de la RGS, y su integridad nunca ha sido puesta en entredicho.

—Muy británico por su parte, sin duda —replicó Finch con ironía. Young frunció los labios en un gesto de mal humor antes de contestar.

—Quizá debería subrayar que la RGS solamente se encargará de seleccionar a los miembros del equipo responsables del trazado de mapas y de la recogida de muestras geológicas, así como de fauna y flora, que sean exclusivas del Himalaya. En cambio, será el Alpine Club quien escogerá a los integrantes de la cordada y al encargado de determinar la mejor ruta hasta la cima del Everest.

—¿Y quién liderará la expedición? —quiso saber Finch.

—Yo diría que el general Bruce. Ha servido en la India durante años y es uno de los pocos ingleses que conoce bien el Himalaya, además de ser amigo personal del Dalai Lama. Sería el hombre ideal para hacernos cruzar la frontera y entrar en el Tíbet. Una vez hayamos llegado a las estribaciones del Everest y establecido el campamento base, yo tomaré el mando, en mi condición de jefe de escalada, con el único objetivo de asegurarnos de que el primer hombre que pise el techo del mundo sea un británico.

—Yo soy australiano —le recordó Finch.

—Pues me parece de lo más apropiado que me acompañe un miembro de la Commonwealth —contestó Young con una sonrisa antes de añadir—: Creo que sería prudente por nuestra parte iniciar el descenso, caballeros, a menos que tengan pensado pernoctar en la cima de esta montaña.

George volvió a ponerse las gafas, emocionado por las noticias de Young; sin embargo, sospechaba que Finch le había arrancado más información de la que en un principio había pensado dar.

Young depositó un soberano en el punto más alto del Matterhorn, hizo una reverencia y pronunció la frase de rigor:

—Su Majestad le presenta sus respetos, señora, y confía en que permitirá que sus súbditos regresen sanos y salvos.

—Una pregunta más —dijo Finch.

—Y solo una —advirtió Young.

—¿Tiene usted idea de cuándo partirá hacia el Tíbet la expedición?

—Sí —repuso Young—. No podrá ser más tarde de febrero del año que viene. Tendremos que establecer el campamento base antes del mes de mayo si queremos que los monzones no nos impidan alcanzar la cima.

Finch pareció satisfecho con la respuesta, pero George se preguntó cómo reaccionaría el señor Fletcher, el nuevo director de Charterhouse, cuando uno de sus profesores le pidiera una excedencia de seis meses.

Young los condujo lentamente montaña abajo sin malgastar energías en charlas inútiles hasta que estuvieron en terreno seguro. Cuando tuvieron a la vista el hotel, dijo la última palabra sobre la cuestión.

—Les estaré agradecido, caballeros, si no vuelven a plantear este asunto, ni siquiera entre ustedes, hasta que el Foreign Office haya hecho el anuncio oficial.

Tanto George como Finch asintieron.

—En cualquier caso —concluyó Young—, confío en que no tengan ningún otro plan de cara a 1915.

Finch estaba bajando a cenar, vestido con una camisa de cuello abierto, pantalón de franela y americana deportiva, cuando vio a Mallory en recepción, firmando un cheque.

—¿Qué, nos vamos en busca de más aventuras? —preguntó, mirando la pequeña maleta que George tenía a sus pies. Mallory sonrió.

—Sí. Debo admitir que no eres el único al que procuro llevar una buena ventaja. Finch se fijó en la etiqueta pegada a la maleta.

—Dado que no hay montañas en Venecia, al menos que yo sepa, debo deducir que se trata de una dama. George no respondió mientras entregaba el cheque al recepcionista que estaba tras el mostrador.

—Justo lo que pensaba —dijo Finch—. Y puesto que ya has dado a entender que soy una especie de experto en el bello sexo, deja que te advierta que intentar hacer malabarismos con dos mujeres a la vez, aunque vivan en dos continentes distintos, no es nada fácil.

George sonrió maliciosamente, dobló el recibo y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Mi querido Finch, solo puedo responderte que, antes de que pueda existir una segunda mujer, debe haber una primera. Y sin añadir una palabra más, cogió su maleta, sonrió brevemente a su compañero y se encaminó hacia la puerta.

—Yo no repetiría eso cuando te encuentres cara a cara con Chomolungma —dijo Finch en voz baja—. Tengo la impresión de que esa dama en concreto puede ser una amante implacable.

Pero George no miró atrás.

Jueves, 26 de marzo de 1914

Desde el primer momento en que la vio en Westbrook, George fue incapaz de apartar a Ruth de sus pensamientos, ni siquiera durante la escalada. ¿Fue por eso que Finch alcanzó la cima del Matterhorn antes que él y que Young eligió a Somervell y a Herford para que lo acompañaran en el comité? ¿Tenía razón Finch al comentarle que tarde o temprano tendría que decidirse entre una dama y otra? Sin embargo, se dijo George, por el momento no había razón alguna para preocuparse, puesto que ninguna de las dos mostraba el menor interés por él.

Había salido de Zermatt el martes por la noche, dejando a sus colegas que resolvieran sus diferencias con un par de picos menores. Subió al tren con destino a Lausana e hizo transbordo en Visp, donde se dedicó a planear la forma de hacerse el encontradizo con Ruth, suponiendo que lograra dar con la familia Turner.

Mientras el tren seguía avanzando entre traqueteos, George no pudo evitar pensar que, aunque uno no podía fiarse de las montañas, al menos estas siempre estaban en el mismo sitio. ¿No resultaría demasiado evidente que había viajado de Suiza a Italia con la única intención de verla? Fuera como fuese, sabía de una persona que lo adivinaría en el acto.

Cuando llegó a Lausana, compró un billete de tercera en el cisalpino hasta Verona, donde tomaría el expreso hasta Venecia. No había necesidad alguna de gastar más de la cuenta en billetes cuando todo lo que pensaba hacer era dormir durante el trayecto. Y eso habría hecho de no haber sido porque a su lado se sentó un francés con una desmedida afición a sazonar sus comidas con ajo y cuyos ronquidos rivalizaban con el rugido de la caldera del tren.

Al final logró descansar un rato antes de que el tren llegara a su destino. Nunca había estado en Venecia, pero la guía Baedeker's de la ciudad era su compañera inseparable desde hacía más de un mes, de modo que, cuando saltó al andén de la estación de Santa Lucía, conocía la ubicación de todos los establecimientos de cinco estrellas de la ciudad. Incluso sabía que el hotel Firenze era el primero de toda Europa que ofrecía lo que llamaba un «cuarto de baño con suite».

Cuando el *vaporetto* lo depositó en la plaza de San Marcos, George se lanzó a la búsqueda del único alojamiento que podía permitirse y que no se hallaba a kilómetros de distancia del centro. Cogió la habitación más pequeña del último piso —el lugar más indicado para un montañero— y se instaló, deseoso de disfrutar de una buena noche de sueño. Al igual que todos los escaladores bien preparados, tendría que madrugar si quería llevar a cabo su pequeño subterfugio. Para ello confiaba en que los Turner no salieran antes de las diez del hotel donde se alojaban.

Pasó otra noche prácticamente en blanco, pero en esa ocasión no por culpa del ajo o del traqueteo del tren, sino por un colchón que se había quedado sin muelles y una

almohada que desconocía lo que eran las plumas. Incluso sus jóvenes pupilos de Charterhouse se habrían quejado.

Se levantó antes de las seis y, media hora más tarde, cruzaba el puente Rialto acompañado por unos pocos trasnochadores y bastantes trabajadores mañaneros. Sacó la lista de hoteles que llevaba en el bolsillo y dio comienzo a una búsqueda metódica.

El primer establecimiento en el que entró fue el hotel Bauer, en cuya recepción preguntó si la familia Turner —un hombre de cierta edad acompañado por sus tres hijas— se alojaba allí. El portero de noche resiguió una larga lista con el dedo antes de negar con la cabeza. En el cercano hotel Europa e Regina recibió similar respuesta. El hotel Baglione contaba con un Thompson y un Taylor entre sus huéspedes, pero ningún Turner. El recepcionista del Gritti Palace esperó una propina antes de considerar siquiera responderle, pero cuando George se la dio obtuvo la misma contestación que las anteriores ocasiones. El siguiente hotel que visitó se negó a divulgar el nombre de sus huéspedes, incluso después de asegurar que era amigo íntimo de la familia.

Empezaba ya a preguntarse si los Turner habrían cambiado sus planes de vacaciones cuando el portero del San Clemente, un británico, sonrió en señal de reconocimiento al oír el nombre; sin embargo, no volvió a sonreír hasta que George le deslizó un billete en la mano. La familia Turner, explicó el portero, no paraba allí, pero a veces cenaban en el restaurante del San Clemente y más de una vez les había pedido un *vaporetto* para que los llevara de vuelta a su alojamiento... No acabó la frase hasta que otro billete cambió de manos, convenciéndolo para revelar el nombre del establecimiento, el Cipriani, y del muelle de la plaza donde los taxis del hotel desembarcaban a los huéspedes.

George se guardó la aligerada cartera en la chaqueta y volvió rápidamente a la plaza de San Marcos, desde donde se divisaba la isla Giudecca, donde se alzaba orgullosamente el Cipriani. Cada veinte minutos llegaba un *vaporetto* con el nombre de «Cipriani» en el casco. George decidió ocultarse en las sombras de una zona porticada desde donde podía observar la llegada de las embarcaciones, confiando en que no le costaría identificar a un caballero inglés de cierta edad acompañado por sus tres jóvenes hijas, sobre todo teniendo en cuenta que la imagen de una de ellas no se había apartado de sus pensamientos durante más de seis semanas.

Durante las siguientes dos horas, George vigiló todas las embarcaciones que llegaban de Giudecca. Al cabo de otra hora empezó a preguntarse si los Turner no se habrían trasladado a otro hotel, quizá uno de los que se habían negado a dar los nombres de sus huéspedes. Los bares cercanos empezaron a llenarse, y el aroma de los *panini*, los *crostini* y el café recién hecho recordaron al joven que no había desayunado. Sin embargo, no se atrevía a abandonar su puesto porque estaba seguro de que, en cuanto lo hiciera, los Turner desembarcarían en la plaza. Decidió que, si no aparecían al mediodía, tendría que arriesgarse a cruzar hasta la isla e incluso a

entrar en su hotel. Pero, si se tropezaba entonces con ellos, ¿cómo iba a justificar su presencia? El señor Turner sabía sin la menor duda que un mes de sueldo de George no alcanzaba para pagar una sola noche de estancia en el Cipriani, ni siquiera en la más barata de sus habitaciones.

Entonces la vio. Su primer pensamiento fue que era aún más hermosa de como la recordaba. Llevaba un vestido largo de seda amarilla, con una ancha cinta roja anudada a la cintura. El cabello, ondulado y castaño, le caía sobre los hombros, y se protegía de los rayos de la mañana con un parasol blanco. Si alguien hubiera preguntado a George cómo vestían Marjorie o Mildred, no habría sabido responder.

El señor Turner fue el primero en poner pie en el muelle. Iba vestido con un elegante traje color crema, camisa blanca y corbata a rayas, y tendió la mano a sus hijas para ayudarlas a desembarcar. George se sintió aliviado al no ver a Andrew, y confió en que siguiera defendiendo la portería en Taunton.

Los Turner se encaminaron hacia la plaza de San Marcos con aspecto de saber exactamente adónde se dirigían. Y así era, puesto que, cuando entraron en el abarrotado café, el jefe de camareros los acompañó inmediatamente a la única mesa vacía que quedaba. Cuando hubieron encargado el pedido, Turner se puso a leer el *Times* del día anterior, mientras Ruth hojeaba un libro que debía de ser una guía de la ciudad, porque compartía su contenido con sus hermanas al tiempo que señalaba hacia lugares destacados.

En un momento dado, Ruth miró en su dirección, y George se preguntó si lo habría visto, a pesar de que la gente no suele fijarse en alguien a menos que lo busque, y aún menos si lo ocultan las sombras. Esperó pacientemente a que el señor Turner pidiera la cuenta y comprendió que no podía demorarse en llevar a cabo la siguiente parte de su plan.

Tan pronto como los Turner se marcharon del café, George salió de las sombras y se dirigió al centro de la plaza. Sus ojos no se apartaron en ningún momento de Ruth, que llevaba la guía abierta e iba leyendo algunos párrafos mientras su familia la escuchaba atentamente. George empezó a desear hallarse en la cima de una montaña, aunque eso significara tener a Finch por única compañía. Sin duda los Turner caerían en la cuenta nada más verlo. Solo existía una forma de comprobarlo.

Salió de detrás de un grupo de turistas que paseaban lentamente y, cuando estuvo a pocos pasos de distancia, se detuvo ante la familia Turner.

—¡Buenos días señor Turner! —Exclamó, quitándose el sombrero y procurando fingir el debido asombro—. ¡Qué increíble sorpresa!

—Desde luego, señor Mallory, debo decir que para mí sin duda lo es.

—Y de lo más agradable —añadió Marjorie.

—Buenos días, señorita Turner —volvió a saludar George.

Aunque Mildred le correspondió con una sonrisa tímida, Ruth siguió leyendo su guía, como si la inesperada aparición de George no fuera más que una distracción molesta.

—Ante los cinco arcos de la Basílica —dijo, alzando la voz—, se extiende la plaza de San Marcos, una gran plaza porticada que Napoleón describió en su momento como «el salón de Europa».

Sin abandonar su sonrisa, George se sintió como Malvolio porque, al igual que Olivia, ella no le había devuelto el saludo. Empezaba a tener la sensación de haber emprendido un viaje inútil y pensó que nunca tendría que haberse atrevido a soñar que... Decidió desaparecer discretamente para que ellos olvidaran enseguida su presencia allí.

—El campanario —prosiguió Ruth, alzando la vista— tiene una altura de cien metros, y los visitantes pueden subir a lo alto si están dispuestos a ascender los cuatrocientos veintiún peldaños de la torre.

George se descubrió ante Ruth y dio media vuelta para marcharse.

—¿Cree que podría conseguirlo, señor Mallory? —le preguntó Ruth. George vaciló.

—Seguramente —repuso, volviéndose—, pero habría que tener en cuenta las condiciones climatológicas. Un viento fuerte podría dificultar la empresa.

—No veo cómo el viento podría hacer eso, estando usted sano y salvo en el interior, señor Mallory.

—Además, señorita Turner —prosiguió George—, nunca hay que olvidar la decisión más importante al plantearse cualquier escalada: elegir la ruta. Pocas veces se puede seguir una línea recta, de manera que si uno escoge el itinerario equivocado, puede tener que regresar sin haber conseguido nada.

—Qué interesante, señor Mallory —dijo Ruth.

—No obstante, si una ruta más directa se presenta por sí sola, siempre hay que estar dispuesto a tenerla en cuenta.

—No encuentro nada que sugiera la existencia de un camino más directo —contestó Ruth.

En ese momento George decidió que, puesto que iba a marcharse de todos modos, lo mejor era salir por la puerta grande.

—Entonces quizá haya llegado el momento de escribir un nuevo capítulo para su guía, señorita Turner.

Y sin decir más, George se quitó el sombrero y la americana y se los entregó a Ruth. Echó otro vistazo a la torre y se encaminó hacia la entrada del público, donde se unió a la cola de turistas que esperaban para pasar al interior.

Cuando alcanzó el principio, se encaramó al torniquete y se agarró al arco de la entrada. Se izó y trepó a lo alto de la repisa. Momentos después, mientras una fila de asombrados turistas contemplaba sus progresos, alcanzó el primer parapeto y se detuvo un momento para estudiar su siguiente paso, que fue apoyar el pie en una estatua —de santo Tomás, se fijó Mildred— que parecía mirarlo con aire dubitativo.

El señor Turner apartó un momento la vista de George mientras este iba escalando de alféizar en alféizar y de contrafuerte en contrafuerte, para observar a sus hijas.

Mildred parecía fascinada por la habilidad del joven, mientras que Marjorie tenía una expresión de asombro en el rostro. Sin embargo, fue la reacción de Ruth la que más lo sorprendió. Se había puesto muy pálida y daba la impresión de que temblaba toda ella. Cuando George pareció perder pie a pocos metros de lo alto del campanario, el señor Turner creyó que su hija preferida iba a desmayarse.

George contempló la plaza sin lograr distinguir a Ruth entre la miríada de puntos de colores que a esa altura formaba la multitud. Apoyó con firmeza las manos en la balaustrada y saltó al interior del campanario para unirse a los turistas que habían hecho la subida por una ruta más ortodoxa.

Varios asombrados visitantes retrocedieron un paso, incapaces de dar crédito a sus ojos. Un par de ellos habían hecho fotografías de la hazaña para poder demostrar a sus amigos, al volver a casa, que no se habían inventado nada. George se asomó a la balaustrada y empezó a estudiar la ruta de bajada, pero vio que una pareja de *carabinieri* corría por la plaza hacia el campanario.

No podía arriesgarse a bajar por donde había subido si no quería añadir una estancia en una celda italiana a su experiencia en las francesas, de manera que se dirigió a la escalera y se unió a los turistas que empezaban a bajar lentamente los peldaños de piedra para volver a la plaza. Dejó atrás a la mayoría, pero cuando llegó abajo aminoró el paso y se unió a un grupo de norteamericanos que sin duda no había presenciado sus esfuerzos, pues su único tema de conversación era adónde irían a comer.

Cuando, tras salir de la iglesia, se dispersaron por la plaza, Mallory cogió del brazo a una gorda señora de Illinois que no solo no protestó, sino que le sonrió.

—¿Sabía usted que tengo un pariente que estuvo en el *Titanic*? —le dijo ella.

—¡No! ¡Qué interesante! —contestó el joven, mientras la pareja de *carabinieri*, que buscaba a un hombre sin compañía, pasaba por su lado sin fijarse en él.

—Sí, fue el hijo de mi hermana, Roderick. Y ni siquiera tenía previsto... Pero George ya había desaparecido.

Cuando consiguió escapar de la abarrotada plaza se dirigió a toda prisa a su hotel, pero sin correr, para no llamar la atención. Solamente tardó un cuarto de hora en hacer la maleta, pagar la cuenta —con el correspondiente suplemento por dejar la habitación antes de lo previsto— y marcharse.

Caminó a paso vivo hasta el puente de Rialto, donde sabía que un *vaporetto* lo llevaría a la estación de tren. Cuando la embarcación pasó ante la plaza de San Marcos, vio que un agente de policía interrogaba a un joven de su misma edad y aspecto.

Al desembarcar en la estación de Santa Lucía, fue directamente a las taquillas y preguntó a qué hora salía el primer tren con destino a Londres.

—A las tres en punto, señor —contestó el hombre de la garita—, pero me temo que no quedan billetes de primera clase.

—Entonces tendré que conformarme con uno de tercera —contestó George,

vaciando su cartera.

Pasó un buen rato ocultándose entre las sombras de la estación cada vez que veía aparecer un policía, y tuvo la sensación de que transcurría una eternidad hasta que sonó la campana del andén y el jefe de vía llamó a voz en cuello a los pasajeros de primera clase y los invitó a subir al tren. George se unió al selecto grupo, pensando que serían las últimas personas a quienes la policía consideraría sospechosas. Incluso pensó en encaramarse al techo de los vagones, pero decidió que eso lo pondría aún más en evidencia.

Una vez a bordo, se quedó dando vueltas por el pasillo, vigilando por si aparecía el revisor. Estaba pensando en encerrarse en el lavabo y esperar allí a que el tren arrancara cuando oyó una voz a sus espaldas.

—*Il vostro biglietto, per favore.*

George dio media vuelta y vio a un hombre vestido con una larga chaqueta azul marino con solapas bordadas en dorado que llevaba un libro de piel en la mano. Miró por la ventana y vio que un policía caminaba por el andén, atisbando por las ventanillas. Estaba palpándose los bolsillos, fingiendo que buscaba el billete, cuando el carabinero subió al vagón.

—Lo siento, revisor —se disculpó—, me temo que debo de haberlo extraviado. Será mejor que pase de nuevo por la taquilla.

—No será preciso, señor —contestó el revisor en un inglés fluido—. Lo único que necesito es su nombre.

—Mallory —respondió George, resignado, mientras el policía caminaba hacia él.

—¡Ah, sí! —dijo el revisor después de revisar rápidamente el libro de piel—. Viaja usted en el vagón B, compartimento once. Su esposa ya ha llegado. Si es tan amable de seguirme...

—¿Mi esposa? —repitió George antes de seguir al revisor por el coche-restaurante y pasar al siguiente vagón, al tiempo que intentaba pergeñar alguna excusa creíble para cuando el revisor advirtiera su error. Al llegar al compartimento 11, el hombre se detuvo y corrió una puerta donde se leía «*Riservatto*». George se asomó al interior y vio su americana y su sombrero en el asiento situado frente a ella.

—Menos mal que has llegado, cariño —dijo Ruth—. Empezaba a temer que te retrasaras.

—Yo... pensaba que todavía os quedaba otra semana en Venecia antes de volver a Inglaterra —farfulló, sentándose junto a ella.

—Sí, yo también —repuso Ruth—, pero alguien me dijo que si se presentaba por sí sola una ruta más directa, había que estar dispuesto a tenerla en cuenta, a menos, claro, que sople un viento fuerte.

George se echó a reír y deseó saltar de alegría, pero de pronto se acordó de un pequeño inconveniente aún más temible que la policía italiana.

—¿Tu padre sabe que estás aquí?

—Sí. Al final conseguí convencerlo de que no sería bueno para la reputación de

Charterhouse que uno de sus profesores languideciera en una cárcel italiana justo al inicio del último trimestre.

—¿Y qué pasa con Andrew? ¿Acaso tú y él no...?

Ruth le echó los brazos al cuello. George oyó que se abría la puerta del compartimiento, pero no se atrevió a darse la vuelta para mirar.

—Naturalmente, cariño, la respuesta es «no» —dijo Ruth antes de besarlo de nuevo.

—*Scusi* —dijo el policía, saludando antes de retirarse—. *Mille congratulazione, signore!*

Viernes, 1 de mayo de 1914

—Es su turno, creo —dijo Turner.

George apuntó con el taco a la bola blanca y notó que las piernas le temblaban al dar el golpe. Falló: la bola rodó alocadamente por la mesa, rebotó en un lado y fue a detenerse a escasos centímetros de la roja.

—Vuelve a perder el turno y me anoto otros cuatro puntos —sentenció Turner.

—Así es —suspiró George, cediendo el sitio a su anfitrión.

Turner no dijo palabra hasta haber sumado otros dieciséis tantos.

El mes anterior había sido el más feliz de la vida de George. Lo cierto era que no sabía que semejante felicidad pudiera existir. A medida que pasaban los días, se sentía más y más enamorado de Ruth. ¡Era tan esplendorosa, tan alegre y resultaba tan divertido estar con ella!

El viaje de regreso a Inglaterra había resultado idílico. Habían dedicado todos y cada uno de los minutos del trayecto a conocerse mutuamente, aunque George sufrió un momentáneo ataque de ansiedad cuando el tren se detuvo en la frontera y un policía de aduanas se entretuvo mirando su pasaporte. Al entrar por fin en Francia, George se relajó por primera vez y pensó brevemente en Finch y en Young, que estarían escalando el Zermatt. Pero solo muy brevemente.

Cuando a la hora de cenar pidió los cinco platos del menú, tuvo que explicar a Ruth que llevaba tres días sin comer, y ella no pudo por menos que reír cuando él le contó que la última persona con la que había pasado la noche en un tren había sido un individuo que emanaba efluvios de ajo estando despierto y roncaba como una locomotora cuando dormía.

—O sea, que no has pegado ojo en los últimos tres días —concluyó Ruth.

—Y tampoco parece que esta noche vaya a dormir mucho, cariño —dijo George.

—La verdad, no puedo pretender que fuera así como esperaba pasar la primera noche con el hombre al que amo —señaló Ruth—, pero por qué no... —Se inclinó y susurró algo al oído de George, que lo meditó un instante antes de darle su aprobación entusiasta.

Unos minutos después, Ruth se levantó de la mesa. Al entrar en el compartimiento vio que los asientos se habían convertido en camas individuales. Se desvistió, colgó la ropa, se lavó la cara en el pequeño lavamanos, se acostó y apagó la luz.

Entretanto, George se quedó en el restaurante tomando café y esperó a retirarse a que los últimos comensales se hubieran marchado. Descorrió la puerta sin hacer ruido, entró y se quedó un momento de pie, mientras sus ojos se acostumbraban a la

oscuridad. Vio la silueta del delgado cuerpo de Ruth bajo las sábanas y deseó tocarla. Se quitó la chaqueta, la corbata, el pantalón, la camisa y los calcetines y lo dejó todo en el suelo antes de meterse en la cama. Se preguntó si Ruth estaría ya dormida.

—Buenas noches, señor Mallory —dijo ella.

—Buenas noches, señora Mallory —contestó.

George durmió profundamente por primera vez en tres días.

—A principios de semana me escribió usted para decirme que había un asunto importante del que quería hablar conmigo —comentó Turner, justo cuando George se inclinaba para ejecutar su jugada.

—Así es, señor —contestó el joven, mientras su bola desaparecía en la tronera más próxima.

—Vaya, otro turno perdido —comentó Turner, ocupando su lugar en la mesa no sin antes haber anotado un puñado de puntos más. George se sentía cada vez más fuera de lugar.

—Sí, señor —consiguió articular y prosiguió en tono vacilante—: Verá, sin duda habrá observado que he estado pasando mucho tiempo en compañía de su hija.

—¿De cuál? —quiso saber Turner. George volvió a fallar el golpe—. ¿Otro turno sin jugar, joven? ¿Acaso no piensa anotarse un punto en toda la noche?

—No. Esto... sí. Bueno, es que yo quería...

—Usted lo que quiere es que le dé mi bendición antes de pedirle a Ruth que se case con usted.

—La verdad es que ya se lo he pedido, señor.

—Era lo mínimo que esperaba de usted, sinceramente. Después de todo, ya ha pasado una noche con ella.

Cuando George se despertó al día siguiente, era todavía oscuro. Se incorporó y apartó ligeramente la cortina para ver los primeros rayos del sol alzándose en el horizonte: una alegre visión para todo montañero.

Se levantó de la cama sin hacer ruido, buscó a tientas el pantalón y se lo puso. A continuación localizó el resto de su ropa, una tarea nada difícil estando acostumbrado a dormir en una, tienda de campaña diminuta con la única ayuda de una solitaria vela para iluminarse. Abrió sigilosamente la puerta del compartimiento y salió. Miró a un lado y otro del pasillo y se alegró de no ver a nadie. Se abrochó rápidamente la camisa y el pantalón, se puso los calcetines, los zapatos y la chaqueta, y se ajustó la corbata. Cuando entró en el coche-restaurante, los camareros que ponían las mesas del desayuno se sorprendieron al ver aparecer un pasajero de primera clase tan temprano.

—Buenos días, señor —le saludó uno de ellos, mirándole el pantalón con aire

azorado.

—Buenos días —le contestó George, que al cabo de un momento se percató de que llevaba la bragueta abierta. Rio, se la abrochó y fue en busca de los diarios de la mañana.

Tuvo que llegar al vagón K para encontrar el quiosco. En la puerta colgaba un cartel donde se leía: «*Chiuso*». Aun así, dentro vio a un joven que estaba cortando el cordón que sujetaba un grueso paquete de periódicos. Cuando vio la portada, apenas dio crédito a sus ojos. No le fue fácil reconocerse en la borrosa fotografía, pero sus limitados conocimientos de italiano no le impidieron entender el significado del titular: «La policía busca al misterioso escalador de la basílica de San Marcos». Llamó a la puerta con los nudillos, señalando los diarios, y el joven abrió a regañadientes.

—¿Cuántos ejemplares tiene de ese periódico? —preguntó George.

—Veinte, señor —contestó el empleado.

—Me los llevo todos.

El joven pareció dudar, pero cuando George le entregó un puñado de billetes, se encogió de hombros y guardó el dinero en la caja. George estaba contemplando un anillo que había en el escaparate cuando el quiosquero le entregó el cambio.

—¿Cuánto vale ese anillo? —preguntó, señalando el estante de terciopelo.

—¿En qué moneda, señor?

—En libras.

El joven miró una lista de conversión.

—Treinta y dos libras, señor.

George extendió un cheque por valor de su sueldo del mes siguiente mientras le envolvían el regalo. Luego regresó al coche-restaurant con los periódicos bajo el brazo y el paquetito en el bolsillo. Cuando entró en el siguiente vagón volvió a mirar a un lado y otro del pasillo. Al no ver a nadie, entró en el lavabo y pasó un rato arrancando la mayor parte de la primera página de todos los periódicos antes de dedicar otro mucho más largo en hacerlas desaparecer por el inodoro. Cuando hubo eliminado el último titular, abrió la puerta y salió al pasillo. Mientras continuaba hacia el vagón-restaurant, fue dejando caer un ejemplar ante todos los compartimientos de primera clase.

—Puedo explicarle cómo ocurrió, señor —protestó George mientras su bola saltaba fuera del tapete y rodaba por el *parquet*.

—Está usted en racha esta noche, Mallory —dijo secamente Turner, recogiéndola y devolviéndola a su sitio—. De todas maneras no necesito una explicación. Lo que sí necesito es saber cuáles son sus perspectivas económicas.

—Como bien sabe, señor, formo parte del profesorado de Charterhouse, donde mi sueldo actual es de tres mil setenta y cinco libras anuales.

—Evidentemente esa cantidad no es suficiente para permitir que una de mis hijas lleve el estilo de vida para el que ha sido educada —declaró Turner—. ¿Dispone usted de ingresos complementarios de tipo privado?

—No, señor. Mi padre es párroco y tiene otros tres hijos a los que educar.

—Entonces asignaré a Ruth una renta de siete mil libras anuales y le daré una casa como regalo de boda. En caso de que tenga descendencia, también me ocuparé de costear sus estudios.

—No podría casarme con una mujer que tuviera sus propias rentas —aseguró George con orgullo.

—Y tampoco podría casarse con Ruth si ella no las tuviera —aseguró Turner, ejecutando un golpe impecable.

George se sentó a una mesa y se bebió el café mientras esperaba a que Ruth se reuniera con él. ¿Había realmente una deslumbrante joven durmiendo en el compartimento B-11, o es que estaba a punto de despertar de un sueño para encontrarse en una celda italiana sin contar con un señor Irving que lo rescatara?

Habían llegado más pasajeros, que estaban disfrutando del desayuno, pero ninguno de los camareros supo explicar por qué a todos los periódicos les faltaba la mitad de la portada. Cuando Ruth entró en el coche-restaurante, un único pensamiento cruzó por la mente de George:

«Voy a desayunar con esta mujer el resto de las mañanas de mi vida».

—Buenos días, señora Mallory —dijo, al tiempo que se levantaba de la mesa para estrecharla en sus brazos—. ¿Empiezas a darte cuenta de lo mucho que te quiero? —preguntó antes de volver a besarla.

Ruth se ruborizó ante las miradas de desaprobación de algunos pasajeros.

—Creo que no deberíamos besarnos en público, George.

—Pues ayer no pareció importarte hacerlo delante de un policía —le recordó George mientras tomaban asiento.

—Pero eso fue únicamente para que no te arrestaran.

El camarero se acercó con su mejor sonrisa. Al fin y al cabo, en el Orient Express estaban acostumbrados a ver parejas de luna de miel. Cuando hubieron encargado el desayuno, George deslizó la portada del periódico al otro lado de la mesa.

—Bonita foto, señor Mallory —comentó Ruth en voz baja, tras leer el titular—. Por si no era bastante malo para una chica comprometerse en su primera cita, ahora resulta que estoy dando protección a un fugitivo. Lo primero que mi padre querrá saber es si tus intenciones son honorables, ¿o acaso solo puedo esperar convertirme en la chica de un maleante?

—Me sorprende que tengas que preguntármelo, señora Mallory.

—Es que mi padre me ha contado que tienes una amante que vive en un lugar muy elevado.

—Tu padre está en lo cierto. Le he explicado que estoy prometido con esa dama desde que tengo uso de razón, y varias personas son testigos de mi compromiso. Es lo que en el Tíbet llaman un «matrimonio concertado», una unión en la que ninguna de las partes conoce a la otra antes del día de la boda.

—Entonces —le dijo Ruth—, tienes que ir a ver a esa pequeña zorra lo antes posible y comunicarle en términos que no dejen lugar a dudas que estás comprometido con otra.

—Me temo que no es tan pequeña como crees —repuso George con una sonrisa traviesa—; pero, tan pronto queden resueltos los trámites diplomáticos, confío en poder hacerle una visita a comienzos del próximo año, y entonces le explicaré que ya no es posible que nos sigamos viendo.

—Eso es algo que ninguna mujer desea oír en su vida —dijo Ruth, poniéndose seria por primera vez—, de manera que puedes decirle que estoy dispuesta a aceptar un compromiso.

—¿Un compromiso? —George sonrió.

—Es posible —dijo Ruth— que esa diosa no quiera verte cuando hagas tu primera aproximación, ya que, como cualquier mujer, querrá confirmar que eres constante y que volverás para adorarla. Lo único que pido, George, es que cuando hayas seducido a tu diosa, regreses junto a mí y no vuelvas a cortejarla nunca más.

—¿Por qué te pones tan seria, cariño? —quiso saber George, cogiéndole la mano.

—Porque cuando te vi escalar la basílica de San Marcos me convenciste de tu amor, pero al mismo tiempo vi los riesgos que estás dispuesto a correr si crees en algo con pasión suficiente, al margen de los peligros que puedan surgir a tu paso. Por eso quiero que me prometas que, cuando hayas coronado la cima de esa montaña infernal, habrá sido la primera y la última vez que lo hagas.

—Estoy de acuerdo: te lo voy a demostrar ahora mismo —contestó George, soltándole la mano. Sacó el paquetito del bolsillo, retiró el envoltorio y depositó la cajita de piel ante Ruth. Ella la abrió y descubrió un anillo de oro con un diamante solitario.

—¿Quieres casarte conmigo, cariño? —le preguntó finalmente George. La joven sonrió.

—Pensaba que eso ya lo habíamos decidido ayer —dijo poniéndose el anillo en el dedo y besando a su prometido.

—Creía que habíamos acordado que...

George sopesó la oferta del señor Turner.

—Gracias, señor —dijo al cabo de un momento, y después de anotar sus primeros tres puntos de la noche, añadió—: Es muy generoso por su parte.

—Es ni más ni menos que lo que decidí cuando vi que había viajado a Venecia a ver a Ruth —respondió. George rio de buena gana por primera vez en la velada—. Y

eso a pesar del hecho de que consiguió evitar que lo metieran entre rejas por cuestión de minutos —añadió Turner.

—¿Por cuestión de minutos?

—Así es —contestó Turner, después de acertar otro tanto—. Esa tarde vino a verme la policía italiana. Querían saber si conocía a un inglés llamado Mallory que tiempo atrás había sido detenido en París por escalar la torre Eiffel.

—Ese no fui yo, señor —aseguró George.

—Pues la descripción de ese vagabundo coincide asombrosamente con usted.

—Eso no ocurrió, señor. Me faltaban más de treinta metros para llegar a lo más alto cuando me detuvieron. Turner soltó una carcajada.

—Lo único que digo, Mallory, es que más le vale no pasar su luna de miel en Francia o en Italia, a menos que no le importe pasar la noche de bodas en una celda. Según vi en su historial delictivo en Venecia, parece que solo infringió una norma administrativa.

—¿Cuál?

—No pagar entrada para acceder a un monumento público, me parece. —Turner hizo una pausa—. Creo que se pena con una multa de mil liras. —Sonrió a su futuro yerno—. Y ahora, hablando de asuntos más serios, querido muchacho... creo que acabo de ganar la partida.

Martes, 2 de junio de 1914

—¿Cree usted que vamos a tener que ir a la guerra, señor? —preguntó Wainwright el primer día de clase.

—Confiemos en que no sea necesario —contestó George.

—¿Y por qué no, si es una causa justa, señor? Al fin y al cabo, debemos defender nuestras creencias. Eso es lo que siempre hemos hecho los ingleses en el pasado.

—Pero ¿no cree que sería mejor negociar un acuerdo aceptable con los alemanes? —preguntó George.

—No se puede negociar nada honorable con esos hunos, señor. Nunca mantienen su parte del trato.

—Quizá la historia le demuestre que en este caso se equivoca usted.

—Señor, en sus clases siempre nos ha enseñado que debemos estudiar detenidamente el pasado si queremos predecir el futuro, y los hunos...

—Los alemanes, Wainwright, los alemanes.

—Sí, señor. Pues los alemanes siempre han demostrado ser una nación belicosa.

—Alguien podría decir lo mismo de los británicos, cuando ha convenido a nuestros intereses.

—Eso no es cierto, señor —protestó Wainwright—. ¡Inglaterra solo ha ido a la guerra por una causa justa!

—Una causa justa desde el punto de vista inglés, naturalmente —replicó George, consiguiendo silenciar a su alumno durante un rato.

—Pero, si tuviéramos que ir a la guerra —intervino Carter *minor*—, ¿usted se alistaría, señor? Antes de que George pudiera responder, Wainwright se le adelantó.

—El señor Asquith ha dicho que, en caso de que estalle el conflicto, los maestros estarán exentos de incorporarse a filas.

—Parece usted curiosamente bien informado sobre el asunto, Wainwright —comentó George.

—Mi padre es general, señor.

—«Los puntos de vista que se aprenden en el parvulario cuestan más de desterrar que los que se aprenden en clase» —citó George.

—¿De quién es la frase? —preguntó Graves.

—De Bertrand Russell —contestó Mallory.

—Todo el mundo sabe que ese hombre es un objetor —dijo Wainwright en tono despectivo.

—¿Qué es un objetor? —quiso saber Carter *minor*.

—Un objetor de conciencia es alguien capaz de recurrir a cualquier excusa para no tener que luchar por su país —explicó Wainwright.

—«Todo el mundo debería tener derecho a obedecer a su propia conciencia

cuando se enfrenta a un dilema moral», Wainwright.

—Seguro que la frase también es de Bertrand Russell —replicó el chico.

—En realidad es de Jesucristo.

Wainwright calló, pero Carter volvió al ataque.

—Señor, si fuéramos a la guerra, ¿no acabaría eso con sus posibilidades de escalar el Everest?

Ruth le había planteado la misma pregunta durante el desayuno, además de otra más importante: si consideraba su deber alistarse o, tal como su padre había expuesto crudamente, si pensaba escudarse tras su toga de maestro.

—Mi opinión personal... —empezó a decir justo cuando sonó la campana.

Sus alumnos, en su prisa por aprovechar la pausa matinal, no dieron la impresión de estar demasiado interesados en su opinión personal. Mientras se encaminaba a la sala de profesores, apartó de su mente cualquier pensamiento acerca de la guerra con la esperanza de llegar a un acuerdo pacífico con Andrew, a quien no había visto desde su regreso de Venecia. Cuando abrió la puerta encontró a su amigo en su sillón habitual junto a la ventana, leyendo el *Times*. Andrew no alzó la vista. George se sirvió una taza de té y se acercó lentamente para reunirse con él, listo para un enfrentamiento.

—Buenos días, George —lo saludó Andrew, sin mirarlo todavía.

—Buenos días, Andrew —respondió Mallory, sentándose en el sillón de al lado.

—Espero que hayas tenido unas buenas vacaciones —añadió Andrew, al tiempo que dejaba el periódico a un lado.

—Sí, han sido bastante buenas —repuso él, cautelosamente.

—Pues yo no puedo decir lo mismo, la verdad. George se preparó para lo peor.

—Supongo que sabías de mis intenciones respecto a Ruth —dijo Andrew.

—En efecto.

—¿Y qué me recomiendas que haga?

—¿Mostrarte magnánimo, quizá? —sugirió George.

—Eso es fácil de decir, muchacho, pero ¿y qué pasa con ella? No creo que esté muy dispuesta a mostrarse magnánima.

—¿Por qué no? —preguntó George.

—¿Lo serías tú si te hubieran dejado plantado en el último momento? A George no se le ocurrió nada que decir.

—La verdad es que mi intención era ir a Venecia, como ya sabes —prosiguió Andrew—, pero luego resultó que llegamos a las semifinales de la Copa Taunton.

—Te felicito —dijo George, que empezaba a comprender lo ocurrido.

—Al final, los chicos me convencieron y llegué a la conclusión de que no podía dejarlos plantados, sobre todo teniendo en cuenta que no disponían de otro guardameta.

—O sea, que no llegaste a ir a Venecia.

—Eso es precisamente lo que intentaba decirte, amigo mío. Y lo que es peor, al

final tampoco ganamos la copa, de manera que acabé perdiendo en ambos terrenos.

—Mala suerte, sin duda —dijo George, intentando contener la sonrisa.

—¿Crees que Ruth volverá a dirigirme la palabra? —quiso saber Andrew.

—Bueno, no creo que tardes mucho en averiguarlo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, alzando una ceja.

—Porque acabamos de enviarte la invitación a nuestra boda.

Miércoles, 29 de julio de 1914

—¿Y conocéis ya a ese dechado de virtudes? —preguntó Odell, al tiempo que doblaba su ejemplar del *Manchester Guardian* y lo dejaba junto a él en el asiento.

—No —contestó Finch—, pero tendría que haber sospechado que algo tramaba Mallory cuando nos dejó antes de hora y se fue a Venecia.

—Creo que se trata de lo que en las novelas rosas llaman un «arrebato» —comentó Young—. Apenas hace unos meses que se conocen.

—Eso habría sido suficiente para mí —intervino Guy Bullock, que había regresado hacía poco a Inglaterra—. Puedo aseguraros que es un encanto. Si George ya suscitaba envidias en el pasado, ahora, cuando la vean a ella se pondrán rojos de rabia.

—Estoy impaciente por conocer a la chica de quien se ha enamorado George, la verdad —dijo Somervell con una sonrisa traviesa.

—Bueno ha llegado el momento de levantar la sesión —indicó Young cuando el revisor anunció la estación de Godalming, y acto seguido añadió—: Confío en que todos ustedes se habrán acordado de traer su piolet.

—¿Aceptas a esta mujer como esposa para vivir con ella según los preceptos de Dios en la sagrada unión del matrimonio? ¿La amarás, la confortarás y la honrarás en la salud y en la enfermedad, y renunciando a todas las demás le serás fiel hasta el final de tus días?

George no apartó en ningún momento los ojos de Ruth mientras su padre recitaba la fórmula del rito.

—Acepto —contestó con firmeza.

El reverendo Mallory se volvió hacia la novia y sonrió.

—¿Y tú, Ruth, aceptas a este hombre como esposo para vivir con él según los preceptos de Dios en la sagrada unión del matrimonio? ¿Lo amarás, lo confortarás y lo honrarás en la salud y en la enfermedad, y renunciando a todos los demás le serás fiel hasta el final de tus días?

—Acepto —dijo Ruth, aunque pocos de los situados más atrás de la primera fila de bancos alcanzaron a oír su respuesta.

—¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre? —prosiguió el reverendo Mallory. El señor Thackeray Turner dio un paso al frente.

Geoffrey Young, que era el padrino de George, entregó al reverendo Mallory una sencilla alianza. George la cogió y la deslizó en el dedo anular de Ruth, diciendo:

—Con este anillo yo te desposo, con este cuerpo te honro y con todos mis bienes de este mundo te doto. El señor Turner sonrió para sus adentros.

El reverendo Mallory unió de nuevo las manos de la pareja y se dirigió a los congregados con voz alegre.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os declaro marido y mujer. Amén.

Cuando sonaron los primeros compases de la marcha nupcial de Mendelssohn, George besó a la novia.

El señor y la señora Mallory recorrieron lentamente el pasillo de la iglesia, y George se sintió encantado al comprobar que muchos de sus amigos se habían tomado la molestia de hacer el viaje hasta Godalming. Vio a Rupert Brooke y a Lyton Strachey, a Maynard y a Geoffrey Keynes, y también a Ka Kox, sentado junto a Cottie Sanders, quien lo miró con aire melancólico. Sin embargo, la verdadera sorpresa se produjo cuando los recién casados salieron de la iglesia a la mañana soleada, porque allí los esperaba una guardia de honor compuesta por Young, Bullock, Herford, Somervell, Odell y naturalmente George Finch, quienes habían formado un arco con los piolets para que los novios pasaran bajo él entre una lluvia de confeti.

Tras la recepción, durante la cual la pareja se las arregló para saludar a todo el mundo, Ruth y George se marcharon en el Morris Bullnose nuevo del señor Turner para pasar diez días de vacaciones paseando por los Quantocks.

—Bueno, ¿y qué opinas de las carabinas que me acompañarán cuando me vaya a rendir pleitesía a la otra dama que hay en mi vida? —le preguntó George, mientras conducía por una carretera serpenteante y desierta.

—Entiendo por qué estás tan dispuesto a seguir a Geoffrey Young —contestó Ruth, estudiando el mapa que tenía desplegado sobre las piernas—, especialmente después de sus palabras a favor de las novias. En cuanto a Odell y Somervell, me dio la impresión de que, al igual que Horacio, estarán a tu lado en el puente; y sospecho que Herford te seguirá paso a paso si lo eligen para la escalada final.

—¿Y qué opinas de Finch? —preguntó George, mirando a su mujer. Ruth vaciló y su tono de voz cambió.

—Me da la impresión de que estaría dispuesto a cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, con tal de llegar a la cima de esa montaña antes que tú.

—¿Qué te hace estar tan segura de eso, cariño? —quiso saber George, sorprendido.

—No lo sé, pero cuando salí de la iglesia de tu brazo, me miró como si yo siguiera siendo una mujer soltera.

—Me parece que eso mismo han hecho la mayoría de mis amigos solteros, incluyendo a Andrew O'Sullivan.

—No. Andrew me miró como si deseara que yo siguiera soltera. Existe una gran diferencia.

—Tal vez tengas razón con respecto a Finch —reconoció George—. Sin embargo, es el único alpinista a quien quisiera tener conmigo cuando llegue el momento de escalar los últimos trescientos metros de cualquier montaña.

—¿Incluyendo el Everest?

—Muy especialmente Chomolungma.

Los Mallory llegaron a su hotelito de Crewkerne esa misma noche, poco después de las siete. El director los esperaba en la entrada para darles la bienvenida y, cuando se hubieron registrado —firmando como «señor y señora Mallory» por segunda vez—, los acompañó a la *suite* nupcial.

Deshicieron las maletas pensando en la única cuestión que tenían en mente, aunque en ningún momento la mencionaron. Cuando hubieron concluido aquella sencilla tarea, George cogió a su mujer de la mano y los dos bajaron al restaurante, donde un camarero les entregó una gran carta que ellos estudiaron antes de pedir la cena.

—George... —empezó a decir Ruth—, me preguntaba si tú...

—¿Si yo qué, cariño?

En ese momento el camarero regresó con dos platos de sopa que dejó ante ellos. Ruth esperó a que el hombre se alejara antes de volver a intentarlo.

—¿Tienes idea de lo nerviosa que estoy?

—Ni la mitad que yo —reconoció George, sin tocar siquiera la cuchara.

Ruth bajó la vista.

—George, creo que deberías saber que...

—¿Qué, cariño? —contestó, cogiéndole la mano.

—Nunca en mi vida he visto a un hombre desnudo, y aún menos...

—¿Te he contado alguna vez mi visita al Moulin Rouge? —preguntó George, en un intento de relajar el ambiente.

—Muchas veces —repuso Ruth con una sonrisa—. Y la única dama por la que mostraste interés en esa ocasión fue la torre Eiffel, que además te rechazó.

George se echó a reír y, sin decir palabra, se levantó de la mesa y cogió a su mujer de la mano. Ruth sonrió al salir del restaurante, confiando en que a nadie se le ocurriera preguntar por qué ni siquiera habían probado la sopa.

Subieron rápidamente los tres tramos de escalera sin añadir nada. Cuando llegaron a la habitación, George metió torpemente la llave en la cerradura y por fin consiguió abrir. Tan pronto como estuvieron dentro, estrechó a su mujer en sus brazos; luego, dio un paso atrás y sonrió. Se desprendió de la corbata y la chaqueta sin dejar de mirarla. Ella le devolvió la sonrisa y se desabrochó el vestido, que resbaló hasta el suelo dejando al descubierto una larga combinación de seda que le llegaba a las rodillas. Se la quitó lentamente, por encima de la cabeza y, cuando la prenda se hubo reunido con el vestido en el suelo, George se acercó y besó a su esposa. Mientras ella se esforzaba por bajarle el pantalón, él se debatía con el cierre de su sujetador. Finalmente quedaron los dos desnudos y se contemplaron un momento antes de tumbarse en la cama. George le acarició la poblada melena castaña y ella lo besó con suavidad mientras empezaban a explorarse el cuerpo. No tardaron

en descubrir que no existía razón alguna para que se sintieran nerviosos.

Cuando hubieron acabado de hacer el amor, Ruth se dejó caer sobre la almohada.

—Bueno, señor Mallory, dígame: ¿con quién prefiere pasar la noche, con Chomolungma o conmigo? —preguntó.

George se echó a reír de forma tan desmedida que ella tuvo que taponarle la boca con la mano por temor a que los oyeran desde la habitación de al lado. Luego el joven la rodeó con sus brazos hasta que Ruth se sumió en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, George fue el primero en despertarse y enseguida se puso a besuquear los pechos de Ruth, que no tardó en abrir los ojos. Ella le sonrió mientras él la abrazaba y sus manos recorrían libremente todo su cuerpo. George se preguntó qué había pasado con la tímida y recatada muchacha que la noche anterior ni siquiera había sido capaz de tomarse la sopa. Después de hacer el amor por segunda vez, los dos corrieron de puntillas por el pasillo hasta el cuarto de baño, donde Ruth se unió a George en la bañera más grande que habían visto en su vida. Más tarde, este se sentó en el borde de la cama con una toalla anudada a la cintura y contempló a su bella esposa mientras ella se vestía.

Ruth se ruborizó.

—Será mejor que te des prisa, si no quieres que también nos quedemos sin desayunar.

—La verdad es que no me importaría —respondió George. Ella sonrió y se desabrochó lentamente el vestido.

Durante los diez días siguientes, Ruth y George pasearon por los Quantocks, a menudo regresando al hotel después de que hubiera oscurecido. Ruth le preguntaba a diario sobre su rival, intentando comprender por qué Chomolungma ejercía tanta fascinación en su marido. George seguía planeando partir al Tíbet a comienzos del siguiente año, lo cual significaba que estarían separados como mínimo seis meses.

—¿Cuántos días y noches crees que tardaréis en llegar a la cumbre? —le preguntó ella, en lo alto del Lydeard Hill.

—No hay forma de saberlo —reconoció George—, pero según Finch tendremos que dormir en tiendas cada vez más pequeñas a medida que aumente la altitud. Es posible que incluso tengamos que pasar la última noche a ocho mil trescientos antes de intentar el asalto definitivo.

—Pero ¿cómo vas a prepararte para semejante odisea? —preguntó Ruth, contemplando el paisaje desde ochocientos metros de altura.

—No tengo la menor idea —dijo George mientras descendían tomados de la mano—. Nadie sabe cómo reacciona el cuerpo humano a altitudes superiores a siete mil metros, y aún menos por encima de ocho mil, donde la temperatura puede ser de cuarenta bajo cero y, si tienes el viento en contra, debes dar varios pasos para poder avanzar apenas un metro. Una vez, Finch y yo pasamos tres días en una pequeña

tienda a casi cinco mil metros y llegó un momento en que hacía tanto frío que acabamos los dos en el mismo saco de dormir, abrazados toda la noche para darnos calor.

—A mí sí que me gustaría agarrarme a ti toda la noche —dijo Ruth con una sonrisa maliciosa—, para que cuando te vayas tenga una idea más exacta de lo que vas a experimentar.

—No creo que estés lista para los ocho mil metros, cariño. Incluso unos pocos días en una tienda, en la playa, ya serían suficiente bautismo de fuego.

—¿Estás seguro de que estarás a la altura, señor Mallory?

—La última vez que me preguntaste eso, señora Mallory, estuve a punto de acabar con mis huesos en la cárcel.

En un pueblo cercano encontraron un comercio que vendía material de acampada, y George compró una pequeña tienda de lona y un saco de dormir. Tras una buena cena en el hotel, salieron discretamente y fueron en coche a la playa más cercana. George escogió un lugar alejado, que miraba al mar y que les ofrecía escasa protección contra el viento, y enseguida se pusieron a clavar las estaquillas en la arena para asegurarse de que su primer hogar no saliera volando.

Cuando tuvieron la tienda bien asegurada con piedras, Ruth entró a gatas mientras George se quedaba en la playa. Tras desnudarse, se reunió con Ruth en el interior, se metió en el saco de dormir y abrazó a su mujer, que temblaba. Después de haber hecho el amor, Ruth siguió agarrada a él.

—¿Estás dispuesto a marcharte de casa para dormir así una noche tras otra? —le preguntó, incrédula.

—Sí, y a cuarenta bajo cero, con un aire tan enrarecido que apenas puedes respirar.

—Y abrazando a un hombre, señor Mallory. Por suerte, todavía te quedan varios meses para que cambies de opinión.

Aunque ninguno de los dos recordaba cuándo se durmieron, en el futuro ambos tendrían muy presente el despertar. George parpadeó bajo el haz de la linterna que le daba en los ojos y se incorporó mientras Ruth seguía aferrada a él.

—Tenga la bondad de salir, señor —dijo una voz autoritaria.

George tuvo que decidir entre ser galante o dejar que su esposa pasara frío. Optó por la caballerosidad y para no despertarla se arrastró lentamente fuera de la tienda, donde se topó con dos policías de la comisaría local que iluminaban su cuerpo desnudo con las linternas.

—¿Puedo preguntarle qué está haciendo exactamente, señor?

George pensó en explicarles que su esposa quería saber cómo era pasar una noche en el Everest, pero cambió de idea.

—Estamos de luna de miel, sargento, y queríamos pasar la noche en la playa.

—Creo que sería mejor que los dos nos acompañaran a la comisaría, señor —dijo una voz desde detrás de la otra linterna—. Pero quizá usted y su esposa prefieran

vestirse antes.

George entró en la tienda, donde Ruth procuraba controlar su risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó mientras se ponía el pantalón.

—Ya te advertí que te arrestarían.

El comisario al que habían despertado en plena noche para que fuera a interrogar a los dos sospechosos no tardó en disculparse.

—¿Qué les ha hecho pensar que éramos espías? —quiso saber George.

—Han plantado su tienda a menos de cien metros de una base naval secreta, señor —le dijo el comisario—. Sin duda no habré de recordarle que el primer ministro ha ordenado que todos nos mantengamos alerta mientras nos preparamos para la guerra.

Octubre de 1914

La creencia más extendida había sido que la guerra habría terminado antes de Navidad.

Tras la luna de miel, George y Ruth regresaron a Godalming y se instalaron en la casa que el señor Turner había entregado a su hija como regalo de boda. The Holt era más de lo que cualquiera de ellos se habría atrevido a desear y, desde luego, mucho más de lo que George había imaginado. Construida en una parcela de cuatro hectáreas de terreno, era una casa magnífica con un espléndido jardín, a cuyo cuidado Ruth pasaría muchas horas felices.

Nadie podría haber albergado la menor duda sobre lo mucho que George amaba a su esposa, y Ruth resplandecía de felicidad, como cualquier mujer que se sabe querida. No les faltaba de nada, y quien los hubiera visto juntos los habría considerado una pareja feliz que llevaba una vida de ensueño. Sin embargo, esa era solo la apariencia, ya que George sobrellevaba su propio pesar.

Durante los meses que siguieron, tuvo que mantenerse al margen mientras sus amigos y discípulos de Cambridge —por no mencionar algunos de sus alumnos de Charter House— partían hacia el frente occidental para no regresar jamás, mientras que el único sacrificio que hacía él era posponer su expedición al Tíbet hasta que finalizaran las hostilidades. No contribuyó precisamente a aliviarlo que los amigos que lo visitaban en The Holt se presentaran siempre de uniforme. Brooke, Young, Somervell, Odell, Herford e incluso Finch pasaron por su casa antes de marchar a Francia. George a menudo se preguntaba si alguno de ellos pensaría que había optado por la salida más fácil, y, aunque ninguno planteó nunca el tema y todos insistieron en señalar la importancia del trabajo que estaba llevando a cabo, las dudas seguían asaltándolo. Además, cada vez que el señor Fletcher, el director de Charterhouse, leía los nombres de los jóvenes guerreros que habían sacrificado la vida sirviendo a su patria, se sentía un poco más culpable.

George decidió compartir sus preocupaciones con su amigo más antiguo, Guy Bullock, que había regresado a Londres para ocupar un cargo en el Gabinete de Guerra. Guy intentó convencerlo de que no había labor más digna que educar a la siguiente generación de jóvenes que, tarde o temprano, tendría que ocupar el puesto de los caídos en combate.

A continuación, George buscó el consejo de Geoffrey Young, quien le recordó que, si decidía incorporarse a filas, alguien más tendría que ocupar su lugar. También habló largo y tendido sobre el asunto con Andrew O'Sullivan, que no albergaba la menor duda de que su colega estaba haciendo lo correcto al permanecer en su puesto. El señor Fletcher se mostró aún más tajante al decirle que no podía permitirse perder a un profesor con la experiencia de George.

Cada vez que planteó la cuestión a Ruth, ella le expuso claramente sus sentimientos. Sin embargo, al final todo ello fue la causa de su primera discusión desde que se habían casado.

No obstante, a George le resultaba cada vez más difícil conciliar el sueño por las noches mientras luchaba contra su conciencia; y la propia Ruth permanecía despierta a menudo, sabedora del dilema que atormentaba a su marido.

—¿Sigues sin dormir, cariño? —le susurró ella una noche.

Él se inclinó, le dio un beso en los labios y la abrazó. Ruth descansó la cabeza en su pecho.

—He estado pensando sobre nuestro futuro —contestó George.

—¿Ya te has cansado de mí, señor Mallory? —bromeó ella—. Y pensar que solo llevamos unos meses casados...

—Sería más exacto decir que me aterroriza perderte —contestó George en voz baja, notando que ella se ponía en guardia—. Nadie sabe mejor que tú, cariño, lo culpable que me siento por no unirme a mis compañeros que luchan en Francia.

—¿Alguno de ellos te ha recriminado algo?

—No, ninguno —reconoció George—, lo cual lo hace aún más evidente.

—Pero ellos son conscientes de que estás sirviendo a tu país de una forma distinta.

—Cariño, nadie puede librarse de su propia conciencia.

—¿Y si te mataran? ¿Qué habrías conseguido con eso?

—Nada, aparte de que sabrías que he optado por mantener mi honor.

—Y entonces yo sería una viuda.

—Junto con otras muchas mujeres casadas con hombres que tomaron la decisión más honorable.

—¿Algunos de tus colegas de Charterhouse se han incorporado a filas?

—No puedo hablar por mis compañeros —contestó George—. Pero sí puedo hacerlo por Brooke, Young, Bullock, Herford, Somervell y Finch, que se cuentan entre los mejores hombres de mi generación y que no han dudado en servir a su país.

—Ellos te han dejado bien claro que entienden tu postura.

—Es posible, pero ninguno de ellos ha tomado el camino más fácil.

—Al hombre que escaló la basílica de San Marcos no se le puede acusar de tomar el camino más fácil —protestó Ruth.

—Pero ¿qué pasaría si ese mismo hombre no se uniera a sus camaradas en el frente cuando su patria se encuentra en guerra? —George abrazó con fuerza a su mujer—. Entiendo cómo te sientes, cariño, pero quizá...

—¿Quizá supondría alguna diferencia para ti si te dijera que estoy embarazada?

Aquella buena noticia logró que George aplazara su decisión; sin embargo, al poco de nacer su hija Clare, los sentimientos de culpa volvieron a aflorar. La paternidad no

hacía sino subrayar su responsabilidad ante las siguientes generaciones.

George siguió impartiendo clases mientras la guerra se prolongaba, pero le angustiaba tener que pasar todos los días en su camino a Charterhouse ante un cartel de reclutamiento donde aparecía una niña sentada en el regazo de su padre, preguntándole: «Papá, ¿qué hiciste en la guerra?».

¿Qué contestaría él a Clare?

Cada vez que perdía a un colega o a un amigo, las pesadillas volvían a acosarlo. Había leído que hasta los más valientes podían derrumbarse cuando tenían que saltar de la trinchera y enfrentarse al fuego enemigo por primera vez. En cambio George se hallaba sentado tranquilamente en el banco de la capilla del colegio cuando se derrumbó.

El director se levantó de su asiento para dirigir el servicio de la mañana.

—Recemos —empezó a decir— por todos los jóvenes soldados que han hecho el sacrificio máximo de entregar sus vidas por una buena causa. Lamentablemente —añadió—, debo añadir dos nuevos nombres a una lista que ya es demasiado larga: el del teniente Peter Wainwright, de los Fusileros Reales, que murió en Loos mientras dirigía un ataque contra posiciones enemigas. Que Dios lo guarde en nuestra memoria.

—Que Dios lo guarde en nuestra memoria —repetieron los congregados.

—El del teniente Simon Carter, a quien todos recordamos cariñosamente como Carter *minor*, que murió sirviendo a su país en Mesopotamia. Que Dios lo guarde en nuestra memoria.

Mientras el resto de la congregación inclinaba la cabeza y repetía esas palabras, George se levantó del asiento, hizo una reverencia ante el altar y salió de la capilla. No se detuvo hasta que llegó a High Street, en Godalming, donde se unió a la cola de jóvenes que esperaban ante la oficina de reclutamiento.

—¿Nombre? —preguntó el suboficial encargado, cuando llegó el turno de George.

—Mallory.

El sargento lo miró de arriba abajo.

—¿Señor, se da cuenta de que según la legislación vigente los profesores están exentos del servicio militar? George se quitó la toga y el birrete para arrojarlos a la papelera más cercana.

Libro tercero

Tierra de nadie

1916

26

Mi querida Ruth:

9 de julio de 1916

El día que nos despedimos en la fría y desierta estación de Godalming fue uno de los más tristes de mi vida. Que tras finalizar el adiestramiento básico solo me concedieran un fin de semana contigo fue sin duda una crueldad, pero prometo escribirte todos los días.

Fue muy amable por tu parte despedirte asegurándome que en tu opinión estoy haciendo lo correcto, pese a que tus ojos revelaran tus verdaderos sentimientos.

Cuando me reuní con mi regimiento en Dover, me encontré con unos cuantos conocidos. ¿Te acuerdas de Siegfried Herford? Siendo de padre alemán y madre inglesa, su elección no habrá sido fácil.

Al día siguiente partimos para xxxxx en un barco que parecía un colador y que se bamboleaba igual que un pato de goma. Uno de los compañeros dijo que seguramente era un regalo del káiser. Pasamos la mayor parte de la travesía utilizando nuestras escudillas para achicar el agua. Ya recordarás, de nuestra última travesía del canal, que no soy precisamente un lobo de mar. Sin embargo, de alguna manera conseguí no marearme delante de los hombres.

Arribamos a xxxxx al amanecer sin hallar señales de que los franceses participaran en esta guerra. Me uní a dos oficiales para tomar un café y cruasanes calientes en un bar. Allí me encontré con otros oficiales que volvían del frente y que nos recomendaron que disfrutáramos de la que sin duda sería nuestra última comida en una mesa con mantel (por no hablar del lujo de los platos de porcelana) en varios meses. Eso nos recordó que en menos de veinticuatro horas estaríamos sentados en un tipo de comedor muy distinto.

Como de costumbre he vuelto a olvidarme de algo importante, y esta vez ha sido tu fotografía. Me muero por ver tu rostro, aunque sea en una foto en blanco y negro, así que, por favor, mándame la que te hice en Derden Heights el día antes de que nos detuvieran. Quiero llevarla siempre conmigo.

Dios sabe cuánto te echo de menos. Me cuesta entender que uno pueda estar rodeado de tanta gente, de tanta actividad frenética y de un ruido tan ensordecedor y, al mismo tiempo, sentirse tan solo. Únicamente intento encontrar otra manera de decirte que te quiero, aunque sé que te burlarás de mí si te aseguro que eres la única mujer de mi vida; la verdad es que ahora contemplo a Chomolungma como a una antigua novia.

Tu esposo que te quiere,

George

Cuando hubo entregado la carta al jefe de correos del regimiento, George se dedicó a matar el tiempo mientras esperaba a que el convoy de camiones iniciara su viaje hacia el frente.

En el espacio de unos pocos kilómetros, la hermosa campiña francesa de Millet y Monet, con sus verdes moteados y amarillos, sus vacas y ovejas pastando en los campos, había sido sustituida por un paisaje desolado de árboles quemados o deshojados, caballos destripados, casas sin techo y civiles desesperados convertidos en simples peones en el tablero de la guerra.

El convoy siguió avanzando incansablemente, pero antes de que George quedara ensordecido por el ruido, vio unas furiosas nubes de humo negro y sulfuroso que se alzaban en el cielo oscureciendo el sol. Al fin se detuvieron en un campo situado a unos cuatro kilómetros de la primera línea de batalla, donde no se veía un solo cartel indicador y los días se habían convertido en una noche perpetua. George se reunió allí con sus compañeros, un grupo de hombres uniformados que cada día se preguntaban si a la mañana siguiente seguirían con vida.

Tras una ración de carne enlatada con judías pastosas y patatas llenas de gusanos, George fue asignado a una tienda junto con otros tres oficiales, todos más jóvenes que él, que habían cumplido distintos períodos de servicio: un mes, nueve semanas y siete meses, respectivamente. El teniente Evans, que era el que llevaba más tiempo, se consideraba una especie de veterano.

A la mañana siguiente, después de dar cuenta del desayuno que le sirvieron en un plato de zinc, fue conducido a su puesto de artillería ubicado unos cuatrocientos metros por detrás de la línea de vanguardia. Allí debía relevar a Evans, que esperaba un merecido permiso de dos semanas.

—No es todo tan malo, amigo —le aseguró Evans—. Para empezar, resulta mucho menos peligroso que estar en primera línea. Piense en esos pobres desgraciados que se encuentran medio kilómetro más adelante, esperando el sonido de la solitaria corneta para saltar de las trincheras y que llevan meses aguardando la muerte. En comparación, nuestro trabajo es de lo más sencillo. Aquí tiene una lista con los treinta y siete soldados a su mando y los doce morteros que casi nunca dejan de disparar a menos que sufran alguna avería. El suboficial más veterano es el sargento Davies. Lleva aquí algo más de un año y antes de eso sirvió quince años

bajo la bandera. Empezó en el ejército como soldado raso en la guerra de los Bóers, de manera que no se le ocurra hacer un movimiento sin consultarlo con él primero. Luego está el cabo Perkins. Ese condenado siempre se queja de todo pero al menos su sentido del humor permite que los hombres se olviden a ratos de los hunos. No se preocupe, no tardará en hacer amistad con el resto del escuadrón. Son buena gente y no lo dejarán en mal lugar cuando llegue la hora —explicó. George asintió pero prefirió no interrumpir—. La decisión más difícil que tendrá que tomar —prosiguió Evans— llega todos los domingos por la tarde, cuando deberá enviar tres hombres a nuestro puesto de avanzada para que permanezcan allí una semana. Nunca he visto que volvieran los tres con vida. Su misión es mantenernos informados de dónde se halla el enemigo, de manera que podamos apuntar los cañones contra ellos y no contra nuestras tropas.

—Buena suerte, Mallory —le dijo el teniente esa misma mañana más tarde, estrechándole la mano—. Le digo adiós por si no volvemos a vernos.

Querida Ruth:

5 de septiembre de 1916

Estoy destacado muy por detrás de la primera línea de batalla, de manera que no debes preocuparte por mí. He recibido a mi cargo treinta y siete hombres que parecen buena gente. Incluso es posible que recuerdes a uno de ellos, el soldado raso Rodgers. Era nuestro cartero antes de que se alistara. Quizá podrías comunicar a su familia que se encuentra bien de salud. Dice que seguirá en el ejército cuando acabe la guerra. El resto de los hombres me han hecho sentir bienvenido, lo cual es de agradecer por su parte, ya que saben bien que acabo de incorporarme. Esta mañana he comprendido a qué se refería mi oficial de instrucción en xxxxx cuando aseguraba que una semana en el frente era mucho más útil que tres meses de entrenamiento.

No dejo de pensar en ti y en Clare, y en el mundo al que hemos traído a nuestra hija. Confiemos en que los políticos estén en lo cierto cuando aseguran que esta contienda pondrá fin a todas las guerras, porque no quisiera que nuestros hijos tuvieran que experimentar lo que supone esta locura.

Ningún hombre sirve en el frente más de tres meses seguidos, de modo que es posible que esté en casa para el nacimiento del hermanito o hermanita de Clare.

George dejó de escribir y pensó en sus palabras. Sabía perfectamente que las normas de Su Majestad se pasaban por alto constantemente cuando se trataba de conceder permisos, pero era preciso que Ruth conservara el optimismo. En cuanto a la realidad de la vida en el Somme, prefería que su esposa no descubriera la verdad hasta que él mismo pudiera contársela cara a cara. Era consciente de la ansiedad en la que estaba viviendo, cuando todos los días podía recibir un telegrama que empezaba

con la frase: «Con profundo pesar, el secretario de Defensa tiene el deber de comunicarle...».

Mi amor, los dos años que hemos pasado juntos han sido los más felices de mi vida. Sé que siempre concluyo mis cartas diciéndote lo mucho que te echo de menos, seguramente porque no pasa un minuto sin que te lleve en mis pensamientos. El mes pasado recibí varias cartas tuyas; te agradezco mucho tus noticias de Clare y de lo que pasa en The Holt, pero sigo sin tener tu foto. Quizá llegue con la próxima entrega de correo. Aún más que tu imagen, espero el día en que pueda verte en persona y estrecharte entre mis brazos, porque entonces te darás cuenta realmente de lo mucho que te he echado de menos.

*Tu esposo que te quiere,
George*

—¿Tiene algún tipo de problema, Perkins?

—No lo creo, sargento.

—Entonces, ¿por qué su unidad tarda noventa segundos en recargar cuando el resto lo hace en menos de un minuto?

—Hacemos todo lo posible, sargento.

—Lo posible no es suficiente, Perkins. ¿He hablado con claridad?

—Sí, sargento.

—¡No diga «sí, sargento» y haga algo para solucionarlo!

—Sí sargento.

—Ah, Matthews...

—Sí, sargento.

—A las doce inspeccionaré su mortero, y si no brilla como el sol, yo mismo lo meteré a usted por la boca del cañón y lo dispararé a los jodidos hunos. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

—Más que suficiente, sargento.

El timbre del teléfono de campaña sonó y George descolgó el auricular.

—Señor, nos están atacando con fuego cerrado desde un kilómetro y medio más adelante, a las once de nuestra posición —le comunicó uno de los hombres del puesto de avanzada—. Tal vez significa que los alemanes se preparan para atacar.

La línea se cortó.

—¡Sargento Davies! —gritó George, esforzándose por hacerse oír entre el estruendo de las baterías que disparaban.

—¡Señor!

—Kilómetro y medio a las once. Los alemanes avanzan.

—¡Sí, señor! ¡Atentos, muchachos! ¡Preparaos para dar a esos hunos una calurosa bienvenida! ¡A ver quién es el primero que les mete una por el casco!

George sonrió mientras recorría la hilera de morteros, comprobando cada uno y

sintiéndose agradecido de que el sargento Davies hubiera nacido en Swansea y no al otro lado de la Línea Sigfrido.

—¡Bien hecho, Rodgers! —dijo Davies—. El primero en entrar en acción. Siga así y lo ascenderán a cabo antes de lo que cree. George no pudo sino advertir la poco sutil sugerencia sobre quién debía ser propuesto para el siguiente ascenso.

—¡Así me gusta, Perkins! —exclamó Davies unos momentos después—. Eso está mucho mejor. De todas maneras, no empiece a ponerse medallas.

—Gracias, sargento.

—No me dé las gracias, cabo. No quiero que piense que me estoy volviendo blando.

—No, sargento.

—¡Matthews, no me diga que vuelve a ser el último!

—El resorte de la recámara se ha roto, sargento.

—No sabe cuánto lo lamento, Matthews. ¿Y por qué no corre al depósito de municiones más próximo y se procura uno nuevo, maldito imbécil?

—Pero, sargento, el depósito está a cuatro kilómetros de aquí. ¿No puedo esperar a que pase el camión de la mañana?

—No, Matthews, no puede, porque si no echa a correr ahora mismo, cuando vuelva, los putos alemanes se nos habrán unido para el desayuno. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, sargento.

—¡Pues a paso ligero, cabeza hueca!

—Sí, sargento.

Querida Ruth:

14 de octubre de 1916

Hoy ha sido otro de esos días interminables en los que ambos bandos nos hemos estado atacando sin tregua sin saber exactamente quién se lleva la peor parte. De vez en cuando aparece un oficial del Estado Mayor y nos dice que estamos haciendo un trabajo estupendo y que los alemanes se están retirando, aunque en ese caso, ¿por qué no avanzamos? Sin duda debe de haber un oficial alemán que dirá a sus hombres exactamente lo mismo. Solo podemos estar seguros de una cosa: que los dos no pueden tener razón al mismo tiempo.

Hablando de otra cosa: aconseja a tu padre que si quiere ganar otra fortuna vaya pensando en abrir una fábrica de trompetillas para sordos porque, cuando esta guerra acabe, seguro que hay una gran demanda.

Lamento mucho, cariño, que estas cartas se estén volviendo repetitivas, pero solo hay dos cosas que permanecen constantes: mi amor por ti y mi deseo de estrecharte en mis brazos.

Tu marido que te quiere,

George

Levantó la mirada y vio que uno de los cabos también estaba escribiendo.

—¿Una carta a su mujer, Perkins?

—No, señor. Es mi testamento.

—¿No es un poco pesimista?

—No creo, señor —repuso Perkins—. En la vida civil era corredor de apuestas, de modo que estoy acostumbrado a calcular los riesgos. Los hombres sobreviven un promedio de dieciséis días en primera línea, y yo ya llevo por aquí más de tres meses, de manera que me parece poco probable que vaya a escapar de la parca mucho más tiempo.

—Pero aquí está mucho más seguro que los pobres diablos de primera línea, Perkins —intentó tranquilizarlo George.

—Perdone, señor, pero usted es el tercer oficial que me dice lo mismo, y los dos anteriores volvieron a casa en una caja de madera.

George, que seguía horrorizándose ante tan despreocupada manera de referirse a la muerte, se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que se endureciera del mismo modo.

—Desde mi punto de vista —prosiguió Perkins—, la guerra es como el Grand National. Al principio hay muchos jinetes y caballos en la salida, pero resulta imposible adivinar cuál de ellos llegará a la meta, y al final solo hay un ganador. Y para serle sincero, señor, en este caso no existe la menor certidumbre de que el vencedor vaya a ser un jamelgo inglés.

George vio que el soldado Matthews asentía para manifestar su conformidad, al tiempo que Rodgers mantenía la cabeza agachada mientras limpiaba su fusil con un trapo grasiento.

—Bueno, Matthews, al menos pronto estará disfrutando de un permiso —dijo George, intentando apartar la conversación de un tema que siempre estaba presente en la mente de sus hombres.

—Estoy impaciente porque llegue el momento, señor —contestó Matthews, liando un cigarrillo.

—¿Y qué será lo primero que hará cuando llegue a casa? —preguntó George.

—Echarle un buen polvo a la parienta, señor, y disculpe la franqueza. Perkins y Rodgers soltaron una carcajada.

—Muy bien, Matthews —dijo George—. ¿Y la segunda?

—Quitarme las botas, señor.

Querida Ruth:

7 de diciembre de 1916

Tu fotografía me ha llegado con el correo de la mañana, y mientras escribo esta carta desde una trinchera de las afueras de xxxxx la tengo sobre mis

rodillas. He oído que uno de los hombres comentaba «menudo bombón» cuando la ha visto, y no puedo menos que estar de acuerdo con él. Sé que nuestro segundo hijo nacerá pronto, pero me han prometido que en algún momento de los próximos seis meses podré disfrutar de unos días de permiso. Si no pudiera llegar a casa a tiempo para el nacimiento, no se te ocurra pensar ni por un instante que no te llevo permanentemente en el pensamiento.

Hace ya cuatro meses que estoy en el frente, y los nuevos segundos tenientes que llegan de Blighty parecen cada día más jóvenes. Algunos me tratan incluso como si fuera un soldado veterano. Cuando esta guerra acabe, pienso pasar el resto de mis días contigo, en The Holt.

Hablando de otra cosa, si es chico, podríamos llamarlo John.

—Lamento molestarlo, señor —dijo el sargento Davies—, pero tenemos un pequeño problema.

George se puso inmediatamente de pie: era la primera vez que oía a Davies pronunciar aquella palabra.

—¿Qué clase de problema?

—Hemos perdido la comunicación con los chicos del puesto de avanzada.

George sabía que en realidad la expresión «perdido la comunicación» era un eufemismo de Davies para comunicarle que los tres hombres habían muerto.

—¿Qué me recomienda, sargento? —preguntó, recordando el consejo que le había dado Evans.

—Alguien tiene que ir hasta allí, señor, y de prisa, para que podamos restablecer la conexión antes de que los malditos hunos se nos echen encima. Si me permite una sugerencia, señor...

—Desde luego, sargento.

—Podría llevarme a Matthews y a Perkins y ver qué se puede hacer. Luego volveremos a informarle.

—No, sargento, a Matthews no. Mañana se va de permiso. —Miró a Perkins, que se había puesto muy pálido y parecía estar temblando. George no necesitaba preguntarle sobre las posibilidades que cualquiera de ellos tenían de volver para informar—. Creo que esta vez iré con usted, sargento.

En su época de Winchester, George había corrido los cuatrocientos metros en menos de un minuto y al final de la carrera se había sentido como si tal cosa. Nunca llegó a saber cuánto tardó con Perkins y Davies en llegar a la primera línea, pero cuando se arrojó a la trinchera, estaba agotado y aterrorizado, y era plenamente consciente de lo que tenían que soportar día y noche los hombres de vanguardia.

—Mantenga la cabeza agachada, señor —le dijo Davies, mientras examinaba el campo de batalla con unos prismáticos—. El puesto de avanzada se encuentra a unos cien metros, a la una en punto —añadió entregando los prismáticos a George.

Este enfocó los binoculares y, cuando localizó el puesto de observación,

descubrió por qué se habían interrumpido las comunicaciones.

—De acuerdo. Bueno, vamos allá —dijo antes de darse tiempo para pensar demasiado.

Saltó de la trinchera y corrió como nunca lo había hecho, entre los cráteres llenos de agua y barro, hacia el puesto de observación. No miró atrás ni una sola vez porque esperaba que tanto Perkins como Davies le seguirían pisándole los talones. Se equivocaba. Perkins había sido abatido por una bala tras dar una docena de pasos y yacía agonizando en el barro, mientras que Davies había logrado cubrir unos sesenta metros antes de caer muerto.

El puesto de avanzada se encontraba solo a veinte metros de George. Había cubierto quince de ellos cuando una granada de mortero explotó a sus pies. Fue la primera y última vez en su vida que dijo «¡Joder!». Cayó de rodillas, pensó en Ruth y se derrumbó boca abajo en el fango. Una estadística más.

El constante flujo de cartas se interrumpió bruscamente. Por lo general, esa era la señal que precedía a la llegada de un telegrama.

Ruth había adoptado la costumbre de sentarse todas las mañanas en la repisa de la ventana del salón, con las manos entrelazadas sobre el vientre, cada día más abultado, media hora antes de que el viejo señor Rodgers llegara pedaleando por el camino de acceso. Cuando lo veía, Ruth intentaba interpretar la expresión de su rostro. ¿Se trataba de una cara de telegrama o de una cara de carta? Al final llegó a convencerse de que sabría la verdad antes de que el cartero llamara al timbre.

Ese día, nada más ver al señor Rodgers cruzando la verja, Clare empezó a llorar. ¿Tendría todavía un padre? ¿Habría muerto George antes de que naciera su segundo hijo?

Ruth se hallaba de pie junto a la puerta cuando el señor Rodgers dejó de pedalear, frenó y se detuvo ante los peldaños de entrada. Siempre seguía el mismo ritual: desmontaba de la bicicleta, hurgaba en su cartera, sacaba las cartas correspondientes y finalmente subía los pocos escalones para entregárselas a la señora Mallory. Ese día no fue diferente, ¿o sí? Cuando el señor Rodgers se acercó a la puerta, la miró y sonrió. No llevaba ningún telegrama.

—Hoy tiene dos cartas, señora Mallory, y si no estoy equivocado, una de ellas es de su marido —dijo, entregándole un sobre con la caligrafía de George.

—Gracias —contestó Ruth, incapaz de ocultar su alivio. Entonces se acordó de que no era la única persona que tenía que sufrir aquella agonía y preguntó—: ¿Tiene alguna noticia de su hijo, señor Rodgers?

—Me temo que no, señora Mallory —contestó el cartero—. De todas maneras, nuestro Donald no es muy aficionado a escribir, de manera que no perdemos la esperanza.

Volvió a subir a su bicicleta y se alejó pedaleando.

Ruth abrió la carta de George antes incluso de llegar al salón. Volvió a su asiento, junto a la ventana, se puso cómoda y empezó a leer, primero muy rápidamente y después despacio.

Queridísima Ruth:

12 de enero de 1917

Estoy vivo, aunque me encuentro en el hospital. No te preocupes. Al final, solo me he roto un tobillo. Podría haber sido mucho peor. El médico me ha dicho que en un abrir y cerrar de ojos volveré a estar como nuevo y que incluso podré volver a escalar. Entretanto, me envían a casa para que me recupere.

Ruth miró por la ventana y contempló las colinas de Surrey en la distancia, sin saber si llorar o reír. Pasó un momento hasta que pudo seguir leyendo.

Lamentablemente, el sargento Davies y el cabo Perkins cayeron en la misma acción que yo. Dos hombres estupendos, como muchos de sus camaradas. Confío en que me perdones, mi amor, pero creía que era mi deber escribir a sus viudas antes que a ti.

Todo empezó cuando el sargento Davies me dijo que teníamos un pequeño problema...

—Voy a recomendar que le den el alta dentro de unos días, Mallory, y que lo envíen de vuelta a Blighty hasta que esté plenamente recuperado.

—Gracias, doctor —contestó George, contento.

—No me las dé, amigo. La verdad es que necesito la cama que ocupa. Con un poco de suerte, cuando esté listo para volver esta guerra ya se habrá acabado.

—Esperemos que así sea —respondió George, mirando el interior de la tienda del hospital de campaña, llena de hombres valientes que nunca volverían a ser los mismos.

—Ah, me olvidaba —añadió el médico—. El soldado Rodgers ha venido esta mañana. Dice que esto es de usted.

—En efecto. —George sonrió mientras tomaba la foto de Ruth, que creía perdida para siempre.

—Es muy guapa —comentó el médico.

—¿Verdad que sí? —repuso George con una sonrisa maliciosa.

—Ah, y han venido a verlo. ¿Se siente con ánimo?

—Desde luego, me encantará ver a Rodgers.

—No es Rodgers. Es el capitán Geoffrey Young.

—En ese caso, no estoy tan seguro de que no me falten fuerzas —contestó George con una gran sonrisa.

Una enfermera le puso una almohada en la espalda y lo ayudó a incorporarse para recibir a su jefe de escalada. Nunca podría pensar en Young como en algo distinto a eso. Sin embargo, su sonrisa se convirtió en una expresión ceñuda cuando lo vio entrar en la tienda cojeando.

—¡Mi querido George! —Lo saludó Young—. He venido tan pronto como me he enterado. Una de las ventajas de estar en el servicio de auxiliar de ambulancias es que sabes dónde se encuentra todo el mundo y lo que les pasa. —Young acercó una silla de madera que seguramente había pertenecido a una escuela y tomó asiento junto a la cama de su amigo—. Bueno, tengo tantas noticias que no sé por dónde empezar.

—¿Por qué no empieza con Ruth? ¿Tuvo ocasión de ir a verla en su último permiso?

—Desde luego. Pasé por The Holt cuando iba de camino hacia Dover.

—¿Y cómo está? —preguntó George, intentando no parecer impaciente.

—Tan guapa como siempre, y parecía del todo recuperada.

—¿Recuperada? ¿Recuperada de qué? —exclamó George, súbitamente

preocupado.

—Del nacimiento de su segundo hijo —explicó Young.

—¿Mi segundo hijo?

—¿Me está diciendo que nadie le ha anunciado que es usted el orgulloso padre de...? —Vaciló—. Creo que fue una niña, si no me equivoco. George elevó una silenciosa oración a un Dios en el que no creía.

—¿Y cómo está la niña?

—Yo diría que muy bien —contestó Young—, pero, para serle sincero, todos los recién nacidos me parecen iguales.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Ni idea, querido amigo.

—¿Es rubia o morena?

—Entre lo uno y lo otro, diría yo. Aunque también es posible que me equivoque.

—No tiene usted remedio. ¿Sabe si Ruth ha decidido ya cómo llamarla?

—Tenía el desagradable presentimiento de que me lo preguntaría.

—¿Podría ser «Elizabeth»?

—Creo que no. Me parece recordar que era un nombre poco frecuente. Me acordaré en cualquier momento. George soltó una carcajada.

—Habla usted como un soltero empedernido.

—Bueno, en todo caso no tardará en averiguarlo por sí mismo. El médico me ha dicho que van a repatriarlo. Asegúrese únicamente de no regresar. Ya ha hecho más de lo debido para satisfacer su conciencia y no hay necesidad alguna de que aumente las posibilidades en su contra.

George pensó en un joven cabo muerto que habría estado plenamente de acuerdo con tal afirmación.

—¿Qué otras noticias tiene? —preguntó.

—Unas buenas y otras malas. En realidad son casi todas malas. —George esperó en silencio a que Young empezara—. Rupert Brooke murió en Lemnos, mientras se dirigía a Gallípoli, antes incluso de pisar el campo de batalla.

George torció el gesto. Llevaba un libro de poemas de Rupert en la mochila y había dado por hecho que, cuando acabara la guerra, su amigo seguiría escribiendo versos memorables. Decidió no interrumpir a Young y esperó a que este añadiera otros nombres a la inevitable lista de muertos. Había uno que temía oír por encima de los demás.

—Siegfried Herford cayó en Yprès. El pobre diablo tardó tres días en morir. —Young suspiró—. Si un hombre como él ha de fallecer antes de su hora, no debería ser en una tierra de nadie cubierta de barro, sino en la cumbre de una montaña, después de haberla conquistado.

—¿Y Somervell? —Se atrevió George al fin a preguntar.

—Ha tenido que ver las peores atrocidades de las que es capaz el hombre. Ser cirujano en primera línea no es plato del gusto de nadie, pero él nunca se queja.

—¿Y Odell?

—Lo han herido tres veces. El Gabinete de Guerra por fin captó el mensaje y lo devolvieron a Cambridge, pero solo después de que su viejo colega le ofreciera una cátedra. Alguien de allí parece haber comprendido por fin que, cuando esta barbaridad termine, vamos a necesitar a nuestras mentes más claras.

—¿Y Finch? Apuesto a que se habrá buscado alguna cómoda tarea para estar siempre rodeado de enfermeras.

—Más bien lo contrario —respondió Young—. Se presentó voluntario para dirigir un pelotón de desactivación de explosivos, así que sus posibilidades de supervivencia son incluso menores que las de un soldado de primera línea. Tuvo varias oportunidades de ocupar un puesto en Whitehall, pero las rechazó todas. Casi parece como si deseara morir.

—No —repuso George—. No es eso. Lo que ocurre es que Finch es uno de esos pocos individuos convencidos de que no hay nada que pueda acabar con ellos. ¿Lo recuerda, cantando «Waltzing Matilda» en el Mont Blanc?

Young rio por lo bajo.

—Pues para colmo, se habla de que van a concederle la Orden del Imperio Británico.

—¡Santo Dios! —exclamó George, riendo—. Ahora nada lo detendrá.

—A menos que lo haga usted —dijo Young casi en voz baja—, en cuanto ese tobillo suyo esté bien. Yo sigo apostando porque será usted el primero en poner pie en el techo del mundo.

—Mientras usted nos precede a todos, como siempre.

—Me temo que esta vez no podrá ser, querido amigo.

—¿Por qué no? Aún es joven.

—En efecto —convino Young—. Pero no será tan fácil con uno de estos trastos. Se levantó la pernera del pantalón y dejó al descubierto una pierna artificial.

—No sabe cuánto lo siento —declaró George, sorprendido y compungido a la vez—. No tenía la menor idea.

—No se preocupe, amigo mío —repuso Young—. Estoy agradecido de seguir con vida. Sin embargo, cuando esta guerra acabe, no resultará nada difícil adivinar a quién propondré ante el Comité Everest para que sea el futuro jefe de escalada.

Ruth se hallaba en el salón, sentada junto a la ventana, cuando un coche de color caqui cruzó la verja y se acercó por el camino de acceso. Desde donde estaba no distinguió quién conducía, solo vio que la persona en cuestión llevaba uniforme.

Ya había salido al porche cuando la joven conductora se apeó para abrir la puerta trasera del coche. Lo primero que salió del vehículo fue un par de muletas, seguidas de un par de piernas. Finalmente reconoció a su marido. Ruth bajó corriendo los escalones y le echó los brazos al cuello, besándolo como si fuera la primera vez, lo

cual le despertó recuerdos del compartimiento de un tren que regresaba de Venecia. La conductora, un tanto azorada, se mantuvo en posición de firmes.

—Gracias, cabo —le dijo George con una sonrisa. Ella saludó, subió al coche y se alejó.

Al final, Ruth soltó a su marido, pero solo porque él se negó a que lo ayudara a subir a los escalones y entrar en casa.

—¿Dónde está mi pequeña? —preguntó George.

—En la habitación de los niños, con Clare y la niñera. Iré a buscarlas.

—¿Cómo se llama? —preguntó George mientras ella se alejaba, pero Ruth ya había desaparecido escalera arriba.

George se dirigió trabajosamente hacia el salón y se dejó caer en el sillón de la ventana. No recordaba que ese mueble estuviera allí antes y se preguntó por qué miraba hacia el exterior. Contempló la campiña que tanto quería y recordó una vez más lo afortunado que era por seguir con vida. Brooke, Herford, Wainwright, Carter *minor*, Davies, Perkins...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos gritos que oyó mucho antes de poner los ojos en su segunda hija.

Cuando Ruth y la niñera entraron con las dos niñas, él se levantó con ayuda de las muletas y dio un largo abrazo a Clare antes de tomar en brazos a la recién nacida.

—Pelo rubio y ojos azules —dijo.

—Pensaba que ya lo sabías. ¿Acaso no recibiste mis cartas?

—Por desgracia, no, únicamente a un mensajero, Geoffrey Young, que solo supo decirme que se trataba de una niña, aunque ni siquiera recordaba su nombre.

—Tiene gracia, porque le pregunté si le gustaría ser el padrino y aceptó encantado.

—¿Así que no sabes cómo le pusimos, papá? —preguntó Clare, brincando junto a él.

—No, cariño, no lo sé. ¿Se llama Elizabeth?

—No, papá, no seas tonto. Se llama Berridge —replicó Clare, riendo.

«Un nombre poco frecuente», se dijo George, recordando las palabras de Young.

Cuando llevaba un rato en brazos de su padre, Berridge empezó a berrear y la niñera se ocupó de ella. Estaba claro que a la recién nacida no le gustaba estar en brazos de un desconocido.

—Tengamos una docena más —dijo George, abrazando a Ruth cuando la niñera se hubo llevado a Clare y a Berridge a su cuarto.

—Compórtate, George Mallory —respondió ella en broma—. Intenta recordar que ya no estás en el frente, con tus hombres.

—Con algunos de los mejores hombres que he conocido —repuso George con tristeza. Ruth sonrió.

—¿Los echas de menos?

—Ni la mitad de lo que te he echado de menos a ti.

—Bueno, ahora que has vuelto, cariño, ¿qué es lo primero que te gustaría hacer?

George pensó en la contestación que le había dado el soldado Matthews cuando él le había formulado la misma pregunta y sonrió para sí al comprender que no había demasiada diferencia entre un oficial y un simple soldado raso.

Se agachó y empezó a desabrocharse los cordones de los zapatos.

Libro cuarto

La selección del equipo

Miércoles, 22 de junio de 1921

Cuando George bajó a desayunar, nadie hablaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa, rodeado por sus dos hijas.

—Yo lo sé —exclamó Clare—. Pero mamá me ha pedido que no te lo diga.

—¿Y Beridge?

—No seas tonto, papá. Ya sabes que Beridge aún no sabe leer.

—¿Leer? —preguntó George, mirando a su hija mayor con más atención—. Sherlock Holmes nos habría dicho que «leer» es la primera pista.

—¿Quién es Sherlock Holmes? —quiso saber Clare.

—Un gran detective —repuso George—. Y habría buscado por el comedor para ver qué hay en él que se pueda leer. Veamos, ese gran secreto... ¿no estará por casualidad escondido en el periódico?

—¡Sí! —exclamó Clare, aplaudiendo—. Y mamá dice que es algo que has deseado toda tu vida.

—Esa es otra pista —señaló George al tiempo que cogía el *Times* de ese día, que estaba abierto por la página 11. No pudo evitar sonreír al leer el titular—. Sí, tu madre tiene bastante razón.

—Lee lo que pone, papá, léelo, por favor.

—«La parlamentaria Nancy Astor ha pronunciado un discurso en los Comunes acerca de los derechos de las mujeres». —George miró a su mujer y comentó—: Ojalá tu padre nos acompañara a desayunar esta mañana.

—Claro —contestó Ruth—. De todas maneras, Sherlock Holmes te diría que estarías perdiendo el tiempo. Me parece que el discurso de la señorita Astor no es más que un ardid para desviar la atención del asunto principal.

George empezó a pasar las páginas y Ruth sonrió cuando vio que empezaban a temblarle las manos. No había visto esa expresión en su rostro desde...

—Anda, papá, lee la noticia —pidió Clare. George obedeció.

—«*Sir Francis Younghusband* anunció anoche que la Royal Geographical Society

unirá sus fuerzas a las del Alpine Club para formar el Comité Everest que se encargará de presidir y cuyo vicepresidente será el señor Geoffrey Young». Levantó la vista y vio que Ruth le sonreía.

—Sigue leyendo, papá, sigue leyendo.

—«La primera tarea del comité consistirá en seleccionar el grupo de escaladores que emprenderán el asalto final al monte Everest». George volvió a levantar la vista. Ruth seguía sonriendo. Volvió a la lectura de la noticia antes de que su hija lo incitara de nuevo.

—«Nuestro corresponsal llegó a la conclusión de que, entre los nombres que se barajan para designar al líder de la cordada figuran el señor George Mallory, profesor de Charterhouse, y el señor George Finch, científico australiano que en la actualidad imparte clases en el Imperial College de Londres».

George dejó el periódico, perplejo.

—Pues nadie se ha puesto en contacto conmigo —comentó. Sin dejar de sonreír, Ruth le entregó la carta que había llegado esa misma mañana y que llevaba el sello de la Royal Geographical Society en la solapa.

—Elemental, querido Watson —dijo la mujer.

—¿Quién es Watson? —quiso saber Clare.

Ninguno de los cinco hombres sentados alrededor de la mesa simpatizaban, pero no estaban allí para eso. Todos habían sido escogidos por distintas razones para ser miembros del Comité Everest.

El presidente, *sir* Francis Younghusband, era de entre todos ellos quien más cerca había estado del monte Everest; a sesenta kilómetros, exactamente, cuando se le encargó la misión de negociar con el Dalai Lama las condiciones para que la expedición cruzara sin problemas la frontera del Tíbet. Los términos del acuerdo habían quedado recogidos en un documento que el año anterior había firmado lord Curzon, el secretario del Foreign Office. *Sir* Francis estaba sentado muy erguido en su sillón, con los pies apenas rozando el suelo, ya que no pasaba del metro sesenta. Su abundante cabello entrecano y su amplia frente, surcada de arrugas, le conferían un aire de autoridad que nadie cuestionaba.

A su izquierda se sentaba Arthur Hinks, secretario del comité y cuya principal responsabilidad era proteger la reputación de la Royal Geographical Society, a la que representaba y de la que recibía un generoso estipendio anual. Su frente no estaba arrugada, y los escasos mechones de cabello que poblaban su calva no eran grises en absoluto. En la mesa, ante él, había varios expedientes y un libro de actas recién comprado y por estrenar. Los graciosos decían que escribía las actas de las reuniones el día antes de que se celebraran, para asegurarse de que todo salía como estaba previsto, aunque, desde luego, nadie se habría atrevido a decírselo a la cara.

A la izquierda de Hinks se encontraba el señor Raeburn, que en su día había sido considerado un buen alpinista; sin embargo, el cigarro que sostenía permanentemente en la mano y la prominente panza que aplastaba contra el borde de la mesa decían bien a las claras que solo los que gozaran de una memoria excelente serían capaces de recordar aquellos días.

Frente a él se sentaba el comandante Ashcroft, un oficial de la Marina jubilado que siempre se tomaba una copa con Hinks antes de las reuniones para que este pudiera indicarle en qué sentido debía votar. Había alcanzado el grado de comandante gracias a que nunca había discutido una orden, y su barba blanca y rostro atezado no dejaban lugar a dudas sobre dónde había pasado la mayor parte de su vida. A su izquierda —y a la derecha del presidente— se hallaba el hombre que durante años había albergado la esperanza de ser el primero en coronar el techo del mundo, al menos hasta que los alemanes habían segado dicho sueño.

El reloj de pared del fondo de la sala marcó las seis y *sir* Francis se congratuló de no tener que llamar al orden. Al fin y al cabo, los reunidos eran hombres acostumbrados a dar y recibir órdenes.

—Caballeros —comenzó—, es un honor para mí inaugurar esta primera reunión del Comité Everest. Tras el éxito de la expedición que exploró las regiones circundantes del Himalaya el año pasado, ahora nuestro propósito consiste en

seleccionar un grupo de escaladores capaces de plantar la bandera británica en la cumbre de la montaña más alta del mundo. Hace poco tuve el honor de ser recibido por Su Majestad —*sir Francis* alzó los ojos hacia el retrato de su mecenas, que colgaba de la pared— y le aseguré que el primer hombre en pisar la cima del Everest sería uno de sus súbditos.

—Bien dicho, bien dicho —murmuraron Raeburn y Ashcroft casi al mismo tiempo. *Sir Francis* hizo una pausa y contempló las notas que Hinks le había preparado.

—Nuestra primera tarea de esta tarde será nombrar al hombre que conducirá al equipo que designemos hasta el pie del Himalaya, donde montará el campamento base, seguramente a unos cinco mil doscientos metros. Nuestra segunda tarea consistirá en nombrar un jefe de escalada. Durante varios años, he tenido por cierto que ese hombre sería el señor Geoffrey Winthrop Young, pero debido a la herida que sufrió en la guerra, lamentablemente eso ya no será posible. Sin embargo, todavía podemos contar con sus amplios conocimientos y experiencia en el campo del montañismo, y en consecuencia me congratulo de tenerlo como vicepresidente de este comité —expuso. Young hizo una ligera reverencia con la cabeza—. Ahora cederé la palabra al señor Hinks para que prosiga con el orden del día de esta reunión.

—Gracias, señor presidente —dijo Hinks, acariciándose el bigote—. Tal como ha tenido la bondad de recordarnos, nuestra primera obligación consiste en nombrar un jefe de expedición. Este debe ser un hombre de carácter decidido y tener una probada capacidad de liderazgo, además de cierta experiencia en el Himalaya. También ha de poseer aptitudes diplomáticas en caso de que surjan problemas con los nativos.

—Bien dicho —intervino uno de los miembros del comité, y Young pensó que había sido a propósito en el momento justo.

—Caballeros —prosiguió Hinks—, no tengo la menor duda de que todos conocemos al hombre que reúne dichas características: el general Charles Granville Bruce, del Quinto Regimiento de los Fusileros Guijas Reales. Al comité le gustará sin duda saber que el general es el hijo menor de lord Aberdare y que se educó en Harrow y Sandhurst.

Ashcroft y Raeburn respondieron inmediatamente y al unísono.

—Sí, señor. Como debe ser.

—Por lo tanto, no dudo en absoluto en recomendar que nombremos al general Bruce jefe de expedición y que lo invitemos a incorporarse a este comité en calidad de miembro del mismo.

—Todo esto me parece sumamente satisfactorio —dijo Youngusband—. ¿Puedo suponer que el comité está conforme en que Bruce asuma la tarea? —Miró a los reunidos y vio que todos salvo uno hacían un gesto afirmativo con la cabeza.

—Señor presidente —intervino Young—, la decisión de quién va a ser el jefe de la expedición ha sido tomada por este comité, y muy sabiamente en mi opinión. Sin embargo, y dado que no he intervenido en el proceso de selección, siento curiosidad

por saber si la Royal Geographical Society consideró otros posibles candidatos.

—Quizá podría usted responder a esa pregunta, señor Hinks —dijo Younghusband.

—Naturalmente, señor presidente —contestó el aludido, colocándose unos anteojos en la punta de la nariz—. Varios nombres fueron sometidos a nuestra consideración, pero francamente, Young, enseguida se hizo evidente que el general Bruce estaba muy por encima de los demás.

—Confío en que eso responda a su pregunta, Young —dijo *sir Francis*.

—Y yo también, señor presidente —repuso Young.

—Entonces quizá haya llegado el momento de invitar al general a unirse a nosotros —propuso el presidente. Hinks carraspeó.

—¿Sí, señor Hinks? ¿Acaso he olvidado algo?

—No, señor presidente —contestó el secretario, mirando por encima de sus lentes —, pero tal vez convenga someter el asunto a votación antes de que el general Bruce sea elegido miembro de este comité.

—Sí, desde luego —convino *sir Francis*—. Veamos, propongo que el general Bruce sea nombrado jefe de expedición y se incorpore a este comité. ¿Tiene alguien la bondad de secundar esta propuesta?

Hinks alzó inmediatamente la mano.

—¿A favor? —preguntó *sir Francis*.

Cuatro manos se alzaron.

—¿En contra? Ninguna.

—¿Abstenciones? Young alzó la suya.

—Antes de que el señor Hinks deje constancia de la votación en el acta, ¿no cree usted, Young, que acaso convendría que concediéramos nuestro apoyo unánime al general Bruce?

—En circunstancias normales, señor presidente, estaría de acuerdo con usted —explicó Young, y *sir Francis* sonrió—. Sin embargo me parece irresponsable por mi parte votar a favor de un hombre a quien no conozco, pese a la aparente excelencia de su cualificación.

—Sea, pues —repuso el presidente—. Declaro que la moción queda aprobada por cuatro votos a favor y una abstención.

—¿Hago entrar ya al general? —preguntó Hinks.

—Sí, por favor —contestó *sir Francis*.

Hinks se levantó de su asiento y un bedel abrió inmediatamente la puerta del fondo de la sala. El empleado se hizo a un lado para dejar pasar al secretario a la antesala, donde tres hombres aguardaban sentados a que el comité los llamara.

—General Bruce, ¿tendrá la amabilidad de unirse a nosotros? —dijo Hinks sin mirar siquiera a los otros dos.

—Gracias, Hinks —repuso el general, quien acto seguido se levantó para seguir lentamente al secretario a la sala de reuniones.

—Bienvenido, general Bruce —lo saludó *sir Francis*—. Acérquese y tome asiento, se lo ruego. Me complace comunicarle que el comité ha decidido invitarlo a encabezar esta gran aventura —prosiguió una vez Bruce se hubo sentado—, además de ofrecerle que se incorpore a este comité como miembro de pleno derecho.

—Le doy las gracias, señor presidente, a usted y al comité por la confianza que han depositado en mí —dijo el general, jugando con su monóculo mientras se servía una generosa cantidad de *whisky*—. Tenga por seguro que haré todo lo que esté en mi mano para demostrar que soy digno de ello.

—Me parece que ya conoce a todos los integrantes del comité, salvo a su vicepresidente, el señor Young.

Este observó detenidamente al general Bruce y llegó a la conclusión de que no tenía menos de sesenta años. Si aquel hombre iba a realizar el arduo viaje hasta la falda del Himalaya, el animal que lo transportara tendría que ser muy recio y fuerte.

—Nuestra siguiente tarea, caballeros —prosiguió *sir Francis*—, consiste en elegir al jefe de escalada que tomará el mando de manos del general Bruce cuando este haya conducido la expedición a la falda del Himalaya y establecido el campamento base. La persona que designemos tendrá la responsabilidad de trazar la ruta que el grupo de ascenso, seguramente encabezado por él mismo, seguirá en su primer asalto al Everest. —*Sir Francis* hizo una pausa para subrayar la importancia del asunto—. Confiamos en que, sea quien fuere el elegido, tenga éxito en tan noble empresa.

Young hizo una ligera inclinación de cabeza y se preguntó si alguno de los reunidos tenía la menor idea de lo que iban a pedir que hicieran a aquellos valientes jóvenes en nombre de Dios.

—El Alpine Club —prosiguió el presidente— ha sometido dos nombres a nuestra consideración. Creo que ha llegado el momento de pedir a nuestro vicepresidente que sea tan amable de decir unas palabras a modo de presentación.

—Gracias, señor presidente —dijo Young—. Puedo asegurar a este comité que, en opinión del Alpine Club, estos dos candidatos son los mejores escaladores de las islas Británicas. El único hombre que los igualaba era Siegfried Herford, que desgraciadamente encontró la muerte en los campos de batalla de Yprés.

—Gracias —dijo el presidente—. Me parece que debo subrayar una vez más que, de no haber sido herido el capitán Young en el Frente Occidental, esta entrevista sería totalmente innecesaria.

—Sus palabras son muy amables, señor presidente, pero permita que insista en la absoluta capacidad de estos dos jóvenes para llevar a cabo el cometido.

—¿Y a cuál de los dos deberíamos conocer primero? —preguntó *sir Francis*.

—Al señor Leigh Mallory —dijo el señor Hinks antes de que nadie tuviera tiempo de dar su opinión.

—En realidad se llama George Mallory —puntualizó Young.

—Muy bien. Quizá deberíamos invitar al señor Mallory para que se incorpore a la reunión —indicó el presidente.

Una vez más, Hinks se levantó y el bedel abrió la puerta que daba a la antesala. El secretario contempló brevemente a los dos hombres que se hallaban sentados bajo el retrato de la reina María y, sin tener la menor idea de quién era quién, dijo:

—Por favor, señor Mallory, ¿tendría la bondad de seguirme? George se levantó.

—Buena suerte —le dijo Finch—. No te olvides de que ahí dentro solo tienes un amigo.

Hinks se detuvo en seco y por un momento pareció que iba a dar media vuelta para replicar, pero cambió de idea y regresó a la sala de reuniones sin pronunciar palabra.

—Señor Mallory —dijo *sir* Francis cuando George entró—, le agradezco que sea tan amable de dedicarnos su tiempo —se levantó de su asiento y le estrechó la mano — y le pido disculpas por haberlo hecho esperar —añadió. George sonrió—. Me consta que el señor Young le ha informado de la razón de su presencia aquí esta noche, de modo que, si tiene la bondad de sentarse en la cabecera, este comité quisiera plantear algunas cuestiones.

—Desde luego, *sir* Francis —contestó George, un tanto nervioso.

—¿Puedo empezar preguntándole si alberga alguna duda de que podemos triunfar en esta formidable tarea que nos hemos propuesto, y por ello me refiero a la conquista del Everest?

—No creo que nadie esté en situación de contestar a esa pregunta con la debida autoridad, *sir* Francis, ya que solo un reducido número de alpinistas han superado los seis mil doscientos metros. Mi hermano Trafford, que es piloto de la RAF, me dice que ni siquiera un avión ha llegado a los ocho mil, que es la altura del Everest.

—No obstante, está usted dispuesto a intentarlo, ¿no es así? —preguntó Raeburn, que daba grandes chupadas a su cigarro y cuya idea de una ardua escalada se limitaba a subir la escalinata de su club.

—Desde luego —respondió George con entusiasmo—. Pero dado que nadie ha escalado el Everest, no sabemos con qué dificultades nos encontraremos. Por ejemplo...

—¿Está usted casado, señor Mallory? —preguntó el comandante Ashcroft, con la vista fija en un papel que tenía delante.

—Sí, señor.

—¿Y tiene familia?

—Dos hijas —contestó George, un tanto confundido por la pregunta, ya que no comprendía cómo Clare y Beridge podrían ayudarlo a escalar una montaña de más de ocho mil metros.

—¿Hay más preguntas para el señor Mallory? —quiso saber *sir* Francis, consultando su reloj de bolsillo.

«¿Esto es todo?», se preguntó George, incrédulo. ¿De verdad aquella panda de carcamales iba a decidir entre él y Finch solo con un par de preguntas estúpidas? Tuvo la impresión de que el australiano tenía razón acerca de Hinks y sus colegas.

—Yo quisiera hacer una pregunta al señor Mallory —intervino el secretario. George sonrió. Quizá lo había juzgado mal, después de todo.

—¿Puede confirmar que estudió en Winchester?

—Desde luego —contestó George, preguntándose de nuevo qué importancia podía tener aquello.

—¿Y que después ingresó en el Magdalene College de Cambridge para estudiar historia?

—Sí —repitió George. Estuvo tentado de añadir que había tenido que escalar el muro de la universidad para conseguir su beca, pero finalmente optó por morderse la lengua.

—¿Y se graduó con honores antes de ocupar una plaza de profesor en Charterhouse?

—En efecto —asintió George, que no sabía adónde conduciría todo aquello.

—¿Y que, aunque como profesor estaba usted exento de prestar servicio militar, se presentó voluntario y fue destinado a un destacamento de la Artillería Real, con el que entró en acción en el Frente Occidental?

—Sí —corroboró George.

Miró a Young con la esperanza de encontrar alguna explicación en sus ojos, pero la expresión de su amigo reflejaba idéntica perplejidad.

—¿Y después de eso regresó a Charterhouse para convertirse en director del grupo de historia? George hizo un gesto de asentimiento.

—Eso es todo lo que necesitaba saber —concluyó Hinks—. Gracias, señor presidente. George volvió a mirar a Young, que se encogió de hombros.

—¿Alguien tiene más preguntas para el señor Mallory, o podemos dejarlo marchar? —pregunto *sir* Francis. El hombre del cigarro levantó la mano.

—¿Sí, señor Raeburn? —dijo Youngusband.

—En caso de que resulte usted elegido para encabezar la escalada, Mallory, ¿estaría usted dispuesto a comprar el equipo necesario de su propio bolsillo?

—Estoy seguro de que podría hacerlo, desde luego —contestó George tras una breve vacilación.

—¿Y podría también pagarse el billete hasta la India? —quiso saber Ashcroft.

George vaciló: no estaba seguro de hasta qué punto su suegro estaría dispuesto a ayudarlo.

—Confío en que sí —respondió al fin.

—Bien, Mallory —concluyó *sir* Francis—, ahora solo me resta darle las gracias en nombre de... Hinks garrapateó rápidamente una nota que puso ante las narices del presidente.

—Ah, sí —dijo este—. En caso de que lo eligieran, ¿tendría inconveniente en someterse a un examen médico?

—Claro que no, *sir* Francis.

—Estupendo. El comité se pondrá en contacto con usted próximamente para

comunicarle su decisión.

Mallory se levantó de su asiento, todavía algo confuso, y salió de la sala. Cuando el bedel cerró la puerta tras él, George se volvió hacia Finch.

—Ha sido aún peor de lo que tú dijiste.

—Ya te lo advertí.

—Cuando te toque el turno, asegúrate de no decir nada que puedas lamentar, George.

Finch siempre sabía que Mallory hablaba en serio cuando se dirigía a él por su nombre de pila.

—¿A qué te refieres, amigo?

—Síguelas la corriente, no pierdas los nervios. Intenta recordar que al final estaremos tú y yo a ocho mil quinientos metros, preparándonos para el ascenso final, mientras toda esa panda estará en su club, ante un fuego, fumando un buen puro y bebiendo coñac.

—Un hombre estupendo, sin duda —comentó Hinks.

—Estoy de acuerdo —convino Raeburn—. Exactamente la clase de joven que estamos buscando, ¿no le parece, general?

—La verdad es que me ha gustado su planta —contestó Bruce—, pero creo que antes de tomar una decisión deberíamos conocer al otro candidato.

Geoffrey Young sonrió por primera vez.

—Sobre el papel, el otro candidato no parece lo mismo —señaló Ashcroft.

—No encontrará muchas montañas sobre el papel, comandante —repuso Young, intentando disimular su exasperación.

—Tal vez no —dijo Hinks—. Pero considero mi obligación señalar a este comité que el señor Finch es australiano.

—Yo creía que solo aceptábamos como candidatos a súbditos británicos.

—Señor presidente —intervino Young—, creo que, si lo comprueba, verá que Australia sigue formando parte del extenso imperio de Su Majestad.

—Sin duda, sin duda —se apresuró a decir *sir* Francis—. Caballeros, opino que deberíamos entrevistar al segundo candidato si no queremos precipitarnos en nuestras conclusiones.

Hinks no hizo el menor intento de levantarse. Se limitó a cruzar los brazos y a dirigir un gesto con la cabeza al bedel, quien inclinó la cabeza en señal de respeto, abrió la puerta y llamó:

—El señor Finch, por favor.

—Señor Finch, por favor —insistió el bedel con más firmeza.

—He de dejarte, amigo —dijo Finch, antes de añadir con una pícaro sonrisa—: Vaya, esto es lo mismo que te diré cuando nos encontremos a unos cientos de metros de la cima.

Finch entró en la sala de reuniones con aire despreocupado y se sentó en la silla de la cabecera antes de que *sir* Francis tuviera tiempo siquiera de darle la bienvenida. Young no pudo menos que sonreír al ver el atuendo que había elegido su pupilo para la ocasión. Era como si lo hubiera hecho a propósito para provocar al comité: llevaba una chaqueta informal de pana, un viejo pantalón de franela de color beis, una camisa azul con el cuello desabrochado y, naturalmente, iba sin corbata.

Cuando había preparado la reunión con Mallory y Finch no se le había ocurrido mencionar la cuestión de la indumentaria. Sin embargo, para un comité como aquel, el aspecto resultaba tan importante como su historial como escaladores. Lo cierto es que todos dirigieron a Finch una mirada de reprobación y que Ashcroft incluso se quedó con la boca abierta. Young se recostó en su asiento y esperó a que empezara la función.

—Bien, señor Finch —dijo *sir* Francis cuando se hubo recobrado de la sorpresa —, permita que le dé la bienvenida en nombre de este comité y le pregunte si está dispuesto a responder a unas cuantas preguntas.

—Desde luego que sí —repuso Finch—. Para eso he venido.

—Estupendo. Entonces empezaré preguntándole si tiene alguna duda sobre si esta gran iniciativa puede llevarse a término con éxito. Para ser más precisos, si se considera usted capaz de conducir a un grupo de escaladores a la cima del Everest.

—Sí, me veo plenamente capaz de hacerlo —aseguró Finch—, aunque es imposible saber cómo reaccionará el cuerpo humano a semejante altitud. Algunos científicos han llegado a sugerir que puede explotar y, aunque me parece una suposición absurda, sirve para subrayar que no tenemos la menor idea de con qué nos enfrentaremos.

—No estoy seguro de entender a qué se refiere, joven —dijo Raeburn.

—Entonces, permítame que se lo explique, señor Raeburn —contestó el entrevistado. El anciano caballero pareció sorprenderse de que Finch supiera cómo se llamaba—. Lo que sabemos es que, cuanto más ascendemos, más se enrarece el aire que respiramos. Eso significa que cualquier movimiento que hace un alpinista a medida que asciende, le resulta un poco más arduo que el precedente. Tan peligroso fenómeno incluso puede provocar que un montañero se despeñe.

—¿Incluido usted? —preguntó el secretario, sin mirarlo.

—Desde luego, señor Hinks —repuso Finch, mirándolo fijamente.

—Sin embargo y a pesar de ello, sigue usted dispuesto a intentarlo.

—Por supuesto que sí —contestó Finch rotundamente—. No obstante, me

gustaría prevenir a este comité de que el éxito o el fracaso de la expedición puede depender de que usemos oxígeno durante los últimos seiscientos o setecientos metros.

—No estoy seguro de entender adónde quiere ir a parar, señor Finch —dijo *sir* Francis.

—Creo poder asegurar que por encima de siete mil quinientos metros nos resultará casi imposible respirar. He realizado algunos experimentos a cuatro mil seiscientos y he comprobado que, con la ayuda de bombonas de oxígeno, resulta posible seguir escalando al mismo ritmo que a altitudes menores.

—Pero ¿eso no sería hacer trampa, joven? —preguntó Ashcroft—. Nuestro propósito siempre ha sido demostrar las habilidades del hombre frente a la naturaleza sin tener que recurrir a elementos artificiales.

—Ustedes me disculparán, caballeros, pero la última vez que escuché una opinión parecida expresada en público fue durante la conferencia que el difunto capitán Scott dio en esta misma institución antes de partir hacia el Polo Sur. Sin duda no será preciso que les recuerde cómo acabó aquella lamentable aventura.

Los presentes contemplaron a Finch como si fuera un personaje de las viñetas de Bateman, pero él continuó, imperturbable:

—Scott no solo no consiguió ser el primer hombre en llegar al Polo Sur, sino que, como todos ustedes saben, él y su grupo perecieron en el intento. Debido a ello, Amundsen alcanzó el Polo Sur antes que Scott y luego ha seguido conduciendo expediciones a los rincones más remotos del globo. Sí, me gustaría ser el primero en alcanzar el techo del mundo, pero también me gustaría poder regresar a Londres para pronunciar una conferencia sobre la hazaña ante la Royal Geographical Society.

Pasaron algunos segundos antes de que alguien se decidiera a plantear la siguiente cuestión.

—Permítame preguntarle, señor Finch —dijo Hinks, escogiendo sus palabras con cuidado—, si el señor Mallory está de acuerdo con usted en la necesidad de utilizar oxígeno.

—Pues no —reconoció—. Mallory cree que es posible escalar el Everest sin la ayuda de bombonas de oxígeno. Pero, con el debido respeto, el señor Mallory es historiador, no científico.

—¿Alguien tiene alguna pregunta más para el candidato? —dijo *sir* Francis. Daba la impresión de que ya había tomado una decisión sobre a quién debía designar el comité como jefe de la expedición.

—Sí, señor presidente —intervino Hinks—. Me gustaría que el candidato aclarase un par de puntos, simplemente para dejar constancia en el acta —explicó. *Sir* Francis asintió y el secretario prosiguió—. Señor Finch, ¿podría decir a este comité dónde nació usted y dónde cursó estudios?

—No entiendo qué relevancia puede tener eso —replicó Finch—. No tengo la menor idea de dónde estudiaron los señores Alcock y Brown, pero sí sé que fueron los primeros en cruzar el Atlántico en avión y que solo pudieron culminar su hazaña

con la ayuda de un elemento artificial llamado «aeroplano».

Aunque no le cabía la menor duda de a quién acabaría eligiendo el comité, Young tuvo que esforzarse por contener una sonrisa.

—Sea como fuere —dijo Hinks—, nosotros, en la Royal Geographical Society...

—Disculpe que lo interrumpa, señor Hinks, pero creía que me estaba entrevistando el Comité Everest. Siendo usted el secretario de la Royal Geographical Society, seguro que recordará haber firmado un acuerdo a tal efecto.

—Sea como fuere —repitió Hinks, intentando mantener el tipo—, le agradecería que tuviera la amabilidad de contestar a mi pregunta.

Young estuvo a punto de intervenir, pero finalmente decidió que era mejor no hacerlo, confiando en que Finch fuera tan capaz de arreglárselas ante aquel comité como ante cualquier cumbre.

—Nací en Australia, pero me eduqué en Zurich y estudié en la Universidad de Ginebra —explicó. Ashcroft se inclinó hacia Raeburn.

—No tenía la menor idea de que en Ginebra hubiera una universidad —le susurró al oído—. Pensaba que solo había bancos.

—Y relojes de cuco —repuso Raeburn.

—¿Cuál es su profesión, señor Finch? —quiso saber Hinks.

—Soy químico —contestó—, de ahí que conozca la importancia del oxígeno en altitudes elevadas.

—Siempre pensé que la química era un pasatiempo, no una profesión —comentó Ashcroft en voz lo bastante alta para que lo oyera todo el comité.

—Solo lo es para los niños, comandante —repuso Finch mirando a su interlocutor a los ojos.

—¿Está usted casado, Finch? —preguntó Raeburn, sacudiendo la ceniza de su cigarro en un cenicero.

—Soy viudo —contestó Finch, lo cual pilló a Young por sorpresa.

Hinks escribió un signo de interrogación junto al apartado «estado civil».

—¿Tiene hijos? —quiso saber Ashcroft.

—Sí, un hijo. Peter.

—Dígame, Finch —intervino Raeburn, cortando la punta de un puro—, si fuera usted elegido para tan importante misión, ¿estaría dispuesto a pagar de su bolsillo el equipo necesario?

—Solo si no hubiera más remedio. Me consta que el Comité Everest ha puesto en marcha una campaña con el propósito de recaudar fondos para financiar la expedición, y doy por supuesto que parte de ese dinero irá destinado a la compra del equipo necesario de los escaladores.

—¿Y los gastos del viaje? —insistió Ashcroft.

—Eso queda fuera de toda discusión —contestó Finch—. Si tomo parte en la expedición tendré que abandonar mi trabajo como mínimo durante seis meses y, aunque no espero compensación económica alguna por mi pérdida de ingresos, no

veo razón por la que deba pagarme el pasaje.

—O sea, que usted no se definiría como *amateur*, ¿no? —concluyó Ashcroft.

—No, señor, no me considero tal. Procuro ser profesional en todo lo que hago.

—¿Y lo es realmente?

—Señores —intervino *sir* Francis, mirando a los reunidos—, no creo que debamos retener más tiempo al señor Finch.

—Yo todavía tengo algunas preguntas —intervino Young, incapaz de permanecer callado por más tiempo.

—Pero sin duda usted ya sabe todo lo que hay que saber acerca del candidato —replicó el secretario—. Lo conoce desde hace años.

—En efecto, pero el resto del comité no, y no me cabe duda de que sus miembros encontrarán sus respuestas sumamente esclarecedoras. —Young se volvió hacia el candidato—. Dígame, señor Finch, ¿ha escalado alguna vez el Mont Blanc, el pico más alto de Europa?

—En siete ocasiones.

—¿Y el Matterhorn?

—Tres.

—¿Y los demás picos importantes de los Alpes?

—Todos ellos. Suelo ir todos los años a escalar a los Alpes.

—¿Y qué me dice de las principales montañas de Gran Bretaña?

—Esas las dejé atrás cuando todavía iba con pantalón corto.

—Señor presidente, todo esto figura en el expediente del candidato —objetó Hinks.

—Sin duda, para los que se han tomado la molestia de leerlo —replicó Young sin inmutarse—. ¿Puede confirmar, señor Finch, que tras concluir sus estudios en Ginebra se matriculó en el Imperial College de Londres?

—Así es —corroboró Finch.

—¿Y qué estudió?

—Química —repuso Finch, decidido a proseguir con aquel pequeño ardid.

—¿Y con qué notas se licenció?

—Con honores de primera clase —contestó Finch, permitiéndose por primera vez una sonrisa.

—Y, después de su graduación, ¿se quedó en la Universidad de Londres?

—En efecto. Me incorporé a su cuerpo docente como profesor de química.

—¿Y permaneció en su puesto cuando estalló la guerra, señor Finch, o se alistó en las fuerzas armadas?

—Me alisté en el ejército en agosto de mil novecientos catorce, a los pocos días de haber estallado el conflicto.

—¿Y en qué rama del ejército prestó servicio?

—Teniendo en cuenta mis conocimientos de química —contestó Finch, mirando directamente a Ashcroft—, me pareció que donde más útil podía ser era

presentándome voluntario al Servicio de Artificieros del Ejército.

—¿El Servicio de Artificieros del Ejército? —repitió Young—. ¿Podría aclararnos la naturaleza de dicho servicio, señor Finch?

—Desde luego. El ejército buscaba hombres capaces de desactivar los explosivos que no hubieran estallado. Una tarea bastante divertida, en realidad.

—O sea, que no estuvo en primera línea, ¿no? —comentó el secretario.

—Pues no, señor Hinks, no estuve en primera línea porque enseguida advertí que las bombas alemanas mostraban una incorregible tendencia a caer detrás de nuestras líneas, no tras las suyas.

—¿Y fue usted condecorado? —preguntó Hinks, rebuscando entre sus notas. Young sonrió. Aquel era el primer error que cometía el secretario.

—Me concedieron la medalla que me convierte en Miembro de la Orden del Imperio Británico.

—¡Caramba! —exclamó Bruce—, no es una condecoración que se conceda todos los días.

—No veo mención alguna de dicha condecoración en su expediente —comentó Hinks, perplejo.

—Quizá sea porque no creo que el lugar de nacimiento, los antecedentes académicos y el estado civil guarden relación alguna con intentar escalar la montaña más alta del mundo.

Hinks quedó reducido al silencio por primera vez.

—Bien, si no hay más preguntas —dijo *sir* Francis—, permítanme que dé las gracias al señor Finch por haberse presentado a esta reunión. —Vaciló un momento y añadió—: Un miembro de este comité se pondrá en contacto con usted próximamente.

Finch se levantó, saludó a Young con un gesto de cabeza y se dispuso a marcharse cuando Hinks lo interrumpió.

—Una última pregunta, señor Finch. ¿Puede confirmar que, al igual que el señor Mallory, no tendrá usted inconveniente en someterse a un examen médico en caso de ser seleccionado?

—Desde luego. No tengo inconveniente alguno —contestó Finch antes de salir sin añadir una palabra más.

—Un tipo un tanto rudo, ¿no les parece? —comentó Raeburn, cuando el bedel hubo cerrado la puerta.

—Pero su competencia como escalador es más que evidente —aseguró Young. Hinks sonrió.

—Sin duda tiene usted razón, pero en la RGS debemos precavernos contra los trepadores sociales.

—¿No le parece que, teniendo en cuenta el historial militar de ese hombre, es un comentario excesivo, Hinks? —lo reprendió *sir* Francis, que se volvió hacia Bruce—. General, usted que ha comandado a tantos hombres durante la batalla, ¿qué opinión le

ha merecido nuestro candidato?

—La verdad es que preferiría tenerlo en mi bando que en el contrario —contestó Bruce—. Con un poco de suerte creo que podré llevarlo por el buen camino, señor presidente.

—Bueno, ¿qué viene a continuación, Hinks? —preguntó Younghusband, mirando al secretario.

—Los miembros del comité deberían someter a votación la designación del jefe de escalada, señor presidente. Para mayor comodidad, he preparado unas papeletas donde cada uno de ustedes podrá anotar el nombre del candidato de su elección. —Hinks entregó un trozo de papel a cada uno de los presentes—. Por favor, cuando hayan terminado, tengan la bondad de entregarme las papeletas.

La votación fue cuestión de un minuto. Mientras contaba los votos, una ligera sonrisa afloró en el rostro de Hinks y se fue ensanchando por momentos. Al final, el secretario anotó el resultado y lo pasó al presidente para que este pudiera anunciarlo oficialmente.

—Hay cinco votos a favor de Mallory, pero también una abstención —anunció *sir* Francis, incapaz de ocultar su sorpresa.

—En efecto, vuelve a ser mía —explicó Young.

—Pero usted conoce a ambos candidatos mejor que nadie —protestó el presidente—. Al fin y al cabo, fue usted quien los propuso a este comité.

—Es posible que los conozca demasiado bien —repuso Young—. Cada uno a su manera, son dos jóvenes estupendos; pero, tras todos estos años, admito mi incapacidad para decidir cuál de los dos está más capacitado para llevar a cabo la hazaña de ser el primero en alcanzar el techo del mundo.

—Pues yo no albergó la menor duda de a quién preferiría para que representase a este país aseguró Hinks. Se escucharon murmullos de aprobación, pero no fueron mayoría.

—¿Algún asunto más? —preguntó Younghusband.

—Simplemente, y para que conste en acta, deberíamos confirmar que después de haber elegido un jefe de escalada, aceptamos sin más reservas las sugerencias del señor Young en lo tocante al resto de la expedición.

—Sí, por supuesto —dijo *sir* Francis—. Después de todo, eso es precisamente lo que acordé con el Alpine Club antes de que este comité se formara.

—Confío en que los demás no estarán cortados por el patrón de ese Finch —dijo Ashcroft.

—No creo que debamos preocuparnos por eso —contestó Hinks, hojeando los expedientes que tenía delante—. Aparte de Finch, los demás son todos jóvenes de Oxford y Cambridge.

—Bien, con esto creo que podemos dar por concluida la sesión —zanjó *sir* Francis. La sonrisa volvió a los labios del secretario.

—Señor presidente, está todavía el asunto del examen médico al que deben y han

aceptado someterse todos los miembros del equipo de escalada. Seguramente le gustaría tener el asunto resuelto para cuando el comité vuelva a reunirse, el mes que viene.

—Tiene usted toda la razón, Hinks —repuso *sir* Francis—. ¿Puede encargarse usted de supervisar los detalles de la cuestión?

—Desde luego, señor presidente.

Hinks se hallaba sentado, solo, en su club, entibiando una copa de *brandy* mientras esperaba a su invitado. Sabía que Lampton sería puntual y necesitaba un poco de tiempo para ordenar sus ideas antes de que llegara el buen doctor.

En el pasado, este había realizado varios encargos delicados para la Royal Geographical Society; sin embargo, el siguiente trabajo tendría que llevarlo a cabo con la mayor cautela, pues nadie debía sospechar que el secretario de la RGS estaba implicado. Hinks sonrió al recordar la cita de Maquiavelo: «Cuando conoces la ambición de un hombre y estás en situación de ayudar a su satisfacción, lo tienes en tus manos».

Hinks se levantó de su asiento al ver que el portero hacía pasar al doctor Lampton a la biblioteca. Cuando estuvieron los dos sentados en un rincón apartado y hubieron concluido los saludos de rigor, Hinks hizo su movimiento de aproximación.

—He visto que su nombre figura en la lista de solicitantes que pretenden ingresar en el club —dijo mientras el camarero depositaba dos copas en la mesita auxiliar.

—Así es, señor Hinks —repuso el médico, cogiendo su bebida y jugueteando nerviosamente con ella—. ¿Quién no querría ser miembro del Boodle's?

—Y lo será usted, amigo mío. De hecho debo decirle que he añadido mi nombre a la lista de sus padrinos.

—Gracias, señor Hinks.

—Puede usted prescindir de tanta formalidad. Después de todo, pronto será miembro del club, así que llámeme directamente por mi apellido.

—Gracias, Hinks.

El secretario miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oía.

—Como sabe, amigo mío, una de las normas del club es que no se puede hablar de negocios durante la cena.

—Una excelente regla, sí señor —convino Lampton—. Ojalá la aplicaran también en el Saint Thomas. A menudo preferiría que mis colegas no hablaran de los asuntos del hospital durante la comida; es lo último que me apetece.

—Comprendo —dijo Hinks—, pero se da la circunstancia de que la regla no se aplica aquí, en la biblioteca, por lo que me siento en libertad de comunicarle con el mayor de los secretos que la RGS desea encomendarle un importante trabajo de investigación científica. Debo hacer hincapié en la discreción que exige el asunto.

—Puede confiar en mí, Hinks.

—Estupendo, pero antes permita que le ponga en antecedentes. Seguramente habrá leído en el *Times* que la Royal Geographical Society planea enviar un selecto grupo de alpinistas al Tíbet con el propósito de ganar la cima del monte Everest.

—¡Cielo Santo! —exclamó Lampton.

—No es para menos —comentó Hinks, y ambos rieron de su propia ocurrencia—. Teniéndolo en cuenta, nos gustaría encargarle que lleve a cabo una serie de pruebas

médicas a los doce candidatos que hemos elegido para las nueve plazas que compondrán el equipo. Evidentemente, la cuestión más importante será su opinión profesional sobre su preparación física para sobrevivir a altitudes superiores a los ocho mil metros.

—¿Es esa la altura del Everest?

—Ocho mil ochocientos cincuenta metros, para ser exactos —repuso Hinks—. Ahora bien, evidentemente la RGS no puede permitirse enviar a un hombre que vaya a derrumbarse al superar determinada altitud. Eso supondría una inadmisibles pérdida de tiempo y dinero.

—Ni que decir tiene —convino Lampton—. ¿De qué plazo dispondré para llevar a cabo las pruebas?

—Debo informar al comité dentro de tres semanas —dijo Hinks, al tiempo que sacaba un papel de un bolsillo interior—. Aquí tiene los nombres de los candidatos propuestos por el Alpine Club. Solo nueve de ellos formarán parte del equipo de escalada, de manera que dispone de entera libertad para eliminar a los que en su opinión no reúnan las condiciones físicas necesarias para la hazaña.

Entregó la lista a su invitado a fin de que este la examinara. Lampton la estudió un momento.

—No veo razón para que mi informe no esté listo dentro de dos semanas. Eso suponiendo que los candidatos estén disponibles.

—No se preocupe, lo estarán —aseguró Hinks, que volvió a mirar a su alrededor y se acercó al médico para añadir en voz baja—: Verá, amigo mío, me preguntaba si podía hacerle una confidencia.

—Faltaría más, Hinks.

—Creo que debería saber que al comité no le disgustaría descubrir que cierto candidato no reúne las condiciones físicas óptimas para participar en tan arriesgada expedición.

—Lo entiendo perfectamente —repuso Lampton.

Hinks extendió el brazo y puso el dedo junto al segundo nombre de la lista.

Ciento doce... Ciento trece... Ciento catorce...

En este punto Finch se derrumbó. George siguió con el ejercicio, pero solo logró sumar siete flexiones más antes de abandonar: ciento veintiuna. Su récord personal. Quedó tendido en el suelo unos segundos. Luego alzó la cabeza y sonrió a su compañero, que siempre conseguía que diera lo mejor de sí. ¿O acaso era lo peor?

El doctor Lampton anotó el total de flexiones realizadas por cada uno de los doce hombres y se fijó en que Mallory y Finch habían sido los primeros en todas las pruebas, con escasa diferencia entre ellos. Empezaba a preguntarse qué razón podría alegar para descalificar a Finch, que desde el punto de vista del estado físico solo tenía un rival en el grupo.

Caminó hasta el centro del gimnasio y pidió a los doce hombres que se reunieran alrededor de él.

—Los felicito a todos por haber superado la primera parte de la prueba sin dificultad —les dijo—. Esto significa que han demostrado ser capaces de entrar en mi particular cámara de tortura. —Se oyeron risas generales y el médico se preguntó cuántos de ellos reirían al cabo de una hora—. Por favor, caballeros, síganme.

Los condujo por un largo pasillo de ladrillos hasta que llegaron a una puerta blindada. La abrió y pasó a una sala amplia y cuadrada de una clase que George no había visto en su vida.

—Caballeros —anunció Lampton—, en estos momentos se hallan en una cámara de descompresión que fue encargada por el almirantazgo para comprobar la capacidad de los buzos de la Armada para resistir largos períodos sumergidos. La cámara ha sido modificada para reproducir las condiciones que pueden encontrarse cuando escalen el Everest.

»Les explicaré en qué consisten estos equipos. La escalera mecánica del centro es similar a las que ya conocerán aquellos de ustedes que viajen en el metro de Londres —expuso. Un par de candidatos se mostraron reacios a reconocer que nunca habían tomado este medio de transporte y permanecieron en silencio—. Sin embargo, existe una importante diferencia —prosiguió Lampton—. Esta escalera mecánica no ha sido pensada para facilitarles la subida, sino precisamente para dificultársela. Tendrán que ir subiendo los escalones mientras el aparato se mueve hacia abajo, un movimiento al que deberán acostumbrarse. Recuerden, por favor, que no se trata de una carrera, sino de una prueba de resistencia. La escalera se moverá a una velocidad aproximada de siete kilómetros por hora, y ustedes intentarán permanecer en ella durante unos sesenta minutos.

»A juzgar por su expresión, algunos de ustedes se están preguntando a qué vienen tantos preliminares —prosiguió Lampton—. Al fin y al cabo, para hombres de su habilidad y experiencia no resulta raro escalar durante horas seguidas sin descanso. No obstante, hay un par de dificultades añadidas que deberán superar durante los

siguientes sesenta minutos. La cámara se encuentra en estos momentos a temperatura ambiente y la presión atmosférica del interior es la que encontraríamos al nivel del mar. Al final de los sesenta minutos, aquellos de ustedes que puedan mantener el ritmo lo harán en las condiciones que posiblemente encontrarán a más de ocho mil quinientos metros, de forma que la temperatura habrá descendido a unos cuarenta grados bajo cero. Esa es la razón de que les haya pedido que se vistan exactamente como lo harían en caso de que fueran a realizar una escalada.

»También he añadido otra pequeña dificultad. Si miran la pared del fondo, verán dos grandes ventiladores industriales. Son mis máquinas de viento. Y tengan por seguro, caballeros, que no se tratará de una brisa primaveral —aseguró. Se oyeron algunas risas nerviosas—. Una vez ponga en marcha los ventiladores, estos harán todo lo posible para derribarlos de la escalera.

»Por último, se habrán fijado que hay unas cuantas colchonetas, mantas y baldes repartidos por toda la sala. Cuando ya no puedan aguantar en la escalera podrán descansar y calentarse. No es necesario que especifique para qué son los cubos que he dejado al pie de la escalera. —Nadie rio ya—. En la pared de la izquierda hay un reloj y un altímetro que marca la presión atmosférica. Bien, a continuación dispondrán de unos minutos para que se familiaricen con el funcionamiento de la escalera mecánica. Les sugiero que empiecen con una separación entre ustedes de dos peldaños. Cuando vean que tienen dificultades para seguir el ritmo sitúense a la derecha y permitan que el hombre que les sigue los adelante. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué hay al otro lado de esa ventana? —quiso saber Norton, el único candidato a quien George no conocía, un soldado recomendado por el general Bruce.

—Ahí se halla la sala de control. Mi personal controlará sus evoluciones desde esa sala. Nosotros podremos verlos, pero ustedes no podrán vernos a nosotros. Cuando hayan transcurrido los sesenta minutos, la escalera parará, los ventiladores se desconectarán y la temperatura volverá a sus valores normales. En ese momento, entrarán varios médicos y enfermeras que les realizarán unas cuantas pruebas para comprobar su velocidad de recuperación. Y ahora, caballeros, tengan a bien ocupar sus posiciones en la escalera.

Finch corrió inmediatamente hacia el escalón más alto mientras George se situaba dos peldaños por debajo, seguido de Somervell.

—La escalera empezará a moverse cuando suene el timbre —advirtió Lampton—, y este volverá a sonar diez minutos más tarde, momento en que la presión de la cámara corresponderá a la que encontrarían a una altitud de mil quinientos metros. Para entonces, la temperatura habrá bajado a cero grados. Buena suerte, caballeros.

El médico salió de la estancia y cerró la puerta blindada tras él. Todos oyeron el ruido de los cierres al bloquearla.

Los doce hombres se hallaban de pie en la escalera, nerviosos, mientras esperaban el sonido del timbre. George inspiró profundamente por la nariz y se llenó los pulmones de aire procurando no mirar a Finch, que se hallaba dos peldaños por

encima de él, ni a Somervell, que estaba dos por debajo.

—¿Están listos, caballeros? —dijo la voz del doctor Lampton a través de un altavoz.

Sonó el timbre y la escalera empezó a moverse a un ritmo que a George le pareció bastante moderado. Durante diez minutos, los doce alpinistas mantuvieron su posición, y George no notó ningún cambio especial cuando el timbre sonó por segunda vez. La escalera seguía moviéndose a la misma velocidad, aunque los indicadores de la pared marcaban que la temperatura había descendido a cero grados y que la presión atmosférica correspondía a mil quinientos metros de altitud.

Al cabo de veinte minutos, con el tercer timbrado, todo el mundo seguía en su sitio. A la media hora, habían alcanzado los cinco mil metros, y la temperatura era de diez bajo cero. Aun así, nadie se había rendido. Kenwright fue el primero en dar un paso a la derecha para ir bajando hasta el pie de la escalera, desde donde llegó con esfuerzo a la colchoneta más próxima, en la que se desplomó hecho un guiñapo. Pasaron varios minutos antes de que pudiera reunir las fuerzas suficientes para cubrirse con una manta. En la sala de control, Lampton tachó su nombre de la lista. No formaría parte de la expedición que viajaría al Tíbet.

Finch y Mallory mantenían sus posiciones en lo alto, seguidos de Somervell, Bullock y Odell. George se había olvidado por completo de las «máquinas de viento» hasta que el timbre sonó por sexta vez, y un chorro de aire helado lo golpeó en pleno rostro. Sintió la tentación de frotarse los ojos, pero sabía que si se quitaba las gafas en una montaña de verdad a más de ocho mil quinientos metros corría el riesgo de quedarse ciego por la nieve. Le pareció que Finch tropezaba ante él, pero su rival se recobró enseguida.

A quien no vio fue a otro candidato que se hallaba varios escalones por detrás de él: él sí se quitó las gafas y se tambaleó hacia atrás cuando el helado viento le dio en toda la cara. Momentos después, se hallaba a cuatro patas, al pie de la escalera, cubriéndose los ojos y vomitando. Lampton tachó el nombre de otro que tampoco viajaría a la India.

Cuando el timbre sonó a los cincuenta minutos, habían llegado a siete mil quinientos metros con una temperatura de veinticinco bajo cero. Solo Mallory, Finch, Odell, Bullock y Norton seguían en la escalera. A los ocho mil, Bullock y Odell se reunieron con los demás en las colchonetas, tan agotados que ni siquiera les quedaban fuerzas para seguir los progresos de los cuatro supervivientes. El doctor Lampton miró el reloj y puso una cruz junto a los nombres de Odell y Bullock.

Somervell aguantó hasta el minuto cincuenta y tres, antes de abandonar la escalera y caer al suelo a cuatro patas. Hizo un valiente intento por reincorporarse, pero el movimiento de la escalera se lo impidió. Momentos después, Norton se reunía con él de rodillas. Lampton anotó «53 min» y «54 min», junto a sus nombres y volvió toda su atención hacia los dos hombres que parecían inamovibles. Hizo descender la temperatura a cuarenta bajo cero y la presión atmosférica hasta la correspondiente a

nueve mil metros, pero los dos candidatos no se inmutaron. En ese punto aumentó la velocidad del viento hasta sesenta kilómetros por hora. Finch trastabilló y lamentó haber ocupado el lugar más alto, porque en esos momentos protegía parcialmente a Mallory de la acometida del viento. Sin embargo, justo cuando parecía a punto de rendirse, consiguió recuperarse y hallar las fuerzas necesarias para mantener el ritmo de la implacable escalera.

El reloj indicaba que todavía quedaban tres minutos para el final de la prueba. George decidió que había llegado el momento de abandonar. Notaba las piernas como si fueran de gelatina. Estaba helado, jadeaba en busca de aire y empezaba a rezagarse. Había aceptado que la victoria iba a ser de Finch cuando, de repente, este retrocedió primero un peldaño y después otro, tras lo cual George decidió resistir los noventa segundos que faltaban para que el timbre sonase. Cuando la escalera se detuvo por fin, él y Finch se abrazaron para sostenerse como dos borrachos incapaces de caminar.

Odell se levantó trabajosamente de su colchoneta y se acercó a felicitarlos con paso vacilante. Somervell y Norton se le unieron al cabo de un momento. Si Bullock hubiera estado en condiciones de arrastrarse, habría hecho lo mismo, pero no pudo más que seguir tumbado, intentando recobrar el aliento.

Cuando desconectaron los ventiladores, la presión bajó hasta las cifras del nivel del mar y la temperatura ascendió a valores normales, la puerta de la cámara se abrió y una docena de médicos y enfermeras entraron para comprobar la velocidad de recuperación de los candidatos. El corazón de George volvió a latir normalmente en menos de cinco minutos, y pasado ese tiempo, Finch ya se paseaba tranquilamente por la habitación, charlando con sus colegas, que seguían inmóviles.

El doctor Lampton permaneció en la sala de control. Era consciente de que debía comunicar a Hinks que tanto Mallory como Finch eran, con mucho, los dos mejores candidatos y que, francamente, no había forma de elegir entre ninguno de los dos. No tenía la menor duda de que, si había alguien capaz de llegar a ocho mil ochocientos metros de altura y poner el pie en el techo del mundo, iba a ser uno de ellos dos.

Cuando Ruth descolgó el teléfono, reconoció inmediatamente la voz al otro extremo de la línea.

—Buenos días, director —le dijo—. Sí, ha salido hace un momento... No, nunca va en coche al colegio. Prefiere caminar. Son menos de siete kilómetros y normalmente tarda un cuarto de hora... Sí, adiós director.

George levantó su viejo paraguas cuando notó las primeras gotas de lluvia en la frente. Aunque no tenía nada nuevo que contar sobre los isabelinos, intentó concentrarse en su clase de aquella mañana con sus alumnos de quinto y se preguntó cómo habría manejado *sir* Francis Drake el problema que lo carcomía.

Todavía no había tenido noticia alguna del Comité Everest después de las pruebas médicas de la semana anterior. Sin embargo, era posible que hubiera una carta esperándolo cuando regresara a casa aquella noche. Incluso cabía que el *Times* anunciara la composición del equipo, y en ese caso, sin duda Andrew O'Sullivan se lo mencionaría durante el descanso de media mañana. En cualquier caso, tras el formidable esfuerzo de Finch en la prueba, George no iba a quejarse si el comité designaba al australiano como líder. Se había reído a gusto cuando Young le contó el intercambio dialéctico habido entre Finch y Hinks durante la reunión del comité. Sin duda le habría gustado presenciarlo.

A pesar de no estar de acuerdo con Finch acerca del uso de oxígeno a gran altitud, aceptaba que si querían contar con una buena posibilidad de lograrlo tendrían que abordar la cuestión con más profesionalidad que en el pasado y aprender de los errores cometidos en la debacle del Polo Sur.

Sus pensamientos volvieron a Ruth y al gran apoyo que le demostraba. El año anterior había sido idílico. Tenían la inmensa suerte de tener dos hijas encantadoras y llevar un estilo de vida que podía ser la envidia de cualquiera. ¿De verdad deseaba viajar al otro extremo del mundo y ver crecer a las niñas a través de cartas y fotografías? Sin embargo, Ruth había expuesto sin falsa piedad el dilema preguntándole cómo se sentiría si un día Andrew le mostrara una fotografía del *Times* donde apareciera Finch, de pie en el techo del mundo, mientras él seguía dando clase a sus alumnos de quinto.

Miró la hora cuando pasó ante un mojón que indicaba que todavía le quedaban cuatro kilómetros de caminata y sonrió. Para variar llevaba unos minutos de adelanto. Le disgustaba llegar tarde a la asamblea matinal, y Ruth siempre hacía cuanto estaba en su mano para asegurarse de que, por las mañanas, salía de casa con tiempo suficiente. El director entraba en el salón principal a las nueve en punto, y si George llegaba aunque fueran treinta segundos tarde tenía que entrar de puntillas mientras todos rezaban con la cabeza agachada. El problema era que el director nunca agachaba la suya y, dicho sea de paso, tampoco los de quinto.

Al enfilarse por la avenida que conducía a la institución le sorprendió ver la escasa

presencia de alumnos y maestros, y aún se extrañó más cuando llegó a la verja del colegio y no vio a nadie. Se preguntó si se habría equivocado de día y si sería domingo. No, Ruth se lo habría recordado y le habría hecho poner su mejor traje.

Cruzó el patio desierto hacia el edificio principal, donde reinaba un silencio inusitado. Ni director, ni música, ni siquiera un carraspeo.

¿Acaso estarían todos en pleno rezo? Hizo girar el tirador de hierro forjado sin hacer ruido, entreabrió la puerta y se asomó. La sala estaba abarrotada, todos los alumnos en su sitio. En el estrado se encontraba el director, con el personal del colegio al completo sentado tras él. George no entendía nada. Al fin y al cabo, todavía no habían dado las nueve.

Entonces, uno de los chicos gritó «¡Aquí está!», y toda la sala se puso en pie para aplaudirlo y vitorearlo.

—¡Bien hecho, señor!

—¡Menudo triunfo!

—¡Será el primero en llegar a lo más alto! —le gritó alguien mientras George avanzaba por el pasillo central en dirección al estrado. El director le estrechó calurosamente la mano.

—Estamos todos muy orgullosos de usted, Mallory —le dijo. Luego esperó a que los chicos se hubieran sentado antes de anunciar—: Llamo a David Elkington para que se dirija a esta asamblea.

El portavoz de los alumnos se levantó de su asiento de primera fila, subió, desenrolló un papiro y empezó a leer:

«Nos, Scolae Cartusianae et pueri et magistri, te Georgium Leigh Mallory te salutamus. Dilectus ad ducendum agmen britanicum super Everest, tantos honores ad omnes Cartusianus iam tribuisti. Sine dubio, o virum optime, et maiorem gloria et honorem in scolam tuam, in universitatem tuam et ad patriam.»

Nosotros, los alumnos y profesores de Charterhouse, saludamos a George Leigh Mallory. Nos ha honrado a todos al ser elegido para encabezar el asalto británico al Everest. Estamos convencidos, señor, de que aportará aún más gloria y honor a su colegio, a su universidad y a su país».

El muchacho hizo una reverencia antes de entregar el papiro a George. Los integrantes del colegio se pusieron nuevamente en pie y dieron rienda suelta a sus sentimientos.

George bajó la cabeza. Prefería que los de quinto no lo vieran llorar.

Permítame que le dé la bienvenida como miembro de este comité, Mallory —lo saludó *sir Francis* afectuosamente—. Y si me permite, añadiré que todos estamos encantados de que haya podido aceptar el cargo de jefe de cordada.

—¡Bien dicho, sí señor! —exclamaron algunas voces.

—Gracias, *sir Francis* —repuso George—. Para mí constituye un gran honor haber sido invitado a encabezar un grupo de gente tan estupenda —añadió mientras ocupaba su asiento, entre Geoffrey Young y el general Bruce.

—Supongo que ya habrá leído el informe del general en el que se describe el viaje de la expedición desde Liverpool hasta la falda del Everest —comentó Youngusband—. Quizá podría aconsejar a este comité cómo cree que habría que proceder una vez hayan establecido el campamento base.

—He leído el informe del general Bruce con gran interés, señor presidente —contestó George—, y estoy de acuerdo con él cuando asegura que el éxito o el fracaso de la expedición dependerán de que se lleve a cabo una preparación exhaustiva. No olvidemos que ningún inglés ha estado a menos de cincuenta kilómetros del Everest y aún menos ha organizado un campamento base en sus laderas.

—Bien dicho —reconoció Bruce, dejando caer el monóculo del ojo—, pero estoy en situación de informar a este comité de que, después de redactar el informe, he mantenido una reunión en el Foreign Office con lord Curzon, quien me ha asegurado que hará cuanto esté en su mano para que crucemos la frontera y entremos en el Tíbet sin el menor problema.

—Magnífica noticia, sin duda —convino Raeburn, sacudiendo la ceniza de su cigarro.

—Pero aun suponiendo que podamos cruzar la frontera sin problemas —comentó George—, este comité debe comprender que ningún ser humano ha escalado por encima de los siete mil ochocientos metros. Ni siquiera sabemos si es posible sobrevivir por encima de esas altitudes.

—Debo decir, señor presidente —intervino Ashcroft— que no veo que haya gran diferencia entre siete mil ochocientos y ocho mil ochocientos.

—Por mi parte lo desconozco —contestó George—, dado que nunca he conseguido subir a siete mil ochocientos metros, no digamos ya mil más arriba; pero tenga la seguridad de que cuando lo haya logrado, comandante, se lo haré saber.

—Bien, Mallory —dijo *sir Francis*—, dado que nadie conoce mejor que usted al equipo de escalada, nos gustaría que nos dijera en quién ha pensado para que lo acompañe en el ascenso final.

—Señor presidente, esa es una pregunta a la que no podré responder hasta que sepa quién se ha aclimatado mejor a las condiciones imperantes. No obstante, si fuera preciso aventurar una elección, seleccionaría a Odell y a Somervell para que formaran el grupo de apoyo. En cualquier caso, solo tengo a una persona en mente

para que me acompañe en el ascenso final, y ese es, sin duda, Finch.

Ninguno de los reunidos en torno a la mesa dijo nada. Raeburn encendió otro puro y Ashcroft clavó la mirada en sus papeles. Tuvo que ser *sir* Francis quien interrumpiera el incómodo silencio.

—Pero yo creía que... —dijo, volviéndose hacia Hinks.

—Sí, señor presidente —repuso el secretario, que a continuación miró directamente a George y añadió—: Me temo, Mallory, que eso no será posible.

—¿Y por qué no? —quiso saber George.

—Porque Finch no formará parte de la expedición. Dos de los candidatos propuestos por el Alpine Club no lograron superar las pruebas médicas. Uno de ellos fue Kenwright; el otro, Finch.

—Debe tratarse de un error —aseguró George—. En mis años como alpinista no he visto a nadie más preparado y capacitado que Finch.

—Señor Mallory, le aseguro que no existe error alguno —contestó Hinks, extrayendo una hoja de papel de su expediente—. Aquí mismo tengo el informe del doctor Lampton. Por lo visto Finch tiene un tímpano perforado, cosa que, según el médico, puede provocarle mareos y vómitos que le impedirán escalar durante tiempo prolongado a grandes altitudes.

—Pues es una lástima que el doctor Lampton no haya podido acompañar a Finch a la cima del Mont Blanc o del Matterhorn —replicó Young—. De haberlo hecho, habría podido constatar que al candidato ni siquiera le sangró la nariz.

—Es posible —concedió Hinks—, sin embargo...

—Además, señor Hinks —lo interrumpió George—, no olvide que Finch es el único miembro del equipo con conocimientos exhaustivos sobre el uso del oxígeno.

—Disculpe, señor Mallory, y corríjame si me equivoco, pero en nuestra última reunión usted se mostró contrario a la utilización de oxígeno —comentó el secretario.

—Tiene usted razón, y no he cambiado de opinión. No obstante, si llegados a los ocho mil descubro que ningún miembro de mi equipo es capaz de poner un pie delante del otro, sin duda estaré dispuesto a reconsiderar mi opinión.

—Norton y Odell tampoco se muestran partidarios del uso de oxígeno en el ascenso final.

—Norton y Odell nunca han estado a más de tres mil metros de altitud —intervino Young—. Es muy posible que también ellos hayan de reconsiderar su opinión.

—Considero mi deber aclararle, señor Mallory, que el estado físico de Finch no ha sido el único factor que ha influido en la decisión de la RGS —advirtió Hinks.

—En cualquier caso —intervino Young airadamente—, no era una decisión de su competencia. *Sir* Francis y yo convinimos en que el Alpine Club propondría a los miembros del equipo de escalada y que la RGS no cuestionaría sus recomendaciones.

—De acuerdo —contestó Hinks—; sin embargo, hemos descubierto que Finch mintió a este comité durante la entrevista para seleccionar al jefe del grupo.

Tanto Mallory como Young se quedaron momentáneamente sin palabras, permitiendo que el secretario prosiguiera.

—Cuando el señor Raeburn preguntó a Finch si estaba casado, este declaró al comité que era viudo —apuntó el secretario. Young asintió—. Sin embargo, tal como tuve el disgusto de descubrir cuando la señora Finch me escribió asegurándome que está viva y en perfecto estado de salud, resulta que no es así. —Hinks sacó una carta de entre sus papeles—. Seguramente el comité querrá dejar constancia en el acta del último párrafo de dicha carta —añadió con solemnidad.

Mallory torció el gesto, pero Young no pareció sorprenderse.

—«George y yo nos divorciamos hace dos años» —leyó Hinks—, «y lamento tener que informar a este comité que hubo una tercera persona involucrada».

—¡Menudo embustero! —exclamó Ashcroft.

—Sin duda es un hombre poco digno de confianza —añadió Raeburn.

—Francamente —dijo George, haciendo caso omiso de ambos comentarios—, si conseguimos alcanzar los ocho mil metros, no creo que importe lo más mínimo si mi compañero de escalada está soltero, casado o incluso si es bígamo, porque les aseguro, y a usted especialmente, señor Hinks, que nadie va a poder ver si lleva anillo de casado o no.

—Veamos si entiendo bien lo que está diciendo, Mallory —replicó el secretario, ruborizado—. ¿Está diciendo a este comité que estaría dispuesto a escalar los últimos ochocientos metros del Everest con cualquiera con tal de alcanzar la cima?

—Con cualquiera —contestó George, sin vacilar.

—¿Incluso con un alemán? —inquirió Hinks.

—Y con el diablo en persona —recalcó George.

—Oiga, amigo, ¿no cree que ese comentario está de más? —intervino Ashcroft.

—Tan de más como tener que morir sin necesidad a ocho mil kilómetros de mi hogar solo porque no contaba con el compañero adecuado —replicó George.

—Mire, Mallory, no tengo inconveniente en dejar constancia de su tajante opinión en el acta, pero la decisión de la Royal Geographical Society es irrevocable.

George se mantuvo en silencio un momento antes de contestar.

—Entonces, señor Hinks, le sugiero que también haga constar en el acta mi renuncia inmediata como jefe de escalada y como miembro de este comité. —Varios de los reunidos se pusieron a hablar a la vez, pero George hizo caso omiso y añadió —: No estoy dispuesto a abandonar a mi mujer y mis hijas durante más de seis meses para participar en una expedición condenada al fracaso simplemente porque ha prescindido del mejor escalador.

Sir Francis tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del tumulto.

—Caballeros, caballeros —dijo, golpeando su copa de *brandy* con la estilográfica —, es evidente que hemos llegado a un punto muerto que solo puede resolverse de una manera.

—¿De qué se trata, señor presidente? —preguntó Hinks, en tono suspicaz.

—De una votación.

—¡Pero... pero si no he tenido tiempo de preparar las papeletas! —balbuceó Hinks.

—No harán falta —aseguró *sir* Francis—. Al fin y al cabo, se trata de una decisión muy simple: ¿hay que incorporar a Finch a la expedición?, ¿sí o no?

Hinks se recostó en su asiento, intentando disimular una sonrisa.

—Muy bien —dijo *sir* Francis—. Los que estén a favor de que Finch participe en la expedición, que tengan la bondad de levantar la mano. Mallory y Young alzaron el brazo de inmediato y, para sorpresa de todos, también lo hizo el general Bruce.

—¿En contra? —prosiguió el presidente.

Hinks, Raeburn y Ashcroft levantaron la mano sin vacilar.

—Esto supone un empate a tres —dijo el secretario, anotando el resultado en el acta—, y deja la decisión en manos del presidente con su voto de calidad.

Todos los presentes se volvieron hacia *sir* Francis, que meditó su decisión unos momentos.

—Voto a favor de la inclusión de Finch —declaró.

Hinks se quedó petrificado, con la estilográfica en la mano, como si fuera incapaz de anotar el voto de *sir* Francis.

—Señor presidente —dijo finalmente—, para dejar constancia en el acta, ¿sería tan amable de explicar qué le ha llevado a tomar semejante decisión?

—Desde luego —repuso *sir* Francis—. No seré yo quien arriesgue la vida cuando Mallory alcance los ocho mil.

La campanilla sonó al abrirse la puerta.

—Buenos días, señor Pink —saludó Mallory al entrar en Ede & Ravencroft.

—Buenos días, señor Mallory. ¿En qué puedo ayudarlo en esta ocasión? George se apoyó en el mostrador.

—Acabo de ser elegido para formar parte de la expedición al Everest —susurró.

—¡Qué interesante, señor Mallory! —repuso el encargado—. No tenemos otros clientes que estén planeando unas vacaciones en esa parte del mundo, así que ¿puedo atreverme a preguntarle qué condiciones climáticas espera encontrar?

—Bueno, no estoy seguro del todo —admitió George—. Por lo que sé, cuando hayamos superado los ocho mil metros esperamos encontrar vientos muy fuertes, temperaturas de cuarenta bajo cero y tan poco oxígeno que posiblemente nos resultará casi imposible respirar.

—En ese caso, sin duda necesitará una buena bufanda de lana y unos guantes bien calientes, por no hablar de lo necesario para cubrirse la cabeza —dijo el señor Pink, saliendo de detrás del mostrador.

La primera sugerencia del encargado fue una bufanda Burberry's de cachemira y un par de guantes negros de cuero, forrados de muletón. George siguió al señor Pink por la tienda mientras escogía tres pares de calcetines gruesos de lana, dos jerséis de lana azul marino, un chaquetón Shackleton, varias camisas de seda y el mejor par de botas de montaña forradas de piel.

—¿Puedo preguntarle, señor, si espera encontrar algo de nieve durante su viaje?

—Yo diría que la mayor parte del tiempo —respondió George.

—Entonces necesitará un paraguas —sugirió el señor Pink—. ¿Y qué me dice de algo para cubrirse la cabeza?

—Yo había pensado tomar prestado de mi hermano su casco de vuelo y sus gafas.

—Yo diría que eso no es lo que llevarán esta temporada los caballeros que vayan de escalada —comentó Pink, entregándole el último modelo de gorra con orejeras.

—Por eso la primera persona que coronará la cima del Everest no será un elegante caballero. George sonrió cuando vio a Finch, que se acercaba al mostrador con los brazos llenos de artículos.

—Aquí, en Ede & Ravencroft —dijo el señor Pink—, creemos que siempre es importante el aspecto de cualquier caballero que corone una montaña.

—Pues no imagino por qué —respondió Finch, dejando sus compras en el mostrador—. Allí arriba no habrá chicas esperándonos para darnos la bienvenida.

—¿Desea algo más, señor Finch? —preguntó el encargado, intentando ocultar su desagrado.

—A estos precios, desde luego que no —repuso Finch, examinando la cuenta.

El encargado del establecimiento hizo una educada reverencia y se dispuso a envolver los productos.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado, Finch —dijo George—. Hay una cuestión que me gustaría hablar contigo.

—No me dirás que por fin has visto la luz y estás considerando la posibilidad de utilizar oxígeno, ¿verdad?

—Pues sí —admitió George—, pero todavía has de convencerme.

—Entonces necesitaré como mínimo un par de horas de tu tiempo, además de tener a mano el equipo correspondiente para demostrarte por qué el oxígeno marcará la diferencia.

—Será mejor que discutamos todo eso en el barco, rumbo a Bombay. Entonces tendrás tiempo de sobra para convencerme.

—Eso suponiendo que suba a ese barco.

—Pero si has sido oficialmente seleccionado para estar en el equipo.

—Solo gracias a tu intervención —repuso Finch, torciendo el gesto—. Y te estoy agradecido, porque sospecho que lo más de cerca que Hinks ha visto una montaña es en una postal navideña.

—En total son treinta y tres libras con once chelines, señor Finch —le indicó el señor Pink—. ¿Cómo desea abonar el importe en esta ocasión?

—Simplemente póngalo en mi cuenta —respondió Finch, imitando el acento del encargado. Pink dudó un instante antes de aceptar con una leve inclinación de cabeza.

—Bueno, nos veremos en el barco —dijo Finch, antes de recoger su paquete y salir de la tienda.

—Su factura suma cuarenta y una libras, cuatro chelines y seis peniques, señor Mallory. George extendió un cheque por el total.

—Gracias, señor. Permita que le diga, en nombre de todos los que trabajamos en Ede & Ravencroft, que esperamos que sea usted el primer hombre en pisar la cima del mundo y no...

El señor Pink no acabó la frase, y tanto él como George miraron por la ventana y contemplaron a Finch mientras este se alejaba caminando por la calle.

Libro quinto

En terreno desconocido

Jueves, 2 de marzo de 1922

Desde el momento en que George subió a bordo del SS *Caledonia*, en Tilbury, supo que estaba embarcando en un viaje para el que se había preparado toda su vida.

El equipo de escalada dedicó las cinco semanas de la travesía por mar hasta Bombay a conocerse bien, a mejorar su forma física y a aprender a trabajar en equipo. Todas las mañanas, antes del desayuno, pasaban una hora corriendo por cubierta, siempre con Finch marcando el ritmo. George sentía alguna molestia en el tobillo de vez en cuando, pero él se negaba a admitirlo, incluso ante sí mismo. Después del desayuno, se tumbaba en cubierta a leer *Las consecuencias económicas de la paz*, de John Maynard Keynes, pero nunca sin haber escrito antes su carta diaria a Ruth.

Finch impartió un par de charlas sobre el uso de oxígeno a gran altitud, y todos se dedicaron a desmontar y montar diligentemente los equipos de respiración asistida, a echarse a la espalda las bombonas de quince kilos y a ajustar las válvulas que regulaban el flujo de gas. Sin embargo, nadie parecía demasiado entusiasmado con el tema. George observó atentamente. Era evidente que Finch sabía de qué estaba hablando, aunque la mayoría de los integrantes del equipo desaprobaba por principio la idea de utilizar oxígeno. Norton comentó que el simple peso de las bombonas sin duda anularía las ventajas que su contenido pudiera ofrecer.

—¿Qué pruebas tienes de que vayamos a necesitar estos infernales artilugios para alcanzar la cima? —preguntó.

—Ninguna —admitió el australiano—, pero si ocurre que, estando a ocho mil metros, no puedes dar un paso más, entonces quizá acabes dando las gracias por disponer de uno de estos artilugios infernales.

—Yo preferiría dar media vuelta —comentó Somervell.

—¿Y no llegar a la cima? —preguntó Finch.

—Si ese ha de ser el precio, pues que así sea —dijo Odell, resignado.

A pesar de que George también se oponía al uso de oxígeno, prefirió no dar su opinión. Al fin y al cabo, suya sería la decisión en caso de que Finch se equivocara. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la familiar llamada a gimnasia.

El equipo se puso en pie y formó tres filas ante el general Bruce, que se mantenía con los brazos en jarras y las piernas separadas, sin la menor intención de predicar con el ejemplo.

Al cabo de una hora de intenso ejercicio, el general desapareció bajo cubierta para su coñac matutino, dejando al grupo a sus anchas. Norton y Somervell empezaron un partido de tenis, mientras que Odell prefirió leer la última novela de E. F. Benson. Entretanto, George y Guy se sentaron en cubierta y conversaron sobre la posibilidad de que algún miembro de Cambridge ganara los cien metros lisos en las Olimpiadas de París.

—He visto a Abrahams correr en Fenner's —comentó George—, y es muy pero que muy bueno. De todas maneras, Somervell me ha dicho que hay un escocés llamado Liddell que no ha perdido una carrera en toda su vida. Será interesante ver qué ocurre cuando los dos se enfrenten cara a cara.

—Habremos regresado a tiempo para saber quién ha conseguido el oro —dijo Guy, que añadió con una sonrisa traviesa—: De hecho, será una buena excusa para volver a... ¡Dios mío! —Guy miraba por encima del hombro de su amigo—. ¿Qué estará tramando ahora?

George dio media vuelta y vio a Finch, de pie y con los brazos en jarras, contemplando las chimeneas del barco, que vomitaban nubes de humo negro.

—¿No pretenderá...?

—Yo no lo descartaría —dijo George—, Finch es capaz de cualquier cosa con tal de llevar la delantera al resto del grupo.

—No creo que el resto del grupo le preocupe —contestó Guy—. Es a ti a quien quiere ganar como sea.

—En ese caso —repuso George—, será mejor que mantenga unas palabras con el capitán.

En una de sus cartas diarias, George confesó a Ruth que él y Finch eran como dos niños, desafiándose constantemente con tal de llamar la atención del profesor. En su caso, el profesor era el general Bruce quien, según le confesó George, «*aunque parezca un viejo carcamal, no es ningún tonto, y todos lo hemos aceptado de buen grado como jefe de la expedición*». Hizo una pausa para contemplar la foto de Ruth, que en esa ocasión sí había recordado llevar, aunque en compensación se había olvidado la maquinilla de afeitar y había salido de casa con un solo par de calcetines. Continuó escribiendo.

Sigo preguntándome si tomé la decisión adecuada al decidir emprender este viaje. ¿Qué sentido tiene ir en busca del Santo Grial cuando has encontrado a Ginebra? En estos momentos solo puedo pensar que todos los días que paso alejado de ti son días malgastados. Dios sabe que confío en exorcizar este

demonio de una vez por todas para poder regresar a The Holt y pasar el resto de mi vida contigo y con las niñas. Soy consciente de lo mucho que te cuesta traducir tus sentimientos en palabras, pero te ruego que me hagas saber cómo te sientes realmente.

Tu marido que te quiere,

George

Ruth leyó la carta de George por segunda vez. Seguía preguntándose si había hecho bien al ocultarle antes de partir que estaba embarazada de nuevo. Se levantó del sillón junto a la ventana, caminó hasta el pequeño escritorio y se sentó a escribir con la intención de responder a la última pregunta de su marido lo más sinceramente posible.

Querido mío:

Nunca me ha resultado fácil expresar adecuadamente mis sentimientos cuando te marchas de casa. Esta vez no es diferente de cuando te fuiste a luchar al Frente Occidental o de cuando te fuiste a escalar a los Alpes: me paso el día preguntándome si estarás bien y si volveré a verte. No ha cambiado nada. A veces envidio a las esposas que fueron lo bastante afortunadas para ver regresar a sus maridos sanos y salvos de la mal llamada Gran Guerra, como si dieran por hecho que nunca más tendrán que enfrentarse a la misma angustia.

Igual que tú, deseo ardientemente que esta expedición tenga un final feliz, pero solo por la razón egoísta de que no quiero volver a pasar por este calvario. No te imaginas lo mucho que te echo de menos, cuánto añoro tu compañía, tu sentido del humor, tu delicadeza, tu consejo en todas las cosas y sobre todo tu amor y ternura, especialmente cuando estamos solos. Me paso las horas preguntándome si volverás, angustiándome por si nuestras hijas tendrán que crecer sin un padre de quien aprender lo que significa la tolerancia, la compasión y la sabiduría, preocupándome por si tendré que envejecer habiendo perdido al único hombre a quien podré amar.

Tu esposa que te quiere,

Ruth

Volvió al sillón y releyó la carta de cabo a rabo antes de meterla en un sobre. Luego se quedó mirando por la ventana la verja del camino de acceso a la casa, preguntándose, al igual que durante la guerra, si volvería a ver a su esposo recorriéndolo nuevamente.

Cuando el general hizo sonar el silbato por última vez, casi todos los miembros del equipo permanecieron tumbados, boca arriba, mientras se recuperaban de la sesión de

gimnasia matinal. George se sentó y miró a su alrededor para comprobar que sus colegas no se fijaban en él. Entonces se levantó y se dirigió a paso vivo hacia su camarote.

Tomó la escalera que llevaba a la cubierta de los pasajeros, cruzó la pasarela y miró rápidamente por encima del hombro antes de abrir una puerta donde se leía «Reservado tripulación». Bajó por una escalerilla otros tres niveles hasta que llegó a la sala de calderas. Llamó a la pesada puerta con el puño y, al cabo de un instante, el jefe de máquinas salió para reunirse con él. El hombre asintió, pero no intentó hacerse oír por encima del ensordecedor estruendo de los motores. Guio a George por un estrecho corredor y ambos se detuvieron ante una pesada puerta de hierro donde se leía «Peligro. Prohibida la entrada».

El jefe de máquinas sacó una gran llave del bolsillo de su mono de trabajo y abrió la compuerta.

—El capitán me ha dado órdenes estrictas, señor Mallory —gritó—. Dispone de cinco minutos, no más. George asintió y desapareció en el interior.

Guy Bullock empezó a aplaudir tan pronto como vio a George de pie en lo alto de la chimenea central. Norton y Somervell interrumpieron su partido de tenis en cubierta y se volvieron al oír el alboroto. Odell dejó el libro, alzó la vista y se sumó a los aplausos. Solo Finch, con las manos en los bolsillos y las piernas separadas, no hizo lo propio.

—¿Cómo lo habrá conseguido? —preguntó Norton—. No tienes más que rozar una de esas chimeneas para que te salga una ampolla del tamaño de una manzana.

—Y, aparte del calor —añadió Somervell, igualmente asombrado—, hay que ser una lapa para poder trepar por una superficie como esa. Finch siguió observando a Mallory y se fijó en que, inauditamente, no salía humo de la chimenea central. Luego, miró a Bullock, que no dejaba de reír. Cuando levantó los ojos de nuevo, Mallory había desaparecido.

Mientras bajaba por la escalerilla interior de la chimenea dudó si decirle a Finch que todos los jueves por la mañana una de las chimeneas quedaba fuera de servicio para que los maquinistas pudieran llevar a cabo una inspección completa de rutina.

Momentos después, una nube de humo negro brotó de la chimenea central y los miembros del equipo prorrumpieron espontáneamente en aplausos.

—Sigo sin poder explicármelo —dijo Norton.

—Lo único que se me ocurre —comentó Odell— es que Mallory haya metido al señor Houdini de polizón. Todos rieron, salvo Finch, que permaneció callado.

—Es más —añadió Somervell—, se diría que ha llegado a lo alto sin necesidad de oxígeno.

—Me pregunto cómo lo habrá hecho —dijo Bullock, sonriendo traviesamente—. Sin duda el científico de nuestro grupo tendrá una teoría.

—Pues no —repuso Finch—, pero podéis estar seguros de que Mallory no podrá escalar el Everest desde dentro.

Ruth se sentó junto a la ventana con la carta en la mano, preguntándose si su excesiva sinceridad no sería una distracción innecesaria para su marido. Al cabo de unos minutos, rompió la hoja en pedazos y los arrojó al chisporroteante fuego de la chimenea antes de volver al escritorio para empezar una segunda carta.

Mi querido George:

La primavera ha llegado a The Holt y los narcisos han florecido. La verdad es que el jardín nunca ha tenido mejor aspecto. Todo va de maravilla. Las niñas se encuentran bien. Clare ha escrito unos versos que te adjunto...

Cuando el SS *Caledonia* amarró en el puerto de Bombay, la primera persona que desembarcó fue el general Bruce. Llevaba la camisa caqui de manga corta recién planchada y el pantalón corto del mismo color —e igualmente impecable— que se habían convertido en el atuendo habitual de los miembros del ejército británico destacados en zonas de climas cálidos. Bruce no dejaba de repetir a los miembros del equipo que *sir* Baden-Powell lo había copiado al diseñar el uniforme de los Boy Scouts, y no a la inversa.

George siguió al general y no tardó en descubrir con sorpresa varias cosas: lo primero fue el olor que lo envolvió tan solo bajar por la tambaleante pasarela y que Kipling había descrito como penetrante, especiado y oriental; un olor como ningún otro. Lo segundo, que lo golpeó con una fuerza casi literal, fue la combinación de intenso calor y humedad. Para un pálido e infeliz pardillo de Cheshire resultaba como el infierno de Dante. Lo tercero fue comprobar que el general Bruce tenía una influencia considerable en aquellas tierras lejanas.

Dos grupos esperaban al pie de la pasarela para dar la bienvenida al jefe de la expedición, y no solo se mantenían muy apartados el uno del otro, sino que no podrían haber ofrecido mayor contraste. Los tres individuos que componían el primero no habrían podido encarnar mejor la figura del inglés en el extranjero: ataviados como si se dispusieran a asistir a un *picnic* en Turnbridge Wells y sin ceder un ápice al inhóspito clima para no dar a entender que se hallaban al mismo nivel que los nativos, no hacían el menor esfuerzo por mezclarse con la población local.

Cuando el general Bruce bajó al muelle fue saludado por uno de ellos, un joven alto, vestido con traje azul y camisa blanca de cuello rígido, que lucía una corbata de Harrow.

—Me llamo Russell —anunció, dando un paso al frente.

—Buenos días, Russell —repuso el general. Le estrechó la mano como si se conocieran desde hacía años cuando, en realidad, su único vínculo era la corbata de la universidad.

—Bienvenido de nuevo a la India —dijo Russell—. Soy el secretario particular del gobernador general. Le presento al capitán Berkeley, el edecán del gobernador general.

Un hombre aún más joven, vestido de uniforme y que se había mantenido en posición de firmes desde que el general había desembarcado, lo saludó militarmente. Bruce le devolvió el saludo. Nadie presentó al tercer miembro del grupo, un hombre con uniforme de chófer, que se mantuvo en todo momento junto a un reluciente Rolls Royce.

—El gobernador general confía en que usted y los miembros de su expedición tendrán a bien acompañarlo esta noche para la cena —dijo Russell.

—Estaremos encantados de aceptar tan amable invitación —contestó Bruce—. ¿A

qué hora hemos de presentarnos para la revista?

—El gobernador general da una recepción esta noche a las siete, y la cena será una hora más tarde, a las ocho.

—¿Y la etiqueta?

—Formal, señor, con medallas incluidas. Bruce asintió en gesto de aprobación.

—Tal como solicitó —prosiguió Russell—, he reservado catorce habitaciones en el hotel Palace y también he puesto unos cuantos vehículos a disposición de su grupo durante el tiempo que dure su estancia en Bombay.

—Le agradezco su hospitalidad, Russell —dijo el general—. Entretanto, ¿podría ocuparse de que mis hombres sean trasladados al hotel para que se instalen y puedan comer algo?

—Desde luego, general. Ah, el gobernador general me ha pedido que le entregue esto —contestó Russell, dándole un abultado sobre marrón que Bruce pasó a Mallory como si este fuera su ayudante particular.

George sonrió, se lo guardó bajo el brazo y observó que el resto del grupo, incluyendo a Finch, estaba atendiendo la conversación en respetuoso silencio.

—Mallory —dijo Bruce—, quiero que venga conmigo mientras acompañan a los demás al hotel. —Se volvió hacia el secretario—. Gracias, Russell, confío en verlo esta noche en la recepción del gobernador general.

Russell hizo una leve reverencia y dio un paso atrás, como si el general fuera un miembro menor de la realeza. Bruce se apartó y volvió su atención al segundo grupo, que solo tenía en común con el primero el hecho de estar formado únicamente por tres personas.

Eran tres indios, vestidos con frescas túnicas blancas y chinelas del mismo color, que habían esperado pacientemente a que Russell diera la bienvenida formal en nombre del gobernador general. El cabecilla se adelantó.

—*Namaste*, general *sahib* —dijo, inclinándose profundamente.

Bruce no saludó ni estrechó la mano del *sirdar*, el jefe de portadores.

—¿Recibiste mi cable, Kumar? —se limitó a preguntarle sin más preliminares.

—Sí, general *sahib*, y he seguido todas sus instrucciones al pie de la letra. Creo poder asegurar que quedará satisfecho.

—Eso habré de decidirlo yo, Kumar, y solo después de haber inspeccionado la mercancía.

—Desde luego, general *sahib* —repuso el indio con otra reverencia—. Si es tan amable de seguirme...

Kumar y sus dos compatriotas llevaron a Bruce al otro lado de la calle, que rebosaba de gente, *rickshaws* y cientos de viejas bicicletas Raleigh y Hercules, y donde alguna que otra vaca rumiaba tranquilamente en medio del bullicio. El general se adentró entre la ajetreada y ruidosa multitud, que se apartó a su paso como si se tratara de Moisés cruzando el Mar Rojo. George siguió al jefe de la expedición, curioso por descubrir qué pasaría a continuación y al mismo tiempo intentando

asimilar los insólitos voceos de los vendedores ambulantes que mostraban sus exóticas mercancías: las latas de judías Heinz, los cigarrillos Players, las cerillas Swan Vesta, las botellas de Tizer y las pilas Eveready que le agitaban sin cesar ante las narices. Declinó educadamente todas las ofertas y se sintió abrumado por la energía y exuberancia de la población local, pero también horrorizado al ver la pobreza que lo rodeaba, ya que el número de mendigos superaba ampliamente al de mercaderes. Comprendió entonces por qué aquella gente consideraba a Ghandi una especie de profeta, mientras que los ingleses seguían tratando al mahatma como si fuera un criminal. Desde luego, tendría muchas cosas que contar a los de quinto cuando regresara.

El general siguió caminando, haciendo caso omiso de las manos que se tendían hacia él y de los constantes gritos de «¡Una rupia, una rupia, *sahib!*!». El *sirdar* lo condujo hasta una plaza tan abarrotada que parecía el *Speakers Corner*, con la diferencia de que allí todo el mundo hablaba y nadie escuchaba. La plaza estaba rodeada de edificios en construcción. Los curiosos y los ociosos estaban asomados a las ventanas, observando lo que ocurría más abajo. Entonces, George vio por primera vez lo que el general había definido como «mercancía».

En un polvoriento rincón, al sol, un centenar de mulas esperaban a ser inspeccionadas. Tras ellas aguardaba un nutrido grupo de porteadores.

George se hizo a un lado y observó mientras el general llevaba a cabo su examen bajo la atenta mirada de la multitud. Empezó examinando las patas y las dentaduras de las mulas e incluso subió a lomos de alguna para comprobar su resistencia. Dos animales se desplomaron bajo su peso. Tardó casi una hora en seleccionar los setenta animales que, en su opinión, parecían los mejores.

A continuación, llevó a cabo el mismo procedimiento con las filas de silenciosos porteadores. Primero les examinó las piernas, después la dentadura y, en algunos casos y para asombro de George, incluso se les subió encima. Al igual que había sucedido con los animales, un par de ellos se desplomaron bajo el peso. A pesar de todo, en menos de dos horas había sumado sesenta y dos porteadores a las setenta mulas que ya tenía.

Aunque George se había limitado a permanecer como simple observador, sudaba copiosamente, mientras que el general parecía indiferente a todo, incluso al calor.

Cuando la inspección hubo finalizado, Kumar se adelantó y presentó a su exigente cliente dos cocineros y cuatro lavanderas. Para alivio de George, Bruce no se les subió a la espalda, pero sí les examinó los dientes y las piernas.

Cuando hubo terminado, el general se volvió hacia Kumar.

—Asegúrate de que todas las mulas y los porteadores estén a las seis de la mañana en el muelle. Si logras que estén en estado de revista a esa hora, te pagaré cincuenta rupias.

Kumar hizo una reverencia y sonrió. El general se volvió hacia George y alargó el brazo. Mallory dedujo que quería el sobre y se lo dio. Bruce lo abrió, sacó un billete

de cincuenta rupias y se lo entregó al *sirdar* para confirmar que el trato quedaba cerrado.

—Y díles —añadió, señalando a los porteadores— que les pagaremos diez rupias semanales. Los que sigan con nosotros cuando volvamos a embarcar dentro de tres meses, recibirán una bonificación de veinte rupias más.

—Sí, general *sahib* —repuso el *sirdar*, con una sonrisa aún mayor.

Uno de los hombres que estaba detrás de Kumar dio entonces un paso al frente, se quitó las chinelas y se puso en posición de firmes ante el general. George renunció a adivinar lo que ocurriría a continuación. Bruce sacó una cinta métrica del bolsillo de su pantalón y midió al joven.

—Como habrá comprobado, el muchacho mide exactamente un metro ochenta —dijo el *sirdar* con satisfacción.

—Sí —repuso Bruce—, pero ¿sabe lo que esperamos de él?

—Desde luego, general *sahib*. Lo cierto es que lleva un mes preparándose para ello.

—Me alegro de saberlo. Si resulta satisfactorio, le pagaremos veinte rupias semanales y, cuando lleguemos al campamento base, recibirá una propina de otras cincuenta.

Una vez más, el *sirdar* hizo una reverencia.

George estaba a punto de preguntar por qué necesitaban a un hombre que midiera exactamente un metro ochenta cuando el general señaló a un joven bajo y fornido, de facciones orientales, que se había mantenido en segundo término sin decir palabra.

—¿Quién es ese? —quiso saber Bruce.

El joven se adelantó antes de que Kumar tuviera ocasión de contestar y presentarlo.

—Soy el *sherpa* Nyima, general. Seré su traductor personal y el jefe de los demás *sherpas* cuando lleguemos al Himalaya.

—Veinte rupias semanales —dijo el general, dando por concluidas sus negociaciones y marchándose de la plaza sin decir más.

A George siempre le había llamado la atención que cuando un general se ponía en marcha, parecía dar por hecho que todo el mundo lo seguiría. En su opinión, esa era una de las razones por las que los británicos habían ganado más batallas de las que habían perdido. Tardó unos minutos en alcanzar al general debido a la multitud que lo seguía, deseosa de beneficiarse de su aparente generosidad. Finalmente lo logró.

—Hágame caso, Mallory. Nunca trabe amistad con los nativos, porque a la larga lo lamentará —se limitó a decirle Bruce.

El general no añadió una palabra más hasta que veinte minutos más tarde enfilaron el camino de acceso del hotel Palace, dejando atrás el gentío. Mientras cruzaba con Bruce los impecables jardines, George vio que ante la entrada los esperaba una tercera comitiva para darles la bienvenida y se preguntó cuánto tiempo llevarían aguardando.

El general se detuvo bruscamente ante una hermosa joven india, vestida con un espléndido sari púrpura y dorado, que sostenía en una mano un pequeño cuenco lleno de polvos aromáticos. La muchacha introdujo el índice derecho en los polvos y apretó la yema en la frente del general, dejándole una brillante marca roja en señal de respeto. A continuación retrocedió un paso y una segunda joven, igualmente vestida al modo tradicional, puso una guirnalda de flores alrededor del cuello de Bruce, quien le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

Concluida la ceremonia, un hombre elegantemente vestido con chaqué se adelantó para saludarlo.

—Bienvenido de nuevo al hotel Palace, general Bruce. He instalado a los miembros de su expedición en el ala sur, que tiene vistas al mar, y usted tiene preparada su *suite* de siempre —anunció, tras lo cual se hizo a un lado para dejarlo entrar en el hotel.

—Gracias, señor Khan —dijo el general cruzando la recepción y dirigiéndose al ascensor, dando por sentado que sus puertas abiertas lo esperaban precisamente a él.

George lo siguió y, cuando llegaron al último piso, lo primero que vio fue a Norton y a Somervell, de pie al final del pasillo, ataviados con sus mejores galas. Sonrió y les hizo un gesto con la mano para indicarles que se reuniría con ellos en unos minutos.

—Supongo, general, que esta será nuestra última oportunidad en varios meses de darnos un baño caliente.

—Hable por usted, Mallory —replicó Bruce, mientras el señor Khan le abría de par en par las puertas de la *suite* Reina Victoria.

George no había hecho más que empezar a descubrir por qué la Royal Geographical Society consideraba que aquel soldado jubilado, orondo y bajito, se hallaba por encima del común de los mortales.

—Me gustaría echar unas cartas al correo, por favor —dijo George.

—Naturalmente —contestó el conserje—. ¿Cuántas?

—Diecisiete —dijo George, que ya había enviado otras dieciocho cuando el barco había hecho escala en Durban para reabastecerse de alimentos y combustible.

—¿Todas al mismo país? —preguntó con toda naturalidad el conserje, como si aquello fuera cosa de todos los días.

—Sí, y de hecho van dirigidas a la misma dirección —explicó. Esa vez el conserje arqueó una ceja—. Se trata de mi mujer —expuso George—. Le escribo todos los días, y como acabamos de desembarcar...

—Me encargaré de todo, señor.

—Muchas gracias.

—¿Vas a venir a la recepción del gobernador general, George? —preguntó una voz a su espalda. Mallory se dio la vuelta y vio que Guy se acercaba.

—Sí —contestó.

—Entonces podríamos compartir el taxi —le propuso su amigo, mientras ambos se dirigían hacia la puerta.

»Esta noche tengo intención de atiborrarme como un cerdo —comentó Guy mientras el conductor del *rickshaw* sorteaba obstáculos por la calle abarrotada—. Tengo la impresión de que esta será la mejor comilona que tomaremos antes de regresar a Inglaterra. A menos, claro, que el gobernador general decida invitarnos cuando volvamos.

—Eso dependerá de si regresamos como héroes conquistadores o como fracasados medio congelados —contestó George.

—Bueno, pues yo no pienso arriesgarme —repuso Guy—, sobre todo teniendo en cuenta que *sir Peter* posee la mejor bodega de toda la India.

Dos soldados con uniforme de gala se pusieron firmes y saludaron cuando el *rickshaw* cruzó la verja de la residencia del gobernador general. Guy y Mallory se apearon del vehículo, pasaron bajo un alto arco de madera y entraron en un lujoso vestíbulo de mármol, donde se pusieron en la cola con los demás invitados. El general Bruce se hallaba junto al gobernador general e iba presentándole a los miembros de la expedición a medida que llegaban.

—Guy, tú que siempre estás tan bien informado —susurró George a su amigo—, ¿quién es la joven que está de pie, al lado del gobernador general?

—Se trata de su segunda mujer —explicó Bullock—. La primera murió hace un par de años, y esta...

—Le presento a Guy Bullock, *sir Peter* —dijo el general—. Se ha tomado un año sabático en el Foreign Office para poder acompañarnos.

—Buenas noches, señor Bullock.

—Y él es George Mallory, nuestro jefe de alpinistas.

—¡Vaya! Así que usted será el primer hombre en poner el pie en la cima del Everest —dijo el gobernador general, estrechando calurosamente la mano de Mallory.

—La verdad es que tiene un rival —terció Guy, sonriendo maliciosamente.

—Ah, sí —contestó *sir* Peter—, se refiere usted al señor Finch, si no me equivoco. La verdad es que estoy impaciente por conocerlo. Permítame que le presente a mi esposa.

Tras la reverencia de rigor ante la joven dama, George y Guy pasaron a la sala, donde solo los sirvientes que ofrecían bebidas eran indios. George pidió una copa de jerez y se acercó a la única persona que reconoció.

—Buenas noches, señor Mallory —lo saludó el secretario del gobernador general.

—Buenas noches, señor Russell. ¿Qué tal resulta estar destinado en este país? —preguntó George, a quien siempre le había costado entablar una conversación de circunstancias.

—Formidable. Disfruto de cada momento —contestó Russell—. Lástima de los nativos.

—¿Los nativos? —repitió George, confiando en que el secretario estuviera bromeando.

—Sí. No les gustamos —le dijo Russell, bajando la voz—. La verdad es que nos detestan. Vamos a tener problemas.

—¿Problemas? —preguntó Guy, que se les había unido.

—Desde luego. Desde que metimos en la cárcel a ese hombre, a ese tal Gandhi, por alborotador...

Russell se detuvo a media frase y se quedó mirando al frente, boquiabierto. Mallory y Bullock se volvieron para ver qué había silenciado tan bruscamente a su interlocutor.

—¿Es uno de los suyos? —preguntó finalmente el secretario, incapaz de ocultar el desprecio que sentía.

—Me temo que sí —respondió George, conteniendo una sonrisa al ver a Finch, que conversaba con la esposa del gobernador general.

El australiano se había presentado vestido con una camisa caqui de cuello abierto, pantalón de pana verde y zapatos de ante marrón, sin calcetines.

—Debería sentirse halagado, Russell —susurró Guy—. Nuestro amigo rara vez se toma la molestia de ir tan elegante. Al secretario no le hizo la menor gracia el comentario.

—¡Ese hombre es un descarado! —exclamó cuando Finch rodeó con el brazo la cintura de *lady* Davidson. El general Bruce se acercó a toda prisa, pero George no se movió de donde estaba.

—¡Mallory! —bufó el general con el rostro encendido—. ¡Saque a ese hombre de aquí! ¡Enseguida!

—Haré lo que pueda, señor, pero no puedo garantizarle que...

—Si no lo echa de aquí inmediatamente, lo haré yo mismo, y le aseguro que no

será un espectáculo agradable.

George entregó su vaso vacío a un camarero antes de cruzar el salón y reunirse con Finch y la esposa del gobernador general.

—¿Conoces ya a Mallory, Sonia? —Le preguntó Finch—. Es mi único rival de verdad.

—Sí, nos han presentado —contestó *lady* Davidson, fingiendo no darse cuenta de que Finch la rodeaba con el brazo.

—Lamento tener que interrumpir, *lady* Davidson —se disculpó George—, pero ha surgido un pequeño problema y tengo que hablar de inmediato con el señor Finch.

Sin decir más, cogió firmemente a su compañero del brazo y lo sacó en volandas de la sala. Entretanto, Guy se acercó a *lady* Davidson e inició una conversación con ella sobre si regresaría a Londres para la temporada de verano.

—Bueno, ¿qué pasa? —quiso saber Finch cuando estuvieron en el vestíbulo.

—Lo que pasa es tu comportamiento —contestó George, llevando a Finch hacia la salida—. No te extrañe que en estos momentos el general esté buscando voluntarios para formar un pelotón de fusilamiento.

—¿Adónde vamos?

—Al hotel.

—¡Pero si todavía no he cenado!

—Me parece que ese es el menor de tus problemas.

—Te han ordenado que me saques de aquí, ¿verdad? —preguntó Finch, mientras George lo metía en un *rickshaw* a la fuerza.

—Más o menos. Tengo la impresión de que esta será la última vez que nos inviten a una de las veladas del gobernador general.

—Yo no estaría tan seguro de eso, Mallory. Si conseguimos coronar la cima de esa montaña, no te quepa duda de que volverás a cenar con el gobernador general.

—Eso no significa que tú también lo hagas.

—Desde luego que no. Yo estaré arriba, en el dormitorio de su mujer.

George creyó haber oído que llamaban a la puerta, pero quizá lo había soñado. La segunda vez sonó un poco más fuerte.

—Adelante —dijo, medio dormido. Abrió un ojo y vio que el general Bruce, todavía de uniforme, lo miraba fijamente.

—¿Siempre duerme en el suelo y con las ventanas abiertas de par en par, Mallory? —preguntó Bruce. George abrió el otro ojo.

—Era esto o la terraza —explicó—, y de todas formas esto es un lujo comparado con lo que va a ser dormir a ocho mil metros, metido en una tienda diminuta con Finch por toda compañía.

—Eso es precisamente de lo que quería hablar con usted —dijo el general—. Creo que debe ser el primero en saber que he decidido meter a Finch en el primer

barco que regrese a Inglaterra.

George se levantó, se puso su bata de seda y se sentó en el único sillón cómodo de la habitación. Llenó lentamente su pipa y la encendió con calma.

—El comportamiento de Finch esta noche ha sido inexcusable —prosiguió el general—. Ahora me doy cuenta de que nunca tendríamos que haberlo incluido en el equipo.

George dio unas cuantas caladas antes de responder.

—General —dijo con toda tranquilidad—, usted no tiene autoridad para enviar de vuelta a casa a ningún miembro del equipo sin consultarme primero.

—Eso es lo que estoy haciendo en este momento, Mallory, consultarle —repuso el general, alzando progresivamente la voz.

—No, no me está consultando nada. Ha entrado de repente en mi habitación para informarme de que ha decidido devolver a Finch a Inglaterra en el primer barco disponible. No me parece que eso sea «consultar».

—Mire, Mallory, no tengo que recordarle que soy el responsable de esta expedición. Por lo tanto, seré yo quien tome las decisiones que afecten a los miembros de la misma.

—Entonces, general, tendrá que llevarla a cabo solo, porque si hace subir a Finch a ese barco, yo y todos los demás subiremos a bordo con él. Estoy seguro de que a la Royal Geographical Society le encantará saber que, a diferencia del duque de York, usted no ha conseguido llevarnos a lo alto de la montaña, por no hablar de hacernos bajar.

—Pero... Pero... —farfulló el general—. Al menos estará de acuerdo conmigo en que el comportamiento de Finch con *lady* Davidson ha sido imperdonable, y más tratándose de la esposa del gobernador general.

—Nadie sabe mejor que yo que Finch puede resultar insoportable —contestó George— y que no se encuentra en disposición de dar lecciones de etiqueta a nadie. Sin embargo, a menos que esté usted dispuesto a ocupar su lugar, general, le sugiero que se acueste y dé gracias de que Finch no vaya a asistir a más cócteles, como mínimo, durante los tres meses que nos quedan por delante. Además, dudo de que tenga ocasión de cruzarse con más damas camino del Himalaya.

—Tendré que pensarlo, Mallory —contestó el general, quien se dispuso a marcharse—. Mañana por la mañana le comunicaré mi decisión.

—General, no soy uno de sus porteadores, ansioso por recibir un chelín de Su Majestad, así que por favor, dígame si voy a tener que despertar a mis hombres y decirles que regresamos a Inglaterra en el primer barco disponible, o si por el contrario puedo dejarlos descansar antes de que inicien el viaje más arduo de sus vidas.

El rostro del general se puso aún más colorado.

—¡Está bien, Mallory! ¡Pero le hago responsable de lo que ocurra! —bufó antes de salir de la habitación hecho una furia.

—Dios mío —murmuró George mientras se quitaba la bata y volvía a tumbarse en el suelo—, por favor, ¡dime qué he hecho para merecer a Finch!

Mi queridísima Ruth:

15 de abril de 1922

Hemos iniciado nuestro viaje de mil quinientos kilómetros hasta la frontera con el Tíbet. Subimos al tren que debía llevarnos a Siliguri, a los pies del Himalaya, un trayecto que según la tabla de horarios había de durar seis horas y que en realidad nos llevó dieciséis. A menudo me he preguntado qué ocurre con los viejos trenes cuando los jubilan. Ahora ya lo sé: los envían a la India, donde se reencarnan.

Así pues, nos apiñamos todos a bordo de una vieja locomotora Great Northern, de la clase Castle; Warwick Castle, para ser precisos. Los asientos de primera clase estaban sucios y gastados, mientras que los de tercera seguían siendo bancos de madera. Tampoco había aseo, de manera que al llegar a las estaciones teníamos que saltar y echar a correr hacia los matorrales más próximos. El tren también tenía su categoría para ganado, donde Bruce metió tanto a las mulas como a los porteadores. Unas y otros se quejaron.

Existe una gran diferencia entre viajar de Birkenhead a Londres con toda comodidad y hacerlo de Bombay a Siliguri. En Inglaterra siempre cerrábamos las ventanillas y poníamos la calefacción; aquí, a pesar de que han quitado los cristales de las ventanas, uno tiene la sensación de viajar en un horno sobre ruedas.

—¿Dónde está papá? —preguntó Clare—. ¿Dónde está ahora?

Ruth dejó la carta y se agachó junto a sus hijas para que las niñas pudieran ver el mapa que su padre les había dibujado a fin de que siguieran sus progresos. Trazó con el dedo el trayecto por mar desde Tilbury hasta Bombay y, desde allí, resiguió la vía del tren que se detenía en Siliguri. Luego, cogió la carta y siguió leyendo en voz alta.

Imagínate nuestra sorpresa cuando llegamos a Siliguri y vimos la maravilla en miniatura de la Darjeeling Himalayan Railway Company. Es como si las proporciones basadas en el metro hubieran sido sustituidas por otras basadas en palmos, razón por la cual los lugareños lo conocen como «el tren de juguete».

Subes a un pequeño y encantador vagón que sería ideal para Berridge y Clare, pero que a mí me hizo sentir igual que Gulliver cuando se despertó en Liliput. Con un ruido que resultaba totalmente desproporcionado a su tamaño, la pequeña máquina de vapor empieza su viaje a los pies de las colinas de Siliguri, solo a cien metros sobre el nivel del mar, y sube hasta Darjeeling, a setenta y cinco kilómetros de distancia y a dos mil doscientos metros de altitud.

A las niñas les fascinará saber que la pendiente es tan pronunciada que un nativo tiene que ir sentado en el tope de la máquina para ir echando arena en los raíles, de modo que las ruedas tengan suficiente adherencia a medida que el convoy va subiendo.

No sabría decirte cuánto duró el viaje, porque resultó tan agradable que no dejé de admirar el paisaje un solo segundo por miedo a perderme alguna maravilla. De hecho, nuestro intrépido cámara, el capitán Noel, se entusiasmó tanto que, al detenernos en Tung para cargar agua —tanto para la máquina como para los pasajeros— subió al techo del tren y desde allí filmó el resto del viaje mientras nosotros, simples mortales, debíamos conformarnos con mirar desde las ventanillas.

Cuando por fin llegamos a la estación de Darjeeling, tras siete horas de trayecto, solo tenía un pensamiento en la cabeza: lo fáciles que serían nuestras vidas si aquella pequeña joya pudiera transportarnos hasta el campamento base. Pero la suerte no lo quería así y, al poco de haber abandonado el tren, ya oímos la voz del general Bruce ladrando órdenes mientras mandaba a porteadores y mulas que se pusieran en fila para iniciar la travesía por la jungla hasta las planicies del Tíbet.

Cada uno tenemos asignado un poni para que cargue con nuestro equipo y efectos personales, y, con excepción del general, hemos de caminar unos treinta kilómetros diarios. Por las noches procuramos acampar junto a un río o a la orilla de algún lago, lo cual nos brinda la oportunidad de nadar. Eso nos permite librarnos por unos maravillosos instantes de las moscas, mosquitos y todo tipo de insectos que parecen preferir una dieta de hombres blancos en lugar de alimentarse de nativos.

El general se ha traído su bañera, que va a lomos de dos mulas, y todas las noches, alrededor de las siete, los porteadores la llenan de agua previamente calentada en un fuego. Tengo una fotografía de nuestro líder tomando un baño, con un cigarro en una mano y una copa de brandy en la otra. Está claro que no ve motivo alguno para cambiar sus costumbres solo porque tenga que pasar unas cuantas semanas en la jungla de la India.

Por la noche cenamos todos juntos en una mesa improvisada sobre caballetes, y el general se sienta a la cabecera en su taburete plegable. Nuestro menú, algo repetitivo, consiste en un guiso de carne y bolas de arroz, y lo cierto es que, cuando acampamos al final del día, tenemos tanta hambre que no nos preguntamos qué clase de animal ha ido a parar a la cazuela.

El general se ha traído también una docena de cajas de Châteauneuf-du-Pape y media de Pol Roger, una carga asignada a las dos mulas más fuertes de todas. La única queja que manifiesta Bruce es que no puede mantener el vino a la temperatura adecuada. En cualquier caso, puesto que cada día que pasa hace

más frío, no tardará mucho en poder refrescar el champán en un cubo con hielo.

Todo el mundo parece aguantar bien. Siempre son de esperar un poco de fiebre y mareos, pero por el momento parece que yo me he librado con unas cuantas picaduras de mosquito y un feo sarpullido.

Ya nos han abandonado tres porteadores, y dos mulas han muerto de agotamiento. Mejor no se lo digas a Clare. Por lo demás, las otras bestias parecen estar bien. Tenemos un guía sherpa que se llama Nyima, y no solo habla el idioma de Su Majestad, sino que es un magnífico escalador que va siempre... descalzo.

Como de costumbre, Somervell es un roble. Soporta los mismos rigores que nosotros y, además, cumple con su tarea de matasanos del grupo sin quejarse por el trabajo extra. Odell se encuentra en su elemento y cada día descubre un tipo nuevo de roca. Sin duda, cuando regrese a Cambridge proporcionará libros nuevos para la biblioteca, por no mencionar las conferencias que dará.

El pobre Norton mide un metro noventa, de modo que, a pesar de montar la mula más alta, va arrastrando los pies por el suelo. Finch —por elección tanto propia como nuestra— siempre cierra el grupo y vigila de cerca sus preciosas bombonas de oxígeno, que, según él, decidirán el resultado de nuestra expedición. Yo tengo mis dudas.

Mientras seguimos subiendo más y más alto, voy observando cómo se adaptan mis colegas a las nuevas condiciones, y ya estoy empezando a hacerme una idea de la composición de los grupos de escalada. Finch da por sentado que será uno de los elegidos para el ascenso final al Everest, y la verdad es que nadie se sorprendería de que así fuera. Desde que salimos de Bombay, el general y él apenas han cruzado una palabra. Sin embargo, a medida que pasan los días, el «Affaire Sonia», como lo llaman los chicos, va quedando relegado al olvido.

Un miembro de nuestro grupo está resultando una revelación inesperada. Siempre he sabido que Noel es un alpinista de primera, pero ignoraba que fuera un fotógrafo y camarógrafo de igual excelencia. No creo que haya habido expedición mejor documentada con imágenes. Y, por si fuera poco, Noel es uno de los pocos que habla el dialecto local.

Una de las rutinas cotidianas que Noel ha estado filmando resultaría increíble si no la hubiera plasmado en imágenes. Morshead, a quien me parece que no conoces, es un cartógrafo que, como miembro de la Royal Geographical Society, tiene la responsabilidad de trazar mapas detallados de la zona, e insiste en anotar las distancias con la mayor exactitud posible. Para ayudarlo en esta tarea, el general ha contratado por veinte rupias al día a un joven indio que mide exactamente un metro ochenta. Aunque lo verás en película cuando volvamos, permíteme que te explique lo que hace: se tumba en el suelo, y uno de

los sherpa hace una marca justo en lo alto de su cabeza para marcar la distancia; entonces, el indio se levanta y se tumba de nuevo con los pies en la marca. Sus días transcurren repitiendo el ejercicio una y otra vez, hora tras hora. De esa manera, Morshead puede medir exactamente la distancia que recorreremos —unos treinta y pocos kilómetros diarios—; he calculado que, al cabo de la jornada, ese joven se tumba unas dieciocho mil veces. Dios sabe que se gana sus veinte rupias diarias.

Querida mía, es hora de que deje de escribir y apague mi candil. Comparto mi pequeña tienda con Guy. Resulta estupendo tener un viejo amigo en este viaje, pero no es lo mismo que estar contigo...

—¿Adónde ha llegado? —preguntó Clare, mirando el mapa.

Ruth dobló la carta antes de inclinarse nuevamente hacia las dos niñas. Estudió el mapa un momento y señaló un pueblo llamado Chumbi. Dado que las misivas de George tardaban seis semanas en llegar a The Holt, nunca podía saber a ciencia cierta dónde se hallaba su marido. Abrió el último sobre y siguió leyendo:

Hoy hemos recorrido los treinta kilómetros habituales y perdido otra mula, de modo que nos quedan sesenta y una. Me pregunto qué decisión táctica tomaría el general si un día se encontrara falta de mulas y tuviera que decidir entre prescindir de su bañera o de su vino.

Todos los días hace formar a los porteadores a las seis. Esta mañana hemos contado treinta y siete, lo cual significa que nos ha dejado otro hombre. El general los llama desertores.

Ayer, mientras marchábamos, nos encontramos con un monasterio budista en lo alto de una montaña. Nos detuvimos para que Noel pudiera filmarlo, pero el general nos recomendó que no molestáramos a los monjes en sus oraciones. Ese hombre es una extraña combinación de sabiduría y ampulosidad.

*Nyima me ha dicho que, una vez hayamos subido a lo alto del Jelep-La, seguramente acamparemos a una altitud de cinco mil doscientos metros, en una montaña desde cuya cima se tiene una vista completa del Everest. Mañana es domingo, día que el general ha señalado de descanso para que las mulas y los porteadores recobren fuerzas. Nosotros lo dedicamos a ponernos al día con nuestras lecturas o a escribir a nuestros seres queridos. En estos momentos estoy disfrutando de *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, aunque te confieso que mañana pretendo subir a esa montaña para tener la oportunidad de contemplar el Everest por primera vez. Tendré que levantarme muy pronto, ya que Nyima calcula que la cima puede estar a unos seis mil quinientos metros. No he explicado al jefe de sherpas que nunca he subido tan alto.*

—¿Y qué pasará si a papá no le dejan cruzar la frontera? —preguntó Clare,

señalando el fino trazo rojo del mapa que separaba la India del Tíbet.

—Pues tendrá que dar media vuelta y regresar a casa —contestó su madre.

—¡Bien! —exclamó la niña.

George se deslizó fuera del campamento poco antes de la salida del sol con la mochila a la espalda, una brújula en una mano y un piolet en la otra. Se sentía como un colegial que se escapaba para fumar a escondidas.

Apenas podía distinguir la montaña sin nombre a través de la bruma del alba. Calculaba que tardaría unas dos horas en llegar a las pendientes inferiores cuando oyó un ruido extraño. Miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo normal.

Para cuando llegó al pie del monte ya había conseguido establecer distintas rutas para alcanzar la cima. La primera emoción para cualquier montañero que se dispusiera a escalar consistía siempre en decidir qué camino tomar. Una elección equivocada podía acabar en desastre o, en el mejor de los casos, en tener que dar marcha atrás y volver otro día. Pero George no contaba con otro día.

Acababa de decidirse por la que le pareció la mejor ruta cuando volvió a oír el mismo ruido de antes. Se volvió y contempló el valle por el que se había aproximado a la montaña. Una mitad estaba bañada por el resplandor del sol, pero debido a la sombra de la montaña daba la impresión de que la otra media todavía no se había despertado. Por más que aguzó la mirada no vio nada raro.

Comprobó una vez más la ruta escogida y empezó a ascender por la pedregosa falda del monte. Durante la hora siguiente avanzó a buen ritmo a pesar de tener que cambiar de dirección cada vez que un obstáculo le cerraba el paso.

Veía la cima ante él y calculó que tardaría una hora en alcanzarla. Fue entonces cuando cometió el primer error. Había llegado a un peñasco que no solo le impedía el paso, sino que parecía infranqueable sin un compañero que lo ayudara. George sabía por amarga experiencia que muchas escaladas se frustraban y que no le quedaba más remedio que volver sobre sus pasos y buscar una nueva ruta. También era consciente de que, si deseaba estar de regreso al campamento antes del anochecer, llegaría un momento en que ya no podría arriesgarse a seguir persiguiendo un sol que se ocultaba tras un horizonte desconocido.

Entonces oyó el mismo ruido por tercera vez, solo que más cerca. Se dio la vuelta, vio a Nyima, que se acercaba, y sonrió, halagado porque el jefe de los sherpas lo hubiera seguido.

—Tendremos que volver y buscar otro camino —le dijo.

—No será necesario —repuso Nyima, que se encaramó al peñasco y empezó a escalarlo sin esfuerzo, moviendo brazos y piernas como un todo por la irregular superficie. George lo observó mientras el sherpa tomaba una ruta que obviamente ya conocía, y se preguntó si habría contemplado ya el Everest. Momentos después, Nyima había llegado a lo alto del obstáculo, y lo único que George veía era una mano que le indicaba que lo imitara.

Siguió con los ojos la ruta que el sherpa había tomado y se sujetó a un saliente en el que no se había fijado, pero que abría un camino recto hasta la cima. Aquella

simple maniobra le había ahorrado una hora, tal vez dos, y de paso había convertido a Nyima en el jefe de escalada. Al poco había alcanzado al sherpa y comprendido, mientras ambos seguían subiendo, que Nyima conocía bien el terreno que pisaba. Solo le quedaba intentar mantener su ritmo.

Cuando llegaron a la cima, se sentaron y miraron hacia el norte, pero todo aparecía envuelto en un denso manto de nubes. George aceptó a regañadientes que no conocería a Chomolungma esa mañana. Abrió la mochila, cogió una barra de Kendal Mint Cake, la partió en dos y le entregó una mitad a Nyima, que no se la llevó a la boca hasta que George se comió la suya.

Mientras permanecían sentados contemplando las nubes, George llegó a la conclusión de que el sherpa era el compañero de escalada ideal: experimentado, con recursos, valiente y callado. Miró la hora y comprendió que tendrían que marcharse pronto si querían llegar al campamento antes del anochecer. Se levantó, mostró el reloj al sherpa y le indicó que debían bajar.

—Solo un momento más, señor Mallory —le pidió Nyima.

Puesto que el guía había demostrado tener razón sobre la ruta de ascenso, George decidió sentarse y esperar un rato. Sin embargo, llegaba un momento en que todo escalador debía decidir si la recompensa valía la pena el riesgo. En su opinión, dicho momento había pasado ya.

Se levantó y, sin esperar a que Nyima lo siguiera, emprendió el descenso. Debía de haber recorrido unos treinta metros cuando notó que se levantaba viento y al volverse vio que las nubes se alejaban lentamente. Regresó rápidamente sobre sus pasos, se sentó en la cima junto al silencioso guía y vio que, al igual que Salomé, Chomolungma se había desprendido de cuatro de sus siete velos.

El viento cobró fuerza y Chomolungma se despojó de un velo más, revelando en primer término una pequeña cordillera que a George le recordó los Alpes franceses, y después otra. Le parecía que nada podía superar tanta belleza, pero entonces una ráfaga de viento descorrió los últimos velos, demostrándole que se equivocaba.

Se quedó sin palabras mientras contemplaba la montaña más alta del mundo. La radiante cima del Everest dominaba el horizonte haciendo que los demás picos del poderoso Himalaya parecieran un simple parque infantil.

Por primera vez, George pudo estudiar a su némesis de cerca. Bajo su fruncido ceño, proyectaba una afilada nariz tibetana hecha de escarpados riscos e inaccesibles precipicios por donde soplaba un viento tan feroz que incluso en terreno llano habría impedido dar un paso. Pero peor, mucho peor, era que aquella diosa tenía dos caras.

Su ladera occidental estaba formada por una aguja de roca que se alzaba hacia los cielos, mucho más alta de lo que la imaginación de George se había atrevido a soñar; mientras que la cara oriental mostraba una losa de hielo de dos kilómetros de largo que no se derretía ni durante los días más largos del año. Su noble cabeza descansaba sobre un fino cuello protegido por hombros de granito. De su torso enorme surgían dos brazos largos y ágiles que terminaban en unas manos grandes y planas, las cuales

despertaban débiles esperanzas hasta que uno veía sus dedos delgados y helados. Era precisamente en una de aquellas uñas donde la expedición confiaba en poder establecer el campamento base.

Al volverse, George vio que Nyima contemplaba a Chomolungma con la misma combinación de temor, respeto y admiración que lo embargaba a él. No creía que ninguno de los dos por separado fuera capaz de subirse a los hombros de tan gigantesca dama, y aún menos escalar su rostro de granito, pero quizá juntos...

Teniendo en cuenta la discusión que habían mantenido en Bombay, George se sintió aliviado cuando el general lo invitó a formar parte de la misión diplomática que presentaría las credenciales de la expedición en el puesto fronterizo.

Trece miembros del grupo, treinta y cinco portadores y cuarenta y ocho mulas habían acampado junto a un tumultuoso río para pasar la noche en la frontera indotibetana. George y sus compañeros disfrutaron de una amena velada durante la que compartieron el vino y los cigarros del general después de la cena.

A las seis menos cuarto de la mañana siguiente, Bruce se hallaba ante la tienda de George, ataviado con el uniforme de gala y con un maletín negro en la mano. El sherpa Nyima, que llevaba su tradicional *bakhu* de lana y cargaba con una gran caja negra con las palabras «Lock's of London» grabadas en la tapa, se mantenía un paso por detrás. George, vestido con el mismo traje que había llevado en la recepción del gobernador general y su corbata de la universidad, salió de la tienda momentos después y acompañó a Bruce hasta el puesto fronterizo.

—Mire, Mallory —le dijo el general—, no espero encontrar dificultades, pero si surge algún contratiempo, déjelo todo en mis manos. Ya he tratado con estos nativos en otras ocasiones y sé cómo manejarlos.

George sabía que el general tenía muchas cualidades, pero en ese momento le dio por pensar que iba a ser testigo de alguno de sus defectos.

Cuando llegaron al puesto, se llevó una sorpresa. La pequeña cabaña de bambú estaba bien camuflada entre el denso follaje y no tenía el aspecto de estar preparada para dar la bienvenida a los extranjeros. Unos pasos más allá vio a dos soldados que los apuntaban con sus rifles. Aquella demostración de hostilidad no amilanó al general, quien avivó el paso. Al considerar la situación, George decidió que prefería morir en la cima de una montaña que en su falda. Unos pasos más adelante, vio exactamente dónde se hallaba la frontera tibetana. Una valla de bambú cerraba el camino de lado a lado, y otros dos soldados armados con rifles se protegían tras los sacos terreros de una trinchera, apuntando también a las fuerzas británicas que marchaban hacia ellos. Sin inmutarse, el general llegó hasta la cabaña, subió los dos peldaños de la entrada y cruzó la puerta abierta como si el puesto se hallara bajo su mando. George lo siguió con cautela, y Nyima hizo lo propio.

Una vez en el interior, el general se detuvo ante un mostrador de madera. Un joven cabo sentado a un escritorio contempló a los tres extranjeros con estupefacción y, aunque abrió la boca, fue incapaz de articular palabra.

—Quisiera hablar con el oficial al mando —dijo en tono autoritario el general, y el sherpa se apresuró a traducir sus palabras en voz baja.

El suboficial desapareció rápidamente en una habitación trasera y cerró la puerta. Pasó un rato antes de que la puerta se abriera de nuevo para dar paso a un hombre bajo y enjuto, con el rostro endurecido por las batallas, que fulminó a Bruce con la

mirada como si este hubiera invadido su territorio particular. El general sonrió al descubrir que el oficial del puesto solo ostentaba el rango de capitán. Saludó militarmente, pero el tibetano no solo no devolvió el gesto, sino que miró al sherpa y, señalando a Bruce, dijo en su lengua nativa:

—Soy el *dzongpen* del distrito de Phari. ¿Quién es ese?

Cuando Nyima hubo traducido, no sin añadir «caballero» al final de la pregunta, el militar británico contestó:

—Soy el general Bruce. —A continuación abrió el maletín y sacó un fajo de papeles, que depositó sobre el mostrador con un golpe seco, antes de añadir—: Estos permisos oficiales me autorizan a mí y a mi expedición a entrar en el distrito de Phari-Dzong.

El sherpa tradujo, y el *dzongpen* lanzó una mirada despectiva a los documentos, al tiempo que se encogía de hombros.

—Como puede ver, llevan la firma de lord Curzon, secretario del Foreign Office —prosiguió el general, dando tiempo a Nyima para que tradujera. El *dzongpen* formuló una pregunta.

—El *dzongpen* quiere saber si es usted lord Curzon —dijo el sherpa.

—¡Pues claro que no! —Exclamó el general—. ¡Di a este idiota que si no nos deja cruzar la frontera ahora mismo, no tendré más remedio que...!

El capitán tibetano se llevó rápidamente la mano a la pistolera, dejando claro que resultaba del todo innecesario que le tradujeran las palabras del general.

—El *dzongpen* dice que permitirá a lord Curzon cruzar la frontera, pero a nadie más —tradujo Nyima.

—¿Es que este idiota no sabe quién soy? —bramó el general, dando un puñetazo en el mostrador.

George bajó la mirada y empezó a pensar en el largo trayecto de regreso a Inglaterra mientras esperaba la respuesta del capitán y confiaba en que el significado de las palabras de Bruce se perdiera en las sutilezas de la traducción. Sin embargo, antes incluso de que el sherpa hubiera acabado, el *dzongpen* había desenfundado la pistola y apuntaba con ella directamente a la frente del general.

—Di al general que ya puede marcharse a casa —dijo el capitán con frialdad—. Daré órdenes a mis hombres de que disparen a matar si vuelve a aparecer por aquí. ¿Entendido?

El general no pestañeó, ni siquiera cuando Nyima le hubo traducido las palabras del *dzongpen*. Pero George, que había abandonado ya cualquier esperanza de cruzar la frontera, seguía confiando en poder salir de allí con vida.

—¿Puedo hablar, general? —susurró.

—Por supuesto que sí, Mallory —repuso Bruce.

George se preguntó si no habría hecho mejor mordiéndose la lengua, porque la pistola del capitán dejó de apuntar a la frente del general y pasó a la suya. Miró al *dzongpen* a los ojos.

—Señor, le traigo regalos de nuestro país para el suyo.

El sherpa tradujo, y el *dzongpen* bajó lentamente el arma y la enfundó antes de adoptar una pose desafiante, con los brazos en jarras.

—Muéstreme esos regalos —ordenó.

George abrió la caja de Lock's y sacó un sombrero hongo negro que entregó ceremoniosamente al capitán tibetano. El capitán se lo puso en la cabeza, se miró en un espejo que colgaba de la pared y sonrió por primera vez.

—Por favor, Nyima —dijo George—, explica al *dzongpen* que lord Curzon lleva un sombrero hongo todos los días para ir a trabajar, como hacen todos los caballeros británicos en Inglaterra.

Cuando el capitán oyó aquellas palabras, se inclinó por encima del mostrador y miró el interior de la caja. El general sacó otro sombrero hongo y se lo entregó al *dzongpen*, que a su vez lo tomó y lo puso en la cabeza del joven cabo que se mantenía en posición de firmes junto a él. El capitán soltó una carcajada, cogió la caja y salió a repartir el resto de los sombreros entre sus hombres.

Cuando volvió a la cabaña, empezó a estudiar los documentos del general con más interés. Se disponía a ponerles el sello correspondiente cuando levantó los ojos, sonrió y señaló el reloj de oro de bolsillo de Bruce. Este quiso explicarle que lo había heredado de su padre, lord Aberdare, pero lo pensó mejor y se lo entregó sin pronunciar palabra. George se alegró de haberse olvidado con las prisas de la mañana de ponerse el reloj que Ruth le había regalado para su aniversario.

A continuación, el *dzongpen* puso los ojos en el ancho cinturón de piel del general, después en sus zapatos y, por último, en sus calcetines hasta las rodillas. Después de haber desnudado al general, volvió su atención hacia George y se apropió igualmente de sus zapatos, calcetines y corbata. Mallory no pudo evitar preguntarse cuándo encontraría aquel tibetano la ocasión de ponerse su vieja corbata de Wikehamist.

El *dzongpen* volvió a sonreír y por fin selló el último documento antes de devolvérselos a Bruce. Este se disponía a guardarlos en su maletín cuando el tibetano meneó la cabeza. El general dejó el maletín en el mostrador y se metió los papeles en el bolsillo trasero del pantalón.

Bruce, descalzo, se sujetó la prenda con una mano y saludó con la otra. Esa vez el *dzongpen* devolvió el saludo. El único que salió de la cabaña con toda la ropa que llevaba al entrar fue el sherpa.

Una hora más tarde, la expedición, encabezada por el general Bruce, avanzó hacia el puesto fronterizo, y la barrera se alzó para permitirles entrar en el distrito de Phari Dzong.

Tras comprobar la hora en el reloj de oro del general, el *dzongpen* le sonrió, se quitó el sombrero hongo y le dijo:

—Bienvenido al Tíbet, lord Curzon.

Nyima no se molestó en traducir las palabras.

Mi querida Ruth:

4 de mayo de 1922

Después de haber conseguido cruzar la frontera y entrar en el Tíbet, en estos momentos nos acercamos al Himalaya, una cordillera formada por miles de montañas que rodean y protegen a su señora como centinelas armados, no aceptan la autoridad del dzongpen local y nunca han oído hablar de lord Curzon. A pesar de su glacial bienvenida y de sus fríos modales, seguimos luchando.

Cuando llegamos e instalamos el campamento base, a unos cinco mil trescientos metros sobre el nivel del mar, tuvimos ocasión de ver al general en su mejor momento. En cuestión de horas, los treinta y dos porteadores que quedaban levantaron la tienda principal de los miembros del equipo, que tiene el tamaño del salón de una casa y que nos permite reunirnos para cenar. Para cuando sirvieron el café y el coñac, las quince tiendas restantes ya estaban en su sitio, lo cual significaba que todo el mundo podría pasar la noche a cubierto. Y cuando digo «todos» debo señalar que los porteadores, incluyendo a Nyima, siguen durmiendo al raso y se acurrucan en el suelo con una piedra por almohada. A veces me pregunto si no debería unirme a ellos si quiero tener alguna posibilidad de conquistar esta infernal montaña.

Nuestro sherpa está demostrando ser una persona de incalculable valor a la hora de organizar a los nativos, y el general ha estado de acuerdo en subirle el sueldo a treinta rupias semanales (alrededor de unos seis peniques). Cuando nos acerquemos a las faldas del Everest resultará fascinante comprobar sus dotes de escalador. Finch está convencido de que será al menos tan bueno como cualquiera de nosotros. Ya te iré contando.

Esta noche, el general me traspasará oficialmente el mando hasta el momento en que demos media vuelta y regresemos a Inglaterra.

—¡Por Su Majestad! —Brindó el general, alzando la copa.

—¡Por el rey! —respondieron los miembros del equipo.

—Caballeros, ya pueden fumar, si lo desean —dijo el general, al tiempo que tomaba asiento y cortaba su puro. George permaneció de pie, lo mismo que el resto del grupo, y alzó su copa una segunda vez.

—Caballeros, por Chomolungma, la diosa de la Madre Tierra.

El general se levantó rápidamente y se unió al brindis de sus compañeros mientras los sherpas se acostaban en el suelo mirando a la montaña.

Al cabo de un instante, George pidió silencio golpeando su copa con una cucharilla. El mando acababa de cambiar de manos.

—Caballeros, quiero empezar dando las gracias al general Bruce por habernos guiado hasta aquí sanos y salvos y, citando sus propias palabras, «recios y en forma».

—¡Bien dicho! —corearon los demás, expresando un sentimiento tan ampliamente compartido que hasta Finch participó de él. George desplegó un mapa, despejó un espacio ante sí y lo extendió sobre la mesa.

—En estos momentos nos encontramos aquí —explicó, señalando con su cucharilla de café un punto situado a cinco mil trescientos metros—. Nuestro objetivo inmediato será avanzar hasta aquí —prosiguió, moviendo la cucharilla hasta llegar a seis mil quinientos metros—, donde espero levantar el Campamento Tres. Si queremos triunfar en nuestro intento de conquistar a Chomolungma, deberemos levantar tres campamentos más arriba. El Campamento Cuatro debería estar a unos siete mil cien metros, en el collado norte. El Campamento Cinco lo situaremos a siete mil ochocientos, y el Campamento Seis a ocho mil trescientos, solo a quinientos cincuenta metros de la cima. Es imperativo que descubramos una ruta a lo largo de la cresta o bordeando el risco nordeste que pueda llevarnos hasta la cumbre.

»Por el momento, no debemos olvidar que no tenemos la menor idea de lo que nos espera. No disponemos de libros de referencia ni de mapas que consultar, ni tampoco tenemos a las viejas glorias sentadas en el bar de la Royal Geographical Society, dispuestas a contarnos una vez más sus anécdotas de pasados triunfos, reales o imaginarios. —Varios miembros del equipo sonrieron y asintieron—. Por lo tanto, debemos trazar un mapa que nos permita convertirnos algún día en las viejas glorias que transmitan dicho conocimiento a las generaciones venideras de alpinistas. —Miró a sus compañeros—. ¿Alguna pregunta?

—Sí —intervino Somervell—. ¿Cuánto tiempo calculas que tardaremos en levantar el Campamento Tres? Me refiero a tenerlo completamente abastecido y ocupado.

—Tú siempre tan práctico —contestó Mallory, sonriendo—. La verdad es que no estoy seguro. Me gustaría cubrir unos seiscientos metros diarios, de modo que mañana por la noche espero haber montado el Campamento Dos a cinco mil novecientos metros y regresar al campamento base antes de la puesta de sol. Al día siguiente daremos el empujón hasta seis mil quinientos, donde montaremos el Campamento Tres antes de volver al Dos para pasar la noche. Como mínimo tardaremos unas dos semanas en aclimatarnos a unas altitudes que ninguno de nosotros ha experimentado jamás. No olvidéis: escalad alto, dormid bajo.

—¿Establecerás grupos antes de ponernos en marcha? —quiso saber Odell.

—No, todavía no —contestó George—. Seguiremos funcionando como una unidad hasta que sepa quiénes de vosotros se han aclimatado mejor a las condiciones reinantes. Por otra parte, sospecho que al final no seré yo quien decida la composición definitiva de los equipos, sino la propia montaña.

—No puedo estar más de acuerdo —comentó Finch—, pero ¿has considerado la posibilidad de utilizar oxígeno por encima de los siete mil cien metros?

—Te contesto lo mismo: creo que será la montaña, y no yo, la que decida por nosotros. —George esperó un momento más antes de concluir—: ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, jefe —dijo Norton—. ¿A qué hora nos quieres listos para revista, mañana por la mañana?

—A las seis en punto, completamente equipados y listos para la marcha. Recordad, mañana deberemos tener el valor de pensar como Colón y estar preparados para adentrarnos en terreno desconocido.

George no sabía si era por la responsabilidad del liderazgo o por la simple emoción de saber que, a partir de ese momento, cada paso que diera lo llevaría más alto que nunca, pero la cuestión es que a la mañana siguiente salió de la tienda antes que el resto del equipo.

Unos minutos antes de las seis de una mañana clara y con poco viento, mientras el sol asomaba sobre el pico más alto, George sintió la satisfacción de ver que sus ocho alpinistas lo esperaban pacientemente ante sus tiendas. Iban vestidos con una curiosa variedad de prendas: chalecos de lana —seguramente confeccionados por sus esposas o novias—; pantalones enfundados en polainas, cortavientos, sobretodos de algodón, camisas de seda, botas de escalar, bufandas Burberry's y mocasines canadienses que conferían a algunos todo el aspecto de estar de vacaciones esquiando en Davos.

De pie, tras los escaladores, estaban los sherpas locales que Nyima había contratado. Cada uno cargaba con casi cuarenta kilos de equipo: tiendas, mantas, palas, ollas, estufas Primus, provisiones y también media docena de botellas de oxígeno.

A las seis en punto, George señaló hacia lo alto y él y sus hombres iniciaron la primera etapa de un viaje cuyo resultado nadie era capaz de predecir. Echó un vistazo por encima del hombro a sus compañeros y sonrió al pensar en el general, sentado en su bañera caliente del campamento base, teniendo que leer los interminables telegramas de Hinks en los que le exigía saber qué progresos estaban haciendo y si Finch se estaba comportando correctamente.

George marcó un ritmo sostenido durante la primera hora, caminando pesadamente por el terreno pedregoso que formaba la ladera que se extendía por encima del campamento base, pasando junto a las ovejas azules sagradas del valle de Rongbuk, que los indígenas no podían sacrificar por muy hambrientos que estuvieran. Era consciente de que las dificultades no empezarán hasta que hubieran bordeado la arista norte, a unos siete mil cien metros, donde no solo el aire estaría mucho más enrarecido, sino que las temperaturas bajarían hasta niveles que pocos de ellos habían experimentado, y aún peor: no tendrían forma de saber qué ruta debían seguir si confiaban en progresar.

Mientras avanzaban trabajosamente, George quedó impresionado por colores que no había visto hasta entonces: una débil claridad azul que cambiaba a un amarillo

intenso y parecía decidida a curtir su pálida piel británica. A lo lejos vio el rostro de Kangshung, con sus enormes colmillos de hielo surcados de grietas y cuyas oscuras e insondables aristas los amenazaban con indeseables aludes.

Solo cuando hubieran montado los Campamentos Dos y Tres podría George estimar cuántos días tendrían que pasar buscando una ruta segura en el collado norte solo para encontrar al final del ilusorio camino un cartel que anunciaba: «Prohibida la entrada. Callejón sin salida». Incluso empezaba a preguntarse si sería posible que un ser humano llegara a la cima. Los miembros de la RGS que habían predicho que Chomolungma sería igual que el Mont Blanc, solo que un poco más alto, habían demostrado su ignorancia.

Al final de la segunda hora, George detuvo la caravana para que todos disfrutaran de un merecido descanso. Mientras caminaba entre los miembros del equipo, vio que Morshead y Kingston tenían dificultades para respirar. Nyima acudió a informarle de que tres sherpas habían abandonado su carga en plena montaña para regresar a sus aldeas. George se preguntó cuántos quedarían en el muelle de Bombay para reclamar al general Bruce su propina de veinte rupias. «Podrá contarlos con los dedos de una mano», le había advertido el general.

Treinta minutos más tarde, el grupo reemprendió la marcha y no se detuvo a descansar otra vez hasta que el sol alcanzó su cenit. Durante la pausa para comer dieron buena cuenta de sus raciones de Kendal Mint Cake, de las galletas de jengibre, y de los albaricoques secos; luego, bebieron leche en polvo reconstituida y reanudaron el ascenso.

Tras una hora de caminata, tuvieron que cruzar un arroyo rodeado de brotes de hierba. En una orilla se levantaba un sauce cubierto de mariposas gigantescas que echaron a volar cuando ellos se acercaron: un oasis cuyo recuerdo no tardó en convertirse en espejismo a medida que ascendían.

Cuando por fin llegó el momento de que George eligiera un lugar adecuado para levantar el Campamento Dos, escogió una zona llana y pedregosa situada en el centro del glaciar Kongbuk oriental y rodeada de grandes agujas de hielo que ofrecía la ventaja de estar protegida del viento. Comprobó el altímetro: justo por encima de cinco mil novecientos metros. Los sherpas depositaron su cargamento en el suelo bajo la atenta mirada de Nyima y nivelaron un poco el suelo rocoso antes de levantar la primera tienda. Hasta que no hubieron descargado las cajas de provisiones destinadas al Campamento Tres y que debían durar todo un mes, no montaron la tienda del equipo.

Mientras cenaban de regreso en el campamento base —una vez más estofado de carne de cabra con bolas de arroz, seguido de queso y galletas—, George explicó a sus hombres que el día no había podido salir mejor. Sin embargo, seguía sin tener la menor idea de cuánto tardarían en localizar una ruta al otro lado del glaciar Rongbuk, y era consciente de que debían estar preparados para llevarse algunos chascos.

Esa noche, antes de apagar su candil, George leyó unas cuantas páginas de la

Ilíada después de haber escrito unas líneas a Ruth. Ella las leyó al cabo de dos meses, cuando la tragedia ya había ocurrido.

Las cartas de George a menudo llegaban a The Holt semanas después de que las noticias que contenían hubieran sido recogidas por el *Times*. Ruth sabía que, tarde o temprano, recibiría una misiva con la versión de George de la historia de lo que había ocurrido aquella trágica mañana de junio; pero, hasta que eso ocurriera, no tendría más remedio que leer el drama por capítulos, como si de una novela de Dickens se tratara.

8 de mayo de 1922

Mi querida Ruth:

Estoy sentado en mi pequeña tienda, escribiéndote a la luz de un candil. El primer día de escalada ha ido bien y hemos encontrado un sitio ideal para levantar el que será nuestro hogar temporal. Sin embargo, hace tanto frío que, cuando me acuesto, tengo que ponerme los mitones que me hiciste en la última Navidad y los calzones largos de lana de tu padre.

La montaña ya me ha dado a entender claramente que no estamos equipados para tan exigente aventura. La verdad, muchos miembros del equipo son demasiado mayores, y solo unos pocos están lo bastante en forma para continuar. Al igual que yo, deben de desear haber tenido la oportunidad de emprender esta aventura en 1915, cuando éramos todos mucho más jóvenes. ¡Condenados alemanes!

Mi amor, te echo tanto de menos que...

Ruth dejó de leer y se arrodilló junto a Clare y Beridge para estudiar el mapa que había encontrado su sitio fijo en el suelo del salón. Cuando dibujó la figura de un hombre con gafas apoyado en un piolet, a seis mil metros de altura, Clare se puso a aplaudir.

Mi queridísima Ruth:

16 de junio de 1922

Llevamos ya más de un mes buscando la ruta que nos ha de llevar al otro lado del glaciar Rongbuk oriental, y estaba empezando a deprimirme, sobre todo después de que Nyima me anunciara que la temporada de los monzones no tardará en llegar, porque entonces no tendremos más remedio que volver al campamento base e iniciar el largo viaje de regreso a Inglaterra.

Sin embargo, hoy hemos hecho grandes progresos cuando Morshead ha encontrado una ruta más allá del glaciar que describe una curva alrededor de Changse y hacia el otro lado del collado norte. Así pues, mañana, Norton, Somervell y Morshead volverán allí. Si pueden encontrar una plataforma lo bastante grande —y suponiendo también que el viento, que según Morshead sopla con la fuerza de un vendaval, se lo permita—, intentarán plantar una tienda y averiguar si es posible pasar la noche bajo una lona, en lo alto del collado norte, a unos mil ochocientos metros de la cima.

Si lo es, al día siguiente Norton y Somervell harán un primer intento de alcanzar la cima. Sé que mil ochocientos metros no parecen muchos. De hecho ya me imagino a Hinks diciendo al comité que no es mucho más alto que el Ben Nevis, pero el Ben Nevis no está hecho de agujas de hielo negro imposibles de escalar; aquí la temperatura es de cuarenta bajo cero, y el viento hace que por cada cuatro pasos solo avances uno. Por si todo eso fuera poco, solo respiramos una tercera parte del oxígeno que tenemos en Surrey. Y puesto que el descenso resultará aún más peligroso, no podemos correr riesgos innecesarios solo para que Hinks pueda informar a su comité de que uno de nosotros ha escalado alturas que ningún hombre ha alcanzado hasta la fecha.

Varios miembros del grupo sufren de mal de altura, de ceguera por culpa de la nieve y, lo que es peor, de congelación. Morshead ha perdido dos dedos de la mano y uno del pie. ¿Habría valido la pena que los perdiera si hubiera llegado a la cima por el collado norte? Si Norton y Somervell no consiguen coronar pasado mañana, Finch, Odell y yo lo intentaremos al día siguiente. En cambio, si lo logran, estaremos de vuelta mucho antes de que abras esta carta. En realidad incluso es posible que yo llegue antes que ella. Ojalá.

Aunque hay otro miembro de la expedición que siempre sigue nuestros pasos, tengo el presentimiento de que quizá seremos Finch y yo quienes durmamos en esa tienda, a ocho mil cuatrocientos metros por encima del nivel del mar.

Mi amor, te escribo esta carta teniendo tu fotografía junto a mí y...

Una vez más, Ruth se arrodilló con sus hijas en el suelo del salón y comprobó que Clare ya tenía el dedo puesto en el collado norte.

—Tendrían que haber vuelto hace una hora.

Odell no hizo comentario alguno, aunque sabía que George tenía razón. Se hallaban de pie, fuera de la tienda del grupo, contemplando la montaña y deseando que Norton, Somervell y Morshead aparecieran.

Si los dos primeros habían alcanzado la cima, lo único que George lamentaría — aunque no lo admitiría ante nadie salvo Ruth— sería no haberse incluido en ese primer grupo.

Comprobó de nuevo la hora y calculó que no podían esperar mucho más. Se volvió hacia los demás, que también contemplaban la montaña con ansiedad.

—Bien, ha llegado el momento de que formemos un grupo de búsqueda. ¿Quién quiere acompañarme? Se alzaron varias manos.

Minutos más tarde, George, Finch, Odell y Nyima se habían equipado por completo y estaban listos para partir. George se puso en marcha al frente del grupo sin decir más. Un viento gélido bajaba por el paso y se les metía entre la ropa, cubriéndolos de una fina capa de escarcha que enseguida se congelaba sobre sus reseca mejillas.

George nunca se había enfrentado a un enemigo tan fiero y cruel, y comprendió que nadie podía confiar en sobrevivir una noche en semejantes condiciones. Debían encontrarlos.

—¡Una locura! ¡Esto no es más que una locura! —gritó al vendaval, pero Bóreas no le hizo el menor caso y siguió soplando.

Tras más de dos horas de las peores condiciones que había conocido, George a duras penas podía poner un pie por delante del otro. Estaba a punto de dar orden de regresar al campamento cuando oyó que Finch gritaba.

—¡Veo tres pequeñas ovejitas que parecen haberse perdido, beee, beee, beee!

Frente a ellos, casi invisibles ante el fondo de roca, George consiguió distinguir a los tres alpinistas extraviados que caminaban arrastrando los pies lentamente mientras bajaban de la montaña. El grupo de rescate corrió hacia ellos tan rápido como pudo. A pesar de lo ansiosos que estaban todos por saber si Norton y Somervell habían coronado la cima, ninguno de ellos se atrevió a preguntárselo cuando vieron lo agotados que se hallaban. Norton se cubría penosamente una oreja con la mano. George lo sujetó del brazo y lo guio camino abajo, hasta el campamento. De vez en cuando miraba por encima del hombro y veía a Somervell unos pasos por detrás; sin embargo, el rostro del montañero no delataba el resultado de su misión. Por último observó a Morshead, cuyas facciones permanecían vacías de toda expresión mientras seguía caminando con fuerza.

Transcurrió una hora antes de que avistaran el campamento. George guio en la

penumbra a los tres escaladores hasta la tienda principal, donde les esperaban unas tazas de té caliente. Nada más entrar, Norton cayó de rodillas, y Guy corrió a su lado a examinar su oreja congelada, que estaba negra y cubierta de ampollas.

Mientras Morshead y Somervell se inclinaban sobre la llama de la estufa Primus para calentarse, el resto del grupo se mantuvo en silencio, esperando que fuera alguno de ellos el primero en dar la noticia. Somervell habló, pero no sin antes haber bebido varios sorbos de té con *brandy*.

—Esta mañana, después de haber plantado la tienda del Campamento Cinco, no podríamos haber empezado mejor —explicó—; pero, al cabo de unos trescientos metros nos vimos envueltos por una tormenta de nieve. La garganta se me cerró hasta el punto de que apenas podía respirar. —Hizo una pausa—. Norton me dio golpes en la espalda hasta que vomité, lo cual solucionó temporalmente el problema; pero, para entonces ya no me quedaban fuerzas para dar un paso más. Norton esperó a que me recuperara antes de lanzarnos por el collado norte.

Norton prosiguió el relato mientras Somervell tomaba otro sorbo de té.

—La situación era desesperada. Conseguimos avanzar un poco, pero la tormenta no amainaba, de modo que no nos quedó más remedio que dar media vuelta.

—¿Qué cota alcanzasteis? —preguntó George.

Norton entregó el altímetro al jefe de escalada.

—¡Ocho mil trescientos veintitrés metros! —exclamó George—. ¡Es la mayor altitud alcanzada por el hombre! El resto del grupo prorrumpió en espontáneos aplausos.

—Si hubierais llevado oxígeno podríais haber alcanzado la cima —dijo Finch. Nadie quiso manifestar una opinión.

—Me temo que esto te va a doler, viejo amigo —dijo Bullock, cogiendo unas tijeras y calentándolas en la llama de la estufa. A continuación, se inclinó sobre Norton y procedió a amputarle la zona congelada de la oreja.

A la mañana siguiente, George se levantó a las seis en punto. Asomó la cabeza fuera de la tienda y vio un día despejado, sin la menor señal de viento. Finch y Odell estaban sentados, con las piernas cruzadas, dando buena cuenta de un contundente desayuno.

—Buenos días, caballeros —saludó George, tan impaciente por ponerse en marcha que desayunó de pie y en cuestión de minutos se encontraba listo para partir. Bullock, Morshead y Somervell se arrastraron fuera de sus respectivas tiendas para desearles buena suerte. Norton no se movió de donde estaba.

George decidió seguir su consejo sobre la ruta que debían tomar y condujo a Finch y Odell hacia el collado norte. A pesar de que era una mañana despejada y sin viento, cada paso que daban les resultaba más trabajoso que el anterior, porque tenían que tomar tres bocanadas de aire a cada zancada. Finch había insistido en atarse a la

espalda dos botellas de oxígeno. ¿Resultaría al final que tenía razón y sería el único capaz de seguir avanzando?

Hora tras hora, fueron escalando la montaña en silencio. Ya entrada la tarde notaron el primer soplo de un viento gélido que los saludó como un invitado indeseable. En cuestión de minutos, la brisa se convirtió en galerna. Si el altímetro no le hubiera confirmado que se hallaban solo a cien metros del Campamento Cinco, George habría ordenado dar media vuelta.

Tardaron una hora en cubrir esos cien metros debido al viento y la nieve, que empezaron a azotar incansablemente sus cuerpos, abriéndose paso entre su ropa, como si buscara implacablemente cualquier superficie de piel expuesta al tiempo que intentaba empujarlos montaña abajo. Cuando por fin llegaron a la tienda, George no pudo menos que rezar para que a la mañana siguiente el tiempo hubiera amainado. De lo contrario, tendrían que volver, ya que no podían esperar sobrevivir en aquellas condiciones durante dos noches seguidas. Lo cierto era que temía que murieran congelados si se dormían.

Los tres hombres se instalaron lo mejor que pudieron para pasar la noche. George se fijó en que el aliento condensado se congelaba y se convertía en carámbanos que colgaban del techo de la tienda, igual que arañas en un salón de baile. Finch se dedicó a inspeccionar una y otra vez sus preciosas botellas de oxígeno, mientras él intentaba escribir unas líneas a Ruth.

Mi queridísima Ruth:

19 de junio de 1922

Ayer, tres valientes partieron para intentar alcanzar la cima del Everest, y uno de ellos, Norton, llegó a subir a ocho mil trescientos veintitrés metros antes de que el agotamiento los venciera. Al final tuvieron que volver, y Norton perdió parte de la oreja por culpa de la congelación. Esta noche duerme sabiendo que ha escalado más alto que cualquier otro ser humano en este planeta.

Mañana, otros tres de nosotros intentaremos seguir sus pasos y hasta es posible que alguno consiga...

—Después de lo que hemos pasado hoy, Mallory, ¿no vas a reconsiderar la posibilidad de utilizar oxígeno mañana?

—No —contestó George, dejando la estilográfica—. Estoy decidido a hacer un intento sin ayuda de elementos artificiales.

—Bueno, las botas que llevas son una ayuda artificial —replicó Finch—. Y también los mitones que te ha confeccionado tu mujer; de hecho, hasta el azúcar que te echas en el té lo es. A decir verdad, lo único que no nos proporciona ninguna ayuda es nuestro compañero —concluyó Finch, fulminando con la mirada a Odell, que seguía durmiendo.

—¿Y a quién habrías elegido en su lugar? ¿A Somervell, a Norton?

—A ninguno de ellos, y eso que son dos excelentes alpinistas —repuso Finch—. Sin embargo, desde el principio dejaste bien claro que solo el hombre mejor aclimatado debería llevar a cabo el asalto final, y ambos sabemos quién es.

—Sí, Nyima —contestó George en voz baja.

—Hay otra razón por la que deberías haberlo invitado, que es lo que habría hecho yo sin dudar de haber sido el jefe de escalada.

—¿Y qué razón es esa?

—El placer de contemplar el rostro de Hinks cuando tenga que informar al comité de que los dos primeros hombres en coronar la cima del mundo fueron un australiano y un sherpa.

—Eso no ocurrirá —le aseguró George.

—¿Por qué no?

—Porque lo que Hinks explicará al comité será que un inglés fue el primero que llegó a la cima —declaró con una breve sonrisa—. De todas maneras, no veo ninguna razón para que un australiano y un sherpa no lo consigan en un futuro más o menos cercano. —Volvió a coger la pluma—. Ahora duérmete, Finch, quiero terminar la carta.

George empezó a deslizar la pluma por el papel, pero no apareció trazo alguno. La tinta se había helado.

A las cinco en punto de la mañana siguiente, los tres hombres se arrastraron fuera de sus sacos de dormir. George fue el primero en salir de la tienda, donde le dio la bienvenida un cielo azul como quizá Turner habría conseguido plasmar si alguna vez hubiera escalado más de siete mil metros. Solo quedaba un leve rastro de brisa, y George se llenó los pulmones con el helado aire matutino mientras contemplaba la cima, a solo mil doscientos metros por encima de su cabeza.

—Está tan cerca... —murmuró mientras Finch salía de la tienda con sus quince kilos de oxígeno atados a la espalda. El australiano también alzó la vista hacia la cumbre y se golpeó el pecho.

—Chis —dijo George—. No queremos despertarla. Será mejor que la dejemos dormir y la tomemos por sorpresa.

—Esa no es forma de tratar a una dama —repuso Finch con una pícaro sonrisa.

George empezó a caminar de un lado a otro, incapaz de disimular su impaciencia ante la tardanza de Odell.

—Lamento haberos hecho esperar, amigos —dijo este en tono compungido cuando por fin se arrastró fuera de la tienda—. No encontraba mi otro guante.

Ninguno de sus dos compañeros mostró la menor lástima. Se ataron y George ocupó la cabeza de la cordada, seguido de Finch y por último de Odell, que cerraba el grupo.

—Buena suerte, caballeros —dijo George—. Ha llegado nuestro turno de cortejar a la dama.

—Confiemos en que no deje caer su pañuelo justo encima de nuestras cabezas —

dijo Finch, abriendo la válvula de oxígeno y ajustándose la boquilla.

George apenas había dado unos cuantos pasos cuando comprendió que aquella escalada iba a ser completamente distinta de cualquier otra que hubiera emprendido en el pasado. Siempre que se había aproximado a la cima de una montaña había encontrado lugares donde era posible detenerse y descansar. Sin embargo, allí no existía la menor posibilidad de tomarse un respiro. El menor movimiento resultaba tan agotador como si intentara correr los cien metros, y aun así avanzaban a paso de tortuga.

Intentó no pensar en Finch, que se hallaba solo unos pasos por detrás, respirando tranquilamente su oxígeno. ¿Demostraría acaso el australiano que estaban todos equivocados? Siguió luchando, pero a cada paso que daba le costaba más respirar. Durante los siete meses anteriores había practicado a diario una técnica especial de respiración profunda —aspirar por la nariz durante cuatro segundos, llenarse los pulmones y espirar por la boca durante otros cuatro segundos—; sin embargo, esa era la primera vez que tenía la oportunidad de ponerla en práctica por encima de siete mil metros. Volvió la vista atrás y observó que Finch, pese a llevar quince kilos de más a la espalda, parecía descansado. En cualquier caso, si ambos lograban alcanzar la cumbre, no habría duda de quién sería el vencedor.

George siguió esforzándose centímetro a centímetro, palmo a palmo, y no se detuvo hasta que encontró la bufanda de Norton, que este había dejado para señalar el nuevo récord de altitud que estaba a punto de ser superado. Miró a su espalda y vio que Finch ascendía con fuerza, pero que a Odell le costaba cada vez más y que se rezagaba. ¿Estaba Finch en lo cierto? ¿Tendría que haber elegido al mejor alpinista para que los acompañara?

Comprobó la hora: las diez y doce minutos. Aunque habían avanzado más despacio de lo que había previsto, seguía confiando en alcanzar la cima a mediodía, a fin de regresar al collado norte antes de la puesta del sol. Contó lentamente hasta sesenta, algo que había hecho en todas sus escaladas desde que era niño, antes de mirar el altímetro para comprobar hasta dónde habían llegado. No necesitaba el aparato para saber que la distancia se reducía a cada minuto que pasaba, y conservaba la esperanza de coronar cuando a las diez y cincuenta y uno vio que habían llegado a ocho mil quinientos cuarenta metros de altitud. En ese momento oyó un grito como de animal herido y supo que no se trataba de Finch.

Miró hacia atrás y vio a Odell de rodillas, estremeciéndose por un ataque de tos, con el piolet hundido junto a él, en la nieve. Estaba claro que no podía dar un paso más. A regañadientes, se deslizó hasta él, retrocediendo de paso diez metros duramente conquistados.

—Lo siento mucho, Mallory —murmuró Odell, resollando—. No puedo seguir. Tendría que haber dejado que Finch y tú partierais sin mí.

—Ni lo pienses, viejo amigo —contestó George entre jadeos, pasándole el brazo por los hombros—. Lo intentaré otra vez mañana. No podrías haber hecho más de lo

que has hecho.

Finch no perdió tiempo en palabras de consuelo.

—Si vas a quedarte cuidando de Odell, ¿te importa que yo siga adelante? —preguntó tras quitarse la boquilla. George deseó negarse, pero sabía que no podía hacerlo. Miró la hora —las diez cincuenta y tres— y asintió.

—Buena suerte, pero recuerda que has de dar la vuelta a mediodía, como muy tarde.

—Con eso debería bastarme —dijo Finch, quien se colocó de nuevo la boquilla y se desató de la cordada.

Cuando pasó ante sus compañeros, ninguno de los dos pudo ver su sonrisa, y George tuvo que conformarse con quedarse mirando mientras su rival avanzaba lentamente, montaña arriba, centímetro a centímetro hacia la cima.

Sin embargo, mucho antes de que llegara la hora acordada, Finch ya no pudo seguir adelante. Se detuvo para abrir la válvula de la segunda bombona, pero apenas consiguió avanzar unos metros más. Soltó una maldición al comprender lo cerca que se hallaba de la inmortalidad. Comprobó el altímetro: ocho mil seiscientos treinta metros. A solo doscientos cincuenta metros de poder estrechar la mano de Dios.

Finch contempló el pico reluciente, se quitó la boquilla de la boca y gritó:

—Esperabas a Mallory, ¿verdad? ¡Pues seré yo quien vuelva mañana!

Mi queridísima Ruth:

28 de junio de 1922

Hemos estado a punto de alcanzar la cima, pero a las pocas horas de haber regresado al collado norte, el mal tiempo se desató con más fuerza aún. No sabría decir si los dioses están furiosos porque no conseguimos llegar a la cima o si, habiendo estado tan cerca, han decidido cerrarnos la puerta en las narices.

Al día siguiente, las condiciones meteorológicas eran tan malas que volvimos al Campamento Dos, donde nos quedamos durante una semana, esperando que se produjera un cambio en el tiempo. Sigo decidido a hacer un último intento de alcanzar el techo del mundo.

Norton ha tenido que regresar al campamento base, y sospecho que el general Bruce lo enviará de vuelta a Inglaterra. Dios sabe que ha cumplido sobradamente con su cometido.

Finch ha caído enfermo de disentería y también se ha retirado al campamento base. Sin embargo, se encuentra con fuerzas suficientes para explicar a todo el que quiera escucharlo que es quien más alto ha escalado del mundo —ocho mil seiscientos treinta metros—, incluyéndome a mí.

Morshead lo ha acompañado, puesto que sus heridas por congelación son graves. Odell se ha recuperado del todo de nuestro primer intento de coronar, cuando lo pasó realmente mal, y me dice que quiere tener otra oportunidad; sin embargo, si lo intentamos otra vez, no voy a correr el riesgo de subir de nuevo con él. Así pues, si no puedo contar con Finch, Morshead ni Norton para que me acompañen en el ascenso final, solo me queda Somervell entre los escaladores cualificados, y considero que tiene todo el derecho del mundo a disponer de una segunda oportunidad.

Si el tiempo despeja, aunque sea solamente un par de días, estoy decidido a realizar un nuevo intento antes de que se nos eche encima la temporada de los monzones. No me seduce la idea de volver a Inglaterra en segundo lugar, máxime estando convencido como lo estoy de que si Odell no me hubiera retenido, podría haber llegado a una cota superior a los ocho mil quinientos cuarenta metros o incluso hasta la cima, especialmente con Finch pisándome los talones. Ahora que tiene que guardar reposo, es posible que yo experimente con sus dichosas botellas de oxígeno, pero eso no pienso decírselo hasta que regrese con el triunfo en la mano.

De todas maneras, la verdadera razón de que haya resuelto zanzar esta obsesión de toda una vida radica en que no tengo el menor interés en regresar a estas tierras desoladas, mientras que ardo en deseos de pasar el resto de mi vida

contigo y las niñas. Incluso echo de menos a los de quinto.

Confío en que mucho antes de que abras esta carta habrás leído en el Times que tu marido ha alcanzado el techo del mundo y se encuentra de regreso a casa.

*No veo el momento de estrecharte entre mis brazos. Tu esposo que te quiere,
George*

Se disponía a sellar el sobre cuando Nyima apareció a su lado con dos tazas de Bovril.

—Le gustará saber, señor Mallory, que vamos a disfrutar de tres días seguidos de buen tiempo, pero no más. Así pues, será nuestra última oportunidad, porque la temporada de los monzones llegará poco después.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó George, calentándose las manos con la taza antes de tomar un sorbo.

—Soy como las vacas de su país —contestó el sherpa—, que saben guarecerse bajo un árbol antes de que empiece a llover.

—Sabes mucho de mi país —rio George.

—Se han escrito más libros sobre Inglaterra que sobre cualquier otro país del mundo. —Nyima vaciló un momento antes de añadir—: Quizá si hubiera nacido inglés, señor Mallory, usted habría considerado la posibilidad de incorporarme a su cordada.

—Por favor, despiértame a las seis —contestó George—. Si estás en lo cierto con respecto al tiempo de mañana, me gustaría llegar al campamento del collado norte a la puesta de sol, a fin de que al día siguiente podamos hacer un último intento de coronar.

—¿Quiere que lleve su carta al campamento base para que la echen al correo enseguida?

—No, gracias —repuso George—. Que se encargue otro de eso. Te tengo reservada una misión más importante que la de simple cartero.

Cuando Nyima lo despertó a la mañana siguiente, George se sentía de un humor excelente. El día de la ascensión. Una jornada para la historia. Tomó un desayuno contundente, consciente de que durante los dos días siguientes tendría que conformarse con mordisquear Kendal Mint Cake.

Al salir de la tienda vio con satisfacción que Somervell y Odell lo esperaban junto con nueve sherpas, incluyendo a Nyima, todos ellos igualmente prestos a ponerse en camino.

—Buenos días, caballeros —los saludó—. Ha llegado el momento de que dejemos nuestra tarjeta de visita en la cima del mundo. Y sin decir más, echó a caminar montaña arriba.

Era un día perfecto para la escalada, despejado y sin un soplo de viento, y desde la víspera solo había caído una capa de nieve que le recordó los Alpes suizos. Si Nyima estaba en lo cierto, el único problema de George sería seleccionar a los miembros del equipo para el asalto final. En cualquier caso, a esas alturas ya había decidido seguir el consejo de Finch e invitar al escalador más aclimatado para que lo acompañara al día siguiente.

Durante la primera hora avanzaron más rápidamente de lo que George había creído posible; de hecho, cuando se dio la vuelta para saber cómo marchaba el grupo, comprobó con satisfacción que nadie se rezagaba, así que decidió no parar mientras estuvieran progresando tan bien. Esa decisión había de salvarle la vida.

Nadie flaqueó durante la segunda hora, pero al final de ese período, George decidió detenerse a descansar. Le gustó ver que, a pesar de llevar a la espalda casi cuarenta kilos de provisiones, los sherpas seguían sonriendo.

Cuando reemprendieron la marcha, fueron frenando el paso a medida que la pendiente se hacía más pronunciada. La nieve era profunda; a menudo les llegaba por encima de la rodilla. No obstante, George conservaba su buen ánimo. Le complació descubrir que Odell y Somervell mantenían el ritmo, sin duda porque daban por sentado que al día siguiente lo acompañarían en la escalada final. Sin embargo, él ya había decidido que, en esa ocasión, solo uno de ellos lo haría. Bastante por detrás de los europeos, los sherpas seguían trepando esforzadamente, con Nyima cerrando la marcha. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de George, que ya no dudaba de que lograría derrotar tanto a Finch como a Hinks.

Se hallaban a doscientos metros del collado norte cuando George captó, en algún lugar por encima de él, un sonido que le pareció el petardeo de un motor de coche y, al instante, recordó cuándo y dónde había oído en el pasado aquel inconfundible y cruel ruido.

—¡Por Dios, otra vez no! —gritó mientras una avalancha de rocas, nieve y detritos se les echaba encima desde unos noventa metros de altura. Somervell y Odell quedaron completamente enterrados en cuestión de segundos. George se abrió paso frenéticamente hasta la superficie justo a tiempo de ver que el alud seguía su curso implacable, montaña abajo, cobrando impulso a medida que iba arrastrándolo todo a su paso. Desesperado e impotente, vio que primero sus amigos y después los sherpas desaparecían bajo la superficie uno a uno. El último en quedar enterrado fue Nyima, una imagen que George no había de olvidar en toda su vida.

Se hizo un silencio sobrenatural antes de que George gritara. Rezó con todas sus fuerzas para no ser el único miembro del grupo con vida. Odell respondió a su llamada y, momentos después, Somervell salió a la superficie. Los tres se arrastraron fuera de la nieve y corrieron montaña abajo, confiando contra toda esperanza en poder salvar a los sherpas que tan fielmente los habían servido.

George localizó un guante en la superficie e intentó correr hacia él, pero a cada paso iba hundiéndose más y más en la espesa nieve. Cuando por fin llegó donde

estaba el guante empezó a cavar frenéticamente a su alrededor con las manos desnudas. Ya empezaba a desesperar cuando asomó una mano, azulada y sin guante, seguida de un brazo, un cuello y finalmente una cabeza que boqueaba en busca de aire. Tras él oyó un grito de alegría cuando Odell consiguió rescatar a otro sherpa que había creído que no volvería a ver la luz del día. George siguió recorriendo la loma, con nieve hasta la cintura, buscando una mochila, una bota, un piolet, cualquier cosa que lo condujera hasta Nyima. Durante lo que le parecieron horas se dedicó a excavar furiosamente ante el menor rastro de vida. Sin embargo, no encontró nada. Al final se desplomó, agotado, y se vio obligado a aceptar que no podía hacer más.

Cuando el sol se puso una hora más tarde, solo habían logrado rescatar a dos de los nueve sherpas. Los otros siete, incluyendo a Nyima, habían quedado enterrados para siempre en esa tumba. George cayó de rodillas en la nieve y lloró. Chomolungma se reía ante la osadía de aquellos simples mortales.

Pasaron varios días antes de que la pérdida de los siete sherpas dejara de mortificar a George, incluso en sueños. Poco importó que sus colegas intentaran consolarlo, asegurándole que su ambición no había sido la culpable de la muerte de los sherpas. El general Bruce ordenó que levantaran un túmulo en una morrena próxima a un monasterio tibetano. Los hombres permanecieron alrededor, en silencio y cabizbajos.

—No me parecería tan injusto si uno de nosotros estuviera enterrado con ellos — comentó Somervell.

Bruce condujo de regreso a Bombay a un grupo de hombres completamente descorazonados. Tuvieron que pasar varios días a bordo del barco que los llevaba a Inglaterra antes de que alguien sonriera, y semanas antes de que se oyera alguna risa. George se preguntó qué recibimiento los esperaba cuando arribaran a Liverpool.

Todos los miembros de la expedición habían jurado, citando las palabras de su jefe de escalada, que no volverían al Everest ni por todo el oro del mundo.

Libro sexto

De vuelta a tierra

Lunes, 4 de septiembre de 1922

George se apoyó en la barandilla del SS *Caledonia* y, junto con el resto de los miembros de su equipo, contempló el muelle con incredulidad. Ninguno de ellos daba crédito a sus ojos. Hasta donde alcanzaba la vista, el muelle se hallaba abarrotado de gente que los aplaudía y los vitoreaba mientras agitaba banderitas del Reino Unido.

—¿A quién aclaman de este modo? —preguntó George, preguntándose si no viajaría alguna estrella de cine en el barco.

—Me parece que te están dando la bienvenida a ti —le dijo Somervell—. Deben de creer que llegaste a coronar la cima del Everest.

George siguió contemplando la enfervorizada multitud, aunque solo había una persona que le interesara ver. Tuvo que esperar a que el barco amarrara para divisarla brevemente: una figura solitaria que aparecía y desaparecía entre la agitación de manos, sombreros y banderas.

Habría sido el primero en bajar por la pasarela si Finch no se le hubiera adelantado. Tan pronto como puso pie en tierra, se vio rodeado por un enjambre de manos extendidas que le devolvieron vividos recuerdos de Mombay, salvo que en esa ocasión no intentaban venderle mercancías o pedirle limosna, sino palmearle la espalda.

—¿Sigue confiando en ser el primer hombre que conquiste el Everest, señor Mallory? —le preguntó entre gritos un periodista con la libreta abierta y el lápiz en ristre.

George no hizo el menor intento de responder, sino que se abrió paso trabajosamente entre el gentío hacia el lugar donde creía haberla visto.

—Yo sí pienso volver —declaró Finch, que enseguida se vio rodeado por la prensa—. Al fin y al cabo, solo me quedan doscientos cincuenta metros por escalar.

El reportero del lápiz anotó rápidamente aquellas palabras.

—¿Cree usted que llegará a la cima la próxima vez, señor Mallory? —insistió otro periodista mientras lo perseguía.

—No habrá una próxima vez —masculló George. Entonces la vio a pocos metros

delante de él.

—¡Ruth! ¡Ruth! —la llamó, pero ella no lo oyó entre el clamor de la gente.

Al fin, sus ojos se encontraron y George vio la sonrisa que ella reservaba para sus seres queridos. Le tendió una mano y varios desconocidos se la estrecharon. Se abalanzó hacia ella y la estrechó en sus brazos.

—¿Cómo vamos a escapar de todo este gentío? —le preguntó George al oído.

—Tengo el coche aquí cerca —contestó ella, agarrándole la mano con fuerza y apartándolo de la multitud. Sin embargo, los nuevos admiradores de George no estaban dispuestos a dejarlo escapar tan fácilmente.

—¿Ha aceptado ya el puesto de jefe de cordada para la expedición del año que viene? —gritó otro periodista.

—¿La expedición del año que viene? —preguntó George, que se vio pillado por sorpresa.

Pero, en esos momentos, Ruth ya había alcanzado el coche, cuya portezuela había abierto, y lo empujó al asiento del pasajero. George no pudo ocultar su asombro cuando vio que su mujer se sentaba al volante.

—¿Cuándo has aprendido?

—Una chica ha de entretenerse de algún modo si su marido se va a ver a otra mujer —replicó Ruth con una sonrisa. Él la abrazó de nuevo y la besó suavemente en los labios.

—Creía que ya te había prevenido sobre besar a una desconocida en público, George —comentó ella, sin soltarlo.

—Sí, me acuerdo —contestó él, besándola de nuevo.

—Bueno, será mejor que nos vayamos antes de que esto se convierta en la escena final de una película de Lilian Gish —dijo Ruth a regañadientes.

Puso en marcha el motor, metió la primera y empezó a abrirse paso lentamente entre la gente. Pasaron casi veinte minutos antes de que pudiera engranar la segunda y dejar atrás a la multitud. Aun así, en el último momento, uno de los admiradores de George se las arregló para dar unas palmadas en el capó del coche y gritar:

—¡Bien hecho, señor, bien hecho!

—¿De qué va todo esto? —preguntó George, quien al mirar por el parabrisas trasero descubrió que algunos insistían en perseguirlo.

—No tenías forma de saberlo, pero la prensa ha estado dando cuenta de tus progresos desde el día en que te marchaste, y a lo largo de estos seis meses te ha convertido en una especie de héroe nacional.

—¡Pero si he fracasado! ¿Acaso nadie lo ha tenido en cuenta?

—No parece importarles. Lo que ha encandilado a todo el mundo ha sido que te quedaras con Odell y permitieras que Finch siguiera adelante.

—Pero es el nombre de Finch el que figura en los libros de récords. Al menos él escaló doscientos cincuenta metros más que yo.

—Sí, pero gracias a la ayuda del oxígeno —objetó Ruth—. En cualquier caso, la

prensa opina que si ese día hubieras tenido la oportunidad, habrías llegado más alto que Finch e incluso habrías alcanzado la cima.

—No. Ese día no creo que hubiera podido llegar mucho más arriba que Finch —dijo George, meneando la cabeza—. Además, siete hombres buenos murieron solo porque me empeñé en demostrar que soy mejor que él. Uno de los desaparecidos incluso podría haberme acompañado hasta la cima.

—Pero los miembros de la cordada sobrevivieron, ¿no?

—Sí, pero ese hombre en cuestión oficialmente no formaba parte del equipo —explicó George—. De todas maneras, ya había decidido que sería el que me acompañaría en el ascenso final, junto con Somervell.

—¿Un sherpa? —preguntó Ruth, incapaz de disimular su sorpresa.

—Sí, el sherpa Nyima. No llegué a saber su apellido. —George permaneció callado un momento antes de añadir—: Pero lo que sí sé es que soy responsable de su muerte.

—Nadie te culpa de lo sucedido —insistió Ruth, cogiéndole la mano—. Es evidente que esa mañana no habrías salido de haber sospechado que existía el menor riesgo de aludes.

—Precisamente, esa es la cuestión: que no lo pensé y permití que la ambición me enturbiara el juicio.

—Tu última carta ha llegado esta mañana —comentó Ruth, deseosa de cambiar de tema.

—¿Desde dónde te la escribí? —preguntó George.

—Desde una pequeña tienda, a siete mil setecientos metros de altura. Estabas explicándole a Finch por qué no pensabas utilizar oxígeno.

—Si le hubiera hecho caso, es posible que hubiera llegado a la cumbre —se lamentó George.

—Nada te impide volver a intentarlo.

—Eso nunca.

—Vaya, pues sé de alguien que estará encantado de saberlo —comentó Ruth, procurando ocultar sus propios sentimientos.

—¿Tú, cariño?

—No, yo no; pero sí el señor Fletcher. Me ha llamado antes de salir para aquí y me ha preguntado si podías pasar a verlo mañana a las diez en punto.

—Sí, claro. Tengo ganas de volver al trabajo. Ya sé que te costará creerlo, pero incluso he echado de menos a los de quinto. Y lo que es más importante: tengo que empezar a ganarme un sueldo de nuevo. Dios sabe que no podemos seguir viviendo eternamente de la generosidad de tu padre.

—Pues él no se ha quejado —repuso Ruth—. La verdad es que se siente muy orgulloso de tus hazañas. No deja de repetir a sus amigos del club de golf que su yerno es George Mallory.

—Esa no es la cuestión, cariño. He de estar en mi mesa de trabajo para cuando

empiece el nuevo trimestre.

—Me temo que eso no será posible —señaló Ruth.

—¿Por qué?

—Porque el primer día del trimestre fue el lunes pasado —contestó Ruth, con una sonrisa—. Yo diría que el director quiere verte precisamente por eso.

—Bien, ahora cuéntamelo todo de nuestro hijo —le pidió George.

—Por favor, ve más despacio, cariño. Llevo dos meses pensando en este momento —dijo George cuando finalmente cruzaron la verja de The Holt, casi seis horas más tarde.

Habían recorrido la mitad del camino de acceso cuando George vio a sus hijas que lo saludaban desde los peldaños de la puerta principal. Apenas pudo dar crédito a lo mucho que habían crecido. Clare sostenía un pequeño bulto en brazos.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó George, volviéndose hacia Ruth con una sonrisa.

—Sí. Por fin vas a conocer a tu hijo y heredero, John Mallory.

—Solo un completo idiota desearía marcharse de tu lado un solo día, no hablemos ya de seis meses —declaró George, mientras el coche se detenía frente a la casa.

—Lo cual me recuerda que otra persona ha telefoneado esta mañana para decir que lo llames urgentemente —comentó Ruth.

—¿Quién? —quiso saber George.

—El señor Hinks.

Ruth ayudó a George a ponerse la toga antes de entregarle el birrete y el paraguas. Era como si nunca se hubiera marchado.

Después de dar un beso de despedida a sus hijos, salió por la puerta principal y enfiló el camino de acceso que llevaba a la carretera.

—¿Papá vuelve a marcharse? —preguntó Beridge.

George comprobó la hora: sentía curiosidad por saber cuánto tardaría en llegar al colegio. Ruth se había asegurado de que saliera con tiempo sobrado para llegar puntualmente a la cita con el director.

Esa mañana, el *Times* se había mostrado especialmente generoso y ofrecía una amplia cobertura de «el regreso triunfal» del equipo del Everest. Al corresponsal del diario no parecía importarle demasiado que ninguno de sus miembros hubiera conseguido coronar, aunque informaba de que Finch estaba decidido a regresar al año siguiente precisamente para conseguirlo. Al final del artículo, había una cita entrecomillada del señor Hinks que daba a entender que George volvería a ser el candidato favorito del Comité Everest como jefe de escalada de la segunda expedición. No cabía duda de que ese era el asunto del que deseaba hablarle con tanta premura. Sin embargo, lo que George tenía intención de exponer ante el secretario era lo mismo que pensaba explicar al director en cuestión de unos minutos: que sus días de escalada habían acabado, que deseaba reanudar la vida familiar y reemprender la enseñanza de las hazañas de Isabel, Raleigh, Essex y...

Una sonrisa afloró a su rostro cuando pensó en el dilema al que se enfrentaría Hinks cuando tuviera que seleccionar a su sustituto como jefe de escalada. La elección más obvia señalaba a Finch, que sin duda era el alpinista más cualificado y de más experiencia, además del hombre que había alcanzado la cota superior en la primera expedición. Sin embargo, George estaba convencido de que Hinks se ocuparía de inventar una razón de peso para evitar semejante circunstancia y de que el Comité acabaría nombrando a Norton o a Somervell como jefe de escalada. Sin embargo, ni siquiera el secretario podría impedir que Finch alcanzara la cima adelantando a sus dos compañeros, sobre todo si contaba con la ayuda de sus fieles botellas de oxígeno.

Cuando divisó la capilla de Charterhouse, comprobó de nuevo la hora. Pese a sus treinta y seis años, no había perdido un ápice de energía. Cuando cruzó la verja del colegio quizá no hubiera establecido un nuevo récord, pero le había faltado bien poco.

Cruzó el patio principal en dirección a las dependencias del director y sonrió cuando un par de alumnos no lo reconocieron. A juzgar por su actitud, estaba claro que no tenían ni idea de quién era, lo cual le devolvió recuerdos de sus primeros días como profesor. ¡Qué nervioso se había sentido cada vez que se cruzaba con un alumno, por no hablar del director!

El señor Fletcher era un maniático de la puntualidad y sin duda quedaría complacido —y también sorprendido— al verlo llegar con cinco minutos de adelanto. Antes de llamar a la puerta del despacho, se alisó la toga y se quitó el birrete.

—Pase —dijo una voz.

George entró en la antesala y se encontró con la señorita Sharpe, sentada a su escritorio. Algunas cosas nunca cambian, pensó.

—Bienvenido, señor Mallory. Teníamos ganas de verlo después de su triunfo en el Everest —lo saludó ella. En el Everest, se dijo George, pero no en su cumbre—. Anunciaré al director que ha llegado.

—Gracias, señorita Sharpe —dijo George mientras ella entraba en el despacho contiguo, del que salió al cabo de un momento.

—El director lo recibirá ahora mismo —anunció.

—Gracias —repitió George, quien se adentró en los dominios del señor Fletcher mientras la señorita Sharpe cerraba la puerta tras él.

—Buenos días, Mallory —lo saludó el director, levantándose—. Muchas gracias por su puntualidad.

—De nada, señor director. Permítame añadir lo agradable que me resulta estar de vuelta —manifestó mientras tomaba asiento.

—Quisiera empezar felicitándolo por sus hazañas de estos últimos seis meses. Incluso teniendo en cuenta la tendencia endémica de la prensa a la exageración, estamos todos convencidos de que, con un poco más de suerte, sin duda habría llegado usted a la cima.

—Gracias, señor director.

—Y estoy plenamente seguro de que hablo en nombre de todo el colegio al expresar mi absoluto convencimiento de que la próxima vez logrará ver cumplida su ambición.

—No habrá próxima vez, señor director —contestó George—. Mis días de escalador han terminado.

—Sin embargo, Mallory —prosiguió Fletcher, como si no lo hubiera oído—, dirigir un colegio como Charterhouse exige una confianza constante en los miembros que componen el cuadro de profesores.

—Sí, desde luego, señor director, pero...

—Su decisión de alistarse en el ejército a pesar del hecho de que estaba usted exento, aunque loable en sí misma, supuso una grave alteración del organigrama del colegio, tal como le comuniqué en su momento.

—En efecto, señor director, me lo dijo, pero...

—Luego, su decisión, acertada desde mi punto de vista, de aceptar la invitación del Comité Everest, causó aún más trastornos al funcionamiento normal del centro, especialmente porque hacía poco había sido nombrado jefe del departamento de historia.

—Le pido disculpas, señor director, pero...

—Como sabe, tuve que pedir al señor Atkins que lo sustituyera a usted en sus compromisos, y me complace decir que ha llevado a cabo su tarea con encomiable diligencia y autoridad, además de mostrar una inquebrantable entrega a esta institución.

—Me alegro de saberlo, señor director. Sin embargo...

—Y también me veo en la obligación de explicarle que cuando no se presentó usted el primer día del trimestre, sin duda por causas ajenas a su voluntad, no me quedó más remedio que ofrecer al señor Atkins un puesto fijo como profesor de este colegio, lo cual significa *ipso facto* que, lamentablemente, no hay sitio para usted en Charterhouse en la actualidad.

—Pero... Pero... —farfulló George, procurando acallar la desesperación que lo embargaba.

—No me cabe duda de que muchos colegios de prestigio aprovecharán la oportunidad de añadir a George Mallory a su elenco de profesores. De hecho, si tuviera que seleccionar a un candidato para una plaza de profesor de historia, usted sería uno de mis favoritos.

George no se molestó en interrumpir de nuevo al director. Tenía la sensación de que el implacable viento del Everest volvía a azotarle en pleno rostro.

—Le aseguro que se marcha usted de Charterhouse con el respeto y el cariño tanto de sus profesores como del alumnado. No es preciso que le diga que estaremos encantados de proporcionarle las referencias que confirmarán que ha sido usted un miembro muy apreciado del cuadro de profesores.

George permaneció en silencio.

—Lamento acabar esto así, Mallory, pero permítame que añada en mi nombre, en el de los administradores y en el de todo el personal de Charterhouse que le deseamos la mejor de las fortunas en la actividad que decida emprender en el futuro, y que si esta incluye un nuevo asalto al Everest, nuestros pensamientos y oraciones estarán con usted.

El señor Fletcher se levantó. George hizo lo propio, le dio la mano, se puso el birrete y salió del despacho sin pronunciar palabra.

Ruth estaba leyendo un artículo sobre su marido en el *Times* cuando sonó el teléfono. Solo su padre llamaba a esas horas del día.

—¿Hola? ¿Papá? —dijo, descolgando el auricular.

—No, señora Mallory. Soy el señor Hinks, de la Royal Geographical Society.

—Buenos días, señor Hinks —contestó Ruth, cambiando inmediatamente de tono—. Me temo que mi marido no se encuentra en casa en estos momentos. No lo espero hasta la noche.

—Me alegro de saberlo, señora Mallory, porque confiaba en poder mantener una pequeña charla con usted, en privado.

Ruth escuchó atentamente lo que el señor Hinks tenía que contarle. Después le dijo que lo pensaría y que le comunicaría su decisión. Había vuelto a coger el diario cuando oyó abrirse la puerta principal. Fingió sorprenderse cuando vio que George entraba en el salón y se dejaba caer pesadamente en el sofá, frente a ella.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó.

—No podría haber ido peor —contestó él—. Ese maldito Fletcher me ha despedido. Según parece soy tan poco fiable que le ha ofrecido mi puesto a Atkins, quien según sus palabras es diligente, cumplidor y, sobre todo, fiable. ¿Te lo puedes creer?

—Sí que puedo —contestó Ruth—. De hecho no supone una gran sorpresa —añadió, doblando el periódico y dejándolo en la mesita auxiliar.

—¿Y eso por qué? —preguntó George, mirándola con atención.

—Me preocupaba que el director te hubiera convocado a las diez de la mañana.

—¿Qué podía tener eso de importante?

—Pues que la vida de ese hombre está determinada por la rigidez de un horario. Si todo hubiera estado en orden, querido mío, nos habría convocado a los dos para tomar una copa a las seis de la tarde o te habría llamado a ti solo a las ocho, de manera que pudieras acompañarlo con tu triunfo durante la reunión matinal.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho ir a las diez?

—Porque a esa hora los alumnos y el profesorado estarían en clase; así él podría ponerte de patitas en la calle sin que nadie tuviera la oportunidad de hablar contigo ni verte siquiera. Debía de tenerlo planeado hasta el último detalle.

—¡Pero qué lista eres! —Comentó George—. Habrías sido una magnífica detective. ¿Tienes alguna idea de lo que va a pasar ahora?

—La verdad es que no —admitió Ruth—, pero mientras estabas fuera recibí una llamada del señor Hinks.

—Espero que le explicaras claramente que no pienso participar en la expedición del año que viene.

—No llamó por eso —dijo Ruth—. Según parece, la Sociedad Geográfica Americana quiere que des una serie de conferencias en la costa Este: Washington, Nueva York, Boston...

—Ni hablar —declaró George—. Acabo de llegar a casa. ¿Por qué iba a marcharme de nuevo?

—Seguramente porque están dispuestos a pagarte mil libras por media docena de conferencias sobre tu experiencia en el Everest.

—¿Mil libras? —exclamó George—. Pero si eso es más de lo que gano en Charterhouse en tres años.

—Bueno, para ser exactos —aclaró Ruth—, la Sociedad Geográfica Americana estima que recaudará unas dos mil libras con las charlas, y Hinks está dispuesto a repartirse los beneficios contigo al cincuenta por ciento.

—Es una oferta inusualmente generosa por su parte.

—Creo que también tengo una explicación para eso —dijo Ruth—. Según parece, si tú declinas la oferta, los norteamericanos solo contemplan un posible sustituto.

—Claro, y Hinks nunca se avendrá a eso —comentó George—. ¿Qué le dijiste?

—Que discutiría la idea contigo y le comunicaría tu decisión.

—¿Y se puede saber por qué te ha llamado a ti, para empezar?

—Quería saber si me gustaría acompañarte en el viaje.

—¡Ese zorro astuto! Sabe que es lo único que podría hacerme aceptar el trato.

—Pero no a mí —afirmó Ruth.

—¿Por qué no, cariño? Siempre has querido visitar Estados Unidos. Además, podríamos convertir el viaje en una segunda luna de miel.

—Ya sabía yo que me saldrías con alguna razón para que aceptara, y según parece, el señor Hinks también; pero por lo visto olvidas que tenemos tres hijos.

—¿No puede ocuparse la niñera de ellos mientras estamos fuera?

—George, las niñas no te han visto en seis meses, y John ni siquiera sabe quién eres. Solo falta que a los pocos días de tu regreso, te marches a Estados Unidos conmigo durante seis semanas más. No, George, esa no es forma de educar a los niños.

—Pues entonces llama a Hinks y dile que no me interesa.

—Me alegro —contestó Ruth—, porque Dios sabe que no quiero que vuelvas a irte cuando no has hecho más que llegar. —Vaciló antes de añadir—: En cualquier caso, siempre podremos viajar a Estados Unidos más adelante.

George la miró a los ojos.

—Me parece que hay algo que no me has contado. Ruth desvió la mirada.

—Es solo que, en palabras de Hinks, antes de rechazar una oferta tan lucrativa pienses que en estos momentos eres «carne de actualidad», y parece ser que en Estados Unidos el entusiasmo se enfría muy deprisa. Francamente, dudo de que encuentres una manera más fácil de ganar mil libras.

—Y si no voy —concluyó George en voz baja—, tal vez tendré que reunirme con tu padre una vez más para aumentar mi deuda con él. Ruth no dijo nada.

—Aceptaré ir con una sola condición —concluyó George.

—¿De qué se trata? —quiso saber Ruth.

—Que me dejes llevarte a Venecia unos días. Y esta vez —añadió—, tú y yo solos.

Jueves, 1 de marzo de 1923

George llevaba una hora en cubierta cuando el *SS Olympic* entró en el puerto de Nueva York. Ruth había estado presente en sus pensamientos durante los cinco días que había durado la travesía. Lo había acompañado con el coche hasta Southampton y, cuando él había embarcado a regañadientes en el transatlántico, ella había permanecido en el muelle hasta que el barco salió de puerto y se convirtió en un punto en el horizonte.

Los dos habían pasado el prometido fin de semana en Venecia, que para George fue una estancia muy distinta de la última, porque para esa ocasión reservó una *suite* en el hotel Cipriani.

—¿Podemos permitirnoslo? —había preguntado Ruth mientras contemplaba la laguna desde los ventanales de la habitación que solía ocupar su padre.

—Seguramente no —contestó George—, pero he decidido gastarme cien de las mil libras que voy a cobrar en Estados Unidos en lo que pretendo que sea un fin de semana inolvidable.

—La última vez que estuvimos en Venecia ya fue inolvidable —le recordó Ruth.

Los recién casados —todo el mundo pensó que lo eran por lo tarde que bajaban a desayunar y porque siempre iban de la mano y no dejaban de mirarse a los ojos— lo hicieron casi todo salvo subir a la torre de San Marcos, ni por fuera ni por dentro. Después de haber pasado tanto tiempo separados, aquellos pocos días les parecieron realmente una luna de miel que dedicaron a conocerse de nuevo mutuamente. Cuando el Orient Express se detuvo en la estación Victoria, una semana más tarde, lo último que George deseaba era dejar nuevamente a Ruth y embarcar rumbo a Estados Unidos.

Si no hubiera encontrado el extracto bancario entre las cartas que lo esperaban en The Holt, habría considerado la posibilidad de cancelar la gira de conferencias y quedarse en casa.

También había otra carta que George no esperaba, y se preguntó si, dadas las circunstancias, debía atender la halagadora invitación. Al final, optó por ver cómo iba

la gira antes de tomar una decisión.

Lo que le causó más honda impresión de Nueva York nada más arribar al puerto fue la imponente altura de los edificios. Había leído acerca de los rascacielos, incluso había visto fotografías en las revistas de actualidad, pero contemplarlos todos juntos alzándose hacia las nubes iba más allá de lo que había imaginado. Comparado con ellos, el edificio más alto de Londres habría parecido enano.

Se apoyó en la barandilla del barco y observó los muelles, donde una ruidosa multitud sonreía y saludaba mientras esperaba a que sus seres queridos desembarcaran. Pensó en buscar entre ella a su nuevo amigo, y lo habría hecho de haber sabido qué aspecto tenía Lee Keedick. Entonces divisó a un individuo alto y elegante, vestido con un abrigo oscuro, que sostenía un cartel en el que se leía MALLORY.

Cuando hubo desembarcado con una maleta en cada mano, se abrió paso hasta la figura alta e imponente. Al llegar ante el hombre, se detuvo y señaló el cartel.

—Ese soy yo —declaró.

En ese momento George lo vio por primera vez. Un hombre bajo y rollizo, que no habría podido llegar ni al campamento base, se adelantó para saludarlo. El señor Keedick vestía un traje beis que acompañaba con una camisa amarilla, con el cuello abierto, donde lucía una gran cruz de plata colgando de una no menos llamativa cadena. Era la primera vez que George veía a un hombre enjoyado. Keedick apenas sobrepasaba el metro cincuenta, y si lo hacía era gracias a que sus zapatos de piel de cocodrilo tenían más tacón que los que solía llevar Ruth.

—Soy Lee Keedick —anunció, quitándose la colilla de un puro de la boca—. Usted debe de ser Mallory. ¿Te parece bien si te llamo George?

—Creo que es lo que acaba de hacer —repuso Mallory con una sonrisa.

—Él es Harry —añadió Keedick, señalando al individuo alto—. Será tu chófer mientras estés aquí.

Harry se tocó el ala del sombrero a modo de saludo y abrió la puerta trasera de un vehículo que a George le pareció un pequeño autobús.

—¿Ocurre algo? —preguntó Keedick al ver que George vacilaba.

—No, nada —repuso este, subiendo al vehículo—. Es solo que nunca había visto un coche tan grande.

—Es el último modelo de Caddie —le explicó Keedick.

George creía que un «caddie» era la persona que cargaba con los palos de los jugadores de golf, pero entonces recordó lo que Bernard Shaw le había dicho en una ocasión: «Inglaterra y Estados Unidos son dos países separados por una lengua común».

—Por más que busques, no encontrarás un coche mejor en América —le aclaró su anfitrión mientras Harry arrancaba y se incorporaba al intenso tráfico matutino.

—¿Vamos a recoger a alguien por el camino? —quiso saber George.

—Me encanta el sentido del humor de los ingleses —repuso Keedick—. No, este coche es todo para ti. Verás, George, conviene dar a entender que eres un tipo importante. Hay que cuidar las apariencias; de lo contrario, no llegarás a ninguna parte en esta ciudad.

—Entonces, deduzco que la venta de entradas para mis conferencias está yendo bien —apuntó George, no sin cierta ansiedad.

—Ya se han agotado las de mañana por la noche, en el teatro Broadhurst. —Keedick hizo una pausa para encender otro cigarro—. Si conseguimos que el *New York Times* haga una buena reseña, el resto de la gira será un simple paseo. Si resultas ser un bombazo, tendremos lleno todas las noches.

George pensó en preguntarle qué significaba «un bombazo», pero se contentó con admirar los rascacielos mientras el coche avanzaba lentamente entre el tráfico.

—Ese es el edificio Woolworth —explicó Keedick, bajando la ventanilla—. Tiene una altura de doscientos cuarenta y cinco metros. Es el más alto del mundo, pero están planeando construir uno que superará los trescientos metros.

—Eso sí que será digno de verse —comentó George, mientras la limusina se detenía ante el hotel Waldorf.

Un botones se apresuró a abrir la puerta del vehículo, seguido de cerca por el gerente del establecimiento, que sonrió al ver bajar a Keedick del automóvil.

—¿Qué tal, Bill? —Saludó el hombrecillo—. Te presento a George Mallory, el tío que ha subido a lo alto del Everest.

—Bueno, no del todo —objetó George—. De hecho...

—No te preocupes por los hechos, George —dijo Keedick, volviéndose hacia Mallory—. Aquí, en Nueva York, nadie lo hace.

—Felicidades, señor Mallory —dijo el gerente, tendiéndole la mano. George nunca había estrechado la mano a un directivo de un hotel—. Para hacer honor a su fama, lo hemos instalado en la *suite* presidencial del piso diecisiete. Si es tan amable de seguirme... —dijo, dando media vuelta y entrando en el vestíbulo.

—¿Podría decirme dónde está la salida de incendios? —le preguntó George antes de llegar al ascensor.

—Por allí, señor Mallory —repuso el gerente, señalando el otro extremo del vestíbulo con cara de perplejidad.

—¿El piso diecisiete, ha dicho?

—En efecto —confirmó el gerente, cada vez más extrañado.

—Lo veré arriba —dijo George.

—¿Es que en los hoteles ingleses no hay ascensores? —preguntó el gerente a Keedick mientras George desaparecía tras una puerta en la que se leía SALIDA DE INCENDIOS—. ¿O es que está loco?

—No, es que es inglés —repuso Keedick.

El ascensor llevó a los dos hombres hasta el piso diecisiete en un suspiro, y el

director se sorprendió aún más cuando George apareció allí al cabo de pocos segundos, sin jadear lo más mínimo. Acto seguido, abrió la puerta de la *suite* presidencial y se hizo a un lado para dejar pasar a los dos huéspedes.

Lo primero que pensó George fue que se trataba de un error. La *suite* era más grande que la cancha de tenis de The Holt.

—¿Creían que iba a venir acompañado de mi mujer y mis hijos?

—No —contestó el señor Keedick, riendo—. Es toda para ti, George. Ten en cuenta que la prensa tal vez quiera entrevistarte, y es importante que crean que así es como te tratan en Inglaterra.

—Pero... ¿podemos permitirnoslo?

—No le des más vueltas —contestó Keedick—. Todo va a la cuenta de gastos.

—Cuánto me alegro de saber de ti, Geoffrey —dijo Ruth, cuando reconoció la familiar voz al otro lado del teléfono—. Ha pasado mucho tiempo.

—La culpa es mía —contestó Geoffrey Young—. La verdad es que, desde que ocupé mi nueva plaza en el Imperial College, no salgo mucho de la ciudad durante el curso.

—Bueno, me temo que George no está en casa en estos momentos. Se encuentra de viaje por Estados Unidos, dando una serie de conferencias.

—Sí, lo sé —explicó Young. Me envió unas líneas la semana pasada para decirme que estaba buscando trabajo y que lo avisara si surgía alguno. Bueno, la verdad es que ha salido una plaza en Cambridge que puede ser ideal para él, pero me pareció conveniente consultarlo contigo primero.

—Muy considerado por tu parte, Geoffrey. Si quieres podemos vernos un día de estos, cuando yo vaya por Londres.

—No, no será necesario. La verdad es que no me cuesta nada dejarme caer por Godalming.

—¿Cuándo pensabas venir?

—¿Te va bien el jueves que viene?

—Naturalmente. ¿Te apetece quedarte a dormir?

—Muchas gracias. Me encantaría, si no es inconveniente.

—Querido Geoffrey no sería inconveniente ni aunque te quedaras todo un mes.

George no pudo conciliar el sueño en su primera noche en Nueva York, y la culpa no la tuvo el cambio de hora, porque los cinco días de travesía por el Atlántico le habían permitido acostumbrarse de sobra. Simplemente fue porque nunca había dormido en una ciudad donde el tráfico no paraba nunca y donde las sirenas de las ambulancias y la policía aullaban constantemente. Se sentía como si volviera a hallarse en el Frente Occidental.

Al final dejó de intentarlo: se levantó de la cama y se sentó ante el gran escritorio con vistas a Central Park. Repasó su conferencia por enésima vez y examinó de

nuevo las diapositivas de vidrio. Se alegró de comprobar que ninguna de ellas se había roto durante el trayecto desde Inglaterra.

Se sentía cada vez más aprensivo con respecto a lo que Keedick llamaba la «noche inaugural». Intentaba no pensar en las consecuencias de ser una «pifia», para emplear otra de las palabras de Keedick; pero el agente le había asegurado repetidas veces que solo había un puñado de asientos sin vender y que lo único que contaba era que la reseña del *New York Times* fuera positiva. Examinando los pros y los contras, George llegó a la conclusión de que prefería las montañas. A ellas les importaba muy poco lo que pudiera pensar el *New York Times*.

Al cabo de unas horas volvió a acostarse y finalmente consiguió dormirse alrededor de las cuatro de la madrugada.

Ruth estaba sentada en el sillón, junto a la ventana, disfrutando de la primera carta que George le había escrito desde Estados Unidos. Rio en voz alta cuando leyó lo del Caddie y lo de la *suite* presidencial, con su calefacción central, pues sabía que su marido se habría contentado con plantar una tienda en la azotea; sin embargo, dudaba de que eso fuera posible en el Waldorf. Cuando pasó la página, frunció el ceño por primera vez. Le preocupaba que George opinara que todo dependía del éxito de la conferencia inaugural. Finalizaba la carta prometiéndole escribir de nuevo, tan pronto como volviera al hotel esa noche, para hacerle saber cómo había ido la conferencia. Ruth deseó poder leer la reseña del *New York Times* antes de que llegara a manos de su marido.

Llamaron a la puerta. George la abrió y se encontró con Lee Keedick, que sonreía de pie en el pasillo. Iba vestido con una de sus habituales camisas abiertas, pero en esa ocasión era verde, mientras que el traje era de un color azul claro que habría resultado más apropiado para un joven mozo de Cambridge. Las cadenas de plata del cuello se habían transmutado en oro, y los zapatos de cocodrilo en otros de piel blanca. George sonrió. Lee Keedick habría conseguido que George Finch pasara por elegante.

—¿Cómo te encuentras, amigo? —le preguntó el agente, entrando en la *suite*.

—Preocupado —reconoció George.

—No hay razón alguna —le aseguró Keedick—. Van a quedar encantados contigo.

Resultaba una opinión interesante, pensó George, teniendo en cuenta que el agente solo lo conocía desde hacía pocas horas y nunca lo había oído hablar en público. Sin embargo, para entonces ya había comprendido que Lee Keedick tenía un amplio surtido de frases hechas para todas las ocasiones, sin importar quién fuera su cliente.

Harry los esperaba en la puerta del hotel. Abrió la puerta de atrás, y George subió, sintiéndose aún más nervioso que ante la escalada más difícil. No habló durante el

trayecto hasta el teatro y dio gracias a Dios de que Keedick permaneciera en silencio, por mucho que insistiera en llenar el habitáculo del coche con humo de cigarro.

Cuando se detuvieron frente al teatro Broadhurst, George vio el cartel que anunciaba su conferencia y no pudo evitar soltar una carcajada.

¡Reserve ahora! GEORGE MALLORY
El hombre que conquistó él solo el Everest
La próxima semana: Jack Benny

Sonrió al ver la fotografía de un joven tocando el violín, complacido de que tras él actuara un músico.

Salió a la acera con las piernas temblorosas y con el corazón martilleándole en el pecho, como si se hallara a pocos metros de la cima. Lee Keedick guio a su cliente por un callejón lateral hasta la puerta de acceso al escenario, donde un ayudante los acompañó por una escalera de piedra hasta otra puerta distinguida con una estrella de plata. Antes de dejarlo, Keedick intentó tranquilizar a Mallory diciéndole que lo vería antes de que saliera al escenario. George se sentó solo en un frío y un tanto mohoso camerino, ante un espejo rodeado de bombillas desnudas. Repasó una vez más su discurso y, por primera vez en su vida, deseó dar media vuelta y marcharse antes de haber alcanzado la cumbre.

Alguien llamó a la puerta.

—Quince minutos para salir a escena, señor Mallory —anunció una voz. George respiró hondo. Momentos después, entró Keedick.

—Venga, que empiece el espectáculo —dijo, antes de llevar a George por la escalera de piedra y a lo largo de un corredor de ladrillo que desembocaba en un lateral del escenario, donde lo dejó con unas palabras de ánimo—. Buena suerte, amigo. Estaré en primera fila, aplaudiéndote a rabiar.

George empezó a pasear arriba y abajo, más nervioso a cada minuto que pasaba. Aunque oía un fuerte rumor de voces conversando al otro lado de la cortina, no tenía la menor idea de cuánta gente habría entre el público. ¿Habría exagerado Keedick al decir que solo quedaban unas pocas entradas por vender?

A las ocho menos cinco, un individuo vestido con un esmoquin blanco se acercó a él:

—Hola, me llamo Vince —dijo—. Soy el presentador y el que le dará la entrada. ¿«Mallory» se pronuncia de alguna manera especial? Aquella era una pregunta a la que George nunca había tenido que responder.

—No —contestó.

George miró en derredor, buscando alguien con quien hablar mientras esperaba con nerviosismo a que se alzara el telón. Se habría alegrado incluso de ver a Keedick. Por primera vez comprendía cómo debió de sentirse *sir* Walter Raleigh antes de que

le cortaran la cabeza. Entonces, sin previo aviso, el telón se alzó y el presentador salió al escenario, dio unos golpecitos en el micrófono y anunció:

—Damas y caballeros, tengo el placer de presentarles para su entretenimiento de esta noche a... ¡George Mallory, el hombre que conquistó el Everest!

Por lo menos no había añadido «él solo». George salió al escenario con la sensación de necesitar desesperadamente una botella de oxígeno; sin embargo, se tranquilizó al escuchar la cerrada ovación que le dio la bienvenida.

Empezó su conferencia con ciertas vacilaciones, en parte porque no alcanzaba a distinguir al público, que sin duda debía de estar allí, ya que los potentes focos que lo iluminaban le impedían ver más allá de la primera fila. Pese a ello, solo tardó unos minutos en acostumbrarse a la curiosa experiencia de ser tratado más como un actor que como un conferenciante. Los ocasionales aplausos e incluso unas pocas risas le sirvieron de estímulo. Tras un comienzo titubeante, batalló durante casi una hora, y cuando llegó el turno de preguntas y se encendieron las luces de la platea pudo ver finalmente ante cuántas personas había estado hablando.

Aunque el anfiteatro se hallaba a oscuras, el patio de butacas estaba lleno. Se sintió aliviado al comprobar que había muchas preguntas, y enseguida se hizo evidente que entre el público se contaban numerosos alpinistas y aficionados con experiencia, que plantearon cuestiones atinadas y oportunas. Sin embargo, se quedó casi sin habla cuando una atractiva rubia sentada en la tercera fila se dirigió a él.

—Señor Mallory, ¿podría decirnos cuánto cuesta aproximadamente organizar una expedición como esa? —preguntó. George tardó un momento en contestar, y no solo porque no tuviera la menor idea de la respuesta.

—Lo ignoro por completo, señora —dijo al fin—. La Royal Geographical Society se ocupa de todas las cuestiones económicas. Sin embargo, me consta que la RGS piensa llevar a cabo una colecta en un futuro próximo para financiar la segunda expedición, que partirá hacia el Himalaya a comienzos del año que viene con el propósito de poner a un... —se interrumpió justo a tiempo de evitar decir «británico»— miembro del equipo en la cima del mundo.

—Y los potenciales donantes de esa colecta —insistió la dama rubia— ¿podrán confiar en que usted formará nuevamente parte del equipo y, de hecho, será el jefe de escalada?

George vaciló.

—No, señora. De hecho, he prometido a mi esposa que la RGS tendrá que buscar a alguien para encabezar la próxima expedición.

Para su sorpresa, varios gruñidos de desaprobación surgieron entre el público, e incluso un par de exclamaciones apagadas de decepción. Al cabo de unas cuantas preguntas más, George se recuperó e incluso se llevó un chasco cuando, entre bambalinas, Keedick le susurró:

—Hora de terminar, George.

Sin perder tiempo, hizo una reverencia de despedida y salió del escenario. El

público prorrumpió en aplausos.

—¡No tan deprisa! —le dijo el agente, empujándolo de nuevo a escena, entre risas y más aplausos. De hecho, tuvo que enviarlo a saludar dos veces más antes de que bajara definitivamente el telón.

»Ha sido estupendo —declaró Keedick, mientras subían a la limusina—. Has estado fantástico.

—¿De verdad?

—No podría haber ido mejor —aseguró el agente—. Ahora solo nos resta rezar para que al crítico del *New York Times* le hayas caído tan bien como al público. Hablando de caer bien, ¿conoces de algo a Estelle Harrington?

—¿Estelle Harrington? —repitió George.

—Sí, la mujer rubia que te preguntó si encabezarías la próxima expedición.

—No la había visto en mi vida —repuso George—. ¿Por qué?

—Se la conoce como la «viuda del cartón» —explicó Keedick—. Su difunto marido, Jake Harrington, el inventor de las cajas de cartón, le dejó tanto dinero que no puede ni contarlo. —Keedick dio una calada a su puro y exhaló una nube de humo—. He leído muchas cosas sobre ella en la prensa rosa, pero no sabía que le interesara el alpinismo. Si estuviera dispuesta a patrocinar la gira, no tendríamos que preocuparnos más por el *New York Times*.

—¿Tan importante es? —preguntó George.

—Más que todos los demás diarios juntos.

—¿Y cuándo hará público su veredicto?

—Dentro de unas horas —repuso Keedick, soltando otra nube de humo.

—Se trata de la Asociación Educativa para los Trabajadores —explicó Geoffrey Young, mientras caminaban por el jardín.

—Nunca he oído hablar de ella —comentó Ruth.

—Se fundó en los primeros días del movimiento laborista con el objetivo de ayudar a la gente que no tuvo la oportunidad de recibir una educación apropiada en su juventud, pero que podría beneficiarse de ella siendo adulto.

—Parece muy acorde con los principios fabianos de George.

—En mi opinión —dijo Young—, se trata de un trabajo hecho a la medida de George, que le permitiría combinar su experiencia docente con sus inclinaciones en cuestiones de política y educación.

—Pero eso también supondría tener que mudarnos a Cambridge, ¿no?

—Sí, eso me temo; pero sin duda no es un mal lugar para vivir —contestó Young—. Y no olvides que George todavía tiene muchos amigos allí.

—Creo que debo advertirte, Geoffrey, de que George está bastante preocupado por lo que él llama su «apuro económico». Además, en su última carta me daba a entender que la gira no estaba funcionando tan bien como había esperado.

—Sí que lo siento —contestó Young—. Sin embargo, me consta que su sueldo base en ese trabajo será de trescientas cincuenta libras anuales, con la oportunidad de ganar otras ciento cincuenta en concepto de clases complementarias, lo cual suma unas quinientas libras al año.

—En ese caso, creo que George no dejará pasar la oportunidad. ¿Cuándo quieren que empiece?

—No antes del próximo mes de septiembre —explicó Young—, lo cual, y perdona que lo mencione, deja abierta la posibilidad de que reconsidere...

—No, Geoffrey, ahora no —dijo Ruth, mientras caminaban de regreso a la casa—. Será mejor que hablemos de este asunto durante la cena. De momento, ¿por qué no te instalas en tu habitación y te reúnes conmigo en el salón a las siete?

—No tenemos que hablar obligatoriamente de ese asunto, Ruth. Ya lo sabes.

—Sí, sí que hemos de hacerlo —contestó ella al tiempo que entraba en la casa.

—¡Taxi! —gritó Keedick.

Cuando el vehículo se detuvo ante ellos con un frenazo, el agente abrió la puerta para que su cliente subiera. Harry y el Caddie habían desaparecido.

—Bueno, ¿ha ido muy mal? —preguntó George, hundiéndose en el asiento trasero.

—La verdad, no muy bien —reconoció Keedick—. Aunque el *New York Times*

hizo una reseña favorable, las ventas de entradas en las afueras han sido... —Miró por la ventana—. Digamos que han sido decepcionantes. Sin embargo, parece que te has ganado una gran seguidora.

—¿Quién?

—Vamos, George, tienes que haberte dado cuenta de que Estelle Harrington ha asistido a todas tus conferencias. Por mi parte, estoy dispuesto a jugarme una pasta a que también estará en la de esta noche.

—Bueno, al menos para esta noche están todas las entradas vendidas —comentó George, intentando desviar la conversación de la persona de Estelle Harrington.

—«Vendidas» no es la palabra adecuada —puntualizó Keedick—. No han querido firmar el contrato a menos que aceptáramos dejar entrar gratis a los estudiantes, lo cual no puede decirse que me guste especialmente.

—¿Y qué hay de Baltimore y Filadelfia? —preguntó George mientras el taxi se desviaba y entraba en un campus que siempre había deseado conocer, pero donde nunca había imaginado que acabaría yendo como conferenciante.

—Lo siento, amigo —contestó el agente entre calada y calada a su puro—, pero he tenido que cancelar las dos. De lo contrario, habríamos perdido la poca pasta que hemos ganado hasta el momento.

—¿Tan mal están las cosas?

—Peor. Me temo que vamos a tener que abreviar la gira. De hecho te he sacado un billete en el *Saxonia*, que zarpa de Nueva York el lunes que viene.

—Pero, eso significa que...

—Que esta será la última conferencia, George, de modo que asegúrate de que sale bien.

—¿Cuánto dinero he ganado? —preguntó con un hilo de voz.

—En estos momentos no puedo darte la cifra exacta —dijo Keedick, mientras el taxi se detenía ante la residencia del presidente de Harvard—. Hay todavía unos cuantos gastos que no he contabilizado.

George pensó en la carta que había llegado a The Holt el día antes de que embarcara. ¿Cancelaría Hinks la invitación a que pronunciara una conferencia ante la Royal Geographical Society cuando se enterara de que la gira por Estados Unidos no había funcionado? Quizá lo mejor sería que él mismo declinara el ofrecimiento y evitar una situación innecesariamente desagradable a la RGS.

—Has evitado el tema toda la noche —comentó Ruth, mientras hacía pasar a su invitado al salón.

—Es que era una cena deliciosa —contestó Young—. Y tú, como siempre, una maravillosa anfitriona.

—Y tú un viejo adulator, Geoffrey —replicó Ruth, sentada frente a él en el sofá, mientras le pasaba una taza de café—. Bueno, dime, ¿vas a intentar convencerme de

que George debe reconsiderar su decisión de no encabezar la próxima expedición al Himalaya? Si te digo la verdad, me parece que no es eso lo que desea, precisamente.

—¿Estamos siendo sinceros el uno con el otro, Ruth? —le preguntó Young, muy serio.

—Sí, desde luego —contestó ella, un tanto sorprendida.

—Pues bien, cuando George me escribió, justo antes de embarcar, me dijo claramente que todavía quería, y cito sus palabras, «tener otra oportunidad para realizar mi sueño más loco».

—Pero...

—También me decía que no daría ni un paso sin contar con tu apoyo incondicional.

—¡Pero si me aseguró que no estaba dispuesto a volver en ninguna circunstancia!

—En su carta me decía que no te contara lo que realmente sentía. Me temo que al hacerlo he traicionado su confianza.

—¿Te dio alguna buena razón por la que deseara pasar nuevamente por todo eso? —preguntó Ruth.

—¿Aparte de la más evidente? Si consiguiera coronar, imagínate la de dinero extra que eso significaría.

—Sabes tan bien como yo, Geoffrey, que no lo hizo por dinero.

—Tú misma me has comentado lo mucho que le preocupa su situación económica. Ruth permaneció callada un rato.

—Escucha, Geoffrey —dijo finalmente—, si aceptara mentir a George sobre lo que pienso realmente, y no te quepa duda de que sería una gran mentira, ¿puedes prometerme que será la última vez que George lo intente?

—Tendría que serlo, necesariamente. Si acepta el trabajo que le ofrece la Asociación, la junta rectora no accederá a verlo desaparecer seis meses al año. Y por otra parte, ya será demasiado mayor para cuando la RGS se decida a organizar una tercera expedición.

—Ojalá hubiera alguien a quien pudiera acudir para que me aconsejara.

—¿Por qué no te diriges a la única persona que comprenderá perfectamente el trance por el que estás pasando?

—¿En quién piensas?

Cuando Young se lo dijo, Ruth se limitó a preguntar.

—¿Estaría dispuesta a recibirme?

—Oh, sí. Desde luego que recibirá a la esposa de Mallory del Everest.

George reconoció de inmediato a la atractiva rubia que charlaba con Keedick, en el otro extremo de la habitación. No era alguien a quien se pudiera olvidar fácilmente.

—Felicidades, señor Mallory. Ha resultado de lo más estimulante —dijo el presidente de Harvard—. Si me permite decirlo, confío en que la próxima vez lo

consiga.

—Es muy amable por su parte, señor Lowell —contestó George, que evitó repetir por enésima vez que no participaría en la siguiente expedición—. Le estoy muy agradecido por haber organizado esta reunión.

—Ha sido un placer —dijo el presidente—. Solo lamento que la Ley Seca solo me permita ofrecerle zumo de naranja o Coca-Cola.

—Un zumo de naranja me parece perfecto, muchas gracias.

—Sé que muchos estudiantes están deseosos de plantearle sus preguntas, señor Mallory, así que no voy a monopolizar su atención —comentó el presidente, quien acto seguido dio media vuelta y se alejó para hablar con Keedick y la mujer rubia.

En cuestión de segundos, George se vio rodeado de rostros jóvenes que le recordaron su época en Cambridge.

—¿Conserva usted todos los dedos de los pies? —le preguntó un joven que le miraba fijamente los zapatos.

—Seguían estando todos en su sitio cuando he salido de la bañera esta mañana —contestó él, riendo—; pero mi amigo Morshead perdió dos dedos de la mano y uno del pie, y al pobre capitán Norton tuvieron que amputarle parte de la oreja después de que estableciera un nuevo récord de altitud.

—¿Hay alguna montaña en Estados Unidos que considere un desafío digno de sus habilidades, señor Mallory? —preguntó una voz a su espalda.

—Desde luego que sí —repuso George—. Le puedo asegurar que el monte McKinley representa un reto comparable a los del Himalaya. Además, en el valle de Yosemite hay algunos picos que pondrían a prueba al escalador más experimentado. Y si lo que le interesa es la escalada de paredes rocosas, no tiene que ir más allá de Colorado o de Utah para demostrar su valía.

—Hay algo que siempre me ha intrigado, señor Mallory. ¿Por qué se toma tantas molestias con el Everest? —preguntó un joven que lo miraba con expresión insolente.

El presidente, que acababa de regresar junto a George, carraspeó para disimular su incomodidad.

—La respuesta es muy simple —contestó George—: porque está ahí.

—Pero...

—Discúlpeme que lo interrumpa, señor Mallory —intervino Lowell—, pero sé que la señora Harrington está impaciente por conocerlo. Su difunto esposo fue un alumno destacado de esta universidad y uno de sus más generosos benefactores.

George sonrió y estrechó la mano de la joven dama que le había preguntado sobre el costo de la expedición en su primera conferencia en Nueva York y que había asistido a todas las demás. No parecía mayor que muchas de las universitarias allí presentes, y George supuso que como mínimo había sido la tercera señora Harrington, a menos que «el rey del cartón», como lo llamaba Keedick, se hubiera casado siendo ya muy mayor.

—Le confieso, Estelle —comentó el presidente—, que no tenía la menor idea de

que estuviera usted interesada en el alpinismo.

—¿Quién podría resistirse al carisma del señor Mallory? —respondió ella. George nunca había oído aquella palabra en semejante contexto y pensó que debía consultar el diccionario para averiguar si tenía un segundo sentido—. Naturalmente, todos confiamos en que será la primera persona que alcance la cima de esa montaña —prosiguió ella en tono adulator— y que entonces volverá para contarnos su experiencia.

George sonrió e hizo una ligera reverencia.

—Mi querida señora, tal como expliqué en Nueva York, no participaré en...

—¿Es cierto que la conferencia de esta noche ha sido la última antes de su regreso a Inglaterra? —le preguntó la señora Harrington, que no estaba acostumbrada a que la interrumpieran.

—Me temo que así es —contestó George—, mañana por la tarde tomaré el tren a Nueva York y a la mañana siguiente embarcaré con rumbo a Southampton.

—Bien, si va a estar mañana en Nueva York, quizá le apetecería tomar una copa conmigo en mi casa, por la noche.

—Eso es muy amable por su parte, señora, pero...

—No sé si lo sabía, señor Mallory, pero mi difunto esposo era un gran benefactor de las buenas causas, y no me cabe duda de que habría deseado que yo hiciera una sustancial donación a la de usted.

—¿Sustancial? —repitió George.

—Estaba pensando en unos... —Hizo una pausa—. En unos diez mil dólares. Transcurrieron unos segundos hasta que George fue capaz de contestar.

—Pero me temo, señora Harrington, que no llegaré a Nueva York antes de las siete de la tarde.

—En ese caso, enviaré un coche para que lo recoja en su hotel a las ocho. Ah, y por favor, llámeme Estelle.

Después de desayunar, y cuando la niñera se hubo llevado a los niños a pasear, Ruth fue al salón, se sentó en su sillón favorito, junto a la ventana, y abrió la última carta de George.

22 de marzo de 1923

Mi querida Ruth:

Te escribo desde el tren que va de Boston a Nueva York. Para variar tengo algunas buenas noticias. En Harvard las cosas han salido como esperaba. No solamente el auditorio Taft estaba a rebosar de gente —«lleno hasta la bandera», según lo expresó Keedick—, sino que tanto los alumnos como el claustro me han dispensado una magnífica acogida.

Salí de la recepción del presidente de lo más contento, y eso que debido a la

Ley Seca no tomé más que zumo de naranja. Sin embargo, cuando me he despertado esta mañana, la realidad se ha impuesto de nuevo. Mi gira se ha abreviado y volveré a Inglaterra antes de lo previsto. Ha sido una pena que no pudiera convencerte para que vinieras conmigo, ya que al final estaré fuera menos de un mes. En cualquier caso, nuestra corta estancia en Venecia fue inolvidable, a pesar de no escalar la torre de San Marcos.

Estas líneas son para advertirte que estaré de vuelta algún día de la semana que viene. Te mandaré un cable desde el barco con los detalles de mi llegada a Southampton.

La segunda buena noticia es que voy a disponer de una última oportunidad para aumentar la recaudación de la Royal Geographical Society esta noche, en Nueva York.

Lo único bueno de haber tenido que acortar la gira es que podré veros a todos antes de lo previsto. Pero, volviendo a la realidad, en cuanto llegue, lo primero que tendré que hacer será buscarme un trabajo.

Espero verte pronto.

Tu marido que te quiere,

George

Ruth sonrió mientras metía la carta en el sobre y la guardaba en el cajón superior del escritorio, junto con las demás que su marido le había ido escribiendo a lo largo de los años. Echó un vistazo al reloj de la cómoda. Todavía faltaba una hora para que su tren hacia Londres saliera de Godalming. Sin embargo, quería llegar pronto a la estación para no hacer esperar a su cita.

George llamó a la puerta de la lujosa mansión de la calle Sesenta y cuatro Oeste minutos antes de que dieran las ocho. Un mayordomo vestido con frac y pajarita blanca le abrió.

—Buenas noches. La señora Harrington lo espera.

George fue conducido a un salón, donde encontró a la dueña de la casa, junto a la repisa de la chimenea, de pie y bajo un gran óleo que mostraba a una mujer desnuda saliendo del baño. La anfitriona llevaba un vestido de seda rojo que no llegaba a cubrirle las rodillas. Aunque lucía un collar de diamantes con una pulsera a juego, en sus dedos no se veía ninguna alianza.

—Gracias, Dawkins. Eso será todo —dijo la señora Harrington y, antes de que el mayordomo saliera, añadió—: No creo que necesite de sus servicios el resto de la noche.

—Como la señora desee —repuso el mayordomo, haciendo una reverencia antes de cerrar la puerta al marcharse. George habría jurado oír que una llave giraba en la cerradura.

—Siéntese, George —dijo ella, señalando el sofá—. ¿Qué le apetecería tomar?

—Supongo que tendré que conformarme con zumo de naranja, ¿verdad?

—En absoluto —dijo la señora Harrington, que cruzó la habitación y tocó el lomo de un ejemplar de *Tiempos difíciles*, tras lo cual la biblioteca giró y dejó al descubierto un bien surtido mueble bar—. ¿Whisky con soda?

—¿Hay algo que no sepa sobre mí? —preguntó George, sonriendo.

—Una o dos cosas —contestó la señora Harrington, sentándose junto a él en el sofá de tal modo que el vestido se le subió varios centímetros por encima de las rodillas—. Pero estoy segura de que, con el tiempo, pondré remedio a esa laguna —señaló. George se ajustó nerviosamente la corbata—. Y ahora, George, explíqueme de qué modo mi pequeña donación podría ser de ayuda en su expedición.

—Lo cierto es, señora Harrington —dijo George tomando un sorbo de *whisky*, que era de su marca favorita—, que necesitamos hasta el último penique que podamos conseguir. Si algo aprendimos en la primera expedición fue que no íbamos lo bastante preparados. Se trata del mismo problema al que se enfrentó el capitán Scott en su viaje al Polo Sur y que acabó costándole la vida, a él y a todos los miembros de su equipo. La verdad es que no estoy dispuesto a volver a correr semejante riesgo con mis hombres.

—¡Qué serio es usted, George! —contestó la señora Harrington, dándole una palmada en el muslo.

—Es que se trata de un asunto muy serio, señora.

—Por favor, llámame Estelle —dijo ella, tuteándolo. Cruzó las piernas y dejó entrever un sugerente liguero negro—. ¿Crees que esta vez lograrás llegar a la cima?

—Seguramente, pero siempre se necesita un poco de suerte —comentó George—,

sobre todo con el clima. Si se dan tres días despejados y sin viento, hay que aprovechar la oportunidad. Por desgracia, justo cuando se presentó la mía, un desastre se abatió sobre nuestro grupo.

—Yo también confío en que no sobrevenga un desastre si se presenta mi oportunidad —repuso la señora Harrington, acariciando el muslo de su invitado. George se ruborizó hasta que su tez adquirió el color del vestido de su anfitriona y miró a su alrededor, como si buscara una vía de escape—. No hay razón para que estés nervioso, George. Esta es una pequeña aventura de la que nadie se enterará y que no tiene que acabar en desastre, desde luego.

George se disponía a levantarse y marcharse cuando ella añadió:

—Cuando pongas el pie en lo alto de esa montaña, y estoy segura de que lo harás, me gustaría que pensaras un momento en mí.

Metió los dedos en la manga y sacó un papelito que desdobló y dejó en la mesa, ante ellos. George lo miró y vio que se trataba de un cheque: «Páguese a la Royal Geographical Society la cantidad de 10 000 dólares». Pensó en el señor Hinks y permaneció sentado.

—Ahora, George, te ruego que medites sobre esto un momento, mientras me pongo algo menos formal. Sírvete otra copa si te apetece. A mí me gustaría un *gin-tonic* —dijo antes de levantarse y salir.

George cogió el cheque y se disponía a guardarlo en su cartera cuando vio la esquina de una pequeña fotografía que asomaba entre dos billetes de dólar. Cogió la instantánea que había tomado a Ruth durante su luna de miel y que siempre llevaba con él en sus viajes. Sonrió, volvió a guardarla y rompió el cheque en dos. Acto seguido, fue hasta la puerta, giró lentamente el picaporte y descubrió que estaba cerrada con llave. Era una lástima que la RGS no hubiera escogido a Finch para la gira estadounidense, pensó, porque las arcas de la sociedad habrían agradecido sin duda aquellos diez mil dólares, y la señora Harrington los habría considerado una estupenda inversión.

Se acercó a la ventana, quitó el seguro y la abrió sin hacer ruido. Se asomó para estudiar la mejor ruta posible. Le gustó comprobar que la fachada del edificio estaba hecha de grandes bloques de piedra distribuidos regularmente. Se agarró del alféizar y empezó a descender lentamente por la fachada. Cuando se hallaba a menos de dos metros del suelo, saltó a la acera y cruzó la calle a paso vivo. Sabía que un escalador no debía volver la vista atrás, pero no pudo resistir la tentación. Se llevó su justa recompensa: de pie junto a una de las ventanas superiores, se hallaba una hermosa mujer vestida únicamente con un salto de cama que apenas dejaba margen a la imaginación.

—¡Maldita sea! —exclamó George cuando se acordó de que no había comprado ningún regalo para su esposa.

Ruth llamó suavemente a la puerta del número 37 de Tite Street. Un momento después, le abrió una doncella que la saludó con una ligera reverencia.

—Buenos días, señora Mallory —dijo—. ¿Es tan amable de acompañarme?

Cuando Ruth entró en el salón, encontró a su anfitriona junto a la repisa de la chimenea, de pie debajo de un gran óleo donde aparecía su difunto marido aproximándose al Polo Sur. La dama vestía un sencillo vestido negro y no llevaba maquillaje ni joyas, a excepción de sus alianzas de compromiso y de boda.

—Es un placer conocerla, señora Mallory —la saludó Kathleen Scott, estrechándole la mano—. Por favor pase y siéntese junto al fuego —añadió, señalando un confortable sillón situado frente a ella.

—Gracias. Es muy amable por su parte haber accedido a recibirme —dijo Ruth.

Mientras se sentaba, la doncella regresó y dejó en la mesa, ante la señora Scott, una bandeja con dos servicios de té y galletas.

—Puede dejarnos solas, Millie. Y por favor, que no nos molesten —ordenó a la doncella.

—Desde luego, señora —contestó la doncella, cerrando la puerta discretamente al salir.

—¿Indio o chino, señora Mallory?

—Indio, por favor.

—¿Leche y azúcar?

—Solo leche, gracias.

La señora Scott completó el pequeño ritual del té y entregó una taza a Ruth.

—Su carta me intrigó —le comentó—. En ella me decía usted que había un asunto personal del que quería tratar conmigo.

—Sí, verá... —contestó Ruth en tono vacilante—. Necesito su consejo. La señora Scott asintió y le sonrió afectuosamente.

—Mi marido se halla dando una gira de conferencias en Estados Unidos y va a volver cualquier día de estos —empezó a explicar Ruth—. Aunque me ha asegurado más de una vez que no desea encabezar la próxima expedición de la Royal Geographical Society al Everest, no me cabe la menor duda de que su deseo es exactamente el contrario.

—¿Y qué opina usted sobre que vuelva al Himalaya?

—Si a su larga ausencia durante la guerra tengo que sumar la primera expedición al Everest y ahora su gira por Estados Unidos, la verdad es que no me gustaría verlo partir para otros seis meses.

—Lo entiendo perfectamente, querida mía. Mi buen Robert era exactamente igual: incapaz de quedarse en un sitio más de unos meses seguidos.

—¿Le preguntaba alguna vez él cómo se sentía usted ante todo eso?

—Constantemente, pero yo sabía que Robert solo buscaba que lo tranquilizara, de

manera que siempre le contestaba lo que deseaba oír, es decir, que en mi opinión estaba haciendo lo correcto.

—¿Y así era?

—No siempre —reconoció su anfitriona con un suspiro—. Pero sabía que, por mucho que yo deseara que se quedara en casa y llevara una vida normal, eso no iba a ocurrir porque, al igual que su marido, Robert no era un hombre como los demás.

—¿Y no lamenta ahora no haberle confesado sus auténticos sentimientos?

—No, señora Mallory, no lo lamento. Prefiero haber pasado dos años junto a uno de los hombres más interesantes de este mundo que cuarenta con un marido amargado porque yo le impedí realizar sus sueños.

Ruth intentó sosegar.

—Puedo soportar la idea de estar separada de George otros seis meses, pero no durante el resto de mi vida.

—Le aseguro que la comprendo perfectamente, pero su marido no es un hombre como los demás, y estoy segura de que usted conocía su imperiosa ambición mucho antes de aceptar convertirse en su esposa.

—Sí, la conocía, pero...

—Entonces no puede ni debe interponerse en el camino que le marca el destino. Si su esposo llegara a presenciar que otro hacía realidad su sueño, podría ser usted la que pasara el resto de su vida lamentándolo.

—Pero ¿acaso ha de ser mi destino pasar el resto de mi vida sin él? —quiso saber Ruth—. Si él supiera lo mucho que lo quiero...

—Sin duda él lo sabe ya, señora Mallory, de otro modo usted no habría venido a verme. Y puesto que él lo sabe, tendrá usted que convencerlo de que en su opinión debe encabezar la próxima expedición. A partir de entonces, querida mía, solo le restará rezar para que regrese sano y salvo.

Ruth alzó la vista. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—Pero su esposo no regresó.

—Si pudiera volver hacia atrás en el tiempo —fue la tranquila respuesta—, y Robert me preguntara «¿Te importa si me marcho de nuevo, amor mío?», le contestaría exactamente lo mismo que hace trece años, un mes y seis días: «No, cariño, claro que no me importa; pero esta vez no te olvides de llevarte los calcetines de lana».

A las seis de la mañana del día siguiente, George ya estaba despierto, con las maletas hechas y listo para marcharse. Cuando pasó por la recepción del hotel no le sorprendió comprobar que Keedick no se había hecho cargo de la factura y, por lo tanto, se alegró de haber pasado la última noche en una habitación individual de una casa de huéspedes del Lower East Side, y no en la *suite* presidencial del Waldorf.

Cuando salió a la calle, no cogió un taxi por más de una razón, sino que echó a

andar las cuarenta y tres manzanas con una maleta en cada mano, esquivando los peatones mientras cruzaba la sudorosa y abarrotada jungla de Manhattan.

Una hora más tarde, al llegar a los muelles, vio a Keedick junto a la pasarela de embarque, con un cigarro en los labios, una sonrisa y una frase adecuada para la ocasión.

—Llámame cuando llegues a la cima de tu montaña, George. Podría ser el gancho que necesitamos.

—Gracias, Lee... —contestó George y, tras una momentánea vacilación, añadió —: Por una experiencia tan inolvidable.

—Ha sido un placer —dijo Keedick, tendiéndole la mano—. Me ha encantado serte de ayuda. George se disponía a subir a la pasarela cuando Keedick lo llamó.

—¡Eh, no te vayas sin esto! —Tenía un sobre en la mano. George dio media vuelta a regañadientes.

—Es tu parte de las ganancias, amigo —dijo Keedick, intentando imitar su acento inglés—. El cincuenta por ciento, como convinimos.

—Gracias —dijo George, guardándose el sobre en el bolsillo interior de la americana, ya que no tenía la menor intención de abrirlo delante de Keedick.

Subió a bordo y fue en busca de su litera. No le sorprendió descubrir que su descenso de categoría lo había llevado cuatro niveles por debajo de cubierta, a un camarote situado junto a las calderas y no mucho mayor que su tienda del collado norte y que debía compartir con otros tres pasajeros.

Dejó de deshacer la maleta cuando oyó la sirena que anunciaba la partida y subió a toda prisa a cubierta para ver cómo el barco salía lentamente del puerto.

Una vez más se apoyó en la barandilla y contempló el muelle, donde amigos y familiares agitaban pañuelos de despedida. No se molestó en buscar a Lee Keedick, porque sabía que se había marchado hacía rato. Contempló los rascacielos mientras estos iban menguando en la distancia y, cuando perdió de vista la estatua de la Libertad, comprendió que había llegado el momento de enfrentarse a la realidad.

Cogió el sobre del bolsillo de su americana, lo abrió y sacó el cheque. En él se leía: «Páguese a la Royal Geographical Society la cantidad de 48 dólares». Sonrió y pensó un momento en Estelle. Pero fue solo un momento.

Libro séptimo
Privilegio de mujer

Mientras caminaban de la mano por King's Parade, en Cambridge, parecían dos estudiantes de la universidad.

—Bueno, no me tengas en vilo más tiempo —dijo Ruth—. Dime qué tal ha ido la entrevista.

—No habría podido ir mejor —respondió George—. Se mostraron de acuerdo con todos mis puntos de vista sobre una educación de calidad y no protestaron cuando les di a entender que había llegado el momento de ofrecer un título oficial a las mujeres que están cursando los mismos estudios que los hombres.

—Ya sería hora —comentó Ruth—. Incluso Oxford ha aceptado eso.

—No sé, a lo mejor hace falta otra guerra mundial para que Cambridge se convenza de ello —dijo George viendo pasar un par de viejos profesores.

—Entonces, ¿hay alguna posibilidad de que te ofrezcan el trabajo o tienen que entrevistar a más aspirantes?

—No creo —respondió George—. La verdad es que Young me dio a entender que yo era el único candidato, y por otra parte el presidente de la junta examinadora casi se delató al preguntarme si podría empezar a trabajar el próximo mes de septiembre.

—¡Eso es maravilloso! —Exclamó Ruth—. Felicidades, cariño.

—¿Pero no sería demasiado pedirte que nos mudáramos a vivir a Cambridge?

—¡Por Dios, no! —Aseguró Ruth—. No se me ocurre un lugar mejor para educar a los niños; además, todavía tienes muchos amigos por aquí. Y, si no te necesitan hasta septiembre, tendremos tiempo suficiente para buscar casa y organizar el traslado mientras tú estás fuera.

—¿Mientras estoy fuera? —preguntó George, confundido.

—Si tu trabajo no empieza hasta el año que viene, no veo razón alguna para que no te vayas a escalar tu montaña. George la miró como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me estás diciendo que no pondrías inconvenientes a que me uniera a la próxima expedición al Everest?

—Al contrario, me parecería muy bien —contestó Ruth—. La idea de tenerte rondando por casa durante meses como un tigre enjaulado no me hace ninguna gracia, y aún me apetece menos estar cerca de ti cuando Finch alcance la cima y tengas que conformarte con enviarle un telegrama de felicitación. De todas maneras —añadió con un guiño—, también cabe la posibilidad de que no vayan a ofrecerte una plaza en el equipo de escalada.

—¿Y eso por qué? —quiso saber George.

—Bueno, cariño, aunque sigas pareciendo un estudiante e incluso te comportes a veces como si lo fueras, si examinan tu currículum verán que ya no eres ningún crío. Vaya, que en mi opinión deberías decirles a los de la Royal Geographical Society que estás disponible, porque es evidente que esta será tu última oportunidad.

—Eres una arpía encantadora. No sé si darte un beso o unos azotes. Creo que me inclinaré por el beso.

—Creía haberte dicho ya lo que pienso de que me beses en público, señor Mallory —dijo Ruth cuando él la soltó finalmente. Nunca lo había visto tan extasiado.

—Gracias, cariño. No sabes cuánto me alegro de que me hayas dicho sinceramente lo que piensas acerca de que haga un último intento con el Everest.

Temiendo que George la mirara a los ojos y descubriera en ellos sus verdaderos sentimientos, Ruth se alegró de que él la estrechara entre sus brazos.

Nadie se sorprendió de que George llegara tarde a la fiesta de cumpleaños de su hermano, pero su hermana Mary le echó una reprimenda cuando descubrió que se había olvidado el regalo de Trafford en The Holt.

—¿Qué regalo tienes para él? —le preguntó Mary—. ¿O es que tampoco te acuerdas de eso?

—Un reloj. Lo compré la última vez que estuve en Suiza.

—Me parece una elección sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un instrumento por el que nunca has demostrado el menor interés en tus treinta y siete años —comentó Mary, mientras Trafford se unía a ellos.

—Siempre puedo pasar a recogerlo en Navidad, tal como hice el año pasado —dijo este con una sonrisa—. Pero, por el momento, tengo un asunto más urgente que atender: debo zanjar una discusión entre Cottie y nuestra madre acerca de cuál fue la máxima altitud que alcanzó George en el Everest.

George miró hacia el otro extremo del salón y descubrió a Cottie charlando con un hombre al que no reconoció. No había visto a su compañera desde que habían visitado juntos una exposición de Monet en la Royal Academy, hacía ya un par de años. Ella lo vio a su vez y lo obsequió con la familiar sonrisa que George recordaba de sus días de montañismo y que le hizo avergonzarse por no haber mantenido el contacto desde que el padre de ella había quebrado. No es que hubiese podido ofrecerle ayuda económica, pero...

—Ocho mil quinientos cuarenta metros —dijo Mary—, como hasta un niño de pecho sabría.

—Eso es una altitud mayor de la que ha alcanzado nunca un piloto de avión —dijo Trafford—. Si no fuera así, yo mismo intentaría aterrizar en la cima de esa maldita montaña.

—Eso nos ahorraría un montón de molestias —comentó George, volviéndose—. Pero hasta que llegue ese momento, alguien tendrá que hacerlo por el camino más difícil. —Trafford rio y George preguntó—: ¿Cómo está Cottie? ¿Aún tiene que trabajar para ganarse la vida?

—Sí —contestó Mary—, pero gracias a Dios ya no está atendiendo tras un

mostrador en Woolworth's.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso la han nombrado directora de los grandes almacenes? —quiso saber Trafford.

—No —repuso Mary, riendo—. Acaba de publicar su primer libro, y las críticas han sido muy favorables. George se sintió aún más culpable.

—Voy a tener que llevarme un ejemplar en mi próximo viaje —dijo, distraído.

—¿Tu próximo viaje? —Se extrañó Trafford—. Creía que habías decidido no formar parte de la segunda expedición al Everest.

—¿Y le da para mantenerse? —Preguntó George, evitando responder a su hermano—. Yo solo conseguí treinta y dos miserables libras en derechos de autor con mi libro sobre Boswell.

—Cottie ha escrito una novela romántica, no una biografía para eruditos —explicó Mary—. Es más, los editores le han ofrecido un contrato para tres novelas más, así que alguien debe de creer en ella.

—Más de una persona, según parece —comentó Trafford, observando al individuo con el que conversaba Cottie.

—¿A qué te refieres? —preguntó George.

—Que acaba de casarse con un diplomático —explicó Mary—. ¿No lo sabías?

—Pues no —reconoció George—. No me invitaron a la boda.

—Eso no es de extrañar —dijo Mary—. Si leyeras *Peking Picnic* sabrías por qué.

—¿Qué quieres decir?

—El protagonista de la novela es un joven profesor que ha estudiado en Cambridge y que se dedica a escalar montañas en sus ratos libres.

—¿Cómo? —Trafford se echó a reír—. ¿Y no menciona a su apuesto hermano, el intrépido aviador que después de vencer a los alemanes regresa a su patria convertido en el comandante más joven de la RAF?

—Solo en un párrafo —reconoció Mary—, pero da a entender que, al igual que su hermano mayor, está destinado a mayores alturas.

—Ya veremos quién de nosotros será el primero en alcanzar ocho mil ochocientos cincuenta metros.

—Ocho mil ochocientos cincuenta metros y cincuenta centímetros —precisó George.

El comité estaba estudiando el último mapa del Himalaya cuando el general Bruce empezó a leer su informe.

—En estos momentos, la mayor parte del grupo de apoyo habrá llegado ya a cinco mil doscientos metros —explicó el general, señalando con su monóculo la posición en el mapa—. Su trabajo consistirá en asegurarse de tenerlo todo preparado para cuando Mallory y sus escaladores lleguen al campamento base dentro de doce semanas.

—Bien —asintió George—, y puesto que ya he elegido la ruta que vamos a seguir, eso nos concederá más de un mes para aclimatarnos y atacar la cumbre antes de la temporada de los monzones.

—¿Podemos suponer, Mallory, que hemos solucionado los principales problemas que usted señaló tras la primera expedición? —preguntó *sir* Francis.

—Desde luego, señor presidente —contestó George—. Sin embargo, tras mi escaso éxito en mi gira por Estados Unidos, me veo obligado a preguntar de dónde ha salido el dinero que está haciendo posible todo esto.

—Hemos tenido un inesperado golpe de suerte —aclaró Hinks—. Aunque las cosas no salieron como estaban planeadas para usted en Norteamérica, la película de Noel, *The Epic of Everest*, ha tenido un gran éxito en nuestro país; tanto que su autor ha ofrecido a la RGS ocho mil libras por la exclusiva de la próxima expedición. «Derechos cinematográficos», creo que los llama. Solo ha puesto una condición.

—¿Y puedo saber cuál es? —preguntó Raeburn.

—Que Mallory sea designado nuevamente jefe de escalada —explicó Hinks.

—Ya he dicho que acepto —corroboró Mallory—. Lo único que me resta es elegir a los alpinistas que formarán mi equipo de escalada.

—Los cuales, señor presidente —intervino entonces Geoffrey Young—, se seleccionan por sí solos. George asintió y sacó una hoja de papel del bolsillo de su americana.

—Señor presidente, si me lo permite, me gustaría leerles los nombres que he decidido para someterlos a su aprobación.

—Desde luego, amigo mío —contestó *sir* Francis—. Al fin y al cabo, es su gente.

George leyó los nombres que él y Young habían acordado en la última reunión del Alpine Club.

—Son Norton, Somervell, Morshead, Odell, Finch, Bullock, Kingston, Noel y yo mismo.

Alzó la vista esperando recibir la aprobación unánime del comité, pero se produjo un largo e incómodo silencio antes de que el presidente respondiera.

—Lamento tener que decirle, Mallory, que esta misma mañana he recibido una carta del señor Finch donde nos comunica que, dadas las circunstancias, debe retirarse de la expedición de 1924.

—¿«Dadas las circunstancias»? —Repitió George—. ¿A qué se refiere?

Sir Francis hizo una señal con la cabeza a Hinks. El secretario abrió una de las carpetas que tenía delante, sacó una carta y se la entregó a George.

—Pero aquí no da ninguna razón concreta para tener que retirarse —dijo tras haberla leído dos veces. Pasó la carta a Young—. ¿Está enfermo o algo parecido?

—No, que nosotros sepamos —repuso sir Francis, a la defensiva.

—Y no puede tratarse de un problema económico —añadió Young, quien devolvió la carta a Hinks—, porque gracias a Noel tenemos dinero suficiente para cubrir los gastos de equipo y pasaje de Finch.

—Me temo, Mallory, que la situación es un poco más delicada que eso —dijo el secretario, al tiempo que cerraba el libro de actas y ponía el capuchón a su estilográfica.

—Espero que no tenga nada que ver con el incidente con la mujer del gobernador general, ¿no?

—No. Por desgracia es mucho peor que ese desagradable asunto —contestó Hinks, quitándose los quevedos y dejándolos encima de la mesa. George aguardó, impaciente, a que continuara—. Sin informar previamente a la RGS —explicó finalmente Hinks—, Finch ha aceptado varios compromisos para pronunciar conferencias por todo el país. El resultado es que ha ganado una considerable cantidad de dinero, de la que nuestra entidad no ha visto ni un penique.

—¿Tenía la Royal Geographical Society derecho a cobrarlo? —quiso saber Young.

—Desde luego —repuso Hinks—. Al igual que Mallory, Finch firmó un contrato en virtud del cual debía entregar a la RGS la mitad de los ingresos que obtuviera como resultado de su participación en la expedición al Everest.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Young.

—No lo sabemos exactamente —reconoció el secretario—, ya que Finch se ha negado a rendirnos cuentas, y eso a pesar de que le han sido reclamadas en repetidas ocasiones. Al final, la Royal Geographical Society no ha tenido más remedio que exigirle por vía notarial las cantidades que le corresponden por derecho.

—Siempre dije que era un canalla —intervino Ashcroft—, y esto no hace sino confirmar mi opinión.

—¿Cree usted que el asunto llegará a los tribunales? —preguntó Young.

—Confío en que no —dijo Hinks—. Pero, de ser así, el caso se resolverá seguramente cuando el equipo esté ya en el Tíbet.

—Vaya, pues estoy seguro de que los sherpas se enfadarán mucho cuando se enteren de esto —comentó George.

—No creo que sea un asunto para tomar a broma, Mallory —lo reprendió sir Francis.

—Perdón, pero ¿de verdad alguno de los aquí presentes considera que este asunto afecta a la destreza del señor Finch como escalador? —preguntó Young.

—Esa no es la cuestión, como bien sabe usted —replicó Hinks.

—La cuestión será yo —dijo George— cuando esté a más de ocho mil metros y tenga que seleccionar a la persona que haya de acompañarme en la escalada final.

—Siempre le queda la opción de escoger entre Norton y Somervell —le recordó el secretario.

—De acuerdo, pero ellos serían los primeros en admitir que no están a la altura de Finch.

—Reconocerá usted, señor Mallory, que después de este último incidente la Royal Geographical Society no tiene demasiadas opciones.

—A la RGS no se le ha concedido el derecho divino de decidir quién debe o no debe formar parte del grupo de escalada —declaró Mallory—. Por si lo había olvidado, señor Hinks, esta es una reunión del Comité Everest.

—Disculpe, Mallory —terció Ashcroft—, pero me parece que está excediéndose en sus atribuciones.

—Entonces, comandante —replicó George—, permítame que le pregunte: con su gran experiencia de permanecer por encima del nivel del mar, ¿quién sería en su opinión el sustituto más adecuado de Finch?

—Me complace que haya hecho esta pregunta, Mallory —intervino Hinks—, porque creo que, precisamente, hemos encontrado a la persona idónea.

—¿Y quién es, si puede saberse? —preguntó George.

—Un joven llamado Sandy Irvine. Rema en el equipo azul de Oxford y ha aceptado nuestro inesperado ofrecimiento.

—Puesto que no tengo la menor intención de escalar el Everest en un bote de remos, señor Hinks, quizá podría usted ilustrarnos sobre las habilidades de Irvine como alpinista, porque nunca he oído hablar de él.

El secretario sonrió por primera vez.

—Según parece, su amigo Odell quedó muy impresionado por el muchacho cuando escalaron en el círculo polar ártico el año pasado, e Irvine fue el primero en llegar al pico más alto de Spitzbergen —explicó Hinks con aire de satisfacción.

—Spitzbergen es para jóvenes promesas —aseguró Young—. Por si no lo sabe, señor Hinks, su cima más alta no pasa de mil setecientos cincuenta metros.

—Así pues, señor Hinks —dijo George, retomando la palabra—, le aseguro que el nombre de Irvine será el primero de mi lista cuando busque a alguien para que me acompañe a mil setecientos metros.

—Creo que también debería señalar que Irvine da clases de química en Oxford y está familiarizado con el manejo de las mismas botellas de oxígeno con las que Finch experimentó durante la anterior expedición. De hecho, sé de buena tinta que se mantiene en contacto con los fabricantes para introducir posibles mejoras en el sistema.

—En cualquier caso, Finch no solo posee mayor experiencia en el empleo de oxígeno, sino también un título superior que lo certifica —le recordó George—. Y,

por si este comité lo ha olvidado, ya ha experimentado con oxígeno por encima de ocho mil metros, circunstancia ante la que precisamente usted se mostraba muy reticente, señor Hinks. No obstante, lo más relevante sigue siendo que Finch ostenta, incluso a mi pesar, el récord mundial de altitud.

—Caballeros, caballeros —intervino *sir Francis*—, les ruego que resolvamos nuestras diferencias con un mínimo de decoro.

—Puesto que resulta evidente que el señor Hinks y yo no vamos a ponernos de acuerdo en este asunto —dijo George—, me gustaría saber cómo piensa lograrlo, señor presidente.

—Creo que deberíamos permitir que prevalezca el criterio de la mayoría, como siempre se ha hecho en la RGS. —Y antes de que George pudiera interrumpirlo, añadió—: Y como sin duda ocurre también en el Alpine Club.

Young se guardó su opinión y, puesto que nadie añadió más, *sir Francis* continuó:

—Por lo tanto, propongo, aunque no sin cierto disgusto, que sometamos el asunto a votación. —Esperó a que surgieran objeciones, pero el resto de los miembros del comité guardaron silencio—. Muy bien. ¿Quiere hacer el favor de proceder?

—Desde luego, señor presidente —repuso Hinks—. Veamos, los que estén a favor de reincorporar a Finch al equipo, que levanten la mano. Mallory, Young y, para sorpresa de la reunión, también el general Bruce levantaron la mano. Antes de anotar el resultado en el acta, Hinks miró a Bruce.

—Yo creía que no soportaba a ese hombre, general —comentó.

—Y no se equivocaba, amigo mío. Pero en la expedición anterior no superé los cinco mil cuatrocientos metros, y le aseguro que no tengo la menor intención de presentarme voluntario cuando Mallory llegue a los ocho mil y tenga que decidir quién ha de acompañarlo en el ascenso final.

Hinks anotó a regañadientes el voto del general.

—Bien —dijo—. Y ahora los que están en contra. —Raeburn y Ashcroft se unieron con su voto a Hinks, que se volvió hacia el presidente—. Me temo, señor, que volvemos a estar empatados, de modo que tendrá que decidir con su voto de calidad.

—Bien, pues en esta ocasión —anunció *sir Francis* sin vacilar—, voto en contra de que Finch sea readmitido. Hinks se apresuró a anotar el resultado final en el acta y, antes incluso de que la tinta se hubiera secado, declaró:

—El Comité Everest ha decidido, por cuatro votos en contra y tres a favor, que George Finch sea excluido del equipo de escalada —anunció, cerrando el libro de actas con un golpe seco.

—¿Puedo preguntarle, señor presidente, qué le ha hecho cambiar de opinión? —preguntó George sin alterarse.

—Para mí, el hecho de que Finch no respetara su acuerdo con la RGS ha sido la gota que ha colmado el vaso —contestó *sir Francis*, contemplando el retrato del presidente de honor de la RGS—. Sin embargo, también sospecho que a Su Majestad

no le gustaría saber que el primer hombre que subió al techo del mundo era un divorciado.

—Pues es una lástima que Enrique VIII no fuera el presidente de la Royal Geographical Society cuando esta se planteó coronar el Everest —contestó George a media voz mientras se levantaba y recogía lentamente sus papeles—. Debo disculparme, señor presidente, pero no me deja usted otra alternativa que dimitir de mi cargo como miembro de este comité y retirar mi nombre como jefe de los escaladores. Naturalmente, deseo a mi sucesor la mejor de las suertes. Buenos días, caballeros.

—Señor Mallory —intervino Hinks antes de que George saliera de la estancia—, espero que su decisión no le impida pronunciar el discurso de clausura anual de la RGS que va a tener lugar esta noche. Las entradas están vendidas desde hace semanas y...

—Como es natural, haré honor a mis compromisos —contestó Mallory—, pero si alguien me pregunta el motivo de mi renuncia, no tendré inconveniente en exponer que mi opinión no se ha tenido en cuenta en la selección de los miembros del equipo de escalada.

—Como usted quiera —repuso Hinks antes de que George saliera y cerrara la puerta tras él.

—Esto supone decir adiós a las ocho mil libras de Noel —dijo Raeburn, apagando su cigarro—, lo cual significa que ya podemos ir cancelando el maldito proyecto.

—No necesariamente —dijo Hinks, muy tranquilo—. Ya habrán visto que no he dejado constancia en el acta de la dimisión del señor Mallory. Todavía me guardo un par de ases en la manga y tengo intención de utilizarlos antes de que acabe el día.

George cruzó rápidamente el vestíbulo y el pasillo en dirección al despacho del conferenciante. No se detuvo a hablar con nadie por el camino para evitar que le preguntaran algo a lo que no quería contestar antes de haber dado su discurso. También necesitaba unos minutos que le permitieran poner en orden sus pensamientos, pues era consciente de que se disponía a pronunciar las palabras más importantes de su vida.

Cuando entró en el despacho y vio allí a Ruth, esperándolo, se llevó una sorpresa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella, al ver la expresión de enfado de su rostro.

George se paseó por la habitación mientras le relataba detalladamente lo ocurrido en la reunión del comité hasta que al final se detuvo ante ella.

—Crees que he hecho lo correcto, ¿verdad, cariño?

Ruth había previsto aquella pregunta y sabía que no tenía más que decir «Sí, claro que has hecho lo correcto al dimitir, cariño. Hinks se ha comportado de un modo vergonzoso y, a menos que Finch hubiera sido readmitido, tú habrías corrido un

riesgo demasiado grande. No olvidemos que es tu vida la que está en juego, no la de Hinks».

George se quedó de pie, esperando la respuesta de Ruth.

—Esperemos que no tengas que arrepentirte de tu decisión —se limitó a contestar ella, y se levantó antes de que George pudiera insistir más—. Ahora te dejo, cariño. Solo he pasado para desearte suerte. Comprendo que necesites estos últimos minutos para prepararte ante tan importante ocasión. —Le dio un beso en la mejilla y salió sin decir más.

George se sentó al pequeño escritorio e intentó repasar sus notas, pero sus pensamientos siguieron girando en torno a la reunión del comité y a la ambigua respuesta de su esposa.

Llamaron a la puerta con cautela y George se preguntó quién podría ser. Según una de las normas inquebrantables de la RGS, no estaba permitido interrumpir al conferenciante mientras estuviera preparando su discurso. Cuando vio a Hinks le entraron ganas de propinarle un puñetazo, unas ganas que se le pasaron nada más ver a la persona que entró tras el secretario. Se puso en pie de un salto e hizo una reverencia.

—Alteza —dijo Hinks—, tengo el honor de presentarle al señor George Mallory que, como bien sabe, será el conferenciante de esta noche.

—Sí, desde luego —contestó el príncipe de Gales—. Señor Mallory, le ruego que me disculpe por irrumpir de este modo, pero tengo un mensaje para usted, que Su Majestad el rey me ha encargado que le entregue personalmente.

—Es sumamente amable por su parte tomarse tantas molestias, alteza.

—En absoluto, amigo mío. Su Majestad quería transmitirle cuánto se alegra de que haya accedido usted a encabezar la próxima expedición al Everest y le comunica que espera con impaciencia recibirlo como se merece a su regreso. —Hinks sonrió levemente—. Y permítame que añada, Mallory, que esos son también mis sentimientos y que espero con gusto asistir a su discurso.

—Gracias, alteza —repuso George.

—Bueno, ahora será mejor que lo dejemos en paz —dijo el príncipe—. De lo contrario, no habrá forma de que empiece la sesión. George hizo una reverencia mientras el príncipe de Gales y el secretario de la Royal Geographical Society salían del despacho.

—¡Hinks, maldito cabrón! —masculló cuando la puerta se hubo cerrado—. No imagines ni por un momento que tu pequeña treta conseguirá hacerme cambiar de opinión.

Alteza real, damas y caballeros, como presidente de la Royal Geographical Society y del Comité Everest tengo el privilegio de presentarles a nuestro conferenciante invitado de esta noche, el señor George Mallory —anunció *sir* Francis Younghusband—. El señor Mallory fue el jefe de escalada de la última expedición al Everest, en la que llegó a una altitud de ocho mil quinientos cuarenta metros, a solo trescientos diez metros de la cima. Esta noche, el señor Mallory nos relatará sus experiencias de tan histórica aventura en una conferencia titulada «En terreno desconocido». Damas y caballeros, ¡el señor George Mallory!

George fue incapaz de hablar durante varios minutos porque el público se puso en pie como un solo hombre y aplaudió hasta que él se vio obligado a pedir silencio, aplacándolo con las manos. Miró la primera fila y sonrió al hombre que tendría que haber ocupado su lugar esa noche de no haber sido por la herida recibida durante la guerra. Young le devolvió la sonrisa, claramente orgulloso del pupilo que lo representaba en el estrado. Norton, Somervell y Odell se hallaban sentados junto a él.

George esperó a que la audiencia se sentara de nuevo antes de pronunciar sus primeras palabras.

—Cuando estuve hace poco en Nueva York —empezó diciendo—, fui presentado como el hombre que había conquistado el Everest él solo. —Esperó a que las risas se apagaran antes de continuar—. Lo cierto es que se trataba de un doble error. Aunque es posible que un hombre alcance la cima de esa gran montaña en solitario, no tiene la menor esperanza de conseguirlo sin el apoyo de un equipo del más alto nivel. Y con ello me refiero absolutamente a todo, desde las mejores mulas indias hasta una persona como el general Bruce si uno quiere tener alguna esperanza de llegar al campamento base.

Aquella fue la señal para que las luces se apagaran y se proyectara la primera diapositiva en la pantalla que tenía a su espalda.

Cuarenta minutos más tarde, George volvía a encontrarse figuradamente en el campamento base y en medio de una entusiasta salva de aplausos. Tenía la impresión de que la conferencia había salido bien, pero todavía le faltaba responder a unas cuantas preguntas, y temía que una respuesta equivocada pudiera enviarlo —de nuevo y literalmente— al campamento base.

Cuando abrió el turno de preguntas le sorprendió que Hinks no se levantara de su asiento, ya que la tradición estipulaba que el secretario de la RGS fuera quien formulase la primera. Sin embargo, Hinks permaneció sentado y con los brazos cruzados. George dio la palabra a un hombre de avanzada edad de la segunda fila.

—Cuando se encontró usted bloqueado a ocho mil quinientos cuarenta metros y vio que Finch seguía adelante, ¿no deseó haber llevado a la espalda un par de botellas de oxígeno como él?

—No cuando partimos la primera vez —contestó George—. Pero más tarde,

cuando no podía dar un paso sin tener que pararme a descansar, llegué a la conclusión de que resultaría prácticamente imposible llegar a la cima sin esa ayuda.

Señaló otra mano levantada.

—Pero ¿no le parece que utilizar oxígeno es como hacer trampa?

—La verdad es que antes sí lo creía —reconoció George—. Sin embargo, un compañero de tienda me señaló que de la misma forma cabría considerar que el hecho de utilizar mitones de lana o botas de escalada, o incluso echar un par de terrones en el té, es hacer trampa, porque sin duda incrementa artificialmente las posibilidades de éxito. Así pues, seamos sinceros: ¿qué sentido tiene viajar ocho mil kilómetros si uno no tiene posibilidades de recorrer los últimos trescientos metros?

Seleccionó a otro miembro del público.

—¿Cree usted que hubiera llegado a lo más alto de no haberse quedado a atender al señor Odell?

—Desde luego, podía ver lo más alto con claridad, porque el señor Finch iba por delante de mí. —El comentario fue recibido con risas—. Debo reconocer que, en esos momentos, la cumbre me parecía tentadoramente cercana, pero se trataba de una percepción engañosa. No olvide que, en una montaña, doscientos cincuenta metros no son solo doscientos cincuenta pasos, sino que pueden llegar a parecer kilómetros. Sin embargo, esa experiencia me sirvió para convencerme de que, contando con tiempo suficiente y las condiciones atmosféricas adecuadas, es humanamente posible alcanzar la cima.

Respondió a varias preguntas más durante veinte minutos sin dar la menor pista de que había dimitido como jefe de escalada.

—La última pregunta, por favor —dijo con una sonrisa de alivio y señaló a un joven que estaba en medio de la platea y que agitaba la mano esperando que el orador se fijara en él.

Con una voz a la que todavía le faltaba madurar, el muchacho preguntó:

—Cuando haya conquistado el Everest, señor, ¿qué quedará para los jóvenes como yo?

El público prorrumpió en una carcajada y Mallory se acordó de lo nervioso que se había sentido cuando había planteado casi la misma pregunta al capitán Scott. Alzó la vista hacia el anfiteatro y se alegró de ver a la viuda del capitán Scott en las primeras filas. Gracias a Dios, su decisión de aquella mañana significaba que Ruth no tendría que preocuparse por seguir su misma suerte. Volvió a contemplar al muchacho y sonrió.

—Debería usted leer a H. G. Wells, joven. En opinión de ese autor, con el tiempo la humanidad podrá dar la vuelta al globo en cuarenta minutos, que en el futuro se superará la barrera del sonido con consecuencias que en estos momentos no alcanzamos a comprender, y que algún día usted, aunque yo seguramente no, verá al hombre caminar por la Luna. Incluso es posible que sea usted el primer inglés en ser lanzado al espacio.

El público prorrumpió en risas y aplaudió una vez más mientras George hacía una reverencia y retrocedía un paso. Se alegraba de haber podido escapar sin que nadie sospechara lo que esa mañana había ocurrido en el comité. Sonrió a Ruth, que se encontraba en primera fila flanqueada por sus hermanas Avie y Marie: otro pequeño triunfo.

Al alzarse vio a su más viejo amigo, de pie y aplaudiendo a rabiar. En cuestión de segundos, el resto del público lo imitó y permaneció levantado, por mucho que George les rogara mediante gestos que se sentara.

Se disponía a abandonar el estrado cuando vio que Hinks se levantaba para subir con una carpeta en la mano. El secretario le sonrió amistosamente, se acercó al micrófono, lo bajó varios centímetros y esperó a que los aplausos cesaran y los espectadores volvieran a ocupar sus asientos antes de hablar.

—Alteza, damas y caballeros, aquellos de ustedes que estén familiarizados con las tradiciones de esta histórica institución sabrán que es privilegio del secretario, en estas ocasiones, plantear la primera pregunta al orador. Esta noche, rompiendo con la tradición, no lo he hecho; pero solo ha sido porque mi presidente, *sir* Francis Younghusband, me ha recompensado con un premio aún mayor: dar las gracias a nuestro orador invitado y amigo personal, George Mallory.

Era la primera vez que este oía al secretario llamarlo por su nombre de pila.

—Pero antes permítanme hablarles de una resolución que ha sido aprobada por el Comité Everest esta tarde, en ausencia del señor Mallory, y que en nuestra opinión debemos compartir con todos los miembros de esta entidad. —Hinks abrió la carpeta, sacó una hoja de papel, se ajustó las gafas y empezó a leer—: «Ha sido acordada por unanimidad la decisión de invitar al señor George Leigh Mallory a ser el jefe de escalada de la expedición al Everest de 1924».

El público aplaudió con fuerza, pero Hinks alzó la mano para pedir silencio, ya que todavía le quedaba algo más que decir. George se mantuvo tras él, inmóvil pero furioso.

—Sin embargo, el comité es plenamente consciente de que puede haber razones por las cuales el señor Mallory tal vez se muestre reacio a asumir por segunda vez tan onerosa tarea.

Los gritos de «¡No!», «¡No!» que surgieron entre el público obligaron a Hinks a pedir silencio de nuevo.

—Se trata de razones que ustedes seguramente desconocen, pero cuando les diga cuáles son no me cabe duda de que comprenderán su dilema. El señor Mallory tiene esposa y tres hijos pequeños a los que no querrá abandonar durante seis largos meses. Y no solo eso: hoy mismo he sabido que se dispone a ocupar un importante cargo en la Asociación Educativa de Trabajadores que le permitirá poner en práctica las convicciones políticas que tan ardientemente ha defendido los últimos años.

»Y por si todo lo anterior fuera poco, existe una tercera razón. Debo ser muy cuidadoso a la hora de expresarlo con palabras, pues me consta que entre nosotros se

cuentan varios caballeros representantes de la prensa. Nuestra institución ha sabido hoy mismo que el señor Finch, colega del señor Mallory en la primera expedición al Everest, se ha visto obligado a retirar su nombre del equipo de escaladores por razones personales que, me temo, los periódicos explicarán ampliamente en su edición de mañana. —En la sala reinaba el silencio más absoluto—. Pensando en ello, este comité ha decidido que si, muy comprensiblemente, el señor Mallory no se siente capaz de asumir su papel de líder de la expedición de 1924, no quedará más remedio que posponer, y digo posponer, no abandonar, la expedición hasta que hallemos al sustituto adecuado que ocupe su posición como jefe de escalada.

De repente, George comprendió que la intervención del príncipe de Gales solo había pretendido distraerlo.

—Permítanme acabar diciendo —continuó Hinks, volviéndose hacia Mallory— que, sea cual sea la decisión que tome usted, esta entidad le estará eternamente agradecida por su inquebrantable entrega a su causa y, lo que es más importante, por los servicios que ha prestado a su país. Por supuesto, deseamos que acepte nuestra oferta como jefe de escalada y que, en esta ocasión, conducirá a su equipo a mayores glorias si cabe. Damas y caballeros, les pido que se unan a mí para dar las gracias al orador de esta noche, ¡a Mallory del Everest!

El público se levantó en bloque. Personas que normalmente se contentaban con ofrecer unos pocos y educados aplausos a los conferenciantes de turno saltaron de sus asientos, unos vitoreando, otros suplicando, pero todos deseosos de que Mallory aceptara el cargo. George miró a Ruth, que también se había puesto en pie y aplaudía. Cuando Hinks dio un paso atrás y se situó junto a él, George masculló por segunda vez aquel día:

—¡Maldito cabrón!

—No lo niego —repuso el secretario—. Sin embargo, cuando esta noche ponga al día el acta supongo que podré dejar constancia de que ha aceptado usted el cargo de escalador jefe.

—¡Maldito cabrón! —repitió George.

George se apoyó en la barandilla del SS *California* buscando a su esposa con la mirada y sonrió cuando la localizó entre el gentío. Cuando Ruth se dio cuenta de que la había visto, empezó a agitar la mano y saludarlo, alegrándose de que él no pudiera ver las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Antes incluso de que la tripulación hubiera recogido la pasarela y las amarras y el barco empezara a alejarse del muelle, George ya la echaba de menos. ¿Por qué siempre tenía que marcharse para darse cuenta de lo mucho que la quería? Durante los seis meses siguientes, lo único que tendría para recordarle su belleza sería una foto arrugada en tonos sepia que le había hecho durante la primera semana de su luna de miel. Si ella no se hubiera mostrado tan convencida de que debía marcharse, George se habría quedado en casa, conformándose con seguir los progresos de la expedición por el *Times*. Era plenamente consciente de que Hinks no había tenido la menor intención de posponerla; pero puesto que a la mañana siguiente de su discurso, la prensa había recogido hasta la última de las palabras del secretario, sabía que había perdido su apuesta. Hinks había demostrado ser un jugador de póquer mucho mejor que él.

Así pues, allí estaba, de nuevo rumbo a la India, pero sin Finch para retarlo a cada paso. Y tampoco estaría el sherpa Nyima para darle la bienvenida en el muelle, cuando desembarcara en el otro extremo del mundo.

Fue entonces cuando George lo vio, de pie, al fondo y ligeramente apartado, como correspondía a un lobo solitario. Al principio no lo reconoció, de hecho solo supo quién era cuando el otro lo saludó quitándose el sombrero y dejando al descubierto la ondulada cabellera rubia que había encandilado a tantas damas. George le devolvió el saludo, sorprendido en el fondo de que Finch no hubiera logrado colarse a bordo como polizón. En cualquier caso, Hinks se las había arreglado para que no pudiera mostrar su rostro en público hasta que el escándalo hubiera remitido, y mucho menos hacer una aparición en solitario en el escenario más alto del mundo.

Buscó a Ruth de nuevo y, cuando la encontró, no dejó de mirarla hasta que se confundió con los cientos de partidarios que despedían a la expedición desde el muelle.

Cuando lo único que quedó en el horizonte fue una columna de humo negro, Ruth caminó lentamente y sin ánimos hasta su coche. Se alejó de los muelles en su vehículo e inició el largo trayecto hasta The Holt sin que, en esa ocasión, hubiera una multitud de seguidores que le impidiera escapar.

Nunca le habían gustado las muchedumbres enfervorizadas. Lo único que deseaba era que su marido regresara con vida. Sin embargo, había interpretado tan bien su papel que todo el mundo creía que su auténtico deseo era que George disfrutara de

una última oportunidad para hacer realidad su sueño. Lo cierto era que no le importaba en absoluto que él lo consiguiera o no, siempre que pudieran envejecer juntos y que ese día no fuera más que un lejano recuerdo.

Tras perder de vista su patria, George se retiró a su reducido camarote. Se sentó al escritorio que había bajo el ojo de buey y empezó a escribir una carta a la única mujer que había amado. «Mi querida Ruth...».

Libro octavo

Día de ascensión

Mi querida Ruth:

12 de marzo de 1924

El largo viaje por mar me ha servido únicamente para recordar qué grupo tan estupendo tengo el privilegio de comandar. Demasiado a menudo pienso en los sacrificios que se me han exigido y no lo suficiente en estos hombres excelentes que se han prestado voluntariamente a unirse a mí en esta caprichosa aventura, y en las tribulaciones que sin duda habrán pasado con sus familias y amigos durante los últimos dos años.

A pesar de mis reservas iniciales, Sandy Irvine se ha revelado como un personaje muy especial. Pese a su juventud, tiene la cabeza bien asentada sobre los hombros, y la extraordinaria coincidencia de que los dos procedamos de Birkenhead es digna de aparecer en una novela. Naturalmente, sigue preocupándome el hecho de que no haya escalado por encima de los mil setecientos metros, pero debo admitir que está mucho más en forma que todos nosotros, tal como han podido constatar los pasajeros del barco durante las sesiones de gimnasia que dirige nuestro temible general. Bruce se contenta con seguir desempeñando las funciones de director de orquesta, sin mostrar el menor interés en tocar con nosotros.

Debo confesar también que Hinks no exageró cuando habló del talento de Irvine como químico. En ese terreno es casi tan bueno como Finch. Aun así, Norton y Odell siguen negándose a considerar la posibilidad de utilizar oxígeno, y aún menos de echarse a la espalda esas engorrosas bombonas. ¿Aceptarán al final que no existe esperanza alguna de alcanzar la cima sin la ayuda de esa infernal herejía, o seguirán siendo, según palabras de Finch, «unos benditos aficionados» condenados por lo tanto al fracaso?

Nuestro barco arribó a Bombay el 20 de marzo y enseguida tomamos el tren hacia Darjeeling, donde seleccionamos las mulas y al grupo de porteadores. Una vez más, el general Bruce obró milagros y a la mañana siguiente pudimos iniciar nuestra larga andadura hasta el Tíbet, acompañados por sesenta ponis y más de un centenar de porteadores. Antes de partir de Darjeeling en el «tren de juguete», cenamos con lord Lytton, el nuevo gobernador general, y su mujer. Sin embargo, dado que Finch no estaba presente, no tengo nada relevante que contarte, aparte del hecho de que el joven Irvine mostró una inclinación algo más que pasajera por la hija de Lytton, interés que lady Lytton pareció estimular.

En la embajada me esperaba una carta de mi hermana Mary. Es un golpe de suerte que su marido esté destinado en Ceilán: gracias a eso ella podrá advertirnos por adelantado de la llegada de los monzones, que cruzan la isla

unos diez días antes de llegar hasta nosotros.

A la mañana siguiente emprendimos los ciento cincuenta kilómetros que nos separaban de la frontera y que transcurrieron sin incidentes. Desafortunadamente, el general Bruce cayó enfermo de malaria y se vio obligado a regresar a Darjeeling. Me temo que no volveremos a verlo en este viaje. Se llevó su bañera, doce cajas de puros y la mitad de las de vino y champán, pero nos cedió amablemente la otra mitad, por no hablar de los regalos que tan cuidadosamente había seleccionado para el dzongpen y que le entregaremos cuando presentemos nuestras credenciales en la frontera.

La mano derecha del general, el teniente coronel Norton, se ha hecho cargo de sus responsabilidades. Seguramente recordarás a Norton porque fue el hombre que poseyó el récord del mundo de altitud durante veinticuatro horas, antes de que Finch se lo arrebatara. Aunque nunca menciona el asunto, sé que Norton está impaciente por remediar esa situación. Por mi parte, admito que si se mostrara dispuesto a utilizar oxígeno por encima de la cota de los ocho mil trescientos, sería mi elección para acompañarme a la cima. En cambio, Somervell empieza a dudar en cuanto a su negativa al oxígeno, así que bien podría acabar siendo la alternativa, ya que no tengo intención de atacar los últimos seiscientos metros otra vez con Odell.

En esta ocasión hemos cruzado la frontera sin dificultad alguna, aunque por si acaso todos nos habíamos puesto las botas y los relojes más viejos que encontramos en Bombay. Aun así, inundamos al dzongpen con regalos de Harrod's, Fortnum, Davidoff y Lock's, entre los que había un bastón de noche con una empuñadura de plata que representaba la cabeza del rey. Yo le aseguré que se trataba de un regalo personal de Su Majestad.

Todos nos llevamos una sorpresa cuando el dzongpen nos expresó su decepción al saber que el general Bruce se había puesto enfermo, porque tenía ganas de ver nuevamente a su viejo amigo. No pude menos que fijarme en que llevaba el reloj de bolsillo de Bruce, con su cadena y todo. En cambio, de mi vieja corbata de Wikehamist, ni rastro.

Esta mañana, mientras cruzábamos Pang La, las nubes se levantaron de repente y divisamos las imponentes alturas de Chomolungma, que dominaban el horizonte. Seguramente, cualquier hombre sensato procuraría resistirse a sus encantos y daría media vuelta de inmediato. Sin embargo, al igual que las sirenas de Eurípides, sigue atrayéndonos hacia sus traicioneras pendientes.

Mientras íbamos ascendiendo no dejé de observar a Irvine, que parece haberse aclimatado a las alturas tan bien como los demás. Sin embargo, no debo olvidar que es dieciséis años más joven que yo.

Esta mañana, con el Everest al fondo, hemos celebrado una misa en memoria de Nyima y de los otros seis sherpas que perdieron la vida en la

pasada expedición. Esta vez debemos alcanzar la cima, aunque solo sea para honrar su recuerdo.

En estos momentos me gustaría que Nyima estuviera con nosotros; no dudaría en invitarlo a que me acompañara en la escalada final. Me parece de lo más adecuado que un sherpa sea el primero en coronar una montaña que a fin de cuentas es suya, por no mencionar la venganza que supondría sobre Hinks tras su maquiavélico comportamiento la noche de la conferencia. Por desgracia, en esta ocasión no subirá ningún sherpa hasta la cima ya que, después de haberlos examinado, no he encontrado a ninguno que igualara las habilidades de Nyima.

Al final, el 29 de abril llegamos al campamento base, y para ser justo con Hinks —cosa que nunca me ha resultado fácil—, debo reconocer que todo lo que habíamos pedido estaba en su sitio. En esta ocasión no perderemos un tiempo precioso levantando y desmontando campamentos y acarreando equipo constantemente arriba y abajo. El señor Hazard^[1] (un apellido desafortunado para quien tiene la responsabilidad de organizar nuestra vida cotidiana) me ha asegurado que el Campamento Tres ya está preparado a seis mil quinientos metros y que allí nos esperan once de los mejores sherpas a las órdenes de Guy Bullock.

No podemos olvidar que las ocho mil libras de Noel están haciendo posible todo esto. Por su parte, él va filmando a diestro y siniestro. El documental que saldrá de esta expedición no tendrá nada que envidiar a El nacimiento de una nación.

Te escribo esta carta desde mi tienda del campamento base. Dentro de unos minutos me reuniré con mis compañeros para cenar, momento en que Norton me pasará el mando y con él la responsabilidad. Luego, informaré a todos de mis planes para escalar el Everest. De este modo, querida mía, la aventura vuelve a empezar. Esta vez confío mucho más en nuestras posibilidades. Sin embargo, tan pronto como haya conquistado mi formidable obsesión, apretaré un botón y momentos después estaré a tu lado. Por lo que te cuento deducirás que estoy releendo La máquina del tiempo, de H. G. Wells. Pero, aunque no disponga de ese botón mágico, regresaré tan deprisa como sea humanamente posible, ya que no deseo estar lejos de ti ni un momento más de lo necesario. Tal como te prometí, tengo intención de dejar tu fotografía en la cima...

Jueves, 1 de mayo de 1924

Por entonces eran ocho.

—Amigos, por Su Majestad el rey —dijo el teniente coronel Norton, poniéndose en pie en la cabecera de la mesa y alzando su taza de latón. El resto del grupo lo imitó al instante.

—¡Por el rey! —repitieron todos.

—Por favor, seguid sentados —dijo George—. Amigos, ¡por Chomolungma, diosa de la Madre Tierra!

Los miembros del equipo alzaron sus copas por segunda vez y, en el exterior de la tienda, los sherpas se tumbaron en el suelo, de cara a la montaña.

Mallory y sus compañeros se sentaron y empezaron a encender puros y a pasar el decantador de oporto de mano en mano. Unos minutos más tarde, George se levantó de nuevo y golpeó la taza con la cucharilla.

—Quisiera empezar expresando nuestro pesar por el hecho de que el general Bruce no se encuentre con nosotros en esta ocasión.

—Bien dicho, sí señor —exclamaron varias voces.

—Y nuestro agradecimiento por el vino tan estupendo con que nos ha obsequiado. Confiamos en que, Dios mediante, tenga sus propios buenos motivos para descorchar una botella de champán.

—Bien dicho, sí señor —exclamaron varias voces de nuevo.

—Gracias a su diligencia y capacidad de previsión, solo nos queda una tarea pendiente: conquistar esta formidable dama para que todos podamos volver a casa y reanudar nuestras vidas normalmente. Desde este momento quiero aclarar que todavía no he decidido quiénes formarán los dos grupos que se unirán a mí en el ascenso final.

»Un aspecto que no diferirá con respecto a la expedición anterior será que os observaré atentamente a todos hasta que vea cuáles de vosotros os habéis aclimatado mejor. En consecuencia, espero que todos estéis preparados para poneros en marcha mañana a las seis, de manera que a mediodía hayamos alcanzado los cinco mil novecientos metros y podamos regresar al campamento base antes de la puesta de sol.

—¿Por qué tenemos que volver a bajar, si nuestro objetivo es llegar a la cima lo más rápidamente posible? —preguntó Irvine.

—Lo más rápidamente posible, no —contestó George con una sonrisa al darse cuenta de la escasa experiencia del joven—. Incluso a ti te llevará cierto tiempo aclimatarte a las nuevas alturas. La regla de oro —añadió— es «sube alto, duerme bajo». Cuando nos hayamos aclimatado, mi intención es que nos traslademos a siete mil cien metros y levantemos el Campamento Cuatro en el collado norte. Una vez instalados, seguiremos y montaremos el Campamento Cinco, más o menos a siete mil

setecientos cincuenta; y después, el Campamento Seis, más o menos a ocho mil cuatrocientos, desde donde lanzaremos el asalto final. —George hizo una pausa antes de seguir—. Quiero que todos sepáis que, sea quien sea a quien elija para que me acompañe, lo hará en el segundo intento, pues he decidido dar a dos compañeros míos la oportunidad de ser los primeros en alcanzar la cima y hacer historia. Si el primer grupo falla, yo y el compañero que haya seleccionado emprenderemos otro intento al día siguiente. Estoy seguro de que todos albergáis el mismo deseo: ser los primeros en poner el pie en la frente de Chomolungma. Sin embargo, amigos, es de justicia que sepáis que ese seré yo.

Las palabras de George fueron contestadas por grandes risotadas y el golpeteo de las tazas contra la mesa. Cuando el barullo cesó, George abrió el turno de preguntas.

—¿Tienes intención de utilizar oxígeno en el segundo intento? —preguntó Norton.

—Sí —contestó George—. Pese a todas mis reticencias, he llegado a la conclusión de que Finch tenía razón: no tenemos ninguna posibilidad de escalar los últimos seiscientos metros sin la ayuda del oxígeno.

—Entonces tendré que asegurarme de estar en el primer grupo para demostrarte que te equivocas. De verdad que es una lástima, Mallory, porque eso significa que yo seré el primero en alcanzar la cima del Everest.

Aquello fue recibido con más risas y ruido de tazas contra la mesa.

—Si lo consigues, Norton, al día siguiente me quitaré las botellas de oxígeno y subiré a la cima descalzo —replicó George.

—Eso tendrá poca importancia —repuso Norton, alzando su taza—, porque nadie recordará el nombre del segundo hombre que conquistó el Everest.

—¡Howzat!

—No eliminado.

Mallory no supo si estaba soñando o si realmente acababa de oír el sonido del cuero contra la madera de sauce. Asomó la cabeza fuera de la tienda y vio que un recuadro de nieve del Himalaya había sido transformado en un improvisado campo de *criquet*.

A veinte metros había dos piolets que, clavados en la nieve, hacían las veces de postes. Odell, con la pelota en la mano, lanzaba a Irvine. A Mallory le bastó con contemplar unos cuantos lanzamientos para darse cuenta de que el bateador era mejor. Le resultó gracioso descubrir que los sherpas habían formado pequeños corros y charlaban entre ellos, perplejos al ver jugar a aquellos ingleses, mientras Noel filmaba el partido como si fuera una final de copa.

Mallory salió a rastras de su tienda y se reunió con Norton detrás de los postes, listo para sustituirlo.

—Irvine no lo hace nada mal —comentó Norton—; ha anotado ya varias carreras.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Casi media hora.

—¿Y todavía sigue corriendo?

—No parece que le cueste un gran esfuerzo. Sus pulmones deben de ser como fuelles. Claro que tiene casi quince años menos que el resto de nosotros.

—¡Despierta, jefe! —le gritó Odell, cuando la pelota pasó a escasos centímetros de la mano de George.

—Lo siento —se disculpó Mallory—. Ha sido error mío. No estaba por el juego.

Irvine golpeó la siguiente bola, anotando sus cincuenta, lo cual fue saludado con fuertes aplausos.

—Ya estoy hasta las narices de ese niño de Oxford —dijo Guy Bullock, ocupando el lugar de Odell.

El primer intento de Guy se quedó un poco corto, e Irvine mandó la pelota lejos, anotándose otras cuatro carreras; pero su segunda bola resbaló en una placa de hielo, dio en el borde del bate de Irvine, y George, lanzándose de costado, consiguió atraparla con una mano.

—¡Bien hecho, jefe! —exclamó Guy—. Lástima que no te despertaras un poco antes.

—Muy bien, amigos, será mejor que nos pongamos en marcha —anunció Mallory—. Quiero salir dentro de media hora.

El campo de *criquet* quedó desierto en el acto al tiempo que los jugadores aficionados se convertían en alpinistas profesionales.

Media hora más tarde, nueve escaladores y veintitrés sherpas estaban listos para partir. Mallory gesticuló con los brazos como si fuera un guardia de tráfico y echó a andar marcando un ritmo que no tardaría en eliminar a los que no estuvieran preparados para sobrevivir a alturas superiores.

Un par de sherpas se rezagaron y acabaron soltando su carga en la nieve antes de emprender el camino de regreso. Sin embargo, ninguno de los miembros del equipo de escalada parecía tener dificultades, y aún menos Irvine, que iba pisándole los talones a Mallory a pesar de cargar con dos botellas de oxígeno. George se sorprendió al observar que no tenían el respirador conectado e hizo un gesto al joven para que se acercara.

—Escucha, no te hará falta el oxígeno hasta que llegemos a los siete mil quinientos o más. Irvine asintió.

—Yo pensaba reservarlo como mínimo hasta superar los ocho mil quinientos. Pero quiero acostumbrarme al peso extra de las botellas, por si tengo la suerte de ser seleccionado para acompañarte en el asalto final. La verdad es que tengo intención de sentarme en la cima —señaló lo alto de la montaña con la cabeza— a esperarte mientras llegas. Al fin y al cabo, es deber de todo hombre de Oxford batir a uno de Cambridge siempre que pueda.

George sonrió.

—Está bien. Mañana prepárame dos de esas botellas tuyas. Y no lo digo solo por el peso: cuando nos enfrentemos a las paredes de roca y hielo, la menor pérdida de

equilibrio puede resultar fatal.

Al cabo de un par de horas, George dio un descanso a los hombres para que tomaran té y unas galletas digestivas antes de reanudar nuevamente la marcha. Aparte de una breve nevada que no habría molestado ni a un niño que hiciera un muñeco de nieve, las condiciones meteorológicas no podían ser mejores para la escalada, y todos mantuvieron el ritmo. George se preguntó cuántos días seguiría siendo tan dócil el tiempo.

Rezó por ello, pero sus plegarias no fueron escuchadas.

Mi querida Ruth:

17 de mayo de 1924

Desastre. Durante las dos últimas semanas, nada ha salido bien. El tiempo ha sido nefasto. Ha nevado tanto que algunos días no veíamos nada a un palmo de nuestras narices.

Norton, siempre tan valiente como un león, consiguió no sé cómo llegar a siete mil doscientos metros, donde, entre él y Odell, montaron el Campamento Cuatro y se quedaron a pasar la noche. Sin embargo, al día siguiente, a duras penas consiguieron volver al Campamento Tres antes del anochecer, lo cual significa que tardaron más de ocho horas en descender setecientos cincuenta metros en plena ventisca. ¿Te das cuenta? Eso implica que su velocidad era de unos cien metros por hora, mientras que Abraham recorrió esa misma distancia en 9,6 segundos.

Al día siguiente, Odell, Bullock y yo subimos a siete mil ochocientos y logramos establecer el Campamento Cinco en un saliente pequeño y helado. Por desgracia, después de pasar allí la noche, el tiempo nos obligó a retroceder hasta el Campamento Tres. Cuando llegamos, el doctor Kingston me comunicó que un sherpa se había roto una pierna y que otro parecía sufrir neumonía. No me molesté en decirle que el tobillo me está causando algunas molestias. Guy y Odell se presentaron voluntarios para acompañar al herido y al enfermo hasta el campamento base, desde donde los llevaron a sus aldeas.

Cuando Guy regresó al día siguiente, nos informó de que nuestro zapatero había muerto de congelación, de que otro sherpa había padecido una embolia y que otros doce se habían marchado. Teniendo en cuenta que cobran el equivalente a menos de un chelín a la semana, no se les puede culpar. Según parece, la moral en el campamento base está por los suelos. No sé si se imaginan cómo nos sentimos aquí arriba.

Norton y Somervell por fin alcanzaron el collado norte después de tres intentos e incluso lograron montar el campamento, a pesar de que la temperatura cayó a veinticuatro bajo cero. Sin embargo, cuando volvían, cuatro de los sherpas perdieron los nervios y, temiendo un alud, volvieron para pasar una segunda noche en el collado norte.

A la mañana siguiente, Norton, Somervell y yo organizamos una partida de rescate y, aún no sé cómo, conseguimos llegar hasta los sherpas y traerlos de vuelta a la relativa seguridad del Campamento Tres. Apuesto lo que sea a que es la última vez que los vemos.

Para colmo de males, esta mañana, mientras desayunábamos, el

meteorólogo me ha dicho que, según sus observaciones, los monzones no tardarán en echársenos encima. No obstante, me recordó que la última vez dispusimos de tres días despejados antes de que llegaran. No es que sea un pronóstico muy de fiar, pero sigo rogando al dios que se ocupa del tiempo, sea cual fuere.

George tendría que haberse dado cuenta antes, pero estaba tan obsesionado con el deseo de tener una oportunidad más que no advirtió lo que ocurría a su alrededor. Al menos hasta que Norton convocó un consejo de guerra.

—Dadas las circunstancias, amigos, lo más sensato sería hacer recuento de nuestras bajas y retirarnos antes de que perdamos a alguien más.

—Disiento —contestó George inmediatamente—. Si lo hacemos, habremos sacrificado seis meses de nuestra vida por nada.

—Al menos viviremos para luchar más adelante —comentó Somervell.

—¡Ninguno de nosotros tendrá la oportunidad de luchar más adelante! —replicó George, tajante—. ¡Esta es nuestra última oportunidad, y lo sabes!

Somervell se quedó mudo ante la repentina vehemencia de Mallory y tardó un momento en reaccionar.

—Bueno, al menos seguiremos con vida —repuso al fin.

—Para mí, eso no es vida —replicó George que, antes de que nadie pudiera contestar, se volvió hacia su más antiguo amigo y le preguntó—: ¿Tú qué opinas, Guy? ¿Hemos de dar media vuelta?

Aunque el resto del equipo aguardó con impaciencia sus palabras, Bullock se tomó su tiempo para contestar.

—Sigo dispuesto a respaldar tu criterio, George —dijo finalmente— y a aguantar unos días más, a ver si el tiempo mejora.

—Y yo también —terció Irvine—, pero que conste que tampoco tengo inconveniente en que nos marchemos. Al fin y al cabo, soy el único de los presentes lo bastante joven para intentarlo en otra ocasión.

El resto del equipo soltó una risotada que contribuyó a aliviar la tensión.

—¿Por qué no nos damos una semana más de margen antes de decidir largarnos? —Propuso Odell—. Si para entonces el tiempo no ha mejorado, habrá llegado el momento de dar media vuelta y volver a casa.

George miró a su alrededor, vio que sus compañeros asentían y recordó el sabio consejo de A. C. Benson: «Cuando estás derrotado, es mejor rendirse con elegancia».

—De acuerdo —accedió—. Aguantaremos otros siete días y, si el tiempo no mejora, entregaré el mando a Norton y volveremos a Inglaterra. George se fue a dormir pensando que había ganado. Para ser más exacto, que había ganado siete días. Pero ¿serían suficientes?

29 de mayo de 1924

Así pues, a menos que el tiempo cambie totalmente durante los siete próximos días, puedes esperarme de regreso en Inglaterra hacia finales de agosto o a principios de septiembre, a lo más tardar.

Por favor, da las gracias a Clare por su fantástico poema —Rupert Brooke se habría sentido orgulloso de ella— y a Beridge por su dibujo de un gato, ¿o era un perro?, por no mencionar los recuerdos de John, breves pero apreciados.

Me alegro de que hayas tenido tiempo de ir a Cambridge para empezar a buscar casa. Gracias por tu advertencia de que en esta época del año hace mucho frío en los Fens.

Cariño, no sabes cuántas ganas tengo de empezar en el nuevo trabajo y de dormir en una cama con una mujer a la que deseo estrechar en mis brazos en lugar de hacerlo con un hombre al que me tengo que agarrar simplemente para seguir con vida. Esta vez, cuando vuelva a casa, no habrá una multitud en el muelle para dar la bienvenida a Mallory del Everest, sino únicamente una joven dama esperando a un hombre de mediana edad que solo desea pasar el resto de su vida junto a la mujer que quiere.

Tu amante esposo,

George

Lunes, 2 de junio de 1924

Luego solo quedaron cinco.

George estaba tomando el desayuno durante una mañana despejada y sin viento cuando llegó un sherpa procedente del campamento base y le entregó un cable. Lo abrió, lo leyó lentamente y sonrió al considerar sus implicaciones. Miró a Norton, que estaba sentado junto a él en el suelo, con las piernas cruzadas.

—¿Podríamos charlar un rato, Edward? —le preguntó.

—Sí, desde luego —dijo Norton, dejando a un lado su plato de carne en conserva.

—Escucha, quiero preguntártelo una vez más. Si te ofreciera la posibilidad de acompañarme en el asalto final, ¿estarías dispuesto a utilizar oxígeno?

—No —declaró con firmeza.

—Muy bien —repuso George, aceptando que por más que lo discutiera no iba a convencer a Norton para que cambiara de opinión—. En ese caso, tú conducirás el primer intento, sin oxígeno. Si lo lográis...

—Caballeros —dijo George una vez hubo reunido al equipo—. Lamento interrumpir el desayuno, pero acabo de recibir un mensaje de mi hermana, que está en Colombo. —Contempló el cable de Mary, donde se leía: «Una semana, puede que diez días de buen tiempo antes de que lleguen los monzones». Levantó la vista—. No tenemos un momento que perder. He dispuesto de tiempo suficiente para sopesar mis opciones y ahora compartiré mis pensamientos con vosotros. He seleccionado dos grupos para el asalto definitivo a la cumbre. El primero estará formado por Norton y Somervell, quienes partirán dentro de una hora e intentarán llegar al Campamento Cinco, a siete mil ochocientos metros, antes de que anochezca. Mañana tendrán que levantarse temprano si esperan bordear la arista norte, establecer el Campamento Seis, más o menos a ocho mil cuatrocientos, e instalarse antes de la puesta de sol. Deberán descansar tanto como puedan, porque a la mañana siguiente llevarán a cabo el primer intento de alcanzar la cumbre.

Tanto Norton como Somervell asintieron. Llevaban más de un mes hablando de las opciones posibles y, en esos momentos, lo único que deseaban era emprender la marcha.

—Entretanto —prosiguió Mallory—, el resto del grupo tendrá que quedarse aquí, mordiéndose las uñas, mientras espera el regreso de los héroes conquistadores.

—¿Y si no lo consiguen? —preguntó Irvine con una sonrisa pícaro.

—Entonces, tú y yo, Sandy, haremos el siguiente intento utilizando oxígeno.

—¿Y si conseguimos coronar? —quiso saber Norton. Mallory dirigió una sonrisa fatigada al viejo soldado.

—En ese caso, Odell y yo haremos el segundo intento sin la ayuda de oxígeno.

—Y descalzo, ¿recuerdas? —añadió Somervell.

George hizo una ligera inclinación de cabeza mientras sus colegas reían y esperó un momento antes de proseguir.

—Este no es el momento de pronunciar discursos acerca de lo mucho que significa para nuestros compatriotas repartidos por todo el imperio que uno de nosotros sea el primero en alcanzar el techo del mundo ni de soñar con los laureles de la gloria. Tiempo habrá para sentarnos en el bar del Alpine Club y aburrir a nuestros jóvenes con relatos de glorias pasadas. Si deseamos triunfar, no podemos perder un momento, así que buena suerte y que Dios os acompañe.

Treinta minutos más tarde, Norton y Somervell estaban equipados, listos para marchar. Mallory, Odell, Irvine, Bullock, Morshead y Kingston se pusieron en fila para verlos partir mientras Noel los filmaba hasta que se perdieron de vista.

George siguió mentalmente paso a paso a Norton y Somervell mientras permanecía sentado a solas en su tienda, mirando el reloj a intervalos regulares e intentando imaginar la altura que habrían alcanzado sus colegas.

Tras compartir un largo almuerzo de macarrones y ciruelas pasas con el resto del equipo, George regresó a su tienda. Escribió su carta diaria a Ruth y otra a Trafford, el comandante de vuelo Mallory, un hombre igualmente interesado en alcanzar grandes alturas. A continuación, tradujo unos cuantos pasajes de la *Ilíada* y, más tarde, jugó con Guy unas manos de *bridge* contra Odell e Irvine. Cuando acabaron, Odell sacó una lata de carne en conserva que descongeló en la estufa y repartió en cuatro raciones. Más tarde, los miembros del equipo de escalada que quedaban se sentaron a contemplar cómo la luna sustituía al sol, que había hecho todo su recorrido sobre la nieve a lo largo de un día ideal para la escalada. Todos tenían en mente el mismo pensamiento, pero nadie se atrevía a expresarlo: ¿dónde estarían?

George trepó hasta su saco de dormir —lo único a lo que consiguió trepar ese día — justo antes de que dieran las once, agotado por haber pasado hora tras hora sin hacer nada. Cayó en un profundo sueño mientras se preguntaba si algún día se arrepentiría de haber permitido que fueran Norton y Somervell los primeros en intentar alcanzar la cima. ¿Regresaría a Inglaterra al cabo de una semana como capitán de un equipo vencedor para que siempre más le recordaran, como había dicho Norton, que nadie se acordaría del nombre de la segunda persona que hubiera escalado el Everest?

Irvine fue el primero en despertar a la mañana siguiente y enseguida se puso a preparar el desayuno para sus compañeros. George juró para sus adentros que, cuando regresara a Inglaterra, no volvería a probar una sardina en lata en su vida.

Cuando acabaron, Irvine puso en fila las nueve bombonas de oxígeno y, al igual que su líder, escogió las dos mejores para el ascenso final. George lo observó

mientras llevaba a cabo el lento y metódico procedimiento de adaptar las válvulas y ajustar los controles de cada cilindro y se preguntó si llegarían a usarlas o si por el contrario acabarían desechados en el collado norte, junto a sus propietarios. Odell partió en busca de fósiles y piedras exóticas, contento de poder perderse en su propio mundo.

Por la tarde, los tres se reunieron para mirar las fotografías tomadas por Noel, buscando alguna información nueva que pudiera serles de ayuda en su intento de alcanzar la cima. Discutieron animadamente sobre si debían seguir por la cresta y atacar de frente el segundo escalón o simplemente lanzarse hacia la cara norte, rodeándola por las placas areniscas de la banda amarilla. Fuera como fuese, sabían que la decisión final habría de esperar a que Norton y Somervell regresaran y les transmitieran de primera mano la información que les permitiría rellenar los muchos espacios en blanco del mapa y las numerosas lagunas de sus conocimientos.

Después de cenar, George regresó a su tienda con un vaso de leche caliente en una mano y el *Ulises* en la otra. Se durmió en la página ciento setenta y dos, decidido a terminar la obra maestra de Joyce durante el viaje por mar de regreso a Inglaterra.

A la mañana siguiente, Odell se despertó temprano y, para sorpresa de sus colegas, se puso los guantes, las gafas y se echó la mochila a la espalda.

—Me voy al Campamento Cinco, para asegurarme de que las tiendas siguen en su sitio —explicó mientras George se arrastraba fuera de su saco de dormir—. También les llevaré algunas provisiones, porque seguramente estarán hambrientos.

George se habría reído de un comentario tan trivial hecho a siete mil setecientos metros de altitud de no haber sido porque resultaba típico de Odell que se preocupara antes de las incomodidades de los demás que de los peligros que podían acecharlo a él. Observó a su amigo mientras este, acompañado por dos sherpas, se lanzaba montaña arriba como si se tratara de una tranquila excursión por los Cotswolds, y se preguntó si Odell no sería al fin y al cabo la mejor elección para acompañarlo en el ascenso final, ya que parecía haberse aclimatado a las condiciones mejor que cualquiera de ellos, incluyéndose a sí mismo.

Odell regresó a tiempo de almorzar dos sardinas en lata sobre una galleta de cereales y ni siquiera parecía jadeante.

—¿Alguna señal de ellos? —le preguntó George, antes incluso de que su amigo hubiera tenido tiempo de desprenderse de su mochila.

—No, jefe —contestó Odell—. Pero si alcanzaron la cima a mediodía y regresaron al Campamento Seis para pasar la noche, no creo que vuelvan al Cinco mucho después de las dos, lo cual significa que deberían estar con nosotros más o menos alrededor de las cuatro de esta tarde.

—Justo a tiempo para la hora del té.

Tras un almuerzo de seis minutos, George volvió al *Ulises*, pero pasó la mayor parte del tiempo mirando fijamente la montaña, esperando ver aparecer dos pequeñas motas en la cara norte más que pasando las páginas de su novela. Miró la hora. Eran

las dos pasadas. Si aparecían en ese momento, querría decir que no habían alcanzado la cima. Si llegaban alrededor de las cuatro, seguramente el premio sería para ellos. Si a las seis no habían vuelto... Intentó no pensar en ello.

Dieron las tres, que se convirtieron en las cuatro y después en las cinco. Para entonces, las conversaciones triviales habían sido sustituidas por algo más serio. Nadie mencionó la posibilidad de cenar. A las seis, la luna había ocupado la posición del sol y todos se sentían aprensivos. A las ocho empezaron a temer lo peor.

—Creo que volveré a subir a la arista norte para ver si han decidido pasar la noche allí —dijo Odell, tan tranquilo.

—Te acompaño —contestó George, poniéndose en pie—. Me irá bien un poco de ejercicio.

Intentaba que su tono no aparentara preocupación, pero todos sabían que iba a encabezar una partida de rescate.

—Y a mí —convino Irvine, dejando sus botellas de oxígeno en la nieve.

George agradeció que hubiera luna llena y fuera una noche sin viento ni nieve. Veinte minutos más tarde, Odell e Irvine estaban preparados y listos para ir con él en busca de sus compañeros.

A medida que iban subiendo, George se sintió más abatido a cada paso que daban. Sin embargo, ni por un instante pensó en dar media vuelta, porque quizá solo estuviera a pocos metros de...

El primero en localizarlos fue Irvine, que gracias a su juventud tenía mejor vista.

—¡Allí están! —gritó, señalando la montaña.

A pesar de que parecían dos soldados que regresaban del campo de batalla, a George el corazón le dio un brinco de alegría al verlos. Norton, el más alto de los dos, tenía echado un brazo sobre los hombros de Somervell mientras se cubría los ojos con la otra mano.

George trepó por la pendiente tan rápidamente como pudo para encontrarse con ellos, seguido muy de cerca por Irvine. Entre los dos cogieron a Somervell y casi echaron a correr montaña abajo con él. Norton se apoyó en Odell sin dejar de taparse los ojos.

Mallory e Irvine llevaron a Somervell a la tienda principal, donde lo tumbaron en el suelo y lo taparon con una manta. Norton entró poco después y se derrumbó de rodillas en el acto. Bullock ya les tenía preparadas un par de tazas de Bovril caliente. Entregó una a Somervell mientras Norton se arrastraba hasta el colchón más próximo y se dejaba caer en él boca arriba. Nadie habló mientras esperaban a que sus dos compañeros se recobrarán.

George desató las botas de Somervell, se las quitó suavemente y empezó a masajearle los pies para reactivarle la circulación. Bullock apoyó la taza caliente contra los labios de Norton, pero este no se sentía con fuerzas ni para tomar un sorbo. Aunque para George la paciencia nunca había sido una virtud, se las arregló para esperar, aunque no veía el momento de saber si alguno de los dos había alcanzado la

cima.

Para sorpresa de todos, Somervell fue el primero en hablar.

—Mucho antes de que llegáramos al segundo escalón —empezó a explicar— ya habíamos decidido dar un rodeo por la banda amarilla, que parecía una ruta más larga pero también más segura —añadió entre jadeo y jadeo—. La cruzamos hasta que llegamos a una enorme chimenea. Pensé que si lográbamos superarla, podríamos seguir hasta la pirámide final, donde la pendiente sería menos exigente. Avanzábamos lentamente, pero en mi opinión todavía teníamos tiempo de alcanzar la cima.

«Pero ¿lo hicisteis?», quiso preguntar George, mientras Somervell se incorporaba y tomaba un sorbo de Bovril, ya frío.

—Eso fue hasta que llegamos a ocho mil quinientos metros, y mi garganta volvió a jugármela. Empecé a escupir flemas, y cuando Norton me dio en la espalda con todas sus fuerzas, un poco más y se me sale la laringe. Intenté seguir, pero a los ocho mil setecientos ya no podía poner un pie delante del otro. Tuve que parar a descansar, pero podía ver la cumbre por encima de mí, de modo que insistí a Norton para que siguiera él solo y me senté para verlo subir hacia la cima hasta que lo perdí de vista.

George se volvió hacia Norton y le preguntó en voz baja:

—¿Lo conseguiste, Edward?

—No, no lo conseguí —dijo Norton—, porque cuando me paré a descansar un momento cometí el error más tonto de todos.

—¡No me digas que te quitaste las gafas! —exclamó George, incrédulo.

—Sí. Ya sé que me has advertido infinidad de veces que no lo hiciera —reconoció Norton, levantando el brazo con el que se cubría los ojos—. Para cuando me las volví a poner, tenía los párpados casi congelados y no podía ver a un palmo de distancia. Grité para alertar a Somervell, y él empezó a cantar para guiarme hasta donde se encontraba. Poco a poco, conseguí descender y reunirme con él.

—Formamos un bonito coro —comentó Somervell, intentando sonreír—. Luego, con la ayuda de mi linterna, pudimos desandar el camino, aunque muy despacio.

—Tengo que dar gracias a Dios por haber contado con Somervell —dijo Norton, mientras Odell le aplicaba sobre los ojos un pañuelo humedecido con agua caliente.

Transcurrió un momento antes de que alguno de los dos volviera a hablar.

—No creo que haya habido mejor ejemplo de un ciego conduciendo a otro ciego —suspiró Norton. George rio.

—Bueno, ¿a qué altura llegaste? —preguntó.

—No tengo ni idea, amigo mío —contestó Norton, entregándole el altímetro.

George lo examinó un momento y anunció en voz alta:

—Ocho mil setecientos dieciocho metros. Felicidades, muchacho.

—¿Por qué? ¿Por no conseguir escalar los últimos ciento treinta y dos metros? —repuso Norton en un tono que no escondía su amargura.

—No. Más bien por hacer historia —replicó George— y porque has batido un récord de altitud. Me muero de ganas de ver la cara que pondrá Finch cuando se lo

diga.

—Muy amable por tu parte, pero Finch sería el primero en recordarme que debería haberle hecho caso y haber utilizado oxígeno. —Hizo una pausa antes de añadir—: Si el buen tiempo continúa, no me cabe duda de que me convertiré en un simple pie de página en el libro de la historia, porque, si me permites el viejo tópico, serás tú quien la escriba.

George sonrió sin hacer más comentarios.

—Estoy de acuerdo con Norton —dijo Somervell—. De verdad, lo mejor que Odell, Irvine y tú podéis hacer es reposar bien esta noche. George asintió y, aunque llevaban juntos más de tres meses, estrechó la mano de sus dos colegas antes de regresar a su tienda para intentar dormir y descansar todo lo posible.

Quizá lo habría conseguido si uno de los comentarios de Norton no siguiera rondándole la cabeza: «Si el buen tiempo continúa».

Viernes, 6 de junio de 1924

Después solo quedaron tres.

George se despertó mucho antes del amanecer y contempló la luna brillando sobre la nieve y convirtiéndola en una alfombra blanca de diamantes diminutos. A pesar de la temperatura de treinta bajo cero, sentía un calor interior y la confianza de que iban a conseguirlo, aunque todavía no había decidido quiénes lo harían.

¿De verdad tenía que molestarse en cargar con el oxígeno cuando Norton había conseguido llegar tan cerca? ¿Acaso no había demostrado Odell ser el mejor aclimatado de todos? Pero ¿y si Odell volvía a sucumbir cuando tenían el premio al alcance de la mano? ¿La falta de experiencia de Irvine sería una desventaja cuando se adentraran en territorio inexplorado? ¿O acaso su juvenil entusiasmo, unido a esas benditas botellas, sería lo único que podría garantizarles el triunfo?

—Buenos días —dijo una voz a su espalda.

George se volvió y se encontró con la contagiosa sonrisa de Irvine.

—Buenos días, Sandy —contestó—. ¿Qué, nos preparamos y desayunamos algo?

—Pero si solo son las cinco —repuso el joven, mirando su reloj—. Además, Odell sigue durmiendo.

—Entonces lo despertaremos. Debemos ponernos en marcha a las seis.

—¿A las seis? Pero si en la última reunión de ayer dijiste que estuviéramos listos para desayunar a las ocho y salir a las nueve porque no querías pasar más tiempo del estrictamente necesario colgado en un saliente a ocho mil cuatrocientos metros.

—De acuerdo, que sean las seis y media —concedió George—. Si Odell no se ha levantado a esa hora, partiremos sin él. Y ya que estás despierto, ¿por qué no haces algo útil, para variar?

—¿Como qué?

—Como prepararme el desayuno.

En su rostro apareció de nuevo su sonrisa maliciosa.

—Puedo ofrecerte sardinas encima de galleta, sardinas pasadas por la plancha, sardinas sin espinas con pasas, o la especialidad de la casa: sardinas con...

—Tú prepáralo.

Mallory, Odell e Irvine, acompañados por cinco sherpas cargados con tiendas, equipo y provisiones, partieron hacia el collado norte poco después de las siete y media del 6 de junio. Odell se había perdido el desayuno, pero no se quejó. Guy Bullock fue el último en estrechar la mano de George.

—Nos vemos dentro de un par de días, viejo amigo —le dijo.

—Sí. Ten la tetera a punto.

Tal como el señor Irving, su antiguo tutor —y George se preguntó si aún viviría— solía decir, «nunca se empieza demasiado pronto, solo demasiado tarde».

George echó a caminar como un poseso, a un ritmo que tanto Odell como Irvine tuvieron dificultades en seguir. No dejaba de escrutar el cielo en busca del menor indicio de viento, de la aparición de la más pequeña nube o del menor copo de nieve que pudieran alterar sus planes, tan cuidadosamente trazados; pero el firmamento permaneció claro y tranquilo. Aun así, sabía por amarga experiencia que aquella dama podía cambiar de opinión en un abrir y cerrar de ojos. Al mismo tiempo, observaba con atención la marcha de sus dos compañeros por si alguno de los dos parecía tener dificultades, deseando casi que uno de ellos se rezagara para no tener que tomar la decisión final. Sin embargo, a medida que transcurrían las horas, muy a su pesar llegó a la conclusión de que ninguno aventajaba al otro.

El grupo alcanzó el Campamento Cinco pocos minutos después de las tres de la tarde, muy por delante del horario previsto. George consultó su reloj e hizo un rápido cálculo. Cuando Aníbal cruzó los Alpes, siempre dejó que el sol tomara las decisiones por él. ¿Era mejor darse prisa y seguir hasta el Campamento Seis y así ahorrar un día? ¿O llegarían tan exhaustos que no podrían acometer el desafío que los aguardaba? Optó por la cautela y decidió pernoctar temprano para poder salir hacia el siguiente campamento a primera hora. Pero ¿con quién partiría? ¿Cuál de sus dos compañeros lo acompañaría a la cima y cuál regresaría con los sherpas hasta el collado norte?

Aunque se acostaron pronto, George no gozó de una noche de sueño reparador. Fue despertándose cada hora, y en todas las ocasiones se asomó fuera de la tienda para contemplar las estrellas que pocos hombres habían conseguido admirar con tanta nitidez. Irvine durmió como un niño, y Odell incluso tuvo la desfachatez de roncar. George los observó mientras seguía debatiéndose con el dilema de quién lo acompañaría en el ascenso final. ¿Debía ser Odell, quien tras años de dedicación se había ganado con creces el derecho a tener una oportunidad que, posiblemente, sería la última? ¿O debía elegir a Irvine? Resultaba comprensible que el joven soñara con su momento de gloria; pero, aunque no fuera seleccionado, aún tendría muchos años por delante para volver a intentarlo.

George solo estaba seguro de una cosa: para él se trataba sin duda de la última oportunidad.

Justo pasadas las cuatro de la mañana, mientras la luna brillaba aún tranquilamente sobre ellos, los tres compañeros partieron de nuevo. Fueron aflojando el ritmo a medida que transcurrían las horas hasta que al final apenas avanzaban arrastrando los pies, pero si Odell o Irvine sufrieron por ello, ninguno de los dos lo demostró y continuaron marchando obstinadamente tras los pasos de su líder.

El sol empezaba a ponerse cuando avistaron el escalón nordeste. George

comprobó el altímetro: ocho mil cuatrocientos metros. Media hora y setenta y un metros después, los tres se desplomaron, agotados y tremendamente aliviados, al encontrar la pequeña tienda plantada por Norton y Somervell. George comprendió que había llegado la hora de tomar su decisión, ya que tres hombres no podían pernoctar en un espacio tan reducido, ni había sitio en el saliente para levantar una segunda tienda.

Se sentó en el suelo y escribió rápidamente una nota a Norton, informándole de sus progresos y de que intentarían el ascenso final a la mañana siguiente. Luego se levantó y contempló a sus dos compañeros antes de entregarle el papel a Odell.

—Por favor, amigo mío, ¿serás tan amable de llevar esto al collado norte y dárselo a Norton? Odell no dejó traslucir la menor emoción y se limitó a asentir con la cabeza.

—Lo siento, de verdad —añadió George.

Se disponía a explicarle las razones, pero Odell se le adelantó:

—Has tomado la decisión correcta, jefe.

Estrechó la mano de Mallory y después la del joven que él mismo había recomendado a la RGS como sustituto de Finch en el grupo de escalada.

—Buena suerte —dijo, antes de darles la espalda y empezar el solitario viaje de regreso hasta el Campamento Cinco para, desde allí, bajar a la mañana siguiente al collado norte.

Y entonces quedaron dos.

Amor mío:

7 de junio de 1924

Estoy sentado en una tienda diminuta, a ocho mil cuatrocientos setenta metros por encima del nivel del mar y a casi ocho mil kilómetros de casa, buscando la senda de la gloria...

—¿Es que nunca duermes? —le preguntó Irvine, incorporándose y frotándose los ojos.

—Solo cuando desciendo —contestó George—. Por lo tanto, mañana a esta hora estaré profundamente dormido.

—Mañana, a esta hora, te estarán aclamando como el nuevo san Jorge, después de que hayas vencido a tu dragón personal —dijo Irvine, mientras ajustaba el indicador de una botella de oxígeno.

—No recuerdo que san Jorge tuviera que recurrir a la ayuda del oxígeno para derrotar al dragón.

—Si Hinks hubiera estado al mando en aquella época, no habría permitido a san Jorge utilizar siquiera una espada. «Ya sabe, amigo mío, va en contra del espíritu amateur» —añadió Irvine, enroscándose la punta de un bigote imaginario—. «Tiene que liquidar a esa condenada bestia con sus propias manos».

George rio ante aquella estupenda imitación del secretario de la Royal Geographical Society.

—Bueno, pues ya que voy a romper con el código amateur, será mejor que me digas si estas benditas botellas estarán en perfecto estado de funcionamiento, mañana a las cuatro de la madrugada. De lo contrario, te envío de vuelta al collado norte para que Odell te sustituya.

—Ni hablar —contestó Irvine—. Las cuatro bombonas funcionan perfectamente, así que tendremos oxígeno suficiente siempre que no tardemos más de ocho horas en recorrer esos simples cuatrocientos metros y volver.

—No tardarás en averiguar lo que «esos simples cuatrocientos metros» pueden significar, y me parece que tendría muchas más posibilidades de conseguirlo si te vas a dormir y me dejas terminar esta carta a mi mujer.

—Escribes a tu esposa todos los días, ¿verdad?

—Sí —respondió George—. Espero que tengas la suerte de encontrar a una chica que sea la mitad de buena; entonces acabarás sintiendo lo mismo.

—Creo que ya la he encontrado —repuso Irvine, tumbándose—. Es solo que olvidé decírselo antes de marcharme, de modo que no estoy seguro de que ella sepa cuáles son mis sentimientos.

—Lo sabrá —le aseguró George—. Créeme. Pero, si tienes alguna duda, siempre

puedes escribirle unas líneas, eso suponiendo que la escritura siga siendo una forma de comunicación empleada en Oxford.

George esperó una respuesta airada, pero no recibió ninguna porque su compañero ya estaba profundamente dormido. Sonrió y siguió escribiendo a Ruth.

Cuando hubo acabado de firmar con mano temblorosa «Tu esposo que te quiere» y sellado el sobre, leyó un rato la «Elegía escrita en un cementerio de aldea», de Gray, antes de apagar el candil de un soplo y dormirse.

Domingo, 8 de junio de 1924

—¿Quieres que te quite la bufanda, amigo mío? —preguntó Odell.

—Sí, por favor —contestó Norton.

Odell retiró con cuidado la bufanda de seda del rostro de su compañero.

—¡Dios, todavía no veo nada! —exclamó Norton.

—No te asustes —le dijo Somervell—. Es normal que tardes dos o tres días en recuperar la visión después de un caso de ceguera de nieve. En cualquier caso, no vamos a ir a ninguna parte hasta que Mallory regrese.

—No es la bajada lo que me preocupa —aseguró Norton—. Es la subida. Odell, quiero que subas al Campamento Seis para dejar unas raciones de Bovril y de Kendal Mint Cake, porque seguro que Mallory se habrá olvidado de llevarse algo.

—Salgo ahora mismo —dijo Odell, que se asomó fuera de la tienda y añadió—: Jamás he tenido condiciones mejores para escalar.

George se despertó unos minutos después de las cuatro y se encontró con que Irvine ya estaba preparando el desayuno.

—¿Qué tenemos en el menú para el día de la ascensión? —preguntó después de asomar la cabeza fuera de la tienda para comprobar el tiempo. A pesar de que recibió un golpe de aire helado en plena cara, lo que vio lo hizo sonreír.

—Macarrones y sardinas —contestó Irvine.

—Interesante combinación, pero me da la impresión de que no figurará en la próxima edición del libro de cocina de la señora Beeton.

—Podría haberte ofrecido un menú un poco más variado si te hubieras acordado de traer tus raciones —repuso Irvine con una sonrisa burlona.

—Lo siento, colega. Reconozco mi culpa.

—A mí me da igual, la verdad. Estoy demasiado nervioso para comer —dijo, mientras se ponía una vieja cazadora de aviador, parecida a la que Trafford, el hermano de George, había llevado la última vez que había pasado por The Holt, estando de permiso. George se preguntó de dónde la habría sacado, puesto que Irvine no tenía edad para haber prestado servicio en el frente durante la Gran Guerra.

—Es de mi tutor —explicó el joven, mientras se abrochaba los botones, respondiendo a la pregunta que Mallory no había llegado a formular.

—Por favor, muchacho, hace que me sienta como un viejo —dijo George. Irvine rio.

—Me ocuparé de verificar tus bombonas mientras terminas de desayunar.

—Un par de sardinas, una nota para Odell y estoy contigo.

En el exterior de la tienda, Irvine quedó deslumbrado por el sol, que brillaba en un cielo sin nubes.

Después de haber dado buena cuenta del resto de las sardinas y dejando a un lado los macarrones, George escribió una breve nota a Odell y la dejó en su saco de dormir. No tenía la menor duda de que su amigo aparecería por el Campamento Seis en algún momento a lo largo del día.

Había dormido con cuatro capas de ropa y, en esos momentos, añadió un grueso chaleco de lana, una camisa de seda seguida de otra de franela y otra más de seda. A continuación se puso un chaquetón de algodón de la casa Burberry's, modelo Shackleton Smock, y un ancho pantalón de gabardina. Se ató unas polainas de cachemira en los tobillos, se calzó las botas y se puso los mitones de lana que le había confeccionado Ruth. Por último, se cubrió con el gorro de aviador de su hermano y cogió las gafas que le había regalado Finch. Aunque Chomolungma habría dicho que iba perfectamente vestido para la audiencia con Su Majestad, se alegró de que no hubiera ningún espejo cerca.

Se arrastró fuera de la tienda para reunirse con Irvine, quien lo ayudó con las botellas de oxígeno. Cuando las tuvo atadas a la espalda, George se preguntó si el peso añadido no representaría una desventaja mayor que el hecho de no poder respirar regularmente. Sin embargo, había tomado una decisión al enviar a Odell de vuelta. El último ritual que llevaron a cabo los dos montañistas fue embadurnarse mutuamente con óxido de zinc cualquier zona de la cara expuesta a los elementos. Antes de ponerse en marcha, contemplaron brevemente la cima, que tan inmediata parecía.

—Ten cuidado —advirtió George—. Es como Jezabel, más irresistible cuanto más de cerca la ves y, por si fuera poco, esta mañana nos está tentando con un tiempo perfecto. De todas maneras, como cualquier mujer, se reserva el privilegio de cambiar de opinión cuando se le antoje. —Miró la hora: las 5.07. Le habría gustado empezar un poco antes—. Vamos, Sandy, como dice mi querido padre, «es hora de que demostremos lo mejor de nosotros mismos».

Se ajustó la boquilla del respirador y abrió la válvula del oxígeno.

«Ojalá Hinks pudiera verme ahora», pensó Odell, mientras escalaba los últimos metros hacia el Campamento Seis. Cuando llegó a la tienda, se dejó caer de rodillas, echó hacia atrás la toldilla y se encontró con la clase de desorden que habría esperado

si hubiera dejado que dos chiquillos pasaran la noche en una cabaña de un árbol: un plato a medio terminar de macarrones, una lata de sardinas vacía y una brújula que seguramente George se había olvidado. Rio para sus adentros mientras entraba y empezaba a recoger y ordenar. No habría sido la tienda de Mallory si no se hubiera dejado algo olvidado.

Estaba metiendo un par de barras de Kendal Mint Cake y un bote de Bovril en el saco de George cuando vio los dos sobres: uno dirigido a la «Señora de George Mallory. The Holt, Godalming, Surrey. Gran Bretaña», que se guardó en el bolsillo, y otro con su nombre garabateado en el sobre. Lo abrió.

Querido Odell:

Lamento mucho haber dejado este desorden. El tiempo es perfecto para la escalada. Búscanos cruzando la franja de roca arenisca o a lo largo de la cresta.

*Nos vemos mañana. Afectuosamente,
George*

Odell sonrió y, cuando hubo comprobado por enésima vez que todo estaba en su sitio para el regreso triunfal de los héroes, salió de la tienda retrocediendo. Una vez fuera, se levantó y estiró los brazos mientras contemplaba la cima más alta del mundo. El tiempo era tan perfecto que, por un momento, se sintió tentado de seguirlos y no pudo evitar sentir una punzada de envidia ante la idea de que sus dos compañeros estarían aproximándose a la cima.

De repente divisó dos figuras perfiladas contra el cielo. Mientras observaba, la más alta avanzó hasta reunirse con la otra. Vio que se hallaban en el segundo escalón, a unos doscientos metros de la cumbre. Miró la hora: las 12.50. Disponían de tiempo más que suficiente para llegar a lo alto y regresar a su pequeña tienda antes de que desaparecieran los últimos rayos de sol.

No pudo contenerse y saltó de alegría al verlos adentrarse en una nube de bruma y desaparecer de la vista.

Irvine trepó a lo alto del segundo escalón, se encaramó gateando a una roca y fue a reunirse con George.

—Nos quedan casi ciento ochenta metros —dijo este, consultando el altímetro—. De todas maneras, no olvides que equivalen a más de un kilómetro y que, sin oxígeno, Norton no pudo avanzar a más de cuarenta metros por hora; o sea que aún tenemos por delante más de cuatro horas —añadió entre jadeos—. Todo esto significa que no podemos perder tiempo, porque, cuando bajemos por esa roca esta tarde, quiero tener algo de visión.

Irvine le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba para indicar que todo estaba en

orden y George se colocó el respirador. Acto seguido, iniciaron la lenta ascensión a lo largo de una cresta que ningún hombre había hollado antes.

Domingo, 8 de junio de 1924, 14.07

Cuando George volvió a alzar la vista, y a pesar de que el altímetro indicaba que todavía quedaban cien metros de escalada, tuvo la impresión de que podía tocar la cima con los dedos. A pesar de que les estaba costando más de lo previsto alcanzarla, se hallaba vertiginosamente cerca.

Después de conquistar el segundo escalón, él e Irvine fueron subiendo, lenta y trabajosamente por la cresta, conscientes de que la nieve que se acumulaba a derecha e izquierda se mantenía en su lugar como las tejas de un tejado, sin que nada la sostuviera por debajo. Bastaría que se desviarán apenas unos centímetros para que...

La superficie, blanca y virgen, tenía sesenta centímetros de profundidad y casi les impedía dar un paso; y, cuando lo conseguían, era para avanzar solo unos centímetros antes de hundirse nuevamente.

Doscientos once pasos más adelante —George los contó todos y cada uno—, lograron salir por fin del ventisquero y se enfrentaron a una imponente pared de roca que a Mallory le habría supuesto todo un reto incluso un día de verano a mil metros de altura, y aún más en ese momento, cuando tenía todo el cuerpo empapado de sudor, las extremidades casi congeladas y se sentía tan agotado que solo deseaba tumbarse y dormir, aunque sabía que, a cuarenta bajo cero, le bastaría con quedarse inmóvil un momento para morir congelado.

George sopesó incluso la posibilidad de dar media vuelta mientras tuvieran una oportunidad de estar de regreso y a salvo en la tienda antes de la puesta de sol. Sin embargo, sabía que si lo hacía tendría que pasar el resto de su vida explicando por qué había dejado escapar la oportunidad en el último momento, y aún peor, todas las noches soñaría con escalar esos últimos cien metros y despertaría de la pesadilla bañado en sudor frío.

Miró hacia atrás y vio que Irvine, exhausto, salía de la nieve y contemplaba con incredulidad la pared de roca que los esperaba. Por un momento George vaciló. ¿Tenía derecho a arriesgar la vida de Irvine, además de la suya propia? ¿Debía proponerle que diera la vuelta mientras él seguía solo o que se quedara y descansara esperando que él volviera? Sin embargo, acabó apartando esos pensamientos. Después de todo, Irvine se había ganado el derecho a compartir el triunfo con él. Se quitó la boquilla del respirador de los labios.

—Ya casi hemos llegado, amigo mío —le dijo—. Esta pared es nuestro último obstáculo antes de llegar a la cima. Irvine le sonrió débilmente.

George se volvió para encararse con el muro vertical cubierto de hielos perpetuos y buscó un punto de apoyo. En circunstancias normales habría empezado a un par de palmos del suelo; pero no ese día, cuando solo unos centímetros representaban una montaña en sí misma. Con mano temblorosa se sujetó a un saliente por encima de su

cabeza y se izó con todas sus fuerzas mientras buscaba con la punta de la bota un hueco que le permitiera subir el otro brazo y avanzar poco a poco hacia lo alto de la losa de piedra. Intentó no pensar en cómo sería el descenso. Su cerebro le gritaba «¡vuelve!», pero el corazón le susurraba «sigue adelante».

Cuarenta minutos más tarde, se encaramó a lo alto de la pared y tensó la cuerda para facilitar la tarea a su compañero. Cuando Irvine se reunió con él finalmente, George comprobó el altímetro: les quedaban treinta y cinco metros. Alzó la vista y se encontró con una capa de hielo acumulada durante años en la cornisa que asomaba en voladizo sobre la cara este, un obstáculo que habría impedido el paso incluso a un animal de cuatro patas y pezuñas.

George intentaba seguir hacia arriba cuando un relámpago centelló por debajo de ellos, seguido del retumbar del trueno. Supuso que una tormenta iba a abatirse sobre ellos, pero cuando miró hacia el valle se dio cuenta de que se encontraban muy por encima de la tempestad, que debía de estar desatando su furia sobre sus compañeros, situados a más de seiscientos metros por debajo de ellos. Era la primera vez que veía una tormenta desde arriba y no tuvo más remedio que confiar en que hubiera pasado para cuando iniciaran el descenso, dejando tras ella el limpio ambiente que a menudo seguía a tanta furia.

Una vez más, levantó la bota e intentó hallar un lugar donde apoyarse en el hielo. De repente la superficie se quebró y el pie le resbaló por la pendiente. Estuvo a punto de echarse a reír. ¿Acaso podía empeorar la situación? Golpeó el hielo con el piolet. La superficie no se quebró tan fácilmente, pero cuando lo hizo pudo meter el pie en el agujero. Aun así, resbaló hacia atrás unos centímetros. No se rio cuando se acordó del viejo dicho: «Dos pasos adelante y uno hacia atrás», y se conformó con ir un palmo hacia delante, medio hacia atrás. Al cabo de una docena de pasos como ese, la estrecha cresta se redujo aún más hasta que se vio obligado a avanzar a gatas. Evitó mirar a derecha o izquierda porque sabía que a ambos lados se abrían abismos de cientos de metros. Mira hacia arriba, prescinde de lo que te rodea y sigue luchando, se dijo. Un metro más ganado y medio perdido. ¿Cuánto podría soportar el cuerpo humano? Entonces, de repente, notó el contacto con roca desnuda y logró arrastrarse fuera de la placa de hielo. Se puso en pie sobre el suelo pedregoso, a solo quince o veinte metros de la cima. Se dio la vuelta y vio que Irvine, completamente agotado, seguía gateando hacia él.

—¡Solo veinte metros más! —le gritó mientras desataba la cuerda para que cada uno pudiera continuar a su ritmo.

Transcurrieron otros veinte minutos antes de que George Leigh Mallory apoyara la mano, la derecha, en la cima del mundo. Se arrastró lentamente hasta llegar a lo alto y se quedó tendido boca abajo.

«Menudo momento de triunfo», fue su primer pensamiento. Se puso lentamente de rodillas y, luego, haciendo un esfuerzo supremo, consiguió levantarse. El primer hombre en alcanzar el techo del mundo.

Contemplo los Himalayas y admiró un paisaje que ningún ser humano había visto antes que él. Deseó saltar de alegría y gritar su triunfo, pero no le quedaban la energía ni el aliento necesarios para hacerlo, así que se conformó con girar lentamente sobre sí mismo. El gélido viento que parecía arremeter contra él desde cualquier ángulo no le permitió moverse más deprisa. Una multitud de montañas invictas se alzaban orgullosas ante él, con la frente inclinada en presencia de su monarca.

Una idea curiosa le cruzó por la mente: debía acordarse de explicarle a Clare que la cumbre del Everest no era mucho más grande que la mesa que tenían en el comedor.

Miró la hora: las 15.36, e intentó convencerse de que todavía disponían de tiempo suficiente para regresar a la seguridad de su pequeña tienda en el Campamento Seis, especialmente si tenían una noche despejada, con luna y sin viento.

Miró hacia abajo y vio que Irvine se acercaba, aunque a paso de caracol. ¿Fallaría en el último momento? Entonces, igual que un niño que no sabe caminar, el joven se arrastró a gatas hasta la cima.

Cuando lo hubo ayudado a ponerse en pie, George metió la mano en el bolsillo interior de su chaquetón Shackleton, rogando no haber olvidado lo que estaba buscando. Tenía los dedos tan entumecidos por el frío que estuvo a punto de dejar caer pendiente abajo su cámara de bolsillo. Plantó bien los pies en el suelo e hizo una foto de Irvine con los brazos en alto, como si acabara de ganar la regata Oxford-Cambridge. A continuación, entregó la Kodak a su compañero, quien sacó una instantánea mientras George intentaba aparentar que acababa de dar un paseo por las colinas de Gales.

Mallory consultó de nuevo el reloj, torció el gesto e indicó a Irvine que debían iniciar el descenso sin tardanza. Este se guardó la cámara en un bolsillo del pantalón y abotonó la prueba de lo que habían conseguido.

George se disponía a dar el primer paso cuesta abajo cuando se acordó de la promesa que había hecho a Ruth. Con movimientos torpes sacó de la cartera la foto color sepia de su mujer que llevaba con él en todos sus viajes. Le echó un último vistazo, sonrió y la depositó en el punto más alto del globo. Luego, volvió a buscar en el fondo de sus bolsillos mientras decía en voz alta:

—El rey de Inglaterra le envía sus respetos, señora —saludó, haciendo una reverencia ante la montaña— y confía en que permitirá que sus humildes siervos regresen sanos y salvos a su hogar.

Sonrió y de pronto soltó una maldición.

Se había olvidado de coger el soberano de Young.

Domingo, 8 de junio de 1924, 11.49

Cuando Odell llegó al Campamento Seis no podía ocultar su emoción. Entró a gatas en la tienda de Norton y le contó lo que había visto.

—¿A unos doscientos metros de la cumbre, dices? —preguntó Norton, todavía tumbado boca arriba.

—Sí —repuso Odell—. Estoy seguro. Se encontraban de pie en el segundo escalón cuando vi que ambos se reunían y empezaban a subir a buen paso.

—Entonces nada podrá detenerlos —dijo Bullock, mientras colocaba un paño húmedo sobre los ojos de Norton.

—Confiemos en que así sea —comentó Somervell—. Aun así, tal vez convendría que Odell pusiera por escrito los detalles de lo que ha visto mientras tiene fresco el recuerdo. Acaso resulte importante cuando se escriba la historia de esta expedición.

Odell gateó hasta donde estaba la mochila y cogió su diario. Se sentó en un rincón de la tienda y, durante los siguientes veinte minutos, anotó todo lo que había presenciado aquella mañana: dónde había divisado las dos figuras exactamente, la hora a la que estas habían continuado montaña arriba y el hecho de que no parecían hallarse en dificultades cuando desaparecieron en la niebla. Al acabar, miró la hora: las 18.58. ¿Se hallarían Mallory e Irvine a salvo en su tienda después de haber conquistado el techo del mundo?

Nada más atarse, el primer pensamiento de George mientras descendía de la cima del Everest fue preguntarse cuánto duraría el oxígeno que llevaban. Irvine había bromeado acerca de que no podían tardar más de ocho horas, pero sin duda se estaban acercando al límite. Luego se cuestionó cuánto rato de sol les quedaba, porque eso era algo que no podía modificarse ajustando una válvula de paso. Por último, rogó para que tuvieran una noche clara y que la luna los acompañara en sus últimos pasos de regreso a casa.

Le sorprendió descubrir que, una vez conquistada la cima, el impulso de la adrenalina parecía haberle abandonado y lo único que latía en su interior era la voluntad de sobrevivir.

No había recorrido más que veinte metros y ya deseaba sentarse y descansar; pero, con el cuerpo tan dolorido y fatigado, sabía que si cerraba los ojos, aunque solo fuera un momento, quizá no volviera a abrirlos nunca.

Hundió el piolet en la superficie agrietada, dio un paso hacia atrás e inmediatamente notó que la cuerda se tensaba. Sin duda, a Irvine el camino de regreso se le estaba haciendo aún más difícil que a él, si es que tal cosa era posible. Tanteó con el pie izquierdo la helada pendiente que en esos momentos resultaba aún

más traicionera que antes. Intentó aprovechar los huecos y resquicios que había dejado en la subida, pero ya se estaban cubriendo de hielo. A pesar de perder el equilibrio y caer de espaldas varias veces, logró seguir moviéndose hasta que alcanzó la zona de terreno pedregoso y se encontró mirando desde lo alto la losa vertical de roca. Sabía que ese tramo sería la parte más difícil del descenso y que debía suponer que Irvine se encontraba incluso en peores condiciones que él. Si cualquiera de los dos cometía el más mínimo error, se despeñarían sin remedio y se matarían. Se volvió hacia su compañero y sonrió. Por primera vez, Irvine no le devolvió la sonrisa.

George se aferró a lo alto de la roca con ambas manos y se dejó caer lentamente varios centímetros, buscando cualquier oquedad donde pudiera apoyar un pie. Cuando halló una grieta con la punta de la bota, bajó la otra pierna. De repente, notó que la cuerda se destensaba. Miró hacia arriba y vio que Irvine había perdido presa en un saliente helado y que caía hacia atrás. Su cuerpo pasó ante él apenas unos segundos después.

George comprendió que, agarrado a aquella pared vertical, no tenía la menor esperanza de aguantar el tirón del joven de metro noventa y casi cien kilos al que estaba atado. Décimas más tarde, se sintió arrancado de la roca. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en la muerte mientras seguía a Irvine, cayendo y cayendo...

Los dos aterrizaron en los sesenta centímetros de nieve fresca que tanto habían maldecido durante el ascenso y que, en esos momentos, les sirvió de cojín y les salvó la vida. Al cabo de un momento de asombrado silencio, los dos se echaron a reír como dos colegiales traviosos que se hubieran caído desde un árbol sobre un montón de nieve navideña.

George se incorporó lentamente y se examinó las extremidades. Se puso en pie con paso vacilante y se alegró de ver que Irvine ya se había levantado. Se fundieron en un abrazo de alegría y George palmeó a su amigo en la espalda. Al final lo soltó y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba antes de reemprender el descenso de la montaña.

George sabía que ya nada iba a detenerlo.

Lunes, 9 de junio de 1924

Cuando Odell se despertó a las cinco de la mañana, lo primero que vio fue a Noel instalando su trípode en un saliente pequeño y llano. La gran lente de la cámara apuntaba hacia el Campamento Seis, dispuesta a rodar a la menor señal de vida. Momentos después, Norton salió arrastrándose de su tienda y se unió a ellos.

—Buenos días, Odell —saludó animadamente—. Por el momento no eres más que una mancha borrosa, pero al menos te distingo de Noel, aunque solo sea mínimamente.

—Eso es una buena noticia, porque espero que no tardemos mucho en ver aparecer a George y Sandy.

—No cuentes con ello —dijo Norton—. Mallory nunca ha destacado por lo madrugador, y supongo que el joven Irvine estará profundamente dormido.

—Pues yo no estoy dispuesto a esperarlos más —dijo Odell—. Voy a subir a prepararles el desayuno y a acompañarlos en su regreso triunfal.

—Espera un momento —le dijo Noel—. ¿Podrías hacerme un favor cuando llegues allí arriba? —le pidió. Odell se volvió a mirarlo—. ¿Podrías sacar sus sacos de dormir de la tienda y ponerlos uno junto a otro? De ese modo sabremos que alcanzaron la cima.

—¿Y si resulta que no? —preguntó Odell, quien tras una pausa añadió—: ¿Y si ha ocurrido algo peor?

—Entonces pon los sacos de dormir formando una cruz —contestó Noel con un hilo de voz.

Odell asintió, se echó la mochila a la espalda y empezó a subir al Campamento Seis por tercera vez en tres días. Sin embargo, el tiempo estaba empeorando por momentos y, en cuestión de minutos, se encontró luchando contra un vendaval que descendía por la ladera, una señal clara de que los monzones se les echarían encima en cuestión de horas. No obstante, siguió mirando ansiosamente hacia lo alto, confiando en ver a sus colegas en su triunfal descenso.

A medida que se acercaba al Campamento Seis intentó apartar de su mente la idea que pudiera haberles ocurrido alguna desgracia. Cuando por fin divisó la pequeña tienda, la halló cubierta de nieve recién caída, sin huellas visibles a su alrededor y con la toldilla agitándose al viento.

Intentó avivar el paso, pero su esfuerzo fue inútil porque solo consiguió hundir más las botas en la nieve. Al final, no tuvo más remedio que ponerse de rodillas y caminar a gatas los últimos metros que lo separaban de la tienda. Se asomó al interior y se quitó las gafas con el anhelo de ver el desorden causado por dos hombres agotados que seguían durmiendo. Sin embargo, a esas alturas ya sabía que se trataba de una esperanza vana. Contempló con incredulidad la escena que se abría ante sus

ojos. En los años venideros, Odell comentó repetidas veces que fue como contemplar una naturaleza muerta. Los sacos de dormir estaban sin abrir, lo mismo que el bote de Bovril y las barras de Kendal Mint Cake, y entre ambos se hallaba el candil que nadie había encendido.

Se colocó nuevamente las gafas, salió de la tienda a gatas y, tras ponerse trabajosamente en pie, miró hacia la cima de la montaña, pero ya no alcanzaba a ver más que unos pocos metros.

—¡George! ¡Sandy! —gritó a pleno pulmón, pero el azote del viento y la nieve arrastró sus palabras. A pesar de todo, siguió gritando hasta que su voz quedó reducida a un gemido y apenas pudo oírla por encima del bramido del viento.

Al final no tuvo más remedio que rendirse al comprender en esos momentos que su vida corría peligro. Se arrastró al interior de la tienda y, con todo el dolor de su corazón, cogió un saco de dormir y lo extendió en la ladera de la montaña.

—¡Está sacando un saco de dormir! —anunció Noel.

—¿Cuál es el mensaje? —gritó Norton.

—No estoy seguro todavía... ¡Ah, ahora saca el otro! Noel enfocó la figura que se movía.

—¿Es George? —quiso saber Norton, mirando esperanzado la montaña mientras se cubría los ojos con la mano para protegerlos de la nieve.

Noel no respondió y se limitó a bajar la cabeza.

Somervell corrió como pudo y ocupó el lugar de Noel; luego, miró por el visor de la cámara. Una gran cruz llenaba toda la lente.

Epílogo

«*El que, gallardo, se enfrenta a toda desgracia*».

Si George Mallory se había sorprendido al ver el recibimiento que lo esperaba a su regreso a Inglaterra tras la expedición de 1922, ¿qué habría pensado de la misa de funeral que se celebró en la catedral de San Pablo en su honor? No había cuerpo, no había ataúd, no había tumba; sin embargo, cientos de ciudadanos habían acudido desde todos los rincones del país para abarrotar las calles y rendirle homenaje.

«Permítele que fielmente siga al Señor».

Su Majestad el rey, el príncipe de Gales, el duque de Connaught y el príncipe Arturo, todos se hallaban presentes, junto con el primer ministro, Ramsay MacDonald, el anterior secretario del Foreign Office, lord Curzon, acompañados por el alcalde de Londres y el de Birkenhead.

«No hay desengaño que lo haga desfallecer».

El general Bruce se hallaba de pie, en el extremo derecho de la catedral, junto al teniente coronel Norton, el doctor Somervell, el profesor Odell, el mayor Bullock, el mayor Morshead, el capitán Noel y Geoffrey Young. Formaron la guardia de honor y, llevando cada uno bajo el brazo un piolet de plata, siguieron al deán de San Pablo dejando atrás los abarrotados bancos y ocuparon sus lugares en la primera fila, junto a *sir* Francis Younghusband, el señor Hinks, el señor Raeburn y el comandante Ashcroft, que representaban a la Royal Geographical Society.

«De su declarado propósito de ser peregrino».

Cuando el obispo de Chester subió al púlpito para dirigirse a la numerosa congregación, inició su elogio intentando resumir los sentimientos de cariño y admiración de la gente hacia aquellos dos amigos de Birkenhead que, en el día del ascenso, habían copado la atención del mundo entero.

—Nunca sabremos —siguió diciendo— si juntos alcanzaron la cima de esa gran montaña, pero ¿quién de entre nosotros puede dudar de que, teniendo el triunfo al alcance de su mano, George Mallory habría batallado contra cualquier adversidad y el joven Sandy Irvine lo habría seguido hasta los confines de la tierra?

Ruth Mallory, que se hallaba sentada en primera fila, al otro lado del pasillo, estaba plenamente convencida de que su marido nunca habría retrocedido de haber

creído que existía la menor posibilidad de alcanzar su más ambicionado sueño. Tampoco la tenía el reverendo Herbert Leigh Mallory, que estaba junto a su nuera. Hugh Thackeray Turner, sentado al otro lado de su hija, se iría a la tumba sin haber dado su opinión.

«Los que con historias tenebrosas pretenden confundirlo».

Cuando el deán de San Pablo hubo impartido las últimas bendiciones, y los capitanes y reyes se marcharon, Ruth se quedó de pie, sola, junto a la puerta norte, estrechando la mano de amigos y desconocidos, muchos de los cuales le confesaron que habían visto enriquecidas sus vidas gracias a aquel valiente y galante caballero.

Sonrió al ver a George Finch, que esperaba en la cola para hablar con ella. Iba vestido con traje oscuro, camisa blanca y corbata negra que parecían recién estrenados. Hizo una inclinación de cabeza y le cogió la mano. Ruth se acercó a él.

—Si hubieras sido su compañero de escalada, seguramente hoy estaría con vida —le susurró al oído.

Finch prefirió callarse su conocida opinión de que, de haber sido invitado a unirse a la expedición, seguramente él y Mallory habrían alcanzado la cima juntos y, más importante aún, habrían regresado sanos y salvos a casa.

Aun así, reconocía que, de haber tenido algún problema, Mallory seguramente habría hecho caso omiso de su consejo y habría seguido adelante, dejando que regresara solo a la base.

«Solo a sí mismos confunden, pues superior su fuerza es».

Al fin, el padre de Ruth decidió que había llegado el momento de llevarse a su hija a casa, a pesar de que todavía quedaba muchísima gente que deseaba darle el pésame.

Apenas hablaron durante el trayecto hasta Godalming; pero claro, Ruth había perdido al único hombre que había amado, y los caballeros de avanzada de edad no suelen acudir al entierro de sus yernos. Cuando cruzaron la verja de The Holt, Ruth dio las gracias a su padre por su atención y cariño, pero le pidió que la dejara sola para llorar la pérdida de George. A su pesar, él se marchó y regresó a Westbrook.

«No habrá enemigo que a su fuerza se oponga, pues contra gigantes lucha».

Lo primero que vio al abrir la puerta fue el sobre que descansaba en el felpudo, dirigido a ella con la inconfundible letra de George. Lo recogió, sabiendo amargamente que sin duda era su última carta. Fue al salón y se sirvió lo que George habría llamado «un buen *whisky*» antes de sentarse en el sillón junto a la ventana y

contemplar el camino de acceso, casi esperando que George cruzara la vega y la estrechara en sus brazos.

«En realidad convertirá su derecho a ser peregrino».

Abrió el sobre, sacó la carta y empezó a leer las últimas palabras de su marido.

Amor mío:

7 de junio de 1924

Estoy sentado en una tienda diminuta, a ocho mil cuatrocientos setenta metros por encima del nivel del mar y a casi ocho mil kilómetros de casa, buscando la senda de la gloria; pero, aun suponiendo que la encuentre, no será nada si no puedo compartir ese momento contigo.

No me hacía falta atravesar medio mundo para descubrir que, tal como muchos hombres menos afortunados me han dicho a menudo con envidia en la mirada, sin ti no soy nada. Y no saben ni la mitad. Pregunta a cualquiera de ellos qué estaría dispuesto a sacrificar para que el primer momento de pasión durara toda una vida y te dirán que media vida, porque una mujer así no existe. Sin embargo, se equivocan, porque yo he encontrado a esa mujer y nada podrá ocupar su lugar, nunca, y menos aún esta gélida virgen que se alza sobre mí.

Algunos hombres presumen de sus conquistas. Lo cierto es que yo solo tengo una, ya que te quise desde el momento en que te vi. Eres el sol que me despierta por la mañana y mi atardecer.

Y si todo lo anterior no fuera suficiente, todavía me maravillo de mi buena suerte, ya que he sido triplemente bendecido.

La primera bendición ocurrió el día en que te convertiste en mi esposa y aceptaste compartir el resto de tu vida conmigo. Esa noche te convertiste en mi amante y desde entonces has sido mi mejor amiga.

La segunda bendición ocurrió cuando en un gesto de altruismo me animaste a que fuera en pos de mis sueños, dejando que mi cabeza estuviera siempre en las nubes mientras tú, con tu sabiduría y sentido común, mantenías los pies firmemente apoyados en el suelo.

Y por tercera vez me has bendecido con unos hijos maravillosos que son una inagotable fuente de alegría en mi vida, a pesar de que los días no tienen suficientes minutos para que pueda compartir sus risas y enjugar sus lágrimas. A menudo lamento privarme del breve tiempo que durará su niñez.

Clare seguirá mis pasos en Cambridge, donde no solo superará en inteligencia a muchos hombres que no han sido puestos a prueba, sino que, cuando ella misma se ponga a prueba, seguramente triunfará allí donde yo

fracasé. Beridge ha heredado los dones de tu garbo y tu encanto, y crece cada día siguiendo tu imagen, de tal modo que, cuando florezca y se convierta en mujer, muchos serán los hombres que se rendirán a besar su mano. En cuanto al pequeño John, estoy impaciente por ver sus primeras notas, acompañarlo a su primer partido de fútbol y estar a su lado cuando tenga que enfrentarse a lo que creará que es su primer desastre.

Querida mía, hay mucho más que quisiera decirte, pero las manos empiezan a temblarme y la débil llama del candil me recuerda que me queda todavía un objetivo, que cumpliré mañana cuando deposite tu fotografía en el punto más alto de la tierra. Así exorcizaré para siempre este demonio y podré regresar a los brazos de la única mujer que he amado.

Te imagino en The Holt, sentada en tu sillón, junto a la ventana, leyendo esta carta y sonriendo mientras pasas las hojas. Alza la vista, mi amor, porque en cualquier momento me verás cruzando esa verja, caminando a grandes zancadas hacia ti. ¿Saltarás y correrás a recibirme para que pueda estrecharte entre mis brazos y nunca más apartarme de tu lado?

Perdóname por haber tardado tanto en darme cuenta de que para mí eres más importante que mi vida.

George

Todos los días, durante el resto de su vida, a la misma hora, Ruth Mallory se sentó en el sillón orejero, junto a la ventana, y releyó la carta de su marido.

En su lecho de muerte, confesó a sus hijos que no había pasado un solo día sin que viera a George pasar bajo la verja y avanzar hacia ella por el camino.

George Leigh Mallory *Después de 1924*

El cuerpo de George fue descubierto el 1 de mayo de 1999, a ocho mil cuarenta metros. La foto de su esposa, Ruth, no estaba en su cartera y tampoco había rastro de la cámara. A día de hoy, el mundo del alpinismo sigue dividido acerca de si fue la primera persona que conquistó el Everest. Pocos dudan, no obstante, de que fuera capaz de hacerlo.

Sandy Irvine

Cuando el *Times* publicó la noticia de la muerte de Irvine, hubo tres mujeres que se presentaron públicamente asegurando que eran sus prometidas.

A pesar de las distintas expediciones organizadas para hallar su cuerpo, este nunca ha sido encontrado. Aun así, en 1975, un montañero chino llamado Xu Jing le contó a un colega que había encontrado un cuerpo —al que describió como «el inglés muerto»— en una estrecha quebrada, a ocho mil ciento setenta metros. Unos días más tarde, y antes de que pudiera ser interrogado más a fondo, Xu Jing pereció en un alud.

Ruth Mallory

Tras la muerte de Mallory, Ruth y sus hijos se quedaron en Surrey, donde ella pasó el resto de sus días. Murió de cáncer de mama en 1945, a los cincuenta años.

Sir Trafford Leigh Mallory

Trafford, hermano de George y mariscal del aire, perdió la vida a los cincuenta y dos años cuando su avión se estrelló en los Alpes en noviembre de 1944, mientras se dirigía a tomar el mando de las Fuerzas Aéreas Aliadas en el Pacífico. Se cree que pilotaba personalmente el avión en el momento del accidente.

Arthur C. Benson

El tutor de Mallory se convirtió en director del Magdalene College de Cambridge en 1915, puesto que ocupó hasta 1925. Escribió un conmovedor homenaje a Mallory en el funeral que se celebró en su memoria en Cambridge, pero ya entonces se encontraba demasiado enfermo para leerlo personalmente. Se le recuerda especialmente por haber escrito la letra de *Latid of Hope and Glory*.

Benson murió en 1925, a la edad de sesenta y tres años.

LOS ESCALADORES

Charles Granville Bruce

A pesar de haber sido gravemente herido en Gallípoli, el General de la Brigada y miembro de la Royal Victorian Order Charles Granville.

Bruce siguió al mando de su regimiento en la frontera noroeste hasta 1920.

Fue presidente del Alpine Club entre 1923 y 1925 y fue nombrado coronel honorario del Quinto Regimiento de Fusileros Guijas en 1931. Bruce murió en 1939, a los setenta y tres años.

Geoffrey Young

En 1925 fue nombrado consejero de la Fundación Rockefeller, y en 1932 ocupó un alto cargo en la Universidad de Londres. Fue presidente del Alpine Club entre 1940 y 1943. En 1928, con cincuenta y dos años, escaló el Matterhorn; y a los cincuenta y nueve, el Zinal Rothorn (3361 m) a pesar de tener una pierna ortopédica.

Young murió en 1958, a los ochenta y dos años.

George Finch

Miembro de la Orden del Imperio Británico, en 1938 fue nombrado miembro de la Royal Geographical Society. Fue presidente del Alpine Club de 1959 a 1961. En 1931, tres amigos suyos se mataron en los Alpes y nunca más volvió a escalar. Murió en 1970, a los ochenta y dos años. Su hijo, Peter Finch, se hizo actor. Peter murió antes de saber que había ganado el Oscar al mejor actor del año 1976 por su papel en la película *Un mundo implacable* (S. Lumet, 1976).

Sir Edward Norton

El teniente general *sir* Edward Norton prosiguió su carrera militar y, después de haber sido ayuda de campo del rey Jorge VI, fue nombrado gobernador militar de Hong Kong. En 1926 recibió la Medalla Fundadora de la Royal Geographical Society.

Mantuvo su récord mundial de altitud hasta 1953, cuando Edmund Hillary y el sherpa Tensing conquistaron el Everest. Norton murió en 1954, a la edad de setenta años.

T. Howard Somervell

Médico y cirujano, pasó el resto de su vida profesional en un hospital de Travancore, al sur de la India, donde se convirtió en una de las autoridades mundiales en úlceras de duodeno. Se jubiló en 1956 y regresó a Inglaterra. Fue presidente del Alpine Club entre 1962 y 1965.

Somervell murió en 1975, a la edad de ochenta y cinco años, tras un vigorizante paseo por el Distrito de los Lagos.

Profesor Noel Odell

El Comité Everest rechazó la petición de Odell para formar parte de la expedición al Everest de 1933 alegando razones de edad cuando contaba con cincuenta y un años. Ese mismo año escaló el Nanda Devi, de siete mil novecientos cincuenta metros, la montaña más alta escalada hasta entonces. Ningún miembro de la expedición de 1933 logró alcanzar los siete mil quinientos metros.

Odell dedicó el resto de su vida profesional a la geología e impartió clases en Harvard y McGill. Se jubiló en Cambridge, donde fue nombrado miembro honorario del Clare College.

Odell murió en 1981, a los noventa y seis años.

Henry Morshead

Tras regresar de la expedición de 1924, al teniente coronel Henry Morshead tuvieron que amputarle la tercera falange de la mano derecha.

Regresó a la India en 1926 como inspector. Una noche de 1931, mientras montaba a caballo en Birmania, murió de un tiro a manos del amante paquistaní de su hermana.

John Noel

El capitán John Noel prosiguió su carrera como realizador y fotógrafo profesional. Su película *The Epic of Everest* fue vista por más de un millón de personas en Inglaterra y Estados Unidos. Su obra se halla preservada en el National Film Archive. Noel murió en 1987, a la edad de noventa y nueve años.

Sir Francis Younghusband

LA ROYAL GEOGRAPHICAL SOCIETY

Continuó ejerciendo su labor de presidente del Comité Everest hasta 1934. En 1925 escribió un libro titulado *The Epic of Mount Everest*, que se convirtió en un gran éxito de ventas. Donó sus ganancias a la RGS. En 1936 fundó el Congreso Mundial de la Fe.

Younghusband murió en 1945, a la edad de setenta y dos años.

Arthur Hinks

En 1912, Hinks recibió la Medalla de Oro de la Real Sociedad Astronómica. En 1931 fue elegido miembro de la RGS. En 1920 fue nombrado Comandante de la Orden del Imperio Británico y en 1938 recibió la Medalla Victoria de la RGS y permaneció como secretario del Comité Everest hasta 1939.

Hinks murió en 1945, a los setenta y dos años.

Guy Bullock

LAS AMISTADES DE MALLORY

En 1938, Bullock fue nombrado embajador británico en Ecuador. En 1944 ocupó la plaza de cónsul general de Brazzville. Bullock murió en 1956, a los sesenta y nueve años.

Mary Ann Sanders, Cottie

Después de que su padre quebrara, Cottie trabajó como dependienta de comercio en Woolworth's. Más adelante se convirtió en una novelista de éxito escribiendo con el seudónimo de Ann Bridge. Varios de sus héroes de ficción no son más que disimulados retratos de George Mallory. Se casó con un diplomático, *sir* Owen O'Malley y siguió manteniendo una estrecha amistad con la familia Mallory.

Murió en 1974, a los ochenta y seis años.

Reverendo Herbert Leigh Mallory

EL RESTO DE LA FAMILIA MALLORY

El padre de George se convirtió en canónigo de la catedral de Chester. Murió en 1943, a la edad de ochenta y siete años.

Annie Mallory

Annie sobrevivió a su marido, a sus dos hijos varones y a sus dos nueras. Murió en 1946, a la edad de ochenta y tres años.

Las hermanas de George:

Mary Mallory

Señora de Ralph Brook. Murió en 1983, a los noventa y ocho años.

Avie Mallory

Señora de Harry Longbridge, murió en 1989, a los ciento dos años.

Los hijos de Mallory:

Clare

Se licenció en Cambridge con honores de primera clase. Se casó con un científico norteamericano, Glenn Millikan, y se estableció en California, donde tuvieron tres hijos. El marido de Clare murió en 1947, en un accidente de montañismo en Tennessee. Como su madre, Clare se quedó sola y al cuidado de tres hijos. Falleció en 2001, a la edad de ochenta y cinco años.

Beridge

Estudió Medicina y se casó con David Robertson, un profesor de inglés de la Universidad de Columbia, autor del libro *George Mallory*.

Tuvieron dos hijas y un hijo. Berry, al igual que su madre, padeció cáncer de mama.

Murió en 1953, a los treinta y seis años.

John

Emigró a Sudáfrica, donde trabajó como ingeniero hidráulico. Está casado y tiene cinco hijos. Uno de ellos es George Leigh Mallory II.

George Leigh Mallory II

El nieto de Mallory, es ingeniero hidráulico y trabaja en abastecimiento de aguas en Victoria, Australia.

A las 5.30 del 14 de mayo de 1995, George Leigh Mallory II depositó una fotografía laminada de sus abuelos, George y Ruth, en la cima del Everest. Según sus propias palabras, estaba «saldando una pequeña cuenta familiar pendiente».



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

Notas

[1] *Hazard* significa peligro (Nota del E. D.). <<